Casas de La Merced



Javier H. Murillo
Andrés Sánchez

...ESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Casas de La Merced

Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA

Indice

4 Una ciudad-jardín en las montañas bogotanas por Carlos Niño Murcia

6 Introducción

10 La ciudad que se mueve

38 Los límites de La Merced

58 La Merced

224 Arbolario

256 Anecdotario

260 Bibliografía

262 Agradecimientos

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Una ciudad-jardín en las montañas bogotanas

Carlos Niño Murcia

Arquitecto y profesor emérito de la Universidad Nacional.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

En su magistral búsqueda del tiempo perdido, Marcel Proust se sumerge en la profundidad de su pasado para mostrarnos cómo funciona la memoria. Al hacerlo, nos ayuda a comprender el sentido del patrimonio. Unas pocas notas musicales reavivan en Swann muchos recuerdos, del mismo modo que lo hacen la magdalena mojada en el té, un aroma, un paisaje particular o la torre de la iglesia de Combray. Se trata de diversos objetos o manifestaciones que han sido testigos de nuestros gozos o pesares, y que al reencontrarlos de repente nos despiertan aquellas impresiones –personales y colectivas– que constituyen el alma del ser humano y la argamasa de la sociedad en su discurrir por el mundo. Esa breve frase que sale del violín habla con complicidad a Swann –son ya viejos conocidos–, parece una deidad protectora y confidente que atraviesa "el aire como un ser sobrenatural y puro mientras despliega su mensaje invisible (…en) un murmullo tranquilizador y leve como un perfume." Proust explora esos elementos sutiles que reavivan afectos, penas o eventos guardados en el fondo del corazón. Tales mediadores pueden ser motivos musicales o formas de arte, paisajes transitados, arquitecturas vividas u objetos del pasado que recrean ideas concretas pero pertenecientes a un mundo diferente al positivo y racional; su presencia les corre el velo del olvido para que irrumpan de nuevo como estrato esencial de la personalidad, individual o colectiva. La música no es el renglón restringido de cinco líneas y siete notas, ni la pintura los colores del espectro, ni la poesía las palabras del diccionario, ni la realidad una pila de objetos, ni la arquitectura los ladrillos en el chircal; ellas son un campo inconmensurable de creatividad y de tradiciones humanas.

Es la misma experiencia que despierta un barrio viejo cuando se recorren los caminos de la infancia, las puertas del recuerdo, el patio evocado y añejo, todas realidades en las que nuestros pasos y sucesos han dejado huella. Lo comprendemos en las calles de La Merced, si se nos guía con elaboraciones hechas sobre los recuerdos de sus habitantes, de antes y de ahora, en sus fantasmas y narraciones, o en sus árboles, esquinas o querencias. El barrio fue erigido en tiempos en que, quienes podían, salían de la ciudad congestionada y estrecha, asustados por las epidemias y cansados de la modorra de varios siglos. Iban tras la quimera del norte, en pos de aire puro, de amplitud y confort, cuando ya podían proveerse de agua en la periferia y las distancias se acortaban con el uso del tranvía o del automóvil; allí levantarían arquitecturas con parámetros más modernos.

Atrás quedaban los caserones coloniales, de zaguán y patio, de oscuros y gélidos cuartos que se integraban por el medio sin permitir privacidad alguna. Y como ahora dominaba el imperio británico, modo de vida constituía el ideal a seguir, las *garden cities*, ciudades-jardín que combinaban las ventajas del campo: paisaje verde, aire puro, árboles y tranquilidad, con las de la ciudad: concentración organizada, vecinos próximos, oferta cultural, servicios y comercios.

Las nuevas casas se concebían con el lenguaje *túdor*, llamado en nuestro medio "estilo inglés", aisladas y dispuestas para la intimidad y los adelantos técnicos, con la elegancia de molduras, enchapes, vitrales, cenefas y yeserías, todo abrigado por el calor de la chimenea. Se construían según los manuales importados que ilustraban su repertorio, con tejados inclinados para que la nieve tropical cayera pronto al suelo, muros de arcilla de los mismos cerros que las acogían, ventanales palaciegos en piedra con vidrieras que coloreaban la luz, más elaborados

despieces de ladrillo en los hastiales de la fachada o en sus buitrones dispuestos por pares. Por su factura compleja y precisa, el estilo inglés fue la escuela de albañilería de obreros y arquitectos que consolidó el virtuoso manejo del ladrillo característico de la arquitectura bogotana.

La distribución era innovadora y daba prestigio: en vez del patio, un amplio vestíbulo y una escalera protagonista; espacios sociales bien definidos y el comedor articulado con la cocina por medio del office, donde se disponían las vajillas y los platos. Los espacios enchapados con elegancia y el mobiliario de maderas finas y cueros de gusto refinado. Además había garajes, closets, baños privados, duchas, mansardas empinadas y lucarnas para mirar al cielo y el paisaje. Como describe Norbert Elias con respecto a los palacios parisinos, aquí también hubo tres sectores que se articulaban en la casa: la zona social de vestíbulo, salón, comedor y estudio; la parte privada de alcobas, baños y estares íntimos; más el área de servicios con cocina, despensas, el *office* y los cuartos de los criados.

Adentro se vivía lo que se ha llamado "el interior burgués": un ambiente de penumbra pero íntimo y elegante, acogedor y atiborrado de objetos de arte y de recuerdos familiares, más otros cosmopolitas –europeos, orientales o precolombinos– para pregonar la distinción de la familia. Mesitas para el té, cómodas poltronas, escenas de cacería inglesa, afición por los galgos, los caballos y el golf, porcelanas y lámparas de pie, pipas y fino tabaco, trajes ingleses, paños *tweed* y en el ropero de la entrada bastones, botas y sombreros importados.

Este libro se armó a partir del "rastreo de las voces de los vecinos", donde estas recomponen el mapa de aquellos tiempos: la antigua hacienda, el colegio de San Bartolomé, el Parque Nacional, las esquinas del juego, los amigos, los bailes, las casas más notorias y la conexión con el resto más allá de la Carrera Séptima.

De la reminiscencia surgen los fantasmas confundidos con la madera que cruje ante los bruscos cambios de temperatura; la pistola de Azumendi, el carpintero vasco que quería matar a Franco, pero luego, con la llegada de la democracia a España, la regaló al rey por su apoyo a la restauración política. El perro Firulais que ahora pasea por el barrio y ladra a los estudiantes para predecirles la suerte académica, o esa gotera perforada por los disparos desde el cerro el 9 de abril de 1948 y que aún persiste a pesar de arreglos e impermeabilizaciones… Es esa memoria la que hace un lugar, el sitio impregnado por las vivencias de sus moradores.

Es lo que invoca *Casas de la Merced*, como también lo hicieran aquellas historias barriales patrocinadas por Acción Comunal y en las que aprendimos de nuestra ciudad, en la complejidad de sus sectores y gentes. Y señala también los árboles, ¡cómo no!, si se trata de una ciudad-jardín: la hiedra que trepa sobre paredes y troncos para buscar la vida y ser telón de la de los habitantes; el magnolio y su radiante flor, talismán de las novias para dar buen augurio a su aventura conyugal; el caucho sabanero y su sombra; el jazmín con su brillo verde y un aroma inconfundible o el pino, el eucalipto, el urapán o las palmas, especies foráneas pero que también han hecho mella en nuestro corazón.

Florecen o caen sus hojas, renacen y brotan sus frutos y en esos cambios nos dan aire, alegría, traen la lluvia y propician la vida. Son la savia que respalda nuestra faena.

Ya se fueron del barrio casi todas las familias originarias. El asunto es cómo conservar estas casas que albergan ahora oficinas, "embajadas" departamentales o aulas universitarias. Los tiempos no se detienen sino que se superponen, pues la ciudad no es un mero hecho espacial –plazas, barrios, patios, avenidas, mercados o monumentos–, sino ante todo es un fenómeno del tiempo –de los diversos horarios que transforman los espacios; del calendario que los viste de fiesta, labor o descanso; de los años y siglos traslapados en el presente que se vive–. La ciudad como construcción colectiva que constituye la cultura y es fundamento para planear su desarrollo. En esta tarea, la tradición, junto a la creatividad y al imperativo de lograr mayor equidad, nos capacita para conocer la arquitectura del mundo, pero no para impostarla sino para asimilarla con sentido crítico en nuestro tiempo y lugar concretos. Tal es el papel del patrimonio, y nuestro deber es posibilitar su disfrute colectivo al insertarlo con respeto y lucidez en el futuro.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Introducción

Este libro es el resultado de una iniciativa personal producto, en principio, de la curiosidad espontánea de quien camina por las calles de La Merced y por los corredores añosos de sus casas, todos ellos cargados de historias. Sin embargo, una vez se le dio rienda suelta a la idea para que se convirtiera en un proyecto, resultó imprescindible concebirlo de otra manera: más que pensar en un trabajo que diera cuenta de las historias que reverberan aún por el barrio y dentro de las diferentes casas, trabajo sin duda importante pero limitado a lo anecdótico, había que ir más allá: pensar en la constitución misma del sector; en su ubicación particular en la ciudad, en las razones concretas que llevaron a su existencia y en los efectos que la forma particular de vivir que La Merced propuso –y sigue proponiendo– para la ciudad y para sus habitantes.

Había que preguntarse primero, por lo tanto, por la situación del barrio en el tiempo y en el espacio. Esta es la razón por la cual entramos a las casas por la ciudad, accedimos al sector por su pasado, y por las razones que posibilitaron que ciertos individuos específicos tomaran la decisión de establecerse en este punto exacto de la ciudad, justamente en ese momento. Es así como el primer capítulo se refiere a la ciudad, a la Bogotá que pretende hacerse moderna, y al concepto que permite aún a algunos de los especialistas comprender el término *modernización*: la velocidad.

Posteriormente, procedimos a situar La Merced dentro del espacio concreto que ocupa en la ciudad, a comprender el barrio y a definirlo desde sus límites. Asumimos, para lograrlo, dos conceptos. El primero, que los elementos urbanos que lo rodean definieron su carácter; que estos, además de circunscribirlo, le dieron y le dan aún forma a su manera de ser y de entenderse dentro de Bogotá.

El segundo, que el barrio está cerrado en sí mismo, lo que significa que aquello que lo rodea, más que ponerlo en contacto con la ciudad, lo propone como unidad aislada: lo separa de ella. La Merced es una unidad.

Pero la tradición y el uso del terreno donde se desarrolló el barrio –hasta finales de la tercera década del siglo XX definidos por la propiedad privada– fue menos sencillo de lo que pensábamos. Existe, incluso dentro de la literatura especializada, información equívoca que vincula La Merced, por su nombre, con una tradicional hacienda del norte de la ciudad de entonces, ubicada más al norte y al occidente.

Con este segundo capítulo esperamos haber recuperado el rastro de propiedad del sector, vinculado, hacia finales del XVIIII, con el segundo marqués de San Jorge.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Solo después de haber definido los límites del barrio, de haberlo situado en el contexto que lo constituye como una unidad urbana distinta de otras similares, procedimos a analizarlo. Rastreamos la tradición del estilo túdor en otras ciudades americanas y en otros sectores de nuestra ciudad. Observamos sus singularidades arquitectónicas y de diseño, y la forma como se aplicó en La Merced, haciendo énfasis en las particularidades que aún hacen diferente el barrio de otros semejantes. Este es el material que constituye el tercer capítulo.

Para el cuarto, que constituye el corazón del libro, seleccionamos un grupo de 23 casas; 13 de ellas propiedad del Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA, y diez más ocupadas actualmente por otras instituciones o familias. Con ellas hicimos un doble trabajo. Realizamos una descripción física, primero, en la que tratamos de dar cuenta de la constitución original de cada una. Luego, pasamos a recordar su uso durante estos más de 70 años de historia, y a recobrar parte de la memoria que sus antiguos o presentes habitantes tenían de ellas y del barrio.

Partimos, para hacerlo, de un hallazgo imprevisto que tenía en realidad poco de fortuito. Para dar con los primeros dueños de las casas, nos dimos cuenta de que resultaba de gran utilidad seguir la pista de los apellidos encontrados en los certificados de tradición y propiedad de las casas que son actualmente propiedad del CESA, y rastrearlos dentro de la misma institución, esto es, entre su población actual.

A lo largo de algo más de un año, la conversación informal con algunos profesores y estudiantes nos llevó a los herederos vivos de quienes hicieron construir algunas de las casas del lugar.

Procedimos entonces a establecer y realizar entrevistas con los hijos o los nietos de los primeros propietarios, o con quienes han habitado durante los últimos años las casas; todos ellos compartieron, de la manera más generosa y desinteresada, sus recuerdos a través de relatos y fotografías. Además, cada una de sus narraciones establecía vínculos y proponía otros nombres que antes no conocíamos, de tal manera que con el paso del tiempo logramos establecer una red de amistades y parentescos.

No fue gratuito, pues, que el libro *Genealogías de Santafé de Bogotá* hubiera resultado de tanta utilidad en esta etapa del trabajo: los troncos familiares de los que descienden las familias que habitaron La Merced en sus inicios son menos de los que en principio habíamos imaginado, y las relaciones entre los primeros habitantes del lugar poco a poco saltaron a la vista.

Después de algo menos de dos años de realizar entrevistas con personas de edades y condiciones muy disímiles, el esfuerzo de unir todas estas narraciones redundó en un resultado desigual. No podía ser de otra manera.

Sobre esta desigualdad, justamente, fundamos la estructura de la descripción de cada casa. Según pudiéramos o no encontrar al heredero de algún habitante inicial, y según la disposición para la memoria y la narración de cada uno de quienes accedían a participar de las entrevistas, obteníamos diferente información para cada casa: más o menos anécdotas; descripciones de las antiguas viviendas, imágenes, detalles… En algunas teníamos horas de información y documentos originales; en otras, muchos recuerdos personales de los que en realidad podíamos usar muy poco, apenas algunos datos básicos.

Decidimos por lo tanto establecer una línea fundamental en los contenidos para lograr cierta homogeneidad. Así, los textos de este aparte estarían estructurados sobre ciertos hechos concretos como la información básica de cada casa: uso actual, fecha de construcción, familia que la emprendió, arquitecto y generalidades del diseño… Matizaríamos esta propuesta inicial con algunas anécdotas que apuntalaran las características de la casa como objeto y la manera en la que esta era vivida. Cerraríamos con el destino que tuvo cada una de ellas con el paso de los años, desde su construcción hasta la actualidad.

Procuramos tener presente siempre el respeto por la información obtenida acerca de hechos e información arquitectónica y de uso, y darle prelación sobre los detalles personales de las diferentes familias que nos llevaran a la comprensión, de alguna manera, del lugar concreto o del sector. Así evitaríamos perder el centro y caer en la fácil tentación de celebrar algunas veleidades personales que no nos interesaba reproducir. También, procuramos ser muy cuidadosos al tratar de no convertir la información recolectada en una fórmula que se replicara de una a otra casa, pues queríamos respetar la peculiaridad de cada testimonio y de la información que nos era compartida. Nuestra intención era que esta cuarta parte fuera el centro del libro, y mantuvimos en ella, como se ve, la motivación inicial, aquello que nos había vinculado afectivamente con el proyecto: el rastreo de las voces de los vecinos, los testimonios de aquellos que tenían algo que contar al respecto.

El libro se cierra con un recorrido por las calles y por los árboles del sector. Un estudio sobre uno de los primeros barrios que se formó bajo la idea de “ciudad jardín” en Bogotá debía por fuerza incluir una mirada sobre ciertas especies que ilustran el concepto de ciudad verde y de forestación y reforestación que tuvo lugar durante la segunda mitad de la década del 20. a relación con los espacios verdes y con la naturaleza marcó la historia del sector y le dio las peculiaridades que aún mantiene.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Es cierto que muchos de los árboles referenciados en el libro no son contemporáneos al surgimiento del barrio, pero hoy lo caracterizan y dan cuenta de la manera en la que fue asumido.

Se trata, como se ve, de un texto fundamentalmente descriptivo. Recoge la información histórica y de la sociología de Bogotá para procurar el contexto en el que el barrio La Merced fue posible, y la forma en la que se desarrolló a lo largo de poco menos de un siglo. No propone, premeditadamente, una posición crítica respecto a la bibliografía revisada ni ante las entrevistas realizadas; establece algunos hechos y ciertas perspectivas concretas para comprender el proceso urbanístico del sector y las formas de vivir la ciudad.

No es fácil seguir en Bogotá una tradición de estudios sobre historia o sociología urbana que se ocupe concretamente de los barrios que componen la ciudad. Este libro pretende dar un paso adelante en ese sentido. Entiende, y así lo propone, que el seguimiento -histórico, sociológico, de historias de vida- del barrio como unidad constitutiva puede resultar de utilidad para comprender los procesos urbanos de una ciudad cada vez más compleja.

Javier H. Murillo

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados CESAR. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

La ciudad que se mueve

El 31 de agosto de un año que no diré
sucesivos terremotos destruirán Santafé.

Margallo y Duquesne

La ciudad se sacudió. Literalmente.

El 31 de agosto de 1917, noventa años después de que el sacerdote Francisco Margallo y Duquesne predijera la destrucción de Bogotá, múltiples movimientos de tierra zarandearon los cimientos de la ciudad y echaron por tierra edificaciones, sobre todo al norte, en lo que ya se conocía como el barrio Chapinero.

Aterrados con el movimiento de tierra, los bogotanos recordaron las predicciones de Margallo y salieron en procesión a la Iglesia del Voto Nacional –que permaneció intacta– a rogar porque él y todos los santos intercedieran por la ciudad. Los ruegos tardaron en llegar a su destino; a pesar de la fuerza de la fe de los implorantes, se contaron más de 40 movimientos durante los seis primeros días de septiembre, después de los cuales resultó destruida la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, lo mismo que seriamente estropeadas las capillas del Sagrario y San Ignacio.

Al final, la tierra dejó de moverse y todos pudieron regresar a sus casas a contar los estragos. Bogotá estaba maltrecha pero no destruida, y sobrevivió a este embate de la naturaleza como lo había hecho ya en otras ocasiones desde el comienzo de ese siglo que parecía ensañarse con ella. El incendio de las Galerías Arrubla, que acabó con la Casa Municipal de Gobierno la noche del 20 de mayo de 1900, o el paso amenazante, diez años después, del cometa Halley por el cielo de la ciudad, significaban, para no pocos, que el apocalipsis estaba cerca, que se estaba viviendo el final de una época.

Probablemente tenían razón. Los testigos del incendio, del paso del cometa y de los temblores se daban cuenta –más allá del miedo de que el cielo cayera sobre sus cabezas– de que la ciudad comenzaba a ser otra, que ya no existía más la vieja Santafé, la aldea silenciosa que discurría lenta a los pies de la Virgen de Guadalupe.

Primera Calle Real (actual Carrera Séptima) y los primeros sistemas de transporte: el burro, el coche y el tranvía de mulas (1909). Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Archivo JVOR.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



© CESA reproducción sin previa autorización.

Carrera Séptima entre las calles 19 y 20 (1850). Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Archivo JVOR.

El incendio de las viejas galerías, que había comenzado –irónicamente– en un local llamado El Porvenir, dio paso a un nuevo edificio de gobierno municipal: el suntuoso y afrancesado Edificio Liévano; el Halley fue el abrebocas de las celebraciones del primer centenario de la independencia nacional, y si bien la amenaza de la destrucción de la ciudad por un movimiento telúrico permanece aún hoy en día en el imaginario de los bogotanos, con o sin Margallo, los temblores de 1917 propiciaron que Bogotá, más viva que nunca, y terca ante las advertencias de quien es todavía uno de los más celosos guardianes de las buenas costumbres, entrara en un periodo crítico de su historia urbana. A partir de la segunda década del siglo XX hubo un impulso arquitectónico desconocido hasta entonces en la capital, y se pondrían en marcha procesos que alterarían su carácter y la manera de vivir de sus habitantes.

Apresurarse para ir acá

Bogotá se movió. Se venía moviendo desde años atrás, pero ahora parecía hacerlo más rápidamente.

Las migraciones de la segunda mitad del siglo XIX, particularmente desde la década

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Celebración de la primera piedra del Templo de Chapinero, actual Iglesia de Nuestra Señora de Lourdes (22 de noviembre de 1875). Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Archivo JVOR.

de los 70, produjeron cambios definitivos en la demografía de la ciudad. Esta pasó de tener poco más de 48,000 habitantes a mediados del XIX, a contar con casi el doble al empezar el nuevo siglo, lo que hizo que poco a poco sus fronteras se fueran abriendo, particularmente hacia sur, hacia San Cristóbal; y hacia el norte, por el antiguo Camino de la Sal –actual Carrera Séptima–, hacia Chapinero.

Los chapines, zapatos populares en la península y mencionados por Cervantes y Quevedo en sus obras[1], eran los zapatos más vendidos en la fábrica de don Antón Hero Cepeda, andaluz que había establecido su taller en un terreno de su propiedad, distante algunos kilómetros del centro de la ciudad.

Al mismo Cepeda se le llamó el chapinero, término que durante el siglo XIX se utilizó informalmente para referirse también al sector donde había estado ubicada su fábrica. El uso llevó al municipio a formalizar, mediante un acuerdo del 17 de diciembre de 1885, el nombre Chapinero para la zona[2].

[1]Francisco Danvila, (1888). "Los chapines en España". Boletín de la Real Academia de la Historia 12, no. 4 (1888), 337-341.

[2]Andrés Ospina, Bogotálogo. Usos, desusos y abusos del español hablado en Bogotá (Bogotá: Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 2011), 246-247.

Chapinero ya era a finales de ese siglo uno de los destinos predilectos de los bogotanos, quienes encontraron en las zonas al norte de la ciudad buenas tierras, muy aptas para la agricultura y la ganadería, el espacio ideal para la constitución de grandes haciendas con nombres sonoros como La Magdalena, El Salitre, La Soledad, El Campin, Rosales, La Merced… También, casas de recreo a las que las élites de la ciudad se desplazaban los fines de semana o durante los meses de diciembre y enero en busca de lo que desde entonces significa, en Bogotá, El Norte: campo abierto y "aire puro"; un espacio bucólico de descanso a solo algunos kilómetros de distancia.

En los meses de junio y diciembre, las casas eran ocupadas por sus dueños, pues allí transcurrían las alegres vacaciones de los niños, las que eran muy agradables, porque los dejaban montar a caballo y tomar leche recién ordeñada, en las famosas totumas traídas de Tibaná. Se entretenían en esquilar las ovejas y en ver herrar los animales de la hacienda, y se daban a la rústica tarea de apretar la cuajada.

La preparación del veraneo era dispendiosa, pues el largo viaje hasta Santafé requería que no se les olvidara ninguna cosa necesaria, para luego tener el grave problema de de verse obligados a mandar al chino, en la burra, hasta la ciudad, a traer lo olvidado[3]*.*

Por lo anterior, los terrenos ubicados al norte del casco urbano se convirtieron en uno de los focos de interés económico más importantes de la Sabana. Tanto así que, cuando se pensó en el establecimiento de un medio de transporte urbano "moderno y rápido" para la ciudad, que estuviera a la altura de su crecimiento y de las expectativas de quienes en ellas ponían sus ojos desde fuera, el camino a Chapinero fue el primero en mecanizarse.

Según refiere Ricardo Montezuma en *La ciudad del Tranvía* (2008), Bogotá dio el salto a un sistema de transporte público diferente al de carrozas tiradas por caballos como resultado del emprendimiento norteamericano. Fue William W. Randall, en 1870, cónsul de Estados Unidos en Barranquilla, quien tuvo la idea de establecer el tranvía en la capital del país, y doce años más tarde el Estado Soberano de Cundinamarca le había concedido al diplomático los derechos para su instalación.

[3] Daniel Ortega Ricaurte, "Apuntes para la historia de Chapinero", en Miradas a Chapinero, ed. Marcela Cuéllar Sánchez (Bogotá: Planeta, 2008), 52.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Boicoteo al tranvía administrado por norteamericanos. Carro detenido y ocupado por los "chinos", emboladores en la Plaza de Bolívar (1910). Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Archivo JVOR.

Sin embargo, Randall vendió sus derechos a un empresario, Frank W. Allen, quien a la postre creó la primera compañía de tranvía en Colombia: The Bogotá City Railway Company[4].

Este sistema mecánico de transporte colectivo era tirado por mulas, y su primera línea –la de Chapinero, como se dijo arriba– comenzó a circular el día de Navidad de 1884, con un recorrido de seis kilómetros. Partía de la Plaza de Bolívar, hacia el norte, por la Avenida de la República (actual Carrera Séptima a la altura de la Calle 13) hasta la Iglesia de San Diego (Calle 26), donde cruzaba al occidente, para tomar el Camino Nuevo (actual Carrera 13), y luego tomar otra vez hacia el norte hasta su última estación, en la plazuela de la iglesia de Lourdes.

Los carros, con una capacidad de hasta 20 personas, corrían sobre rieles de madera con un recubrimiento de acero importado de Inglaterra. Estos rieles resultaban apenas básicos para las necesidades de la geografía municipal, y costosos para sus finanzas, pero cumplían con el objetivo fundamental: evitar los desniveles característicos de las calles, construidas en esa época principalmente de arena, tierra y piedra; así se conseguía un desplazamiento más suave y rápido del carro. Un pasajero que quisiera usar el tranvía, en cualquiera de los dos sentidos, debía pagar una tarifa única de dos centavos[5], que era muy inferior a la de los otros sistemas urbanos de transporte.

Bogotá era, a comienzos del siglo XX, una ciudad relativamente pequeña, con un casco urbano alargado que bordeaba los cerros de aproximadamente cuatro kilómetros de longitud; de ahí que fuera fácilmente caminable en toda su extensión, y que el transporte colectivo interurbano no fuera una prioridad para sus gobernantes.

La idea del tranvía respondía, más bien, a una necesidad cosmopolita de las élites de la ciudad: la de sentir que despertaba del letargo colonial para comenzar a comportarse como una del nuevo siglo; la de sentirse parte del progreso y de integrarse, como estaba convencida de que le correspondía a la Atenas Sudamericana, al "mundo moderno". Y, para hacerlo, tenía que moverse con rapidez.

[4]Ricardo Montezuma, La Ciudad del Tranvía (Bogotá: Universidad del Rosario, 2008), 78-79.

[5]Juan Ignacio Baquero, "Tranvía Municipal de Bogotá. Desarrollo y transición al sistema de buses municipal. 1884-1951" (tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, 2009), 68.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Alameda de eucaliptos en los alrededores Parque Centenario (1910).
Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Archivo JVOR.

Había que entrar en procesos y sistemas mecánicos, en el juego del acero, los piñones y las cadenas de producción.

Para la primera década del siglo XX se habían construido casi mil kilómetros de vías férreas, y el impulso comunicador pasó también a las carreteras[6], con lo que las máquinas, trenes y automóviles –en 1906 se vio por primera vez un automóvil en la ciudad– fueron no solamente protagonistas sino instrumentos de los cambios que agitaban la sociedad. Gracias a ellos se acortaban las distancias, y el tiempo tenía nuevos significados; su valor comenzaba a tenerse en cuenta.

Esto puede verse con claridad en el funcionamiento del tranvía. Si en la primera etapa de los vagones tirados por mulas uno de los recorridos entre el centro de la ciudad y Chapinero podía durar hasta dos horas, según algunos testimonios, para 1892, sólo ocho años más tarde, salía un tranvía cada 20 minutos; para 1895, cada diez, y para la tercera década del siglo XX, con el tranvía eléctrico en pleno funcionamiento, el viaje completo podía durar algo menos de 15 minutos[7].

[6] Santiago Castro Gómez, en el segundo capítulo del libro Tejidos oníricos (Bogotá: Editorial Pontifcia Universidad Javeriana, 2009), realiza un análisis del significado de la velocidad en el proceso modernizador en Bogotá, desde el ferrocarril hasta el aeroplano, y la relación entre la aceleración y la modernización en nuestro país.
[7] Ricardo Esquivel, "Economía y transporte urbano en Bogotá, 1884-1930". Memoria y Sociedad 4, no. 2 (1997): 44, citado en Castro-Gómez, Tejidos oníricos, 74.

Si con el paso del tranvía se marcaba el paso de los bogotanos, también se marcaba su forma de construir sociedad. Una vez terminadas -se esperaba para siempre- las guerras civiles, el gobierno puso todo su esfuerzo en "avanzar hacia el progreso", lo cual significaba activar su participación en los mercados mundiales. Los sucesivos gobiernos de la época procuraron, pues, la colonización de terrenos baldíos para aumentar la producción de bienes agrícolas, y favorecieron la inversión extranjera, lo cual repercutió directamente en la apariencia y en la vida cotidiana de las ciudades, Bogotá la primera de ellas. Se dio un mayor impulso al comercio, y los bogotanos que habían viajado o los que soñaban con hacerlo podían conseguir en los almacenes más reputados del Centro bienes provenientes de Francia, de Inglaterra o de Estados Unidos.Así ocurrió en el moderno edificio Hernández. Construido en 1918, albergaba en sus galerías de los pisos bajos un almacén en el que se podían adquirir baratijas importadas a precios bajos (de un centavo a un peso)[8]: con ello se ponían al alcance de todos los bogotanos, y no solamente de los más acaudalados, bienes importados que resultaron de gran atractivo para toda la población. Desde Bogotá podía mirarse, ahora, el mundo entero.

El primer centenario de la independencia fue un acontecimiento para todo el país, y no lo fue menos para Bogotá. Que este centenario se celebrara, además, apenas tres meses después de que el cometa Halley hubiera tenido un buen vistazo de la ciudad sin destruirla tenía que ser un buen augurio: señal de que había que

[8]Castro-Gómez, Tejidos oníricos, 121.

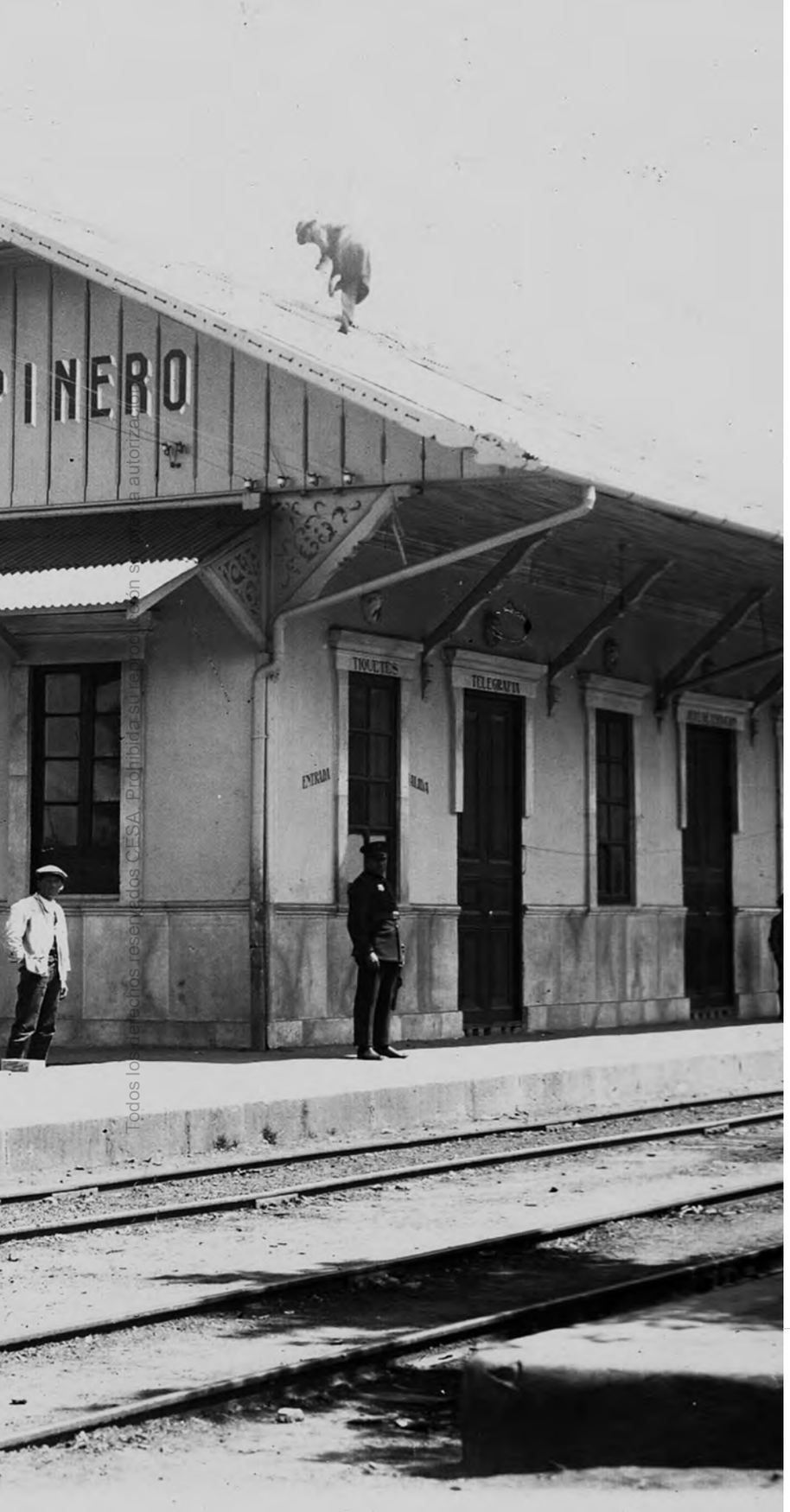
Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



mirar hacia adelante, hacia ese brillante futuro que ofrecía el progreso. Así lo entendió el selecto grupo de capitalinos encargado de organizar la celebración.

Para hacer inolvidable el acontecimiento, se dio forma a un nuevo lugar de encuentro público en el límite norte de la ciudad, al oriente de la Iglesia de San Diego, que se había convertido en el epicentro del progreso bogotano por el encuentro entre las líneas del ferrocarril y del tranvía: el Parque Centenario. Allí se organizó una feria en las que se enaltecían los logros tecnológicos de los últimos años, y se tomó como modelo, como propone Castro-Gómez, la más célebre de ellas: la Exposición Universal de París de 1889, en la que fue presentada la Torre Eiffel.

La feria nacional fue denominada Exposición Agrícola e Industrial, y era una mezcla de las europeas con un toque local. Por un lado, se mostraban algunos de los adelantos tecnológicos como los que solían presentarse en Europa, en diferentes salones o pabellones especialmente construidos para la ocasión, además de los productos agropecuarios y manufactureros típicos del país. La exposición se inauguró con gran pompa el 15 de julio de 1910, y se fundieron bustos conmemorativos de los próceres más representativos de la independencia: Bolívar, Caldas, Nariño, Salavarrieta…, que después fueron ubicados en plazas y parques de toda la ciudad.



Estación del Ferrocarril de Chapinero en la actual Calle 60 con Calle 14, actual Avenida Caracas (1926). Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Archivo JVOR.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin autorización.

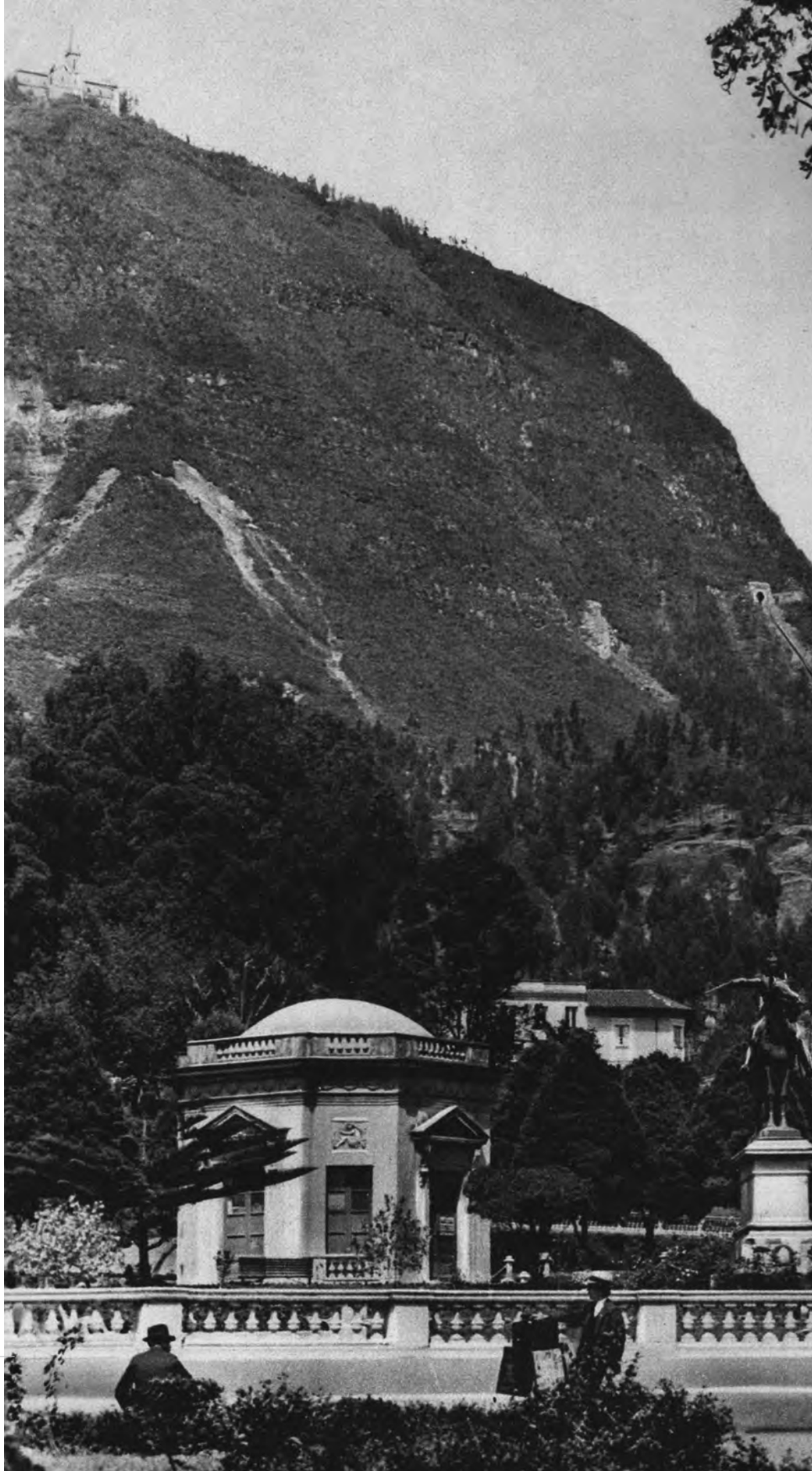
Uno de los principales atractivos de la exposición, complementa Castro-Gómez, fue la iluminación del parque: eléctrica.

> *Ya no bastaban los tradicionales estímulos sensoriales como el toque a vuelo de campanas, las bandas de música o los silbatos al aire, sino que era necesario acudir al impacto visual más propio de la modernidad: la luz eléctrica*[9].

El efecto, que maravilló a los bogotanos mientras duró el festejo, no cayó del cielo; esta vez fue resultado del esfuerzo de la familia Samper, dueña de la empresa de energía eléctrica de la ciudad. Se instaló, en una pequeña construcción de cemento, un generador eléctrico que proveyó del servicio al parque hasta el 20 de julio.

Esta edificación, que resulta hoy todavía curiosa e incluso descontextualizada para los visitantes del parque, se encuentra en pie, casi en el mismo lugar, apenas desplazado unos metros. La ciudad lo conoce desde hace 105 años con el nombre de "Quiosco de la Luz".

[9] Castro-Gómez, Tejidos oníricos, 32.



Quiosco de la Luz, en el Parque Centenario (s.f.). Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Archivo JVOR.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Ese mismo año el tranvía había dejado de ser hipomóvil y se había unido al milagro de la energía eléctrica.

Este hecho había favorecido sus tiempos, como se ilustró arriba, pero su servicio no era el esperado, o por lo menos no había evolucionado con la creciente demanda de pasajeros.

Eran comunes las quejas por abusos de los empleados hacia los clientes; por atrasos en los horarios (que le dieron a los tranvías el apodo de "cometas"[10], por su baja frecuencia) o por la ausencia de vagones suficientes para el número de pasajeros potenciales.

De ahí que en marzo de ese año, un mes antes del paso del cometa y cuatro antes de las celebraciones del centenario, comenzara un boicot a la empresa norteamericana que terminó con la municipalización del servicio tras la venta de la empresa a Bogotá por un precio de 800,000 pesos de la época.

[10] James D. Henderson, *Modernization in Colombia. The Laureano Gómez Years, 1889-1965* (Gainesville, FL: University Press of Florida, 2001), 93.



Trabajador del acero en los rieles del tranvía (1910). Fondo Luis Alberto Acuña Casas, Colección Museo de Bogotá. Fotógrafo anónimo.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Servicios, públicos

A finales del siglo XIX se estableció, sobre el costado occidental del tranvía y entre las calles 29 y 30, la fábrica de cerveza Bavaria. Su puesta en marcha fue fundamental para el desarrollo económico y social de Bogotá, pues la empresa se convirtió en uno de los principales empleadores de la ciudad.

Al comenzar la segunda década del siglo, hacia 1914, gracias a la intermediación de la dirección de Bavaria, y principalmente de Leo Kopp, su fundador y presidente, un grupo de obreros allí empleados adquirieron un conjunto de lotes en los altos de San Diego unas manzanas al oriente de las instalaciones de la fábrica para establecer allí sus viviendas. Este se llamó inicialmente "Barrio Unión obrera", y después, como se le conoce hasta ahora, "La Perseverancia"[11].

Con la creación del barrio, como se esperaba por parte del señor Kopp, se daba solución a los problemas de traslado de estos empleados a su lugar de trabajo.

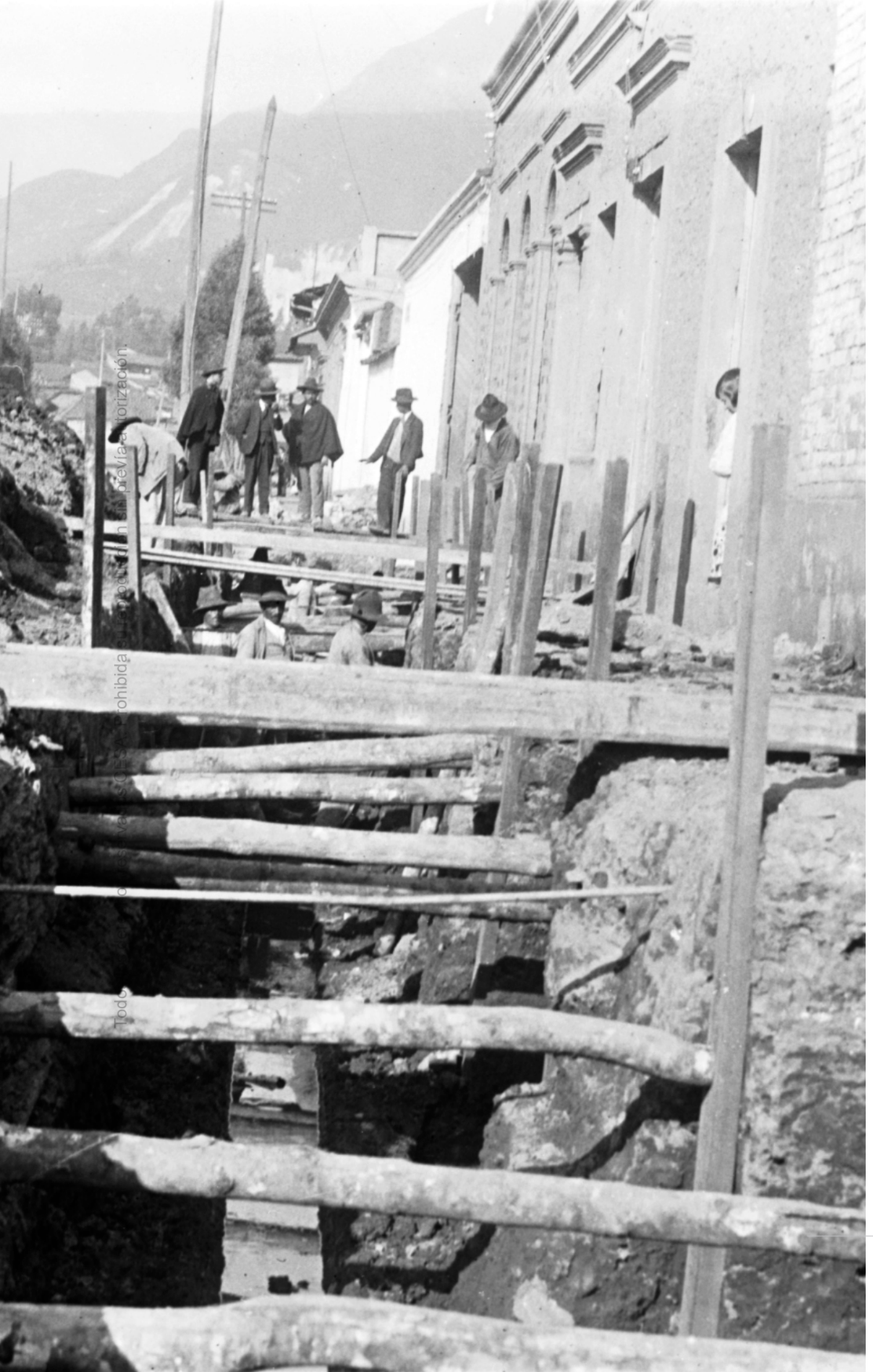
Pero se consiguió mucho más que eso. El barrio obrero marcó dos puntos importantes en el desarrollo de la ciudad. El primero, daba inicio a la suburbanización organizada, y con perspectivas higienistas para clases populares; esto es, se planeaba, en los umbrales del casco urbano, un nuevo lugar de residencias que se construiría con una infraestructura de servicios públicos suficiente (agua, luz, alcantarillado) y con zonas de circulación apropiadas para el uso que recibiría. Y el segundo, se fortalecían la organización popular y la agremiación obrera, que más tarde darían cuerpo al movimiento sindical en Colombia. Así como se creó y se fortaleció la industria cervecera en la ciudad, se establecieron otras de telares, para suplir la necesidad interna y la de otros mercados; crecieron los chircales, en donde se fabricaban ladrillos y tejas con el característico barro rojizo de las faldas de los cerros orientales, así como las minas de carbón y de arena.

Estos surtían de materiales la creciente demanda que se generó con la densificación de las localidades tradicionales, llamadas entonces "parroquias". Bogotá redefinía la estructura de sus tradicionales viviendas de uno o dos pisos, lo mismo que sus usos, y con el crecimiento periférico respondía a las necesidades expansivas de la población.



[11] Baquero, "Tranvía municipal de Bogotá", 74.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todo uso de esta obra está prohibida sin autorización previa.

Si en sus primeros 350 años de historia de Bogotá se acomodó plácidamente en las faldas del cerro de Guadalupe, que le fueron suficientes, en los siguientes 50 avanzó hasta que las desbordó y convirtió a Monserrate, por el norte, en su punto de referencia.

Al mismo tiempo que se municipalizaba el servicio de transporte público urbano, lo hicieron también otros servicios públicos. Así ocurrió con el precario acueducto. La ciudad había tenido siempre suficiente acceso al agua dados los numerosos ríos y quebradas que bajan por las laderas de la cordillera.

Con algunas de estas corrientes de agua, durante la colonia, se estructuraron las fuentes públicas; la primera de ellas, la de El Mono de la Pila. A finales del siglo XIX se comenzaron a usar tuberías de hierro para la provisión de agua de la ciudad, y se le dio concesión a un privado, el señor Ramón B. Jimeno, para el establecimiento, uso y explotación de la infraestructura de los acueductos de la ciudad.

Sin embargo, para 1914 el sistema volvió a ser manejado por el municipio, que reestructuró y amplió sus redes para llegar a un sector mucho más amplio de la población.

Instalación de tuberías del acueducto de Bogotá (1910). Fondo Luis Alberto Acuña Casas, Colección Museo de Bogotá. Fotógrafo anónimo.



Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

También se le dio mayor fuerza, desde la administración municipal, al telégrafo, al sistema de alumbrado público, al de alcantarillado y al de recolección de basuras; los principales males en la ciudad, para sus naturales y para quienes llegaban a visitarla. Hasta el siglo XIX, las aguas residuales o "servidas", como se llamaban, iban a las calles, y debían ser el agua lluvia y la fuerza de gravedad las que se encargaban de llevarlas a los ríos.

Es bien conocido que los desechos de las viviendas quedaban en las calles, y que los caminantes de las estrechas aceras coloniales debían tener cuidado a las voces de "¡Agua va!" que salían de las ventanas; razón por la cual Carreño, en su conocida *Urbanidad*, aconsejaba que los caballeros protegieran a las damas haciéndoles caminar por el lado de la calle, de tal forma que fueran ellos los que recibieran los humanos efluvios, si el caso se diera.

Las basuras se acumulaban en las esquinas, llevadas por el viento, y en los lugares de reunión, como plazas de mercado. En este caso debían ser también las lluvias las que se hicieran correr los desechos, al punto que desde 1880 se habían modificado las calles para hacer en ellas canales centrales para que por ellos

[12] En *Los años del cambio* (Bogotá: CEJA, 2000), Germán Mejía Pavony describe el sistema norteamericano adaptado en las calles bogotanas a finales del siglo XIX. Éste, en principio, tenía como propósito hacer circular el agua lluvia de las calles y lograr, con ello, que el empedrado de las mismas se mantuviera mejor al paso de los carros más pesados, que habían tenido prohibida su circulación entre 1840 y 1870 (Mejía Pavony, 2000). Sin embargo, como resulta evidente, la situación de desaseo descrita arriba provocaba que por los canales de la obra civil circulara, también, durante los meses de lluvia, la basura de toda la ciudad.

Tanques del primer acueducto de Bogotá, en el barrio Egipto (s.f.). Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Archivo JVOR.

se evacuaran los desechos, hacia los ríos, que desde entonces eran fuente, según los cronistas, de inmundicia e infecciones.

Cuenta Miguel Cané, diplomático argentino, de su paso por Bogotá:

> *Al mismo tiempo, [el caño] comparte con el chulo (los gallinazos del Perú)… las importantes funciones de limpieza e higiene pública, que la Municipalidad le entrega con un desprendimiento deplorable. El día que, por una obstrucción momentánea (y son desgraciadamente frecuentes), el caño cesa de correr en la calle, la alarma cunde en las familias que la habitan, porque todos los residuos domésticos que las aguas generosas arrastraban, se aglomeran, se descomponen bajo la acción del sol, sin que la plácida fermentación sea interrumpida por la acción municipal, deslumbrante en su eterna ausencia*[13].

Al comenzar la segunda década del siglo XX, el municipio prohibió las acequias abiertas a la luz, y ordenó cubrir los cauces de los dos principales ríos bogotanos: San Agustín, al sur; y San Francisco, más al norte, que se constituían en cloacas, particularmente durante el verano. A partir de estas obras se comenzó a diseñar un sistema de colectores y de canales, con tubos de hierro, para las aguas blancas y negras de la ciudad. Esto, unido a un sistema más organizado de recolección de basuras, permitió que la ciudad tuviera una apariencia más limpia y más amable para sus habitantes. La ciudad contó con luz eléctrica en algunas de sus calles. En las más cercanas a su plaza central, se hicieron nuevas aceras y se ampliaron las que ya existían al paso del tranvía. Con el nuevo siglo, los servicios, que estaban reservados casi exclusivamente para las élites, comenzaron un paulatino proceso de democratización.

[13] Miguel Cané, En viaje (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2005), 182.

Desarrollo urbanístico y norte magnético

Arquitectónicamente, Bogotá comenzó a pensar más allá del modelo colonial español ya entrado el siglo XX. Las grandes quintas de Chapinero que resultaron averiadas con los temblores de 1917 no eran las casonas de adobe y tierra pisada, de un piso y con patio central que se podían ver en el centro de la ciudad desde el siglo XVI. Eran edificaciones de dos o más pisos, construidas con cemento.

Bogotá imaginaba otro tipo de residencias. Otro tipo de forma de vivir. Diseños y materiales comenzaron a importarse, primero desde Europa (Francia e Inglaterra fueron los modelos más frecuentes), y después desde Estados Unidos, en ocasiones marcadamente heterodoxa, en lo que se ha conocido como el periodo "ecléctico" de la arquitectura bogotana.



Parque de Chapinero, con la estatua de monseñor Vicente Arbeláez, gestor de la construcción del Templo de Nuestra Señora de Lourdes (s.f.). Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Archivo JVOR.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Se reprodujeron y se adaptaron estilos de la campiña inglesa y francesa; se probó suerte con el decó y con funcionalismo; se copiaron almenas mudéjares y se disminuyeron en muchas escalas torres medievales para conseguir el efecto buscado por cada constructor.

Con la adopción del acero y el concreto, se planearon edificios más altos que cualquiera soñado hasta entonces, y se jugó con formas y texturas que no se habían visto en la ciudad.

Se comenzó a hacer frecuente el uso del hierro y del cemento, poco visto hasta bien entrado el siglo XX, lo que posibilitó, también, construcciones más altas, edificios de varios pisos.

Los caminantes bogotanos, acostumbrados a deambular de manera incómoda por las calles estrechas y bajo los balcones arrodillados y a los aleros de teja de barro que los protegía de la lluvia, se vieron de pronto sorprendidos por espacios amplios y abiertos, con fachadas imponentes y palaciegas; con escaleras tras los ventanales, con vitrales y celosías desconcertantes. Y, al frente de las casas, antejardines arborizados que reemplazaban el patio interior de piedra y fuente, y muretes y rejas que separaban la casa del transeúnte.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.





revía autorización.

La expansión de Bogotá en sus tres puntos cardinales implicó entender de una forma diferente el urbanismo. Se pensó en reestructurar la ciudad y dejar de lado la vieja cuadrícula, el damero con el que se había construido la ciudad colonial.

Ejemplo de ello es que las nuevas obras, las que hacían crecer la ciudad hacia el norte, más allá de la Calle 26 y alrededor del Parque Centenario, pensaran en calles diagonales y en amplios sectores destinados para el espacio público que no fueran rectangulares.

Comenzaba a haber una conciencia de la ciudad: de su pasado, de su presente y, por primera vez, de su futuro. Bogotá podía reinventarse y ser diferente. Incluso, modificar la ciudad parecía ser la primera responsabilidad del momento.

Así lo entendía Ricardo Olano, industrial oriundo de Yolombó, Antioquia, apasionado del desarrollo urbano a comienzos del siglo XX y seguidor de las ideas del City Planning. Desde sus artículos en la revista *Progreso*, de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, difundió e impulsó las bondades de la planeación urbana en las ciudades de Colombia.

Lo hizo en Medellín, primero, y después en Bogotá, en 1917, cuando propuso el levantamiento del Plano Futuro de la ciudad, un plano en el que se plasmaran las expectativas urbanas, todas ellas enmarcadas por un concepto moderno de ciudad: amplia, cómoda e higiénica.

El movimiento del City Planning surgió en 1893, gracias a la planeación espacial realizada para la Exposición Universal de Chicago, a cargo del arquitecto y urbanista Daniel H. Burnham (1846-1912).

El éxito de la exposición hizo que Chicago comisionara a Burnham para desarrollar el plan urbanístico de la ciudad en 1909, fundamentado en "principios de racionalización, estandarización y centralización de la vida cívica"[14]: una mezcla de la planeación de Haussmann y los procesos de industrialización crecientes en Norteamérica.

El plan de Burnham llegó a convertirse en el modelo para la planeación urbana dentro y fuera de Estados Unidos, y llegó a las manos de Ricardo Olano, quien lo utilizó como base para sus críticas al programa Medellín Futuro[15].

Carrera Séptima -o Carrera de Arriba- a su llegada a Chapinero (1904). Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Archivo JVOR.

[14]Thomas J. Schlereth. "Burnham's Plan and Moody's Manual. City Planning as Progressive Reform." Journal of the American Planning Association 47, no. 1 (1981): 75.
[15]Luis Fernando González Escobar. "Del higienismo al taylorismo: de los modelos a la realidad urbanística de Medellín, Colombia 1870-1932". Bitácora 11 (2007): 155.

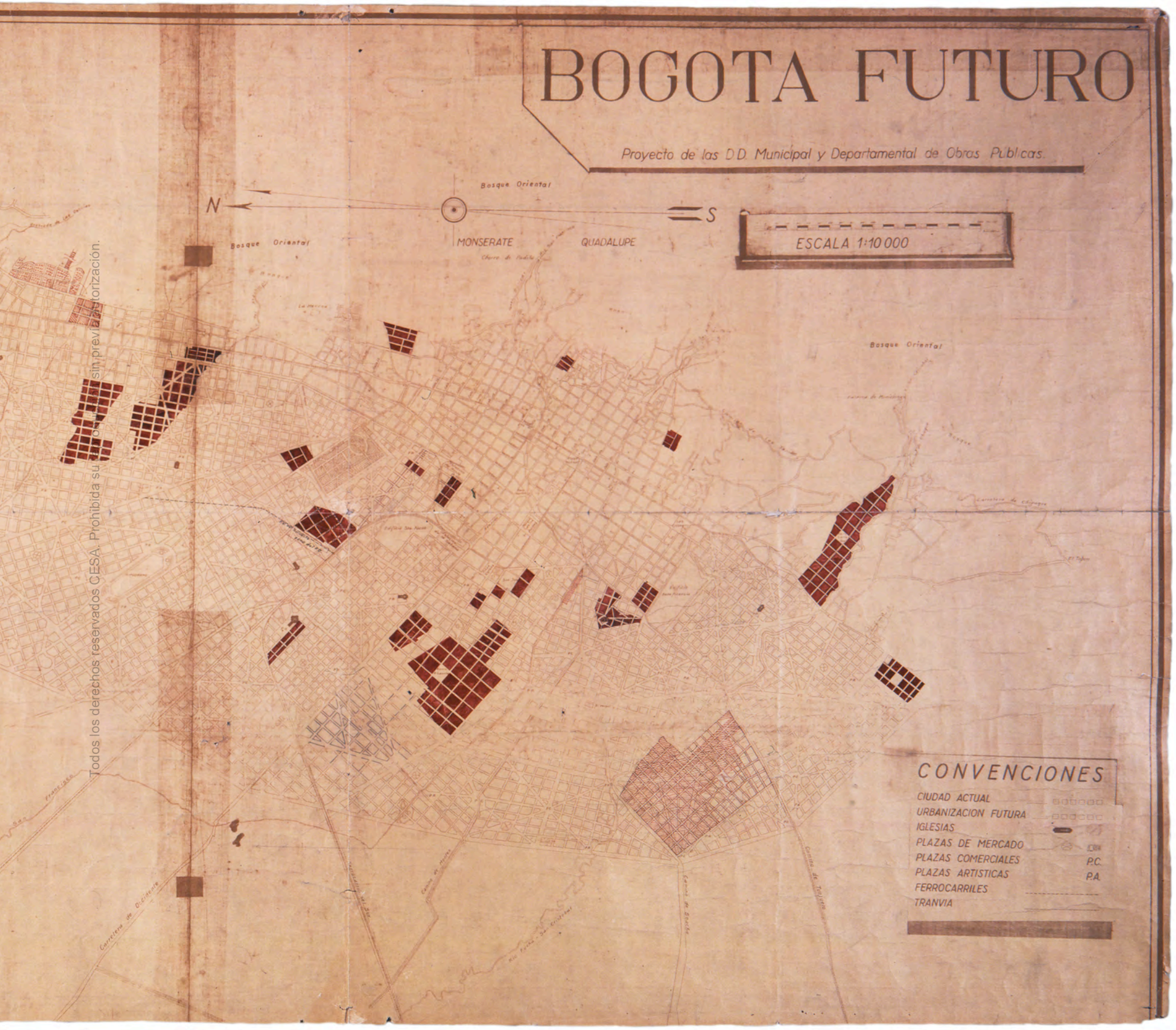
Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Plano Bogotá Futuro (1925). Dirección Municipal y Departamento de Obras Públicas, Colección Museo de Bogotá.

BOGOTA FUTURO

Proyecto de las D.D. Municipal y Departamental de Obras Publicas



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Diez años después, en 1927, se crearía la Sociedad de Embellecimiento y Mejoras Públicas de Bogotá. Como puede leerse en el Boletín de la Sociedad de ese mismo año:

> *El alto espíritu cívico y el amor a la ciudad que lo vio nacer, movieron al progresista y Alcalde y entonces, doctor Raimundo Rivas, a fundar esta benéfica institución integrándola con un selecto grupo de caballeros que desde entonces, sin tregua ni descanso, han trabajado […] por convertir los antiguos sistemas coloniales y las antiestéticas, calles santafereñas, de acuerdo con los modernos adelantos procurando ir a la par de la civilización y esforzándose porque merezca dignamente el título ya gastado de Atenas Suramericana y ostente con orgullo el nombre de capital de uno de los más adelantados países de la América Hispana*[16].

Pero solo entre la tercera y la quinta década del siglo XX se presentaron los primeros planes urbanos de la ciudad. En ellos se proponía la creación de nuevos espacios, más "verdes e higiénicos", según algunos de los conceptos de la Ciudad Jardín de Ebenezer Howard.

[16]Boletín de la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá (Bogotá: Sociedad de Embellecimiento y Mejoras Públicas de Bogotá, 1927), 367, en Elvia Isabel Casas Matiz, Ciudad, forma y ciudadano: aspectos para la comprensión de la ciudad (Bogotá: Universidad Católica de Colombia, 2009), 56.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



El conocido urbanista austriaco Karl Brunner fue el director, entre 1933 y 1945, del Departamento de Urbanismo de la Secretaría de Obras Públicas de la ciudad, y el encargado de desarrollar los planes más ambiciosos de la época.

El primero de ellos fue el que se conoció como el Urbanismo de los Barrios. Para Brunner, los barrios no deberían responder a la forma en la que se realizaba la parcelación de las tierras ni al agente inmobiliario que realizaba una negociación. Por el contrario, tendrían que ser el resultado de una propuesta arquitectónica y urbanística concreta –éstas con principios, también, de la ciudad jardín– que a la larga dieran forma a una "cultura urbana".

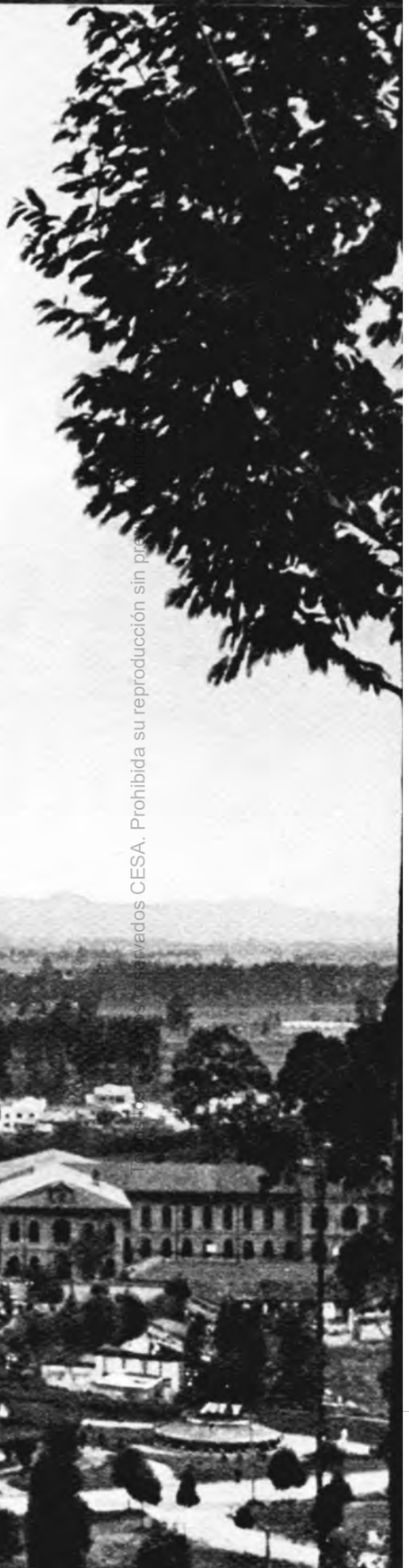
El segundo, el modelo de ampliación de la malla vial de Bogotá. Éste contaba con un complemento fundamental para las calles tradicionales o "de barrio": la construcción de avenidas que no solamente privilegiarían la velocidad y la circulación, sino que además alterarían radicalmente el paisaje urbano. Se trataba de grandes espacios exclusivos para vehículos que muy a menudo contaban con trazados diagonales que alteraban radicalmente la cuadrícula tradicional e, incluso, debían comenzar por derruir edificaciones y sectores tradicionales de la ciudad.

Ebenezer Howard (1850-1928), urbanista empírico inglés, creía que "la vida social y el entretenimiento de la ciudad debía combinarse con la belleza y el aire fresco del campo" (Steuer, 2000, pág. 378).

Esta idea de unir las ventajas de la ciudad y el campo caló en la intelectualidad y la política británica de la época, lo que dio origen al movimiento de la ciudad jardín (Garden City).

La idea utópica de la ciudad y el campo unidos influyó en la construcción de ciudades como Tel Aviv, Nueva Delhi y Canberra; en gran cantidad de barrios y suburbios en el Reino Unido, Estados Unidos y, en menor medida, en Latinoamérica, donde la influencia de este movimiento se ve en los arquitectos radicados en la parte sur del continente (Brasil, Argentina, Chile) que luego recorren el continente para desarrollar planes maestros junto a expertos europeos y norteamericanos.

[17] Max Steuer, "Review article: A hundred years of town planning and the influence of Ebenezer Howard", British Journal of Sociology 51, no. 2 (2000): 378.



Vista panorámica del Parque Nacional y del occidente de la ciudad. A la derecha, el Colegio Sagrado Corazón de Jesús (1934). Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Archivo JVOR.

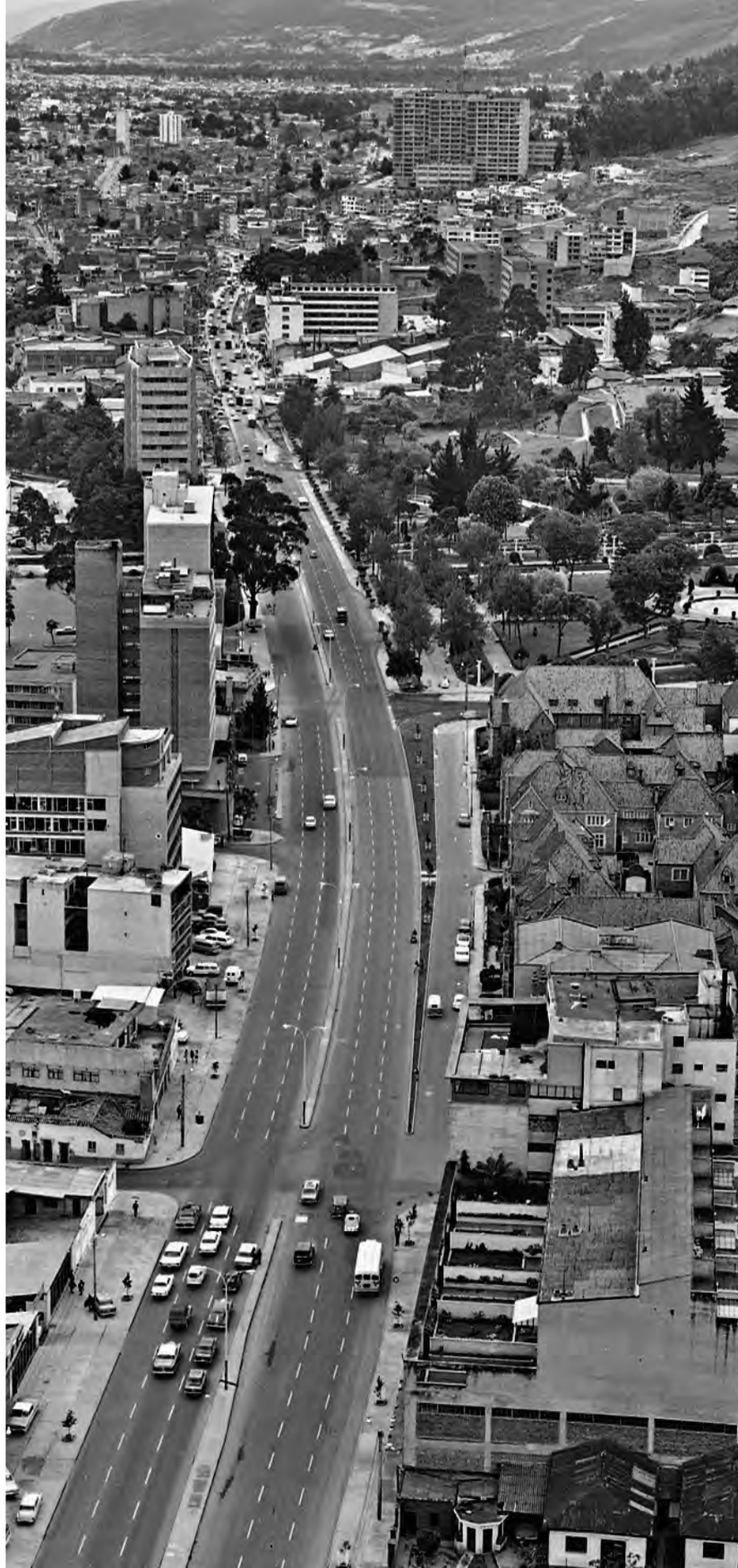
Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin permiso.

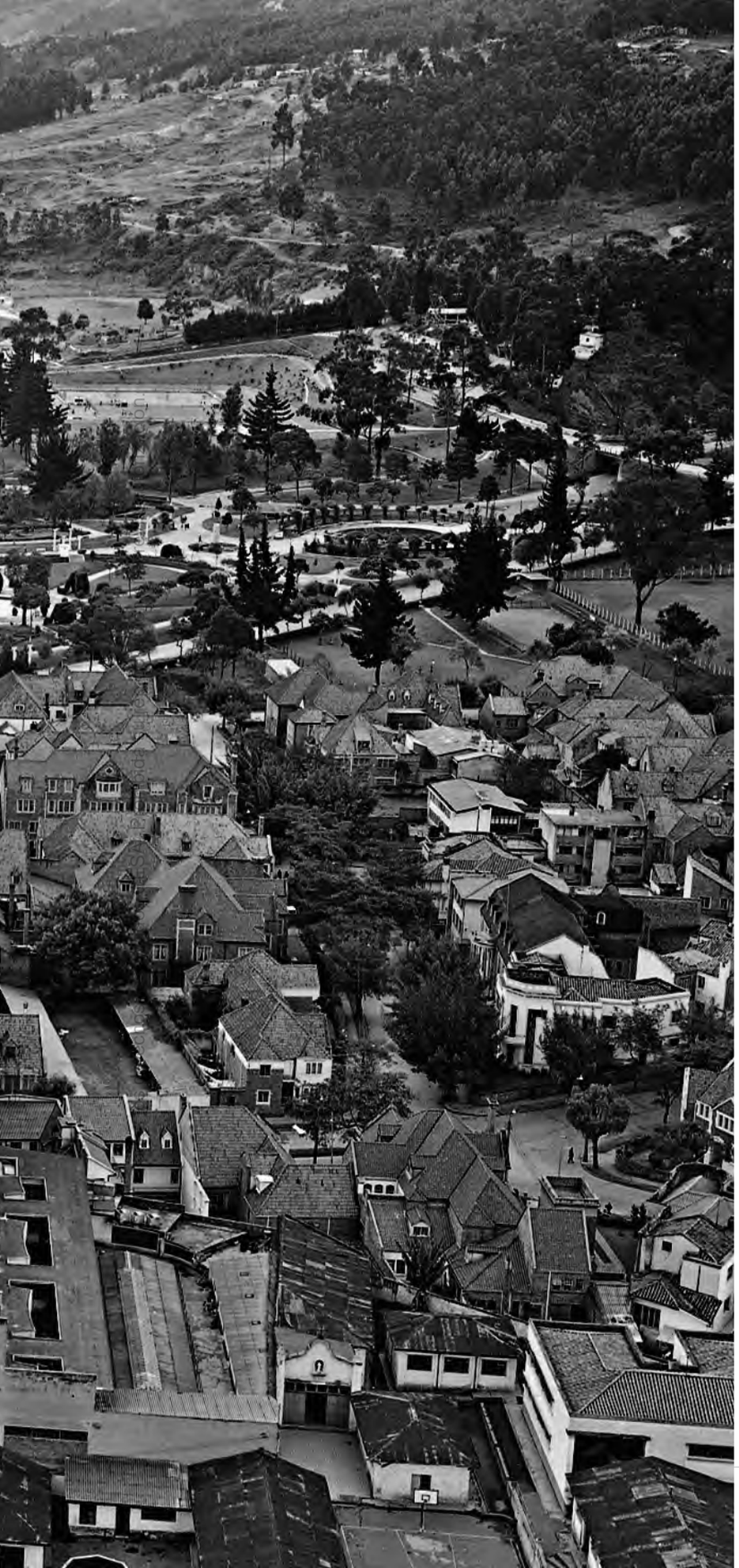
Desde los proyectos de Brunner parece establecido que el desarrollo urbano bogotano se da a lo largo de las vías principales: la Carrera Séptima –la más importante de la ciudad–; la Avenida Caracas –antigua Calle de la Carrilera–; la Avenida Ciudad de Quito –que recibió, después de la Caracas, el paso del ferrocarril–; la Carrera 13 –ruta de la primera línea del tranvía–; o, en años posteriores, la Avenida El Dorado. Adicionalmente, quedaba claro que la expansión formal de la ciudad debía hacerse fundamentalmente en sentido sur–norte. Así, el rectángulo del casco urbano fue alargándose hasta convertirse en una medialuna que, bordeando las faldas de los cerros, finalmente incluyó Chapinero.

De esta manera, Bogotá, en treinta años, comenzó a crecer como una ciudad completamente diferente a aquella en la que se había desarrollado previamente. La suburbanización, hacia el norte y hacia el sur, por migraciones que se asentaban en sus límites o por desplazamientos de la población del antiguo casco urbano, redefinieron su silueta, ya se dijo, y su carácter; de donde se desprende uno de los fenómenos más interesantes del proceso de modernización: el hecho que las familias de clase alta, en vez de permanecer en el centro histórico, como en otras ciudades, haya migrado, casi que constantemente durante todo el siglo XX, hacia el norte.

El atractivo inmobiliario que resultaba ser Chapinero con la existencia del tranvía puede explicarlo. Dado que el medio de transporte más moderno del país comunicaba el centro con uno de los sectores más exclusivos, unido al imaginario campestre e higienista de El Norte, hizo que que el lejano Chapinero, lo mismo que sus puntos intermedios, se convirtieran en un imán para quienes aspiraban a “mejorar su estilo de vida”.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.





Era cierto que el centro se había saturado, y que grandes haciendas limitaban el crecimiento urbano por el occidente, pero fue sobre todo la constitución del imaginario de que progresar significaba avanzar por sobre la Séptima hacia el norte lo que determinó que rápidamente los bogotanos quisieran copar los espacios que se definieron entre San Diego y Lourdes, entre la Séptima y la Avenida Caracas.

Después de la constitución de los barrios obreros en las dos primeras décadas del siglo XX, probablemente el caso emblemático de constitución de un barrio con todas las especificaciones que la modernidad urbana reclamaba por parte de un grupo social específico sea, precisamente, La Merced, construido entre 1937 y 1945.

Constituido en los predios de la propiedad que llevaba su nombre, y justamente limitada por La Perseverancia, La Merced se abre hacia el noroccidente hasta encontrar el Parque Nacional y la Carrea Séptima. La comunidad jesuita, propietaria del terreno desde 1908, loteó las aproximadamente seis hectáreas que hay entre la actual Carrera Quinta y la Séptima, y las calles 34 y 36, para obtener los recursos para construir el edificio del Colegio San Bartolomé de La Merced, que serviría en adelante como punto de referencia de la ciudad. El barrio de seis manzanas, guardado en sí mismo, mantuvo su carácter residencial de excepción durante 30 años. Con el paso del tiempo, sin embargo, las familias siguieron su curso sur-norte a sectores como La Cabrera, El Nogal o El Chicó, antiguas haciendas, también, que poco a poco cedieron ante la presión económica de los urbanizadores.

Pero, a pesar de los cambios de uso del sector, 80 años después La Merced guarda todavía aquello que lo hace extraña y típicamente bogotana.

Panorámica de la Carrera Séptima, hacia el norte, a la altura de la Calle 34. A la derecha, el barrio La Merced, que urbanizó parte del camino a Chapinero en la década del 40 (1971). Fondo Saúl Orduz, Colección Museo de Bogotá. Fotógrafo Saúl Orduz.

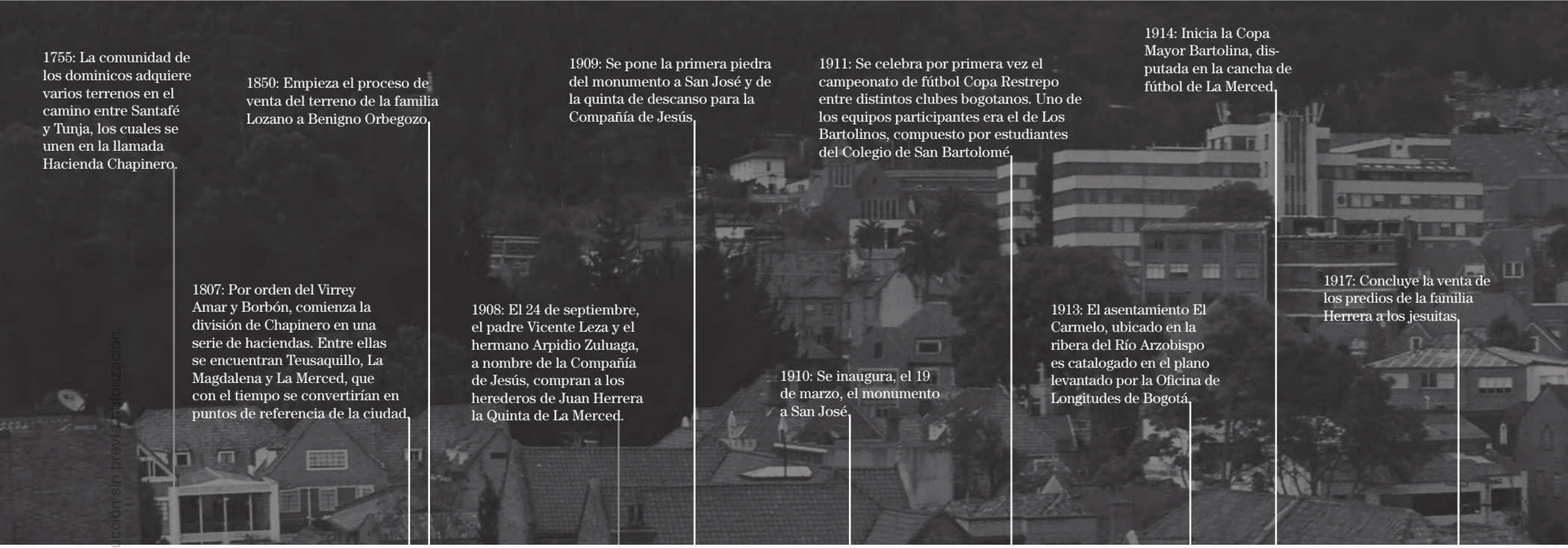


Todos los derechos reservados CESA - Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados OEA. Prohibida su reproducción

Vista de los suburbios al norte de la ciudad. Abajo, el lindero de la Hacienda La Merced sobre la Carrera Séptima y a la derecha el Parque Nacional. (1934). Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Archivo JVOR.



1755: La comunidad de los dominicos adquiere varios terrenos en el camino entre Santafé y Tunja, los cuales se unen en la llamada Hacienda Chapinero.

1807: Por orden del Virrey Amar y Borbón, comienza la división de Chapinero en una serie de haciendas. Entre ellas se encuentran Teusaquillo, La Magdalena y La Merced, que con el tiempo se convertirían en puntos de referencia de la ciudad.

1850: Empieza el proceso de venta del terreno de la familia Lozano a Benigno Orbegozo.

1908: El 24 de septiembre, el padre Vicente Leza y el hermano Arpidio Zuluaga, a nombre de la Compañía de Jesús, compran a los herederos de Juan Herrera la Quinta de La Merced.

1909: Se pone la primera piedra del monumento a San José y de la quinta de descanso para la Compañía de Jesús.

1910: Se inaugura, el 19 de marzo, el monumento a San José.

1911: Se celebra por primera vez el campeonato de fútbol Copa Restrepo entre distintos clubes bogotanos. Uno de los equipos participantes era el de Los Bartolinos, compuesto por estudiantes del Colegio de San Bartolomé.

1913: El asentamiento El Carmelo, ubicado en la ribera del Río Arzobispo es catalogado en el plano levantado por la Oficina de Longitudes de Bogotá.

1914: Inicia la Copa Mayor Bartolina, disputada en la cancha de fútbol de La Merced.

1917: Concluye la venta de los predios de la familia Herrera a los jesuitas.

40 hechos del

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

1939: La familia Moreno se traslada a su casa en La Merced.

1940: Jorge Eliécer Gaitán, Ministro de Educación, recibe el Colegio de San Bartolomé.

1941: Se inaugura el Colegio San Bartolomé La Merced, en un edificio construido por el arquitecto Ignacio Martínez Cárdenas.

1942: Ensanchamiento de la Carrera Séptima entre la Calle 30 y el Parque Nacional.

1944: Muere Benjamín Moreno.

1947: El 24 de mayo se inaugura el templo del Colegio San Bartolomé, consagrado a Nuestra Señora de la Estrada. Actualmente ocupa la Biblioteca del Colegio.

1948: Mientras se dan los disturbios del Bogotazo, George Marshall, Invitado de honor a la celebración de la Conferencia Panamericana, es huesped de una de las casa del barrio La Merced.

1949: El arquitecto italiano Bruno Violi construye en la esquina de la Carrera Séptima con Calle 34 un edificio que combina el uso residencial con el uso comercial, este último para la firma automotriz Buraglia Ltda.

1957: El arquitecto Enrique Triana construye en La Merced un edificio de apartamentos.

1926: José María Piedrahíta, uno de los futuros urbanizadores del barrio es nombrado alcalde de Bogotá.

1929: Ante el descontento popular, Piedrahíta sale de la alcaldía.

1930: Enrique Olaya Herrera se posesiona como Presidente. La Sociedad de Mejoras y Ornato le solicitó un parque público para la población bogotana.

1932: Se aprueba el proyecto de construcción del Parque Nacional.

Se conforma una junta para definir los predios donde se haría el Parque.

1933: En julio se aprueba el uso de los lotes Arzobispo, Tejar de Alcalá y Quinta de las Mercedes para la construcción del Parque Nacional.

Se desaloja el asentamiento El Carmelo.

1934: El 6 de agosto se inaugura el Parque Nacional.

1935: Comienza la promoción de la urbanización La Merced.

1936: Carlos Martínez construye el Teatro Infantil, hoy Teatro El Parque.

1937: Empieza la construcción de la casa de Benjamín Moreno.

El Ministro de Educación, J.J. Castro Martínez, anuncia la expropiación del Colegio San Bartolomé de acuerdo a la Ley 110. Esta debe completarse para enero de 1939.

1938: Es designado Germán Zea Hernández como alcalde de Bogotá.

barrio La Merced

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

1975: Se funda el Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA.

1977: El gerente de Indupalma, Hugo Ferreira Neira, es secuestrado por el M-19 en la casa que perteneció a la familia Piedrahíta.

1978: El CESA se traslada a la antigua casa de Jaime Michelsen Uribe.

1979: Muerte de Luis Lara Borrero.

El Acuerdo 7 de 1979 confiere a La Merced, junto a Quinta Camacho, Teusaquillo y Bosque Izquierdo, el carácter de barrio de conservación patrimonial.

1985: Demolición de la antigua casa para construir la sede de primaria y preescolar del Colegio San Bartolomé La Merced.

1991: Se promulga la nueva Constitución de Colombia. Entre las instituciones creadas se destaca la Fiscalía General de la Nación, que se establece en La Merced al año siguiente.

1998: Traslado de la Fiscalía al búnker de Ciudad Salitre.

2001: El CESA adquiere la antigua casa de Luis Lara.

2002: Se traslada la estatua de San José a la cima del cerro donde quedaba la estación sismológica.

2013: El CESA concluye la restauración de la casa de Ernesto Puyana.

2015: Celebración de los cuarenta años del CESA.

Sobre panorámica del barrio La Merced, desde el occidente (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano (2014).

El barrio La Merced de Bogotá, acuñado entre las carreras Séptima y Quinta, y flanqueado por el norte por el Parque Nacional, a la altura de la Calle 36, mantiene hoy, 77 años después de que se planeara, el mismo talante ensimismado de sus orígenes.

Las casas residenciales que se abrían al occidente dejaron de serlo y de hacerlo, para pasar a convertirse en oficinas de instituciones diversas que mantienen sus puertas cerradas, las más de las veces, y siempre custodiadas por agentes de seguridad privada. Y el parque, que visualmente parece abrirlo hacia el norte, al Río Arzobispo y al Parque Nacional, establece una frontera tácita que solamente algunos de quienes lo habitan deciden cruzar.

Seis manzanas que constituyen el barrio, compuestas fundamentalmente por casas, aunque tres edificios ocupan un tramo de la acera sur de la Diagonal 35 entre la Carrera Quinta y la 5ª, y uno más, sobre la Calle 35, en lo que fuera el jardín de la casa que ocupa la esquina suroriental de la Carrera Sexta. El barrio, asentado en la ladera de los cerros que coronan la cordillera oriental, está dividido en dos partes, ambas irregulares.

La primera, las cuatro manzanas occidentales que forman un rectángulo con una punta redondeada, bordeado por la Calle 36, la Carrera 5ª –lindero Parque, precisamente– y la Diagonal 35, que se convierte en Calle 34 para llegar a la Carrera Séptima. Y la segunda, la parte más oriental, que corresponde a un triángulo compuesto por la Diagonal 35 y la Carrera Quinta, que se desplaza al occidente y forma un semicírculo que desciende hasta encontrar la Calle 34.

Al barrio se ingresa por la Calle 36 o por la Carrera 5, y se sale por la 34, al oriente o al occidente. Una escalera peatonal lo conecta con el Colegio San Bartolomé, al oriente, y un corredor lo conecta con la Carrera Séptima por la Calle 35. No es un fragmento de la ciudad que se haya integrado con los demás. Permanece aislado, como un nicho de ladrillos y tejas rojas que solamente existe si el paseante pasa, fijándose, atraído por la extrañeza de las dignas construcciones que presumen desde otra época.

La Merced es un espacio que parece pensado para entrar, para permanecer, no para salir o para circular. Está en el corazón de Bogotá pero da la impresión de estar fuera, mirando al cerro o al parque, como si le diera la espalda a la ciudad. Sus fronteras lo definieron en sus orígenes, y lo siguen limitando más de 70 años después.



Foto oblicua desde el oriente del barrio La Merced (1985). Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Los límites de La Merced

La Carrera Séptima: moverse hacia el norte

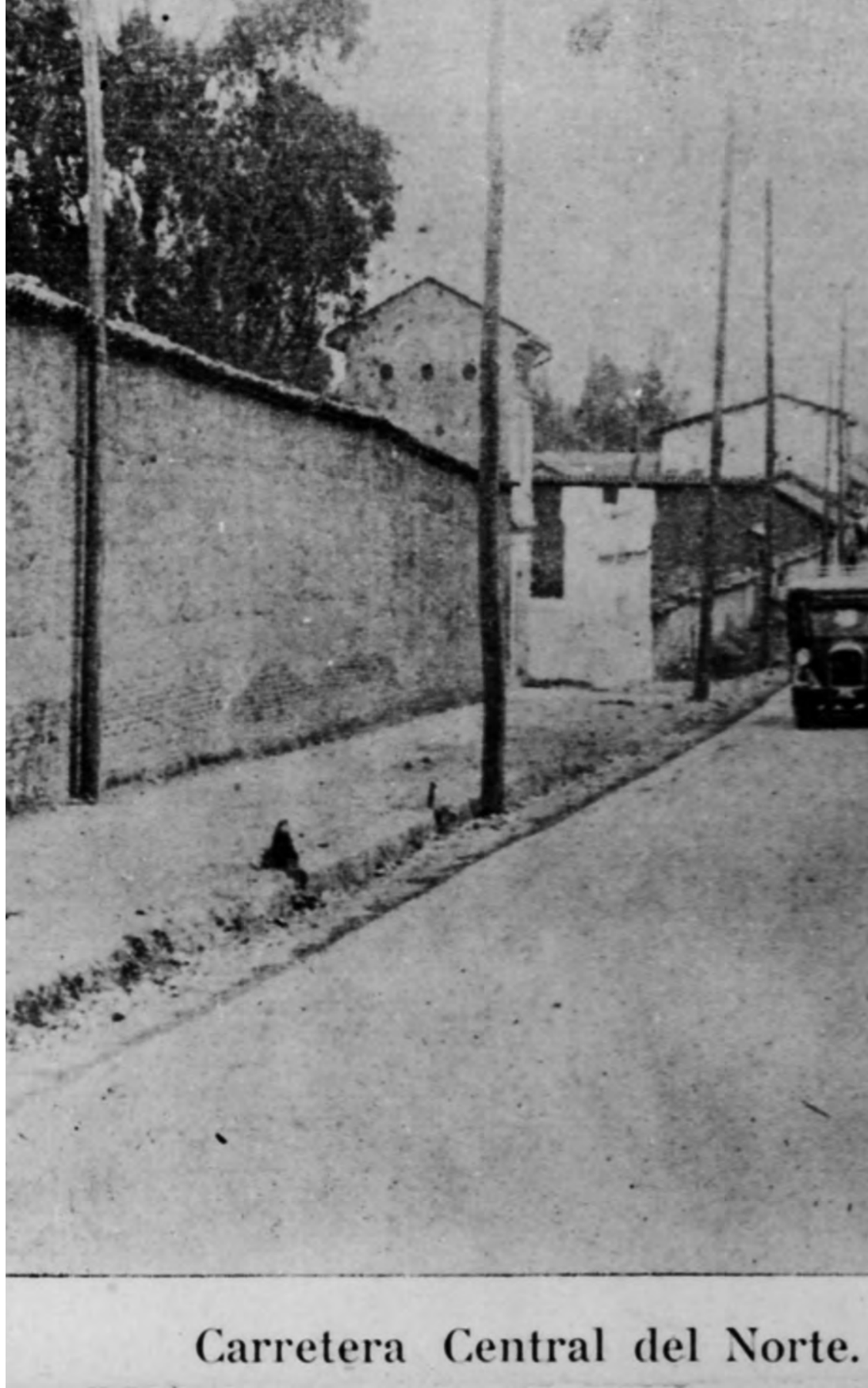
Desde la Colonia, el Camino de la Sal había sido la vía de los santafereños para comunicarse con Usaquén, Zipaquirá –de ahí su nombre– y Tunja.

Cuando los terrenos de don Antón Hero se convirtieron en Chapinero, las múltiples vías que conformaban lo que hoy es la Carrera Séptima comenzaron a ser tres trayectos principales: la Calle de la Carrera (entre el Río San Agustín y la Plaza Mayor, actual Plaza de Bolívar), la Primera Calle Real del Comercio (entre la Plaza Mayor y el Río San Francisco) y la Calle de las Nieves (entre el Río San Francisco y San Diego)[1]. Con el centenario de la independencia, en 1910, se transformaron estas calles en la Avenida de la República[2], que terminaba en el Parque de la Independencia.

Sin embargo, esta "avenida" no respondía a las necesidades de la población bogotana, que por esa época ya imaginaba una ciudad diferente: amplia, limpia y mecanizada. En 1923, Bogotá Futuro, el plan para el mejoramiento urbano de Ricardo Olano –inspirado en su experiencia de viajero por los Estados Unidos–, anticipaba la expansión de la ciudad y buscaba mejorar, desde los planteamientos del City Planning, la sanidad, el transporte público y la construcción de obras públicas como parques, infraestructura vial y edificios públicos.

[1]Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, "Historia de la Carrera Séptima". http://www.patrimoniocultural.gov.co/component/content/article/320.html
[2]Ricardo Montezuma, La Ciudad del Tranvía (Bogotá: Universidad del Rosario, 2008), 59.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.





Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Si bien este proyecto de planeación y mejoramiento urbano no solamente no se aplicó cuando estaba presupuestado, sino que cayó en el olvido, una de sus ideas sí fue aprobada y llevada a cabo en la ciudad: convertir la Avenida de la República en una verdadera avenida que conectara, con suficiencia y todos los requerimientos modernos, Bogotá con Chapinero y Usaquén[3].

Uno de los principales elementos asociados a la construcción y ensanchamiento de las calles era el creciente uso del automóvil, que poco a poco se imponía en la ciudad y marcaba una diferencia de clase respecto al transporte público[4].

Cuando, en 1905, se comienzan a construir andenes en Bogotá, ya es claro el dominio de los automóviles sobre las calles de la ciudad.

Aun cuando las carretas, los coches y los tranvías de mulas ya recorrían la capital, la combinación entre los yacimientos de petróleo descubiertos en el Río Magdalena a principios del siglo XX, la importación de automóviles norteamericanos y la afluencia de divisas dio pie para que empezara a planearse el urbanismo desde la calle, desde la velocidad. Así, la publicidad de los autos y el periodismo profundizaban en la velocidad, en no perder tiempo, en vivir la vida de forma urbana.

[3]José Miguel Alba Castro, "El plano Bogotá Futuro. Primer intento de modernización urbana". Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura 40, no. 2 (2013):196.
[4]Ricardo Montezuma, Presente y futuro de la movilidad urbana en Bogotá: retos y realidades (Bogotá: Veeduría Distrital/INJAVIU/El Tiempo, 2000): 35 en Castro-Gómez, Tejidos oníricos, 76.

Carrera Central del Norte (actual Carrera Séptima, a la altura de la Calle 39), de norte a sur (1930). Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Archivo JVOR

El automóvil representaba una opción para que, aquellos que podían pagarlo, se desplazaran por la ciudad y sus alrededores sin depender de las rutas del tranvía o de los servicios de bus intermunicipal. La autonomía del desplazamiento hacía que las clases altas pudieran disfrutar de la posibilidad de hacer más cómoda y fácil su vida. Importadores como Blas Buraglia, Leonidas y Rómulo Lara –habitantes, además, del sector de La Merced–[5], quienes exaltaban las virtudes del automóvil propio para el ciudadano del siglo XX, eran ejemplo de ello. Dice, en 1928, Blas Buraglia:

> *Imagínese usted cómo será de agradable tener automóvil propio, cuando éste, además de ayudarlo en las faenas del diario trabajo, permitirá ir los domingos y días de fiesta, no sólo a las simpáticas poblaciones de la Sabana y a las de la carretera del norte, sino fácil y agradablemente a Pacho, a La Unión, Cáqueza, etc., así como a las orillas del Magdalena. ¿Se supone usted cuán agradable será salir por la mañana de Bogotá y almorzar en Cambao, para estar por la tarde de nuevo en la ciudad?*[6]

En 1949, Buraglia encargaría al arquitecto italiano Bruno Violi un edificio que albergara la distribución de sus automóviles y, como novedad en la arquitectura bogotana, mezclara el uso comercial y el administrativo de Buraglia Ltda.

[5] Luis Lara, hijo de Leonidas Lara –fundador de la Compañía Colombiana Automotriz–, construyó y vivió en la casa que hoy está marcada con la placa 6-16 de la Calle 35, en La Merced. Su hermano Rómulo vivía a pocas cuadras, en La Magdalena. Alrededor de su casa se construyó el actual edificio del Banco de Bogotá, cuya singular forma curva se debe a la necesidad de rodear el espacio habitado por don Rómulo, como se relata en el documental *Rómulo Lara Borrero, una vida de película*, dirigido por Julio Luzardo. (Colombia: Autor, 2003).

[6] Citado por Castro-Gómez, Tejidos oníricos, 75-6.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.





Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

En los dos primeros pisos se desarrollaron proyectos comerciales, con las demás plantas destinadas a apartamentos de uso particular[7]. Ese edificio se volvería, con el paso del tiempo, uno de los puntos de referencia para la Carrera Séptima.

La Séptima, pues, ahora pensada para automóviles, seguiría el Camino de la Sal desde su punto de partida (donde actualmente queda el Palacio de Nariño), y siguiendo el desplazamiento de los bogotanos: hacia el norte, hasta sectores como El Nogal y El Chicó.

Para la década de 1970, el pueblo de Usaquén fue absorbido por el entonces Distrito Especial de Bogotá, que siguió expandiéndose junto a su población.

Desde el siglo XVII, cuando el virrey José de Ezpeleta planteó la necesidad de construir un camino desde el Convento de San Diego hacia el norte, se habló de un "camino nuevo" en contraste con la actual Carrera Séptima o "camino viejo".

Se encargó de este camino al arquitecto español Domingo Esquiaqui, quien ya había construido el punto de llegada del camino nuevo: el Puente del Común, sobre el Río Bogotá . Para 1884, cuando se inauguró el tranvía, el Camino Nuevo era el lugar ideal para que la primera línea de los tranvías de mulas pasara por allí. Hoy en día, ese camino nuevo comprende el trazado de la Carrera 13 hasta la Calle 67, donde se une con la actual Avenida Caracas y la Autopista Norte.

[7] "Edificio Buraglia Bogotá" Proa 23 (mayo de 1949): 14

Vista aérea de la Carrera Séptima a la altura de la Calle 34. Se observa, al sur, el edificio Buraglia y, al norte, el barrio La Merced (1975). Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

Con ello, nuevos barrios como Bella Suiza y Cedritos acogieron a las familias jóvenes, más pequeñas. Estas buscaban estar más cerca del campo y más lejos del caos del centro, y su intención de alejamiento del centro de la ciudad originó, años después, que pueblos del norte de la Sabana de Bogotá como Chía, Cajicá y La Calera se convirtieran en ciudades dormitorio para las clases media alta y alta de Bogotá. Pero la Séptima continuó siendo el eje de la ciudad.

Para La Merced, la Carrera Séptima –también llamada Vía del Norte, Camino de la Maleza, Camino de Arriba, Arrecife, Camino de Tunja y Camino Viejo, en contraposición de la Carrera 13, que era inicialmente llamada Camino Nuevo– significó inicialmente la división entre las casas y el Colegio del Sagrado Corazón. Con el paso del tiempo, y con el desarrollo urbano, la cercanía de esta vía le dio al barrio una locación estratégica que lo hizo atractivo para las empresas y organizaciones que, durante los siguientes años, se establecieron allí [8].

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

[8]Entre otras entidades, públicas y privadas, que se han establecido en La Merced desde la década de 1960 están Villamizar Abogados Asociados, el Banco Mundial, la embajada de Japón, la Academia Charlot, la Escuela de Arturo Tejada, Uniandinos, Indupalma, Colsubsidio, la campaña política de Enrique Peñalosa, Oxfam, la Cámara Colombiana del Libro, Random House Penguin, la Compañía de Jesús, Focine, Proimágenes, Citibank, Cajanal, la Cámara de Comercio Colombo-Americana, el Colegio Mayor de Cundinamarca, el Banco del Estado, Thomas De La Rue, el Centro Nacional de Memoria Histórica y las gobernaciones de Antioquia, Huila, Santander, Tolima y Valle del Cauca.



El Parque Nacional: pedagogía verde

Bogotá era lo que había venido siendo, no lo que esperaba llegar a ser.

El City Planning parecía ser el instrumento mediante el cual la ciudad estuviera a la altura de los retos que le imponía el siglo XX. Dentro de sus propuestas estaban la búsqueda de higiene, comodidad y embellecimiento de la ciudad[9]. Como respuesta a las recomendaciones de Olano, se fundó la Sociedad de Embellecimiento (hoy de Mejoras y Ornato) a través del Decreto 10 de 1917. Esta sociedad se encargaría, como resultado del mandato otorgado por el Concejo de Bogotá, de administrar los espacios verdes de la ciudad[10].

Genaro Valderrama, quien administraba los jardines y parques de la ciudad a finales del siglo XIX, pedía en 1899 que Bogotá contara con un parque emblemático, que no solo tuviera funciones estéticas y monumentales, sino, ante todo, funciones educativas.

[9]Alba Castro, "El plano Bogotá Futuro": 185.
[10]Colombia, Concejo de Bogotá. "Acuerdo 51 de 1917, Por el cual se adscribe a una Junta la administración de los parques, jardines y avenidas de la ciudad". Bogotá: Régimen Legal de Bogotá D.C., 6 de diciembre de 1917.

Foto oblicua del Barrio La Merced flanqueado por la Carrera Séptima, el Parque Nacional y el Colegio San Bartolomé La Merced (1968). Fondo Saúl Orduz, Colección Museo de Bogotá. Fotógrafo Saúl Orduz.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Hoy, detrás de los grafitis y la suciedad, apenas se distinguen las huellas del partido liberal en el parque Nacional. Primero, el nombre del Parque: Enrique Olaya Herrera (1880-1937), quien además de ser el primer presidente liberal tras casi medio siglo de hegemonía conservadora, fue el gran impulsor de la construcción del parque.

Y otra señal está en el monumento al senador y dirigente liberal Rafael Uribe Uribe (1859-1914), comisionado por el congreso por la Ley 41 de 1930 y emplazado en la entrada del parque diez años después.

Más allá de los proyectos arquitectónicos, el mismo diseño del parque, que privilegiaba la pedagogía a través de las alamedas, las plantas ornamentales, las canchas y los teatros, era una muestra de la búsqueda de una pedagogía de la higiene que hacía el gobierno liberal.

Solo un año después, en pleno comienzo de siglo, empezaron a establecerse, a orillas del río Arzobispo, los trabajadores de las canteras ubicadas en los cerros de Monserrate, proceso que se consolidó para 1913, cuando la Oficina de Longitudes de Bogotá lo cataloga como El Carmelo en un plano de la ciudad.

Este asentamiento, aceptado de forma tácita por parte de Justo Murillo, dueño del terreno, se había convertido en un obstáculo para una de las peticiones que el presidente Enrique Olaya Herrera buscaba cumplir.

El día de su posesión, 7 de agosto de 1930, el presidente liberal había recibido de la Sociedad de Mejoras y Ornato la solicitud de crear un parque para que las clases populares se distrajeran sanamente[11].

Apenas dos años después, la Ley 50 de 1932 daba soporte jurídico a las expropiaciones de El Carmelo.

Se suponía que el nuevo parque –el Parque Nacional– le daría a la ciudad y al país el bien común tan esperado por la arquitectura (desde los conceptos de Karl Brunner o Pablo de la Cruz) y la política (con Alfonso Araújo, ministro de Obras Públicas).

[11] Cendales, Claudia. "Los parques de Bogotá: 1886-1938". Revista de Santander 4 (2009), 101.





Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

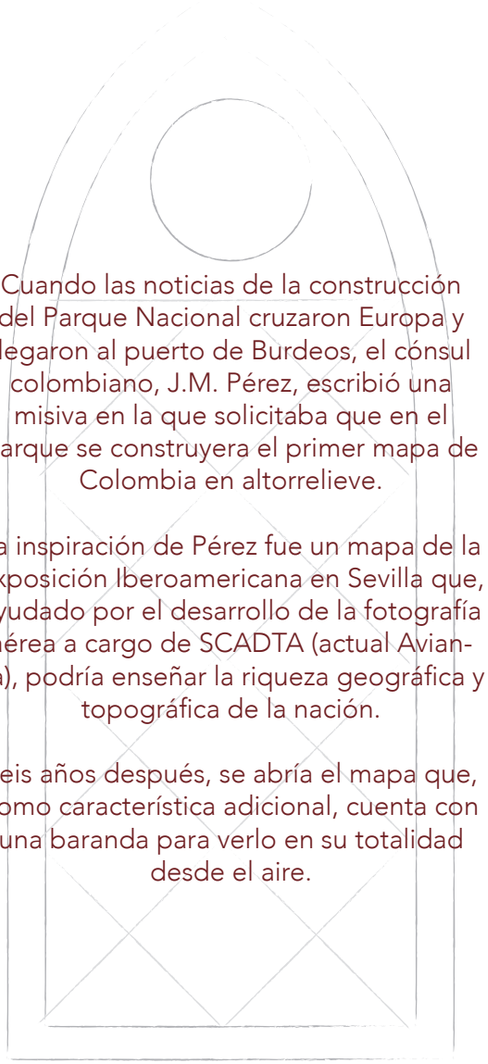
El proceso culminó en 1933, año para el que el arquitecto Pablo de la Cruz y el ingeniero Hugo Quiñones convirtieron los planos iniciales en una realidad.

El parque se inauguró con el nombre de quien le diera el principal apoyo a la obra, el presidente Olaya Herrera, justo un día antes de que este entregara su lugar a Alfonso López Pumarejo; y seguía un diseño que involucraba los principios estéticos, higienistas y educativos que estaban en boga. Espacios como el Teatro El Parque (1936, Carlos Martínez), el proyectado kindergarten (1938, Julio Bonilla Plata, no construido); el énfasis de Quiñones y de la Cruz en arboledas y canchas deportivas, y el mapa de Colombia (1940), junto con monumentos como el comisionado por el congreso de 1930 para conmemorar a Rafael Uribe Uribe (inaugurado en 1940)[12], reafirman los propósitos que inspiraron sus espacios.

El Parque Nacional Enrique Olaya Herrera se convirtió de esta manera en un aula de clase para los habitantes de la ciudad, sobre todo para aquellos que necesitaban diversión sana y saludable pero que no podían acceder a los clubes o a los paseos fuera de la ciudad.

[12]Niño, Arquitectura y estado, 214

Vista aérea del Parque Nacional. Hacia el sur, a la derecha, los terrenos en los que posteriormente se construirá el barrio La Merced (1936). Instituto Geográfico Agustín Codazzi.



Cuando las noticias de la construcción del Parque Nacional cruzaron Europa y llegaron al puerto de Burdeos, el cónsul colombiano, J.M. Pérez, escribió una misiva en la que solicitaba que en el parque se construyera el primer mapa de Colombia en altorrelieve.

La inspiración de Pérez fue un mapa de la Exposición Iberoamericana en Sevilla que, ayudado por el desarrollo de la fotografía aérea a cargo de SCADTA (actual Avianca), podría enseñar la riqueza geográfica y topográfica de la nación.

Seis años después, se abría el mapa que, como característica adicional, cuenta con una baranda para verlo en su totalidad desde el aire.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX se comenzaron a establecer los primeros asentamientos ilegales en las afueras de la ciudad.

Uno de ellos era El Carmelo, ubicado en el barrio Sucre por los planos de Bogotá de 1913 y 1923, a orillas del Río Arzobispo, donde las familias Murillo y Montaña –dueñas de las tierras– veían a las familias que vivían en casas de adobe y bahareque como mano de obra para las canteras que tenían monte arriba.

En 1931, cuando se promulgan las leyes para construir un parque nacional en los terrenos circundantes al Arzobispo, resulta necesario expropiar esos terrenos, acción que concluyó en diciembre de 1933, ocho meses antes de que se inaugurara el Parque Nacional. Una de las razones para ese desalojo era la chichería La Cabaña, que contradecía el deseo de una sociedad más sana que subyacía al Parque.

El Parque congregaba, en sus orígenes, a bogotanos de todo tipo y clase sociales; mientras que algunos subían al hato que quedaba monte arriba a tomar leche de vaca recién ordeñada, otros iban a ver funciones de títeres en el Teatro El Parque, a disfrutar de las atracciones de la ciudad de hierro o a caminar arropados por los eucaliptos. Esa afluencia de público hizo que, con los años, requiriera de una expansión, la cual se planteó en 1960. Carlos Martínez, quien ya había diseñado el Teatro El Parque, propuso una expansión que iba desde la Carrera Quinta hacia los cerros orientales y la recién planeada Avenida Circunvalar.

Sin embargo, había un inconveniente: los descendientes de los canteros expropiados en 1933 se habían establecido monte arriba. Tras una serie de negociaciones y demandas, en 1974 se repitió el proceso: los llamados Comuneros de Monserrate desocupaban sus asentamientos, y los planos, guardados durante 14 años, se iban a hacer realidad.

Aun cuando la urbanización y la búsqueda de espacios libres amenazó al Parque Nacional durante décadas, este se mantuvo como un pulmón verde gracias a las acciones de la sociedad civil, sobre todo el trabajo de los Amigos del Parque Nacional, una organización fundada y dirigida hasta su muerte por Germán Zea Hernández, exalcalde de Bogotá, exministro de Estado y vecino de La Merced desde 1945 hasta su muerte, a finales de la década de 1980.





© Archivos Personales CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización

La relación de los habitantes de las casas del barrio La Merced con el Parque Nacional no ha sido la misma con el paso del tiempo. Para algunos, sobre todo en los primeros años, significaba el riesgo de una ciudad que se procuraba evitar, y era percibido como un lugar inseguro; en opinión de sus propietarios, las casas tenían suficiente espacio verde en los jardines interiores y en los antejardines cerrados por rejas.

Para otros, más adelante, era un envidiable lugar de recreo. Sus prados y arboledas, ubicadas a pocos metros de las residencias, eran el jardín ideal y un punto de encuentro.

A mediados de siglo, las familias del barrio accedían a llevar a sus hijos, acompañados de familiares y niñeras, a disfrutar de la ciudad de hierro y de las funciones de teatro. Sin embargo, cuando estas familias se trasladaron al norte, llegaron otros caminantes al parque: los trabajadores de las empresas que ocuparon las antiguas residencias familiares.

Hoy en día no es extraño ver, a mediodía, a todo tipo de empleados recorriendo los caminos de piedra, o sentados en el pasto, disfrutando del sol y de la sombra de los casi centenarios eucaliptos y cipreses.

Plaza del Reloj del Parque Nacional, con la esquina norte del barrio a la izquierda (1985). Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

El San Bartolomé de La Merced: los orígenes del barrio

El Colegio Mayor de San Bartolomé, de la Compañía de Jesús, es el más antiguo de los colegios de la capital colombiana. Ubicado en pleno centro de la ciudad, justo en el nacimiento de la Carrera Séptima con la Calle 10, ha visto pasar, desde sus ventanas, la historia de Bogotá. Y desde sus salones se ha fraguado buena parte de esa historia.

El Colegio Mayor de San Bartolomé, el primer colegio privado de Colombia, fue fundado el 27 de septiembre de 1604 por el arzobispo de Bogotá, el andaluz Bartolomé Lobo Guerrero.

En 1623 el claustro recibe la Real Cédula que da carácter universitario a los títulos otorgados por el Colegio y permite el establecimiento de la Academia de San Francisco Javier (hoy Universidad Javeriana). Los jesuitas manejan el colegio hasta 1767, cuando el rey Carlos III los destierra de los terrenos dominados por la corona española.

Durante más de un siglo, el colegio va y viene entre las manos de la Compañía de Jesús y el Estado, hasta 1887, cuando el gobierno de Rafael Núñez lo devuelve a los jesuitas.

Su importancia, sin embargo, no lo ha blindado contra los vaivenes políticos del país. A finales de la década del 30, en 1937, el gobierno exigió a las directivas del San Bartolomé entregar las instalaciones donde habían estado funcionando desde hacía más de 300 años. La razón, había un déficit en la infraestructura escolar pública del país, y se necesitaba de su edificio para subsanarlo.

El 28 de julio de 1937 El Tiempo titulaba, en su reporte sobre las sesiones del Congreso, *El gobierno nacional reclama el edificio de San Bartolomé*[13]. El ministro de Educación, José Joaquín Castro Martínez, argumentaba que el edificio donde funcionaba el Colegio San Bartolomé, en tanto propiedad de la nación usufructuada a la Compañía de Jesús, era susceptible a ser reclamado por el gobierno para solucionar la falta de oficinas y de aulas. La sorpresa del país fue mayúscula.

Veintinueve años antes, el colegio había adquirido un terreno al norte de la ciudad, con el objetivo de contar con un lugar de recreo para la comunidad, y para fomentar el ejercicio y la vida al aire libre. Allí precisamente pensaron refugiarse ante la evidencia de que el Estado ocuparía sus tradicionales instalaciones.

[13] El Tiempo, "El gobierno nacional reclama el edificio de San Bartolomé", 28 de julio de 1937, p. 7.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



En la esquina suroriental de la Plaza de Bolívar, la plaza del Colegio Mayor de San Bartolomé es la puerta de entrada para tres construcciones que marcaron la historia de la Compañía de Jesús en Bogotá.

Además de la plaza, construida por el arquitecto Rodríguez Orgaz y dominada por la estatua a Camilo Torres (fusilado en la plaza del colegio), se destaca el torreón del Claustro de San Bartolomé, a cargo del arquitecto Carlos Camargo.

El arquitecto italiano Juan Bautista Coluccini, sacerdote jesuita, se encargó de diseñar el llamado "Edificio de las Aulas" del Colegio San Bartolomé (actual Museo de Arte Colonial), con un estilo colonial español; y la Iglesia de San Ignacio (1610-1691), inspirada en el diseño manierista de la iglesia romana del Gesù y coronada con una veleta adornada con el símbolo de la Compañía de Jesús.

Refiere Plazas en la crónica del colegio:

En el año de 1908, estando el Colegio Mayor de San Bartolomé en uno de sus más excelentes momentos, de solidez y prestigio, […] el padre Vicente Leza designó al hermano Arpidio Zuluaga para que buscara un terreno apropiado para los alumnos y descanso de la comunidad Jesuita.

El hermano Zuluaga visitó un campo donde no se lograban divisar ni chozas ni caseríos y donde encontró a un campesino que ofreció venderle el terreno, si lo compraba completo, por el valor de 4 centavos la vara.

Panorámica de la Hacienda La Merced, propiedad de los jesuitas. Se observa, al centro, la estatua de San José y la obra de la casa de encuentro de la comunidad (1910). Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Archivo JVOR.



os de este recurso están editados por ESAN. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Derechos CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Según refiere Plazas, el terreno se encontraba ubicado al norte de la iglesia de San Diego, y se extendía por la falta del cerro de Monserrate hasta las cercanías del Río Arzobispo. Una vez realizado el negocio, los sacerdotes tomaron posición del lugar. El 9 de marzo de 1909 se realizó una ceremonia en la que se colocó la primera piedra de lo que sería la casa del lugar y, un año más tarde, se inauguró una estatua monumental de San José, a quien se consagró el lugar.

Una vez La Merced fue propiedad de los jesuitas, el padre Leza, entusiasta del ejercicio al aire libre y de las ideas modernas respecto al deporte, se dedicó a estimular la actividad física entre los estudiantes del colegio, y esta empresa rápidamente se extendió a toda la ciudad. Junto a los hermanos Carlos, José María y Mauricio Obregón Arjona, hijos del empresario barranquillero Evaristo Obregón, y exalumnos del San Bartolomé educados en Inglaterra, Leza fomentó el fútbol como parte del descanso y el ejercicio de la ciudadanía.

Durante 20 años, las páginas deportivas de El Gráfico y Cromos eran ilustradas con los comentarios de los cronistas sobre los partidos entre los equipos bogotanos y aquellos que visitaban la cancha de La Merced. Ya en 1911 un equipo de fútbol bartolino disputaba la llamada Copa Restrepo en la cancha de La Merced, la cual se volvería la sede de la Copa Mayor Bartolina a partir de 1914. Santiago Castro-Gómez recupera de la revista Cromos una anécdota respecto a una pelea que definía el campeonato nacional, en la que el aficionado norteamericano Bern Brewer venció, sin atenuantes, al aristócrata bogotano Rafael Tanco.

Edificio del Colegio San Bartolomé La Merced mientras se encontraba en obra (1941). Cortesía Colegio San Bartolomé La Merced.

La rutina de Rafael Tanco era usualmente destacada por la prensa como un ejemplo de constancia y trabajo: "Se levanta muy temprano por las mañanas y efectúa por el Paseo Bolívar y Monserrate larguísimas caminadas para ejercitar la agilidad de las piernas; después de un descanso, va al campo de La Merced, donde juega durante varias horas a la pelota vasca, al foot-ball o al tennis [14].

Para la década del 30, y en el momento de la expropiación, la cancha se había quedado pequeña para la afición futbolística capitalina. Don Nemesio Camacho cedió entonces un terreno de su propiedad, ubicado al noroccidente de la ciudad, para la construcción de un estadio que sería la sede de los Juegos Bolivarianos de 1938, evento que sería una de las piezas centrales del cuarto centenario de Bogotá.

De esta manera, La Merced, que había sido comprada por la Compañía de Jesús como finca de descanso 29 años atrás, ahora debía albergar a los estudiantes bartolinos, desalojados por el gobierno. El proyecto de ley estipulaba que, para enero de 1939, los jesuitas entregasen al gobierno el Claustro. Sin embargo, debido a los retrasos de la obra de La Merced, el gobierno aprobó un plazo adicional: entregar el edificio a finales de 1940. Tras una serie de debates sobre la propiedad del Claustro, enmarcados en la división entre liberales y conservadores, el 25 de noviembre de 1940 el Ministro de Educación, Jorge Eliécer Gaitán, recibió del padre Moreno el edificio de la Calle Décima con Carrera Séptima.

[14] Cromos 315 (22 de julio de 1922): 43, en Castro-Gómez, Tejidos oníricos, 240



Detalle de fachada del tradicional Colegio Mayor de San Bartolomé en el centro de Bogotá (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Detalle de ilustración de la comunidad jesuita para uno de sus mosaicos de bachilleres (1941). Cortesía Colegio San Bartolomé La Merced.

El provincial de la Compañía, padre Alberto Moreno, S.J., en una carta al ministro, revela que los planes de La Merced no implicaban el cierre de la sede de la Plaza de Bolívar. Además, evidencia la intención de la comunidad de vender la parte más occidental de la finca, la que colindaba con la Carrera Séptima, para que allí se desarrollara una urbanización del mismo nombre; con el dinero del negocio se emprendería la obra del nuevo edificio del colegio.

> *Teniendo en cuenta este hecho [la insuficiencia del espacio del claustro para las solicitudes de admisión recibidas], resolvimos hacer un esfuerzo para ensanchar el local, y no siéndonos posible hacer ese ensanche en el actual edificio, no dudamos en desprendernos de una parte de nuestra posesión de La Merced. Con el producto de la venta de este terreno emprendimos la construcción de un edificio que pudiera servir de desahogo al actual colegio y nos permitiera satisfacer con amplitud las solicitudes de admisión*[15].

El 10 de febrero de 1941 el Colegio San Bartolomé abría sus puertas en el antiguo terreno de la quinta de La Merced. Rápidamente se convirtió en el heredero de la historia y el renombre del centenario claustro de la Calle Décima, lo que atrajo a las familias que durante siglos habían recibido educación de los jesuitas.

Siete años después, cuando la muerte de Gaitán detonó el Bogotazo, el San Bartolomé se volvió uno de los puntos principales de asedio de los amotinados.

[15] El Tiempo. "Los jesuitas no creen que haya hostilidad del gobierno". 30 de julio de 1937, p.5.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Tan pronto llegó el eco de "¡Mataron a Gaitán!", comenzó el proceso de evacuación de los estudiantes. Los hijos del presidente Mariano Ospina Pérez, estudiantes del colegio, fueron llevados a la embajada norteamericana. Los demás alumnos fueron llevados al Colegio De La Salle, mientras policías y revoltosos asediaban el colegio.

La virgen del colegio, esculpida por el escultor Ignacio Castillo Cervantes, había sido destruida, y solo la intervención del ejército atenuó los daños que los ocupantes cometieron en el colegio. En Juventud Bartolina, una nota editorial firmada por un estudiante anónimo consideró que "sin los valientes soldados de Colombia, el Colegio de San Bartolomé, uno de los planteles mejor dotados de Colombia, hubiera sido destruido"[16]. Las actividades del colegio se reanudaron poco a poco, junto a las operaciones de la Facultad de Filosofía y Letras y las Facultades femeninas de la Universidad Javeriana.

Aun cuando en 1951 el gobierno de Laureano Gómez devuelve el Claustro de San Bartolomé a los jesuitas, la sede de La Merced hereda el linaje de su centenaria antecesora y toma el relevo de ser uno de los colegios más prestantes de la ciudad.

El San Bartolomé ha sido más que un vecino para La Merced. Los vínculos entre el colegio y el barrio son muy estrechos, casi de hermandad. Además de otorgar un espacio de adoración religiosa con la capilla de Nuestra Señora de la Estrada y el ruido de los estudiantes que suben desde la Séptima hasta la puerta de la Quinta con 34, el colegio y el barrio comparten el trabajo de Ignacio Martínez Cárdenas, arquitecto encargado de construir el colegio y las casas de Luis Lara y Ernesto Puyana, ubicadas sobre la Calle 35 y la Carrera Sexta, respectivamente.

No habría La Merced sin el San Bartolomé.

[16] S.C., "Un bartolino reflexiona ante la catástrofe de abril". Juventud Bartolina, junio de 1948, p. 11.



Edificio del Colegio San Bartolomé La Merced, en la década de los 60, con la punta nororiental del barrio, abajo a la izquierda Fondo Saúl Orduz, Colección Museo de Bogotá. Fotógrafo Saúl Orduz.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

La Merced

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Oriente de Bogotá entre calles 26 y 36, a la altura de la Carrera Séptima. A la derecha, la plaza de toros , a la izquierda el barrio La Merced (2004). Instituto Geográfico Agustín Codazzi.



Todos los derechos reservados © ESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización

As a little girl living in the English countryside,
I used to go running around in the forests, creating my own fairy tale.

Lily Collins

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

La historia del barrio La Merced ha estado ligado a la de las comunidades religiosas en Colombia. Hacia finales del siglo XVIII, la Orden de los Dominicos adquirió algunos de los terrenos de la Hacienda Chapinero, al norte de Santafé, en el camino entre la ciudad y Tunja. Sin embargo, en la segunda década del XIX, el virrey Amar y Borbón ordenó la división de estos terrenos, y que pasaran a manos de particulares.

Desde entonces, nombres como La Soledad, La Magdalena, La Florida, Rosales, El Salitre o La Merced –que originalmente designaban propiedades de la Sabana de Bogotá– con el paso del tiempo comenzaron a ser puntos de referencia; sectores de la ciudad y sus alrededores, después, y finalmente barrios de una ciudad que se desplazó desde los cerros hacia los otros puntos cardinales.

Es común encontrar en la literatura que investiga la historia urbana de la ciudad que el barrio, ubicado entre la Carrera Quinta y la Séptima, y entre las calles 34 y la 36, se construyó sobre una hacienda llamada La Merced, y que de ahí viene su nombre; esto es solo parcialmente cierto.

Se afirma en textos como *Transformaciones urbanas* en *Bogotá, 1930-1948* y *Ciudad, forma y ciudadano, aspectos para la comprensión de la ciudad*[1], que el barrio La Merced formaba parte de la antigua quinta del mismo nombre, propiedad de los herederos de José María Malo Blanco, exgobernador de Cundinamarca, que había construido en ella su casa de recreo. Afirman los autores:

Esta urbanización [La Merced], al igual que Santa Teresita y Palermo, se construyen en predios de la antigua Quinta La Merced, heredada por la señora Soledad O'Leary y sus hijos, en el año 1863. Este predio fue propiedad del señor José María Malo Blanco, gobernador del Estado de Cundinamarca hacia el año 1859, el cual lo había recibido por herencia de sus padres[2].

Los mismos citan la escritura 1903 del 27 de noviembre de 1918 (594), que certifica la propiedad de la hacienda para demostrarlo: "Por el oriente, el camino público que va a Chapinero [actual Carrera 13]; por el norte, con tierras de El Salitre, y por el sur, con el camino público que va al Cementerio [actual Calle 26]".

[1]Villar, Triviño & Monroy (2009) y Casas, García, Villar, Bolaños & Molina (2009), respectivamente.
[2]Villar, Triviño & Monroy (2009), pág. 124.

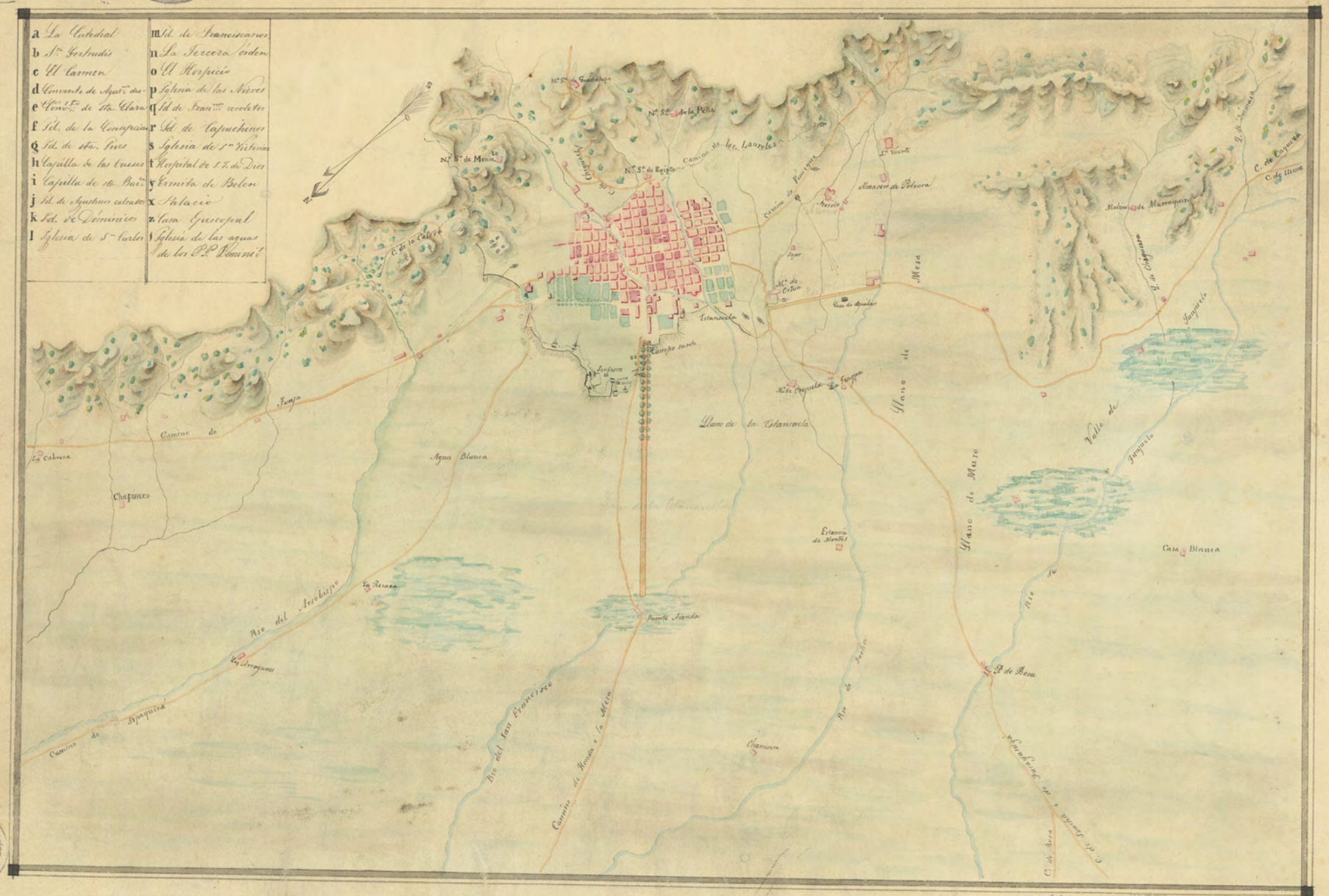
Croquis de Bogotá y sus alrededores en el año de 1797. Levantado por Carlos Francisco Cabrer y reducido a la cuarta parte por Antonio Dussán. Colegio Militar de Bogotá, septiembre de 1853.
Mapoteca: 6
Referencia: 142
Archivo General de la Nación.

Ne ciento cuarenta
CONTRALORIA GENERAL DE LA REPUBLICA
Octavio Quiñones Sardi
VISITADOR FISCAL
BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION DE CATALOGACION
Bogotá

CROQUIS DE BOGOTA I SUS ALREDEDORES EN EL AÑO 1797.

LEVANTADO POR FRANCISCO CABRER I REDUCIDO A LA CUARTA PARTE POR A. DUSSAN.

COLOMBIA
ARCHIVO GENERAL DE LA NACION



Colejio militar de Bogotá, setiembre de 1853.

Archivo Historico Nacional
BOGOTA

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

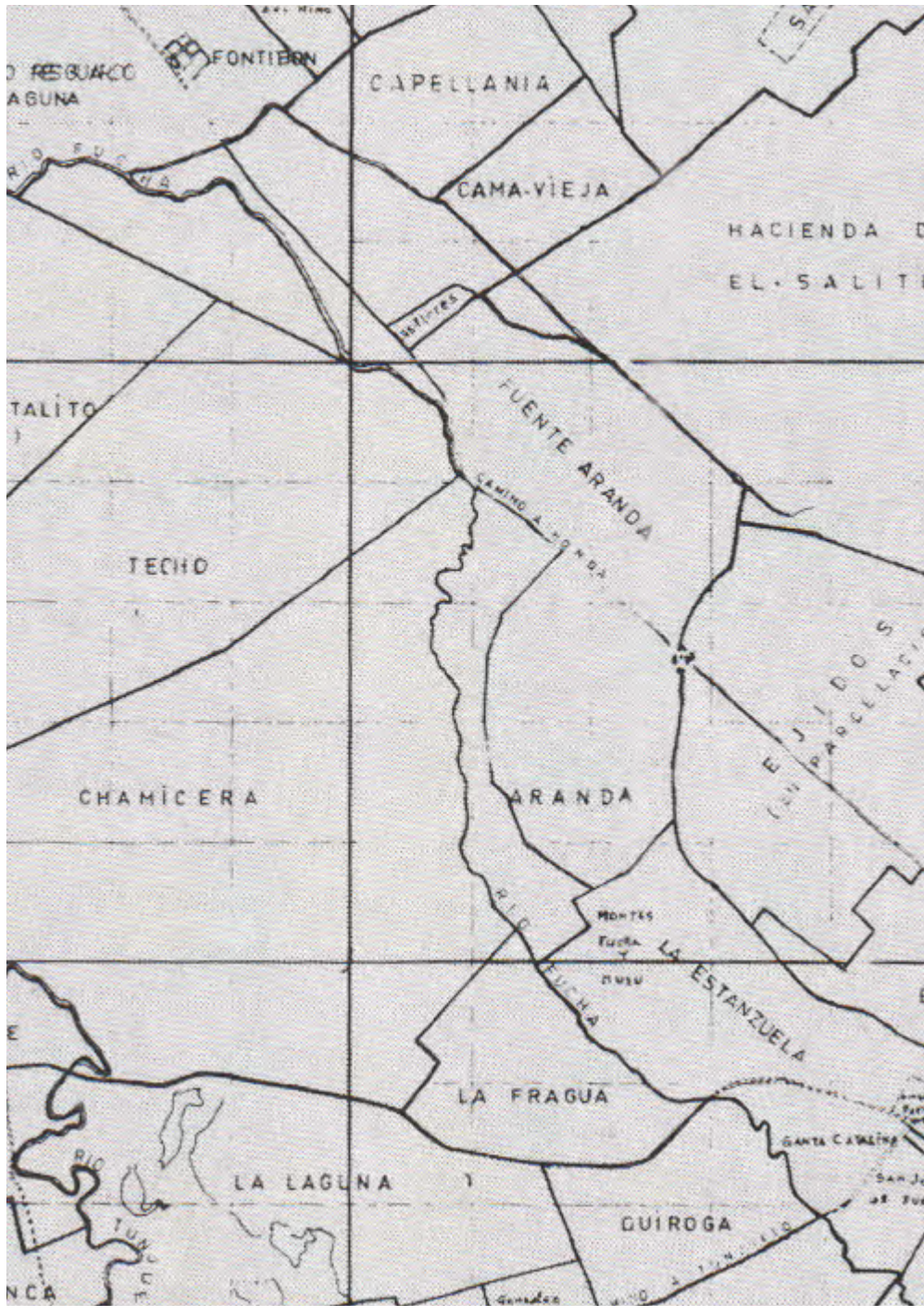
Complementan los investigadores Casas, García, Villar, Bolaños y Molina:

[…] unas 265 fanegadas que abarca de sur a norte desde la Calle 26 hasta la Calle 48 y de oriente a occidente desde la Carrera 13 hasta la Hacienda El Salitre[3], exceptuando las tierras que constituían el convento de San Diego[4].

Como se lee, la antigua Quinta de La Merced, una vez fue subdividida por los herederos de la familia Malo O´Leary, dio efectivamente paso a otras haciendas más pequeñas, que posteriormente heredaron su nombre a los barrios que allí se construyeron. Sin embargo, no podría decirse lo mismo del barrio La Merced, que, entre las carreras Quinta y Séptima, como ya se anotó, ocupa un terreno ubicado demasiado al oriente para pertenecer a esta hacienda.

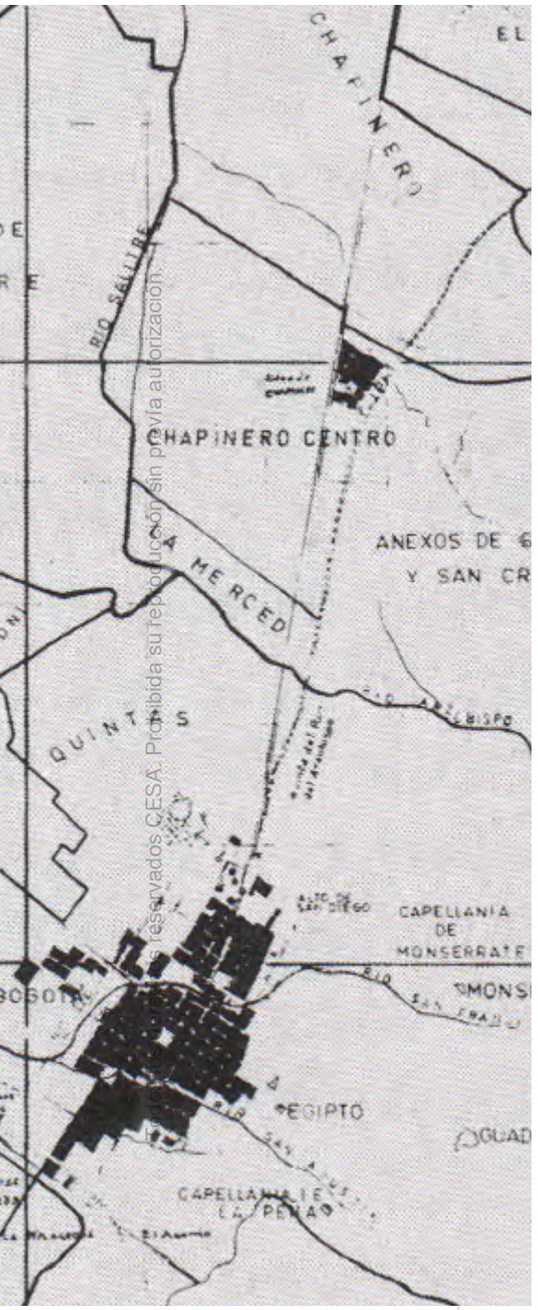
Efectivamente, el barrio se construyó sobre una finca llamada La Merced, pero esta no es la misma que pertenecía a la familia Malo. En realidad se trataba de una partición –efectuada solo en 1850, como consecuencia de un proceso de sucesión– de la Quinta del Río Arzobispo. Esta partición fue vendida por la familia Lozano, herederos del segundo marqués de San Jorge y propietaria de la tierra desde comienzos del siglo XIX, a Benigno Orbegozo, que la vendió 20 años más tarde a Juan Herrera. Los herederos de este, por su parte, negociarían la tierra, como se planteó en el capítulo anterior, con los jesuitas, quienes le darían también el nombre de La Merced, en 1908: el mismo de la quinta que ocupaba las tierras más al noroccidente, debajo del Camino Nuevo; una coincidencia que ha llevado a algunos a confusiones.

[3] *Transformaciones urbanas en Bogotá, 1930-1948* (2009)
[4] *Ciudad, forma y ciudadano.* Aspectos para la comprensión de la ciudad. Bogotá, Universidad católica de Colombia, 2009



Fragmento de mapa de tenencias de tierra en Santafé de Bogotá entre 1850 a 1875. Se observan en detalle los límites del predio La Merced que erróneamente se asume corresponde al barrio que dio origen el Colegio SanBartolomé. Carrasquilla (1989).

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización

La negociación del terreno entre los herederos de Juan Herrera y la Compañía de Jesús se formalizó en diferentes etapas entre 1908 y 1917 a través de la compañía norteamericana American Educational Union, radicada en San Francisco[5].

Como se refirió en el aparte anterior, *Los límites de La Merced*, el primer lote fue comprado el 24 de septiembre, día de Nuestra Señora de la Misericordia, también conocida como Virgen de la Merced[6]. Fue esta la razón por la cual se le dio a la nueva propiedad, primero, y después al barrio, el nombre que aún hoy mantiene.

Se firmó el contrato el 24 de septiembre de 1908, fecha en que se celebraba el día de la Virgen de las Mercedes: por tal motivo quedó registrado este predio como La Merced, constituyéndose en el nombre actual del Colegio y del barrio que además tomaría el nombre de "La Merced"[7].

La razón por la cual parte del terreno de los jesuitas fue convertido desde 1937 en lotes destinados a la construcción fue, como se dijo también en el capítulo anterior, la Ley 110 que ordenaba que las instalaciones del Colegio San Bartolomé debían pasar a manos del Estado para "ampliar su cobertura educativa"[8].

[5] *Adrián Serna Dimas y Diana Gómez Navas, Estado, mercado y construcción de ciudad. Una historia social de los conflictos vecinales en la cuenca del río del Arzobispo, Bogotá (1885-2000) (Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas/Archivo de Bogotá, 2011): 70.*
[6] *P. Fabio Ramírez, S.J., entrevista telefónica con Javier H. Murillo, noviembre de 2013.*
[7] *Plazas, O.A. (2011). Crónica del Colegio: 70 años. Bogotá: Colegio San Bartolomé La Merced.*
[8] *Jorge M. Rodríguez, Archivo Histórico del Colegio San Bartolomé, 2009.*

El comerciante catalán Pedro Nolasco dedicaba sus esfuerzos al rescate de los cristianos cautivos por parte de los musulmanes cuando, en 1218 –según se refiere–, la Virgen María se le apareció para pedirle que fundara una orden religiosa dedicada a la redención de los cautivos[9].

La misma visión es recibida por el rey Jaime I de Aragón y por San Raimundo de Peñafort, monje dominico; estos apoyaron a Nolasco en la fundación de la Orden de Santa María de la Merced, consagrada por el Papa Gregorio IX en 1235.

La expansión de los mercedarios lleva consigo el culto a la Virgen de La Merced, que pronto se convirtió en la patrona de aquellos privados de la libertad, sobre todo en el mundo hispanoamericano. Es la patrona de ciudades como Cali, Pasto, Quito y Barcelona. En el Perú, es actualmente patrona de la ingeniería, las ciencias y la arquitectura.

[9] Historical Institute of the Mercedarian Order, The Order of Blessed Virgin Mary of Mercy (1218-1992), A Historical Synthesis (Roma: Historical Institute of the Mercedarian Order, 1997), 20.

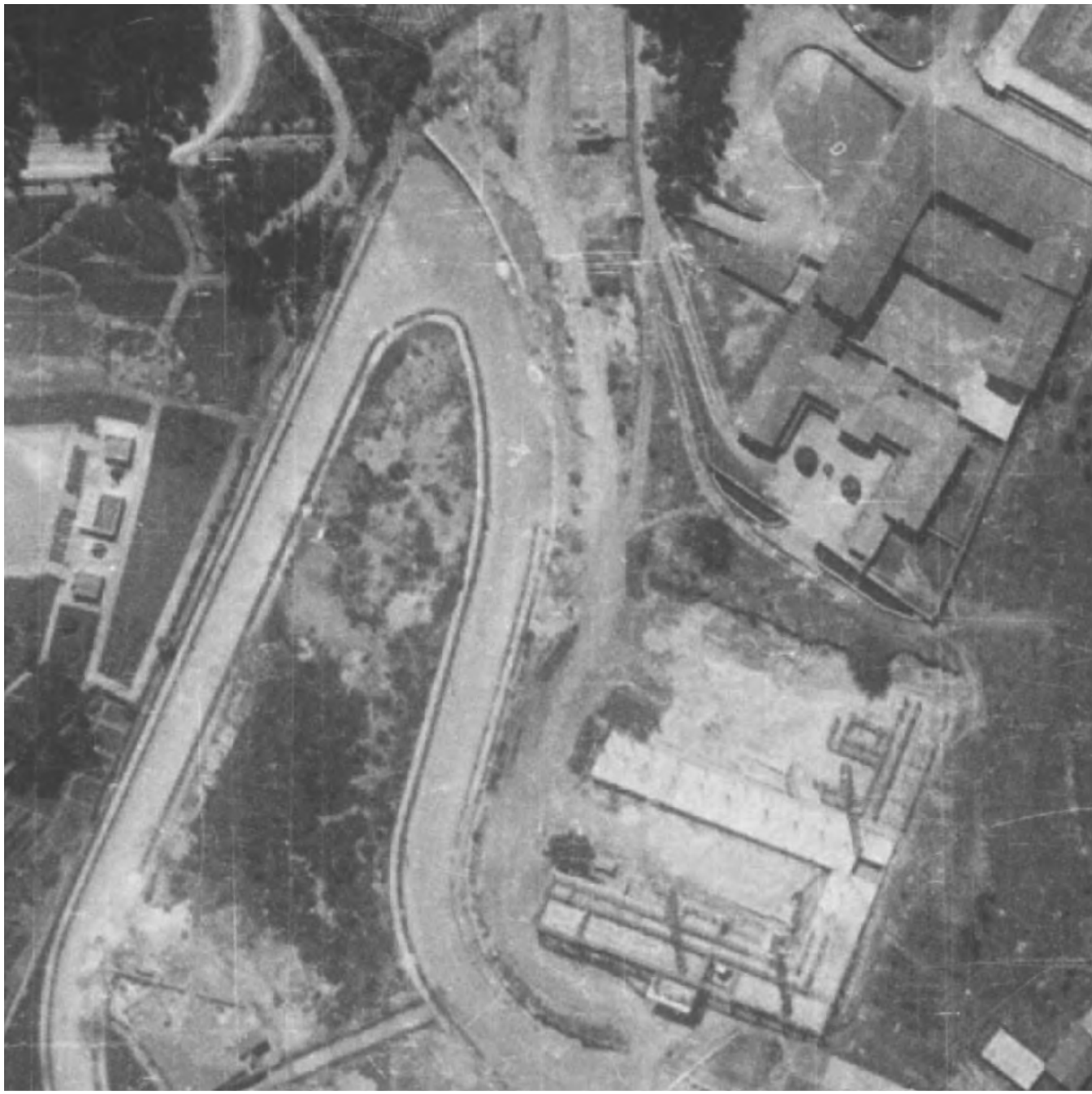
Este hecho –que estaba cargado de connotaciones políticas, no solamente en la ciudad sino en el país– llevó a que la comunidad tomara la decisión de construir un nuevo edificio en su hacienda del norte de la ciudad.

Se trataba, en efecto, de una gran zona verde, aproximadamente seis hectáreas ubicadas en la falda del cerro, con una vista privilegiada sobre la Sabana que le daría un nuevo aire a la tradicional institución.

Algunos personajes públicos cercanos a la Compañía de Jesús, como Laureano Gómez (a la sazón egresado del Colegio), sugerían que se vendiera parte de la hacienda para, con este dinero, construir un nuevo colegio.

El padre Carlos Ortiz, rector del San Bartolomé por esa época, comentaba: "Laureano opina que el año que viene nos quitan el colegio, y que hay que prevenirse. Que en ninguna manera vendamos La Merced y edifiquemos allí vendiendo lo más valioso, y cuanto antes; que el gobierno no expropiará eso"[10].

[10] *Archivo General de la Nación, Sección República, Fondo Colegio Mayor de San Bartolomé, l. 140.*



Vista aérea del sector de la Quinta La Merced. Se muestra en obra el nuevo San Bartolomé (1938). Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Para 1937 la comunidad había adelantado tres obras en la Quinta de la Merced. La primera era una casa de recreo, en la que se reunían los miembros de la comunidad; y la segunda, la estatua monumental de San José que miraba hacia la Sabana y que había sido inaugurada para el Centenario de la Independencia.



Quinta de La Merced, propiedad de los jesuitas (s.f.). Cortesía Colegio San Bartolomé La Merced.



Detalle del escudo centenarista que adorna la base de la estatua de San José (2013). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Inauguración de la estuatua de San José en la Merced (1910). Cortesía Colegio San Bartolomé La Merced.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados OFSA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Quinta La Merced de los jesuitas, desde el oriente, alrededor del año 1920. Se observa al fondo el antiguo campo de fútbol sobre el cual se construirá parte del barrio. Cortesía Colegio San Bartolomé La Merced.



Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Detalle con marca, en verde, de lo que había sido la cancha de fútbol una vez se loteó el terreno de La Merced, en la década del 30. Instituto Geográfico Agustín Codazzi.



Detalle con marca, en verde, de lo que había sido la cancha de fútbol sobre las casas ya construidas de La Merced, en la década del 40. Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

Y la tercera, un campo deportivo en el que el protagonista era una cancha de fútbol, considerada por muchos como el primer estadio del país, y donde se daban cita los amantes del deporte de la capital, como se mencionó en el capítulo anterior.

Entre la casa de recreo y la cancha de fútbol decidió la comunidad erigir el edificio que albergaría al nuevo colegio, al que bautizarían con el nombre de la hacienda: Colegio San Bartolomé La Merced. La monumental obra fue financiada con la venta, en forma de parcelas, del campo de fútbol y algunos de los potreros que lo rodeaban, ubicados unos metros colina abajo del San José; esta parcelación se llamaría desde entonces Barrio La Merced.

La cancha ocupaba el área que actualmente ocupa la manzana que corresponde a las calles 36 y 35, y entre la Carrera 5ª y Carrera Sexta. El barrio, a la postre, se extendería hasta la Calle 34 y hasta la Carrera Séptima, que correspondían a los linderos de la propiedad por el sur y por el occidente.

Entre los compradores de las parcelas del naciente barrio se encontraban algunos de los nombres más destacados de la sociedad bogotana, quienes construyeron sus casas entre 1937 y 1945: el banquero Luis Soto del Corral; el exalcalde de Bogotá José María Piedrahíta; los empresarios Benjamín Moreno y Ernesto Puyana; los abogados Manuel Casabianca,

Luis Bermúdez y Ricardo Hinestrosa; y el médico José Vicente Huertas, entre otros.

Los años treinta eran, urbanísticamente hablando, de experimentación en algunos sectores de la ciudad. Había un claro interés en renovar la vieja cuadrícula heredada de España, y de crear una ciudad más abierta, más "moderna", con amplias zonas públicas y agradables espacios verdes. Entre los arquitectos que mejor ilustraban esta sensibilidad, y que marcaron una época en Bogotá, se encuentran europeos –Karl Rich, Leopoldo Rother, Bruno Violi– y americanos, particularmente de Chile, como Casanovas o Mannheim.

La geografía del naciente barrio La Merced se prestaba para esta innovación. La marcada pendiente del terreno y la cercanía del Parque Nacional proponía un diseño de calles diagonales y manzanas irregulares que terminaban en alamedas y prados que invitaban al descanso y la contemplación. Arquitectónicamente, la selección de modelos europeos o norteamericanos ponía en evidencia el gusto de las élites y también sus ideales.

Eclecticismo y estilo inglés

Para quienes lo imaginaron desde la ladera del cerro, a los pies del San José de La Merced, el barrio debía ser homogéneo, y escogieron, para lograr el ambiente que esperaban, el llamado por los bogotanos "estilo inglés".

Los principales impulsadores de este concepto en La Merced fueron justamente Piedrahíta, Moreno y Soto, quienes habían planteado la idea de negocio a la Compañía de Jesús, y los que planearon las primeras casas del barrio con diseños y planos elaborados directamente por encargo a Inglaterra. La idea parecía ser, según algunos comentadores, el permitir a sus habitantes "sentirse en un suburbio elegante de Londres"[11].



[11] James D. Henderson, Modernization in Colombia. The Laureano Gómez Years, 1889–1965 (Gainesville, FL: University Press of Florida, 2001): 258.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Plano de Alcantarillado en La Merced (1936). Archivo de Bogotá.



Detalle de foto oblicua del Barrio La Merced, desde el oriente (1985). Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

Todos los derechos reservados © ESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados. OESA. Prohibida su reproducción sin permiso y autorización.

Sin embargo, no todos los constructores se adhirieron a esta propuesta, y la pretendida homogeneidad se mantuvo solamente en algunos sectores, que resultarían matizados con construcciones de estilos completamente diferentes.

Ejemplo de ello son las casas de diseño y arquitectura más funcionalista, como la construida por la familia Vejarano en la Calle 35 (Trujillo Gómez y Martínez Cárdenas Arquitectos, 1940), en la que se observa la influencia de la obra de Frank Lloyd Wright[12]; el edificio construido por Enrique Triana en la Calle 35 (1957); el "Buraglia", diseñado por Bruno Violi (1947) con concreto como elemento protagónico; o el Teatro del Parque Nacional (Carlos Martínez Jiménez, 1935-1936), construido con una propuesta claramente modernista[13], pocos metros al norte.

El estilo inglés no era exclusivo de La Merced, ni fue allí donde se usó primero o definitivamente en Bogotá. Teusaquillo y La Magdalena, más al occidente, lucían casas de este tipo desde años atrás. Otros sectores donde se establecieron también las élites bogotanas posteriormente lo lucieron con orgullo; es normal, incluso actualmente, ver casas inglesas que se han conservado en sectores más al norte, como Quinta Camacho o Chapinero.

[12]Silvia Arango, Historia de la arquitectura en Colombia. (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1993).
[13]Camilo Mendoza Laverde, La pérdida de la tradición moderna en la arquitectura de Bogotá y sus alrededores. (Bogotá: Editorial Pontifcia Universidad Javeriana, 2004): 60-63.



Arquitectura túdor en Hampton Court (1984). Archivo personal del arquitecto Carlos Niño Murcia.

Ejemplo de casa estilo inglés en el barrio Quinta Camacho de Bogotá (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Panorámica del barrio La Merced desde el Parque Nacional en la década del 40. Cortesía Colegio San Bartolomé La Merced.

Este estilo es una adaptación más o menos criolla de lo que se conoció en algunos países del norte y del sur como *túdor revival*, influenciado por el movimiento de las Artes y Oficios, creado hacia 1861, en territorio inglés. A finales del siglo XIX, después de Inglaterra, naciones como Estados Unidos, Argentina y Chile lo usaron en grandes casas familiares o en lujosos edificios institucionales. Y fueron precisamente arquitectos chilenos como Arnoldo Michaelsen, Julio Casanovas y Raúl Mannheim, o colombianos como Guillermo y Alberto Herrera Carrizosa los que le dieron esta apariencia "inglesa" a algunas de sus construcciones en el norte bogotano. No es gratuito que así ocurriera.

Los arquitectos chilenos Julio Casanovas (1885-1960) y Raúl Mannheim (c. 1880-196014) llegaron a Colombia en 1928, tras educarse en Alemania antes de la I Guerra Mundial, para finalizar obras inconclusas en Colombia como el Hotel Granada y el Edificio Pedro A. López. Sin embargo, su huella más duradera en la arquitectura colombiana fue haber traído el llamado estilo inglés de Chile, donde arquitectos como Josué Smith Solar construían residencias e instituciones con la influencia del *túdor revival* anglosajón. Casas en Teusaquillo y Palermo ostentan aún la placa de Casanovas & Mannheim como signo de su papel en la historia de la arquitectura colombiana.

Así mismo, al ser profesores de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional, fundada en 1936, fueron los mentores de la primera generación de arquitectos colombianos, quienes tomarían el relevo de Casanovas y Mannheim cuando vuelven a su país natal y desarrollan, desde la década de 1940, la arquitectura en Colombia como una disciplina.

[14] Las fechas provienen de Arango, *Historia extensa de la arquitectura en Colombia*, 183.



Arquitectura túdor en Hampton Court (1984). Archivo personal del arquitecto Carlos Niño Murcia.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

El túdor revival es en realidad la versión urbana de lo que en el siglo XVI y XVII se conoció como la arquitectura túdor, característica de los imponentes palacios construidos por la dinastía de este nombre[15] y que se hizo estilo arquitectónico en las casas de campo de la periferia londinense que crecieron a su sombra. Sus rasgos distintivos, por lo tanto, eran los de construcciones palaciegas, que evocaban un ambiente regio y bucólico al mismo tiempo.

Les eran característicos los techos con ángulos muy cerrados, cubiertos de tejas de barro u otros materiales que a la distancia simulan las formas alargadas de la paja, con la que se cubrían las construcciones originales. También, chimeneas aflautadas que sobresalían unos metros sobre el techo; muros gruesos, con entramados de madera expuestos en las fachadas, estas casi siempre blancas, y molduras de piedra o mampostería; ventanas largas, muchas veces ojivales, con balcones, compuestas por vidrios pequeños y cargadas de vitrales.

En el interior, predominaban las paredes cubiertas de madera, incluso hasta el cielo raso (que solía ser bajo), y grandes bocas de chimenea en diferentes habitaciones. Estas peculiaridades, como es natural, obedecían a necesidades concretas de manejo de temperatura; al tratarse de residencias ubicadas en zonas rurales, y expuestas a temperaturas extremas durante el invierno, sus habitantes encontraban en los espacios cerrados, en la madera y el fuego, los medios para crear habitaciones cómodas y acogedoras.

Con el paso de los años, el uso del túdor se hizo característico en las residencias de quienes por una u otra razón admiraban o querían seguir el idílico estilo de vida de la campiña inglesa. No tardó, pues, en adaptarse a las ciudades, primero a los suburbios y luego a los cascos urbanos; fue el caso de algunas construcciones en Englewood, en el Estado de New Jersey, en Estados Unidos; de República, en Santiago de Chile; o de Flores o Villa Urquiza en Buenos Aires. También, por extensión, como puede suponerse, en los barrios suburbanos bogotanos que se construía al norte de la ciudad vieja, a donde migraban las familias más acomodadas de la ciudad.

[15]Ejemplo de ello son como el de Hampton Court Palace (Richmond-upon-Thames, Londres, construido alrededor de 1514) o St. James's Palace (Pall Mall, Londres, de 1532).



Arquitectura túdor en The Siege House en Colchester (1984). Archivo personal del arquitecto Carlos Niño Murcia.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



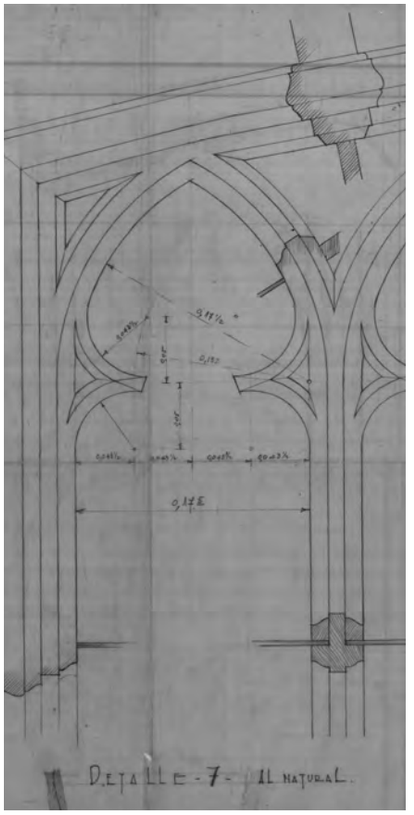
Todos los derechos reservados CEGAP. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Lo túdorino en La Merced

Ante la iniciativa de los propietarios, firmas constructoras como Noguera Santander y Pérez, Buitrago y Williamson tomaron ejemplo de los chilenos y lo hicieron elemento fundamental para dar al barrio el toque de distinción y limpia modernidad que la nueva ciudad exigía.

Si bien las casas de La Merced no son las únicas en adoptar el estilo inglés, sí son notables de esta moda en Bogotá debido a las lujosas características y a las dimensiones de algunas de ellas, de corte palaciego. Escaleras monumentales, grandes vestíbulos, lámparas de cristal e incluso uno de los primeros ascensores puesto en funcionamiento en Bogotá, son características muy notables de las casas construidas por encargo de las familias Piedrahíta (Calle 36 # 5ª-19), Williamson (Diagonal 34ª # 5ª-23), Puyana (Carrera 6 # 34-51), Casabianca (Diagnal 5ª-57) o Lara (Calle 35 #6-16).

En La Merced fueron determinantes, además de lo anterior, dos elementos fundamentales de la arquitectura bogotana: el ladrillo a la vista, producido fundamentalmente por los chircales de Moore; y la piedra muñeca, un mineral arenisco de tonos cremosos y veteado de ocres típico de las montañas sabaneras. Ninguna de las casas de La Merced mantuvo el tradicional entramado de madera de sus fachadas, aunque algunas de ellas, particularmente sobre la Calle 34 y la Carrera Sexta, reproducen estas estructuras, pero con mampostería.



Detalle del plano de baranda de escalera estilo túdor en La Merced (1939). Archivo de Bogotá.



Detalle del cañón de una chimenea estilo túdor en La Merced (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Detalle de fachada túdor en La Merced (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Se mantuvieron los techos empinados de ascendencia europea –donde los inviernos traen nieve que debe resbalar con facilidad–, con tejas asimétricas acanaladas al centro, diferentes a las españolas. Largos cañones de chimenea, con terminaciones cerradas en ladrillo. Las ventanas y los balcones aparecen enmarcados en piedra, esta vez del tipo muñeca, característico de la Sabana de Bogotá; con balaustradas de diversos estilos y con pequeños vidrios en forma de rombos, o cuadrados, característicos en el estilo túdor, algunos de colores y con reproducciones de motivos medievales.

Escudos familiares tallados en piedra sobre las puertas, que por regla general son de madera compacta, de gran peso, y en no pocas ocasiones adornadas con forma de hierro y lujosos visores y aldabas de bronce. Para reforzar la apariencia medieval, algunas de las fachadas lucen balcones adornados con almenas, unas veces sobre el segundo piso, o incluso en otros más pequeños ubicados en el piso superior, que cierran las pequeñas ventanas de los áticos.

Son elementos fundamentales en estas construcciones los arcos ojivales o apuntados, de herencia gótica, fundamentalmente en las ventanas alargadas de vestíbulos y comedores del primer piso, aunque también en las cortas que permitían una iluminación tímida para las habitaciones o para las mansardas. Estas resultan una constante en las casas, pues el ángulo que forman los techos crea un espacio que el uso convirtió, más que en una bodega, en un último piso, dados los amplios volúmenes que los caracterizan. También, los arcos de cuatro puntos en los marcos de las puertas, en las de las fachadas y en las que dividen habitaciones en zonas sociales como comedores, estudios y salas.

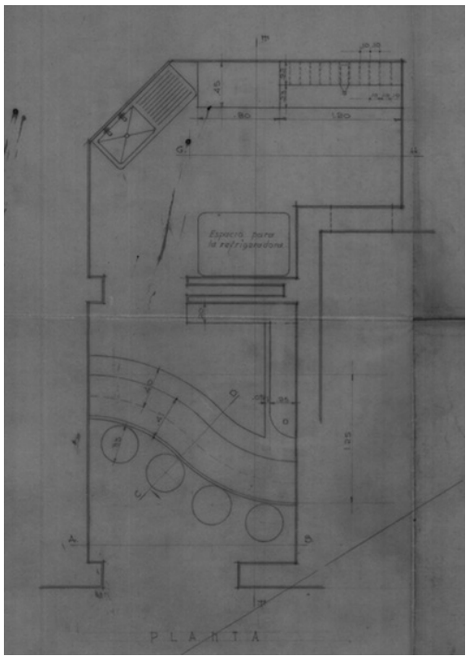


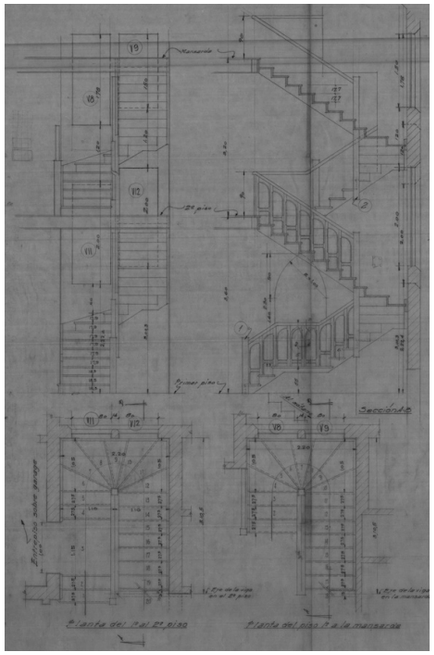
Vitrales de influencia medieval en una casa del barrio La Merced (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Detalle de fachada de balcón almenado en el barrio La Merced (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.





Detalle de dibujo de cocina y escalera de la casa construida para Luis Lara (1939). Archivo de Bogotá.



Mansarda de la casa de Ernesto Villamizar (2014). Archivo Colegios de Estudios Superiores de Adminitración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Vestíbulo y escalera principal de la casa construida para Ernesto Puyana, restaurada por el CESA en el año 2012 (2014). Archivo Colegios de Estudios Superiores de Adminitración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



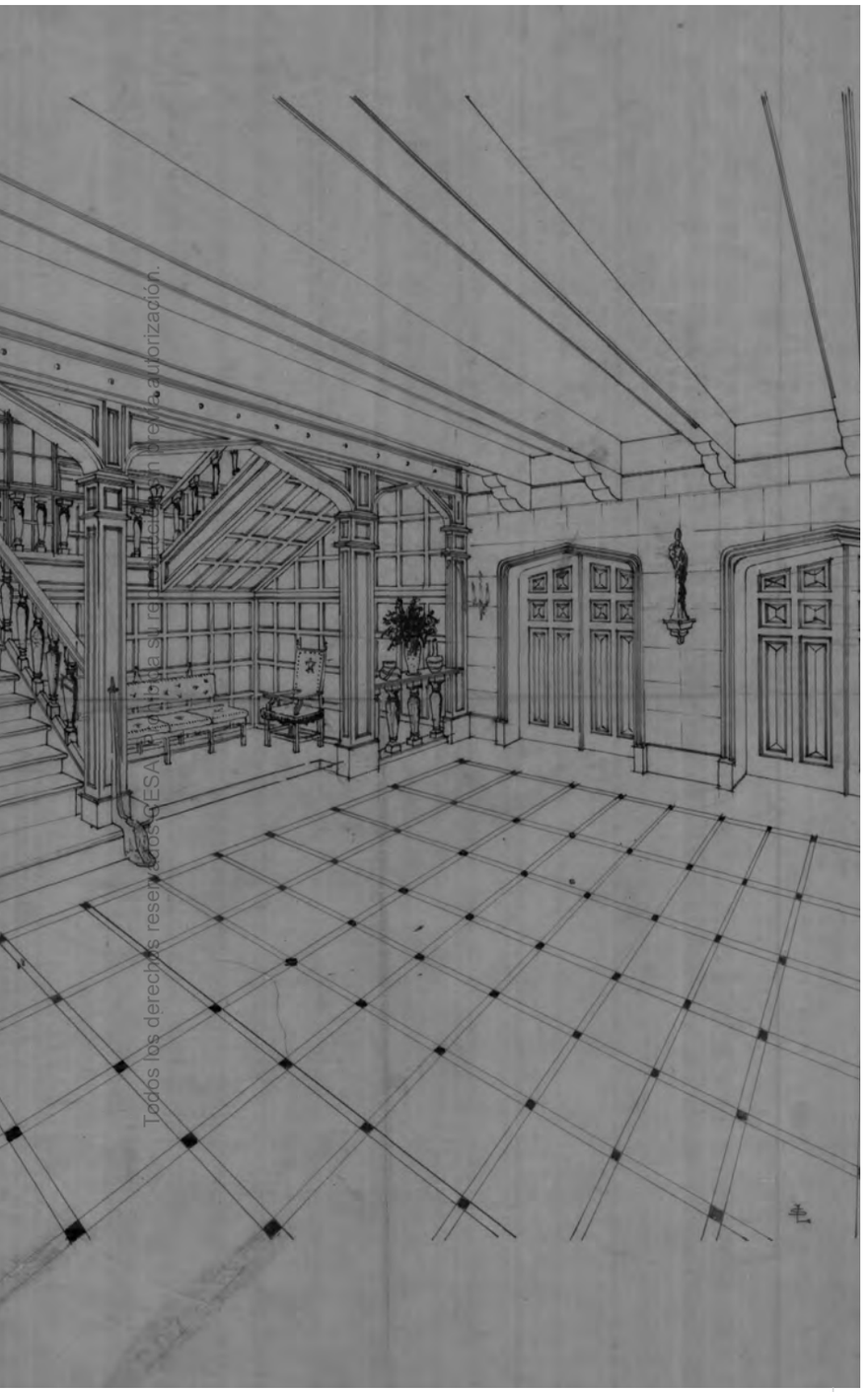
Recibidor de la casa construida para Ernesto Puyana, restaurada por el CESA en el año 2012 (2014). Archivo Colegios de Estudios Superiores de Adminitración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Escalera y corredor que lleva a las escaleras de servicio de la casa construida para Luis Lara, restaurada en el año 2001 por el CESA (2014). Archivo Colegios de Estudios Superiores de Adminitración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados SCALA/ARTRESOURCE, NY. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Plano de la planta baja de la casa construida para Ernesto Puyana en La Merced, en 1941. Archivo de Bogotá.

La distribución de las diferentes plantas de las casas tenía una marcada función social en La Merced. El sótano estaba destinado a los garajes y las habitaciones del servicio doméstico; allí se alojaban las empleadas encargadas de la cocina y el aseo de las casas y, eventualmente, también un chofer. Este fue uno de los primeros barrios en los que el automóvil fue un elemento determinante para la familia. De esta manera, la parte más baja de cada vivienda constituía el espacio –interior– para uno o, incluso, dos automóviles por familia. El primer piso (donde se ubicaba la entrada principal de la casa, a la que se accedía por una escalera de piedra) albergaba áreas sociales: el vestíbulo, la sala principal, el comedor, el estudio, la cocina y el o los patios.

El segundo piso estaba destinado a las áreas privadas, las habitaciones de la familia y las de los baños, con elegantes muebles en porcelana y ventanas que daban a los patios laterales de las edificaciones. Las mansardas, por último, se destinaban a las reuniones sociales o a áreas de juego para los niños.

Así, se podían observar en estas viviendas dos espacios claramente definidos: el de servicios (cocinas, garajes, habitaciones de empleados), espacios característicamente rectangulares, poco adornados y utilitarios; y las áreas de los dueños de casa, con espacios amplios, adornados con molduras de yeso en los techos, lámparas monumentales, y madera en ocasiones importada, con refinados trabajos. En los pisos, también de madera, sobre todo en las zonas familiares y sociales, predominaban los entarimados (maderas largas y anchas) o el parqué (maderas cortas y de diferentes colores que reproducen diseños geométricos). Las escaleras fueron planteadas pensando en la clara definición de espacios, y aún mantienen sus características. Unas públicas y sociales, de gran tamaño, curvas y con un lujoso trabajo de talla, y otras privadas, rectas y angostas, que permitían el acceso entre la cocina o el garaje a las áreas familiares de los pisos superiores.

Las casas de La Merced fueron pensadas para reproducir el espíritu de sus abuelas inglesas: mantener el aire campestre y bucólico que dan los espacios abiertos y rodeados de naturaleza. De ahí que se concibieron como casas independientes, sin paredes compartidas con sus vecinos, y rodeadas por antejardines que las separaran, también, de la calle y de sus transeúntes. Es esta la razón por la que son importantes sus jardines, tanto los interiores como los exteriores.

En algunas de las casas fueron comunes los invernaderos con entrada independiente desde el antejardín o la cocina, en los que se criaban orquídeas y otras flores exóticas –desaparecidos cuando las familias vendieron sus casas como oficinas–, o el cuidadoso sembrado de árboles y plantas, nativas o importadas, que aún señorean la atmósfera del barrio. Árboles como el jazmín, el urapán o el magnolio, con sus vistosas y fragantes flores blancas, le dieron un carácter particular a las fachadas. No es extraño, tampoco, ver antiguas hiedras que cubren algunas paredes e incluso los troncos de los árboles más grandes. Estas, sin embargo, fueron desapareciendo también al mismo ritmo que la vida familiar del sector.

Con el paso de los años, los muros bajos que separaban los antejardines de las aceras fueron creciendo y cerrándose con las rejas de hierro negras, terminadas en punta, que buscaban dar más seguridad a sus habitantes. Lo mismo ocurrió con los setos de pino ciprés, que al mismo tiempo que daban privacidad a las ventanas de la planta baja, hacían más difícil el acceso a un potencial intruso.

La vecindad del Parque Nacional, además, favoreció no solamente esta idea inicial de espacio bucólico, sino que además constituyó una especie de frontera natural para el barrio. La vegetación del parque, con sus altos eucaliptos y cipreses que provocan la continuidad verde entre la Carrera Séptima y los cerros orientales, da –aún hoy en día– la idea de una esquina verde dentro de la ciudad, un horizonte arborizado para quien mira desde el sur o desde el occidente.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Vista desde el barrio hacia el norte (2015). Archivo Colegios de Estudios Superiores de Adminitración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

También inhibió el crecimiento urbano en la frontera norte de La Merced –justo frente a la residencia de José María Piedrahíta, hoy Museo Colsubsidio–, lo que hace que el barrio siga siendo un rincón de la ciudad que lo rodeó sin conseguir alterar demasiado su carácter.

Frente a la arquitectura colonial y republicana, La Merced privilegió, con la imitación de un modelo europeo distinto del español, un estilo de vida radicalmente diferente para el entorno y para sus residentes. El diseño del barrio tenía tres objetivos: por una parte, reafirmar esa ciudad moderna que se imponía a través de la imitación de modelos extranjeros, especialmente ingleses o norteamericanos; por otra, superar el diseño urbanístico cerrado y autocontenido propuesto en la colonia; y, finalmente, satisfacer a aquellos que buscaban encontrarse con calles amplias y no siempre rectas, con andenes cómodos, graciosamente sombreados por árboles que dieran la sensación de no estar en la ciudad, de haber conquistado, definitivamente, el norte que buscaban.



5-89



5-11



35-15 / 35-27



5ª-40



35-11



5ª-19



5ª-38



35-76



6-25 / 37-57/ 35-37



35-72



Vista aérea del barrio La Merced (2004). Las marcas en rojo fueron añadidas por los autores para mostrar las casas a las que se hará referencia en el capítulo. Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción sin autorización.



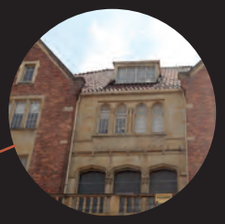
34-26



5ª-23



5ª-27 / 5ª-31



5ª-43



5-50



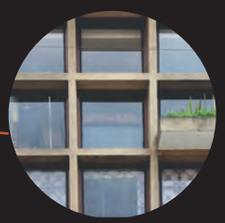
5ª-31



5ª-57 / 69



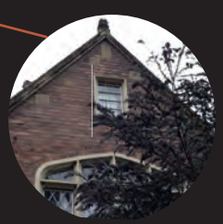
5ª-62



5-43



5ª-70



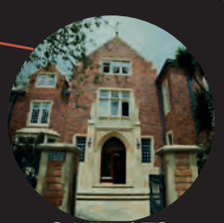
34-90



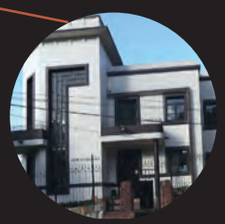
6-29



6-16



34-51 / 73



5ª-90

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización


34-51

34-51 / 73



Primer propietario: Ernesto Puyana Uscátegui

Nomenclatura oficial: Carrera Sexta # 34-51/73

Año de construcción: 1939-1940

Uso actual: institucional: Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA

Bien de interés cultural y de conservación.

Casa CESA - CESA

El Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA, fundado en 1975, ha tenido tres sedes para la Rectoría desde que, en 1978, se instaló en La Merced: la primera, en la casa 5ª-23 de la Diagonal 34ª, en la que se estableció al llegar al barrio; después, en la primera planta de la 6-16 de la Calle 35, llamada más tarde Casa Fundadores. Finalmente, en esta, la 34-51 de la Carrera Sexta, que ocupa desde octubre del 2013, después de que el arquitecto Agustín Morales la restaurara respetando los planos originales de Ignacio Martínez Cárdenas.

Fachada oriental de la casa ubicada en la Carrera 6 # 34-51 (2014).
Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

El comerciante e importador de licores Ernesto Puyana Uscátegui encarga, en 1939, la construcción de la casa de su familia a la firma Trujillo Gómez y Martínez Cárdenas, la cual termina en 1941. Se convierte de inmediato en una de las más importantes del barrio gracias a sus dimensiones, al cuidadoso trabajo de carpintería y yeso, y al brillo de las reuniones sociales que allí organizaba la familia Puyana, a las que asistía lo más destacado de la sociedad bogotana.

La casa, de 1481 m2 construidos en un lote de 1456 m2, tiene tres accesos: dos que dan a la carrera Sexta, la puerta principal y una pequeña puerta de servicio, y un acceso a los parqueaderos que también se dirige al área de servicio. Un amplio hall de acceso lleva al visitante a un estudio, primero, y, al fondo, al comedor. A la derecha, en el costado sur, dos salones que dan al jardín, hacia el sur. Todas estas habitaciones, lujosamente cubiertas por paneles de madera, resultan amplias y acogedoras. Dos de ellas tienen chimeneas: el estudio y el salón principal. En ellos, el yeso en molduras que enmarca lámparas, techos y ventanas resulta protagonista. Se destacan dos fuentes: una en el antejardín, diagonal a la entrada principal, y otra en el muro más occidental del jardín interior.

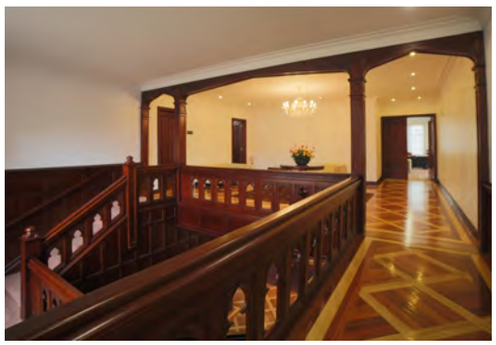
La escalera principal, monumental y construida en madera, con un amplio descanso iluminado por un ventanal, evidencia el esmero de diseñadores, dibujantes y ebanistas.



Plano de la fachada principal (1941). Archivo de Bogotá.



Fachada occidental de la propiedad, desde el jardín interior, después de su remodelación (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Vestíbulo de habitaciones de la segunda planta, después de su remodelación (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización.

Las paredes que la enmarcan están también cubiertas por paneles tallados similares a los encontrados en el comedor. En el segundo piso, cuatro habitaciones y sus respectivos baños albergaban a la familia Puyana Michelsen. La habitación principal –donde actualmente se ubica la Rectoría del CESA– mira hacia el occidente, mientras que las demás habitaciones, conectadas entre sí por un hall con piso parqué de tres colores, dan a la Carrera Sexta.

Una escalera, más pequeña que la anterior, llevaba a los residentes e invitados a la mansarda, donde se ubicaba la sala de música. No era extraño, entonces, para los asistentes a las reuniones organizadas por don Ernesto escuchar las primeras incursiones de su hijo Rafael en los teclados, que se repetían incluso cuando él estudiaba en los Estados Unidos y venía a Colombia de vacaciones. María Victoria, hermana de Rafael, recuerda con detalle esos eventos. Se destacaban, según refiere ella, los cumpleaños, los matrimonios –sobre todo el suyo con don Carlos Williamson Vega– y las fiestas de disfraces.

En 1948, para la celebración de la Conferencia Panamericana, el gobierno nacional prefirió que los invitados de honor a la Conferencia, el general George Marshall y Averell Harriman, Secretarios de Estado y Comercio de los Estados Unidos, se alojaran en los hogares de las familias más prestantes de la ciudad antes que en habitaciones de hotel.

Rafael Puyana Michelsen (1931-2013) fue, gracias a su dominio del clavicémbalo, una de las figuras más importantes de la música clásica en América Latina.

Educado primero con profesores particulares en Bogotá, y luego en conservatorios de París y Connecticut, inició su carrera en 1957 con un recital en Nueva York. Además de las giras frecuentes que hacía por Europa y Norteamérica, grababa obras de autores como Bach, Scarlatti y Manuel de Falla con músicos de la talla de Andrés Segovia, Leopold Stokowski, Jessye Norman, John Williams y Yehudi Menuhin.

También eran frecuentes los cursos de verano que dictaba en Santiago de Compostela, Granada y París. Fue en esta última ciudad donde residió, alternándola con Manhattan, desde la década de los sesenta hasta su muerte.



Familia Puyana Michelsen, en la sala de su casa, el día del matrimonio de una de sus hijas (1946). Cortesía familia Puyana Michelsen.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Fue así que Gobierno se comunicó con don Ernesto Puyana para solicitarle el arriendo de su casa durante el tiempo que durara la Conferencia. Según recuerda María Victoria, debido a la estatura de Marshall, la familia se vio obligada a mandar a hacer una cama exclusivamente para el uso del general. Entre otras medidas de seguridad para él, María Victoria y su hijo, Ricardo Williamson Puyana, recuerdan que el gobierno colombiano instaló fuertes medidas de seguridad en el barrio, que incluían la presencia constante del ejército y armas de grueso calibre.

Un día antes del Bogotazo, Marshall fue invitado por los Puyana a La Chucua, su hacienda localizada al sur de Bogotá, en Soacha, donde la familia se hospedó mientras la casa albergaba la delegación norteamericana. Al día siguiente, don Ernesto invitaría a Marshall, Harriman y a otros miembros del personal de la Embajada a un almuerzo en su casa de La Merced, mientras que su esposa y sus hijos continuaban en la hacienda. Fue allí, precisamente, donde Marshall recibió la noticia de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, así como los desórdenes y la violencia que se adueñó del centro de la ciudad.

Según refieren otros vecinos que permanecieron en sus casas durante estas oscuras horas –protegidos por el ejército leal al gobierno–, se escuchaban las balas que venían de los techos del San Bartolomé, de los manifestantes que gritaban “gringos go home”.



George Marshall, Secretario de Estado y Comercio de los Estados Unidos de Norteamérica, durante su visita a la hacienda familiar de los Puyana Michelsen en abril de 1948. Al centro, Ernesto Puyana y a la derecha, su hijo Rafael. Cortesía familia Puyana Michelsen.



Fábrica de la Cervecería Andina, de propiedad de la familia Puyana (s.f.). Cortesía familia Puyana Michelsen.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Hacia las 10:56 pm del mismo 9 de abril, el gobierno norteamericano recibió un parte de tranquilidad con respecto a la seguridad de Marshall, Harriman y la delegación norteamericana que había venido a la Conferencia[1].

Durante los años siguientes, la familia Puyana se dedicó a la importación de licores y a la producción de cerveza con la marca Andina. Don Ernesto y su hermano David encargaron, de nuevo, a Martínez Cárdenas la construcción de la planta de la Cervecería Andina, que manejaron hasta 1970, cuando esta fue vendida a Bavaria. Mientras tanto, doña María Victoria y su familia se mudaron primero a la casa de Alberto Williamson Pombo (en la 5ª-23 de la Diagonal 34ª), tío de su esposo, en el mismo barrio La Merced, a solo dos cuadras de la casa paterna. Luego irían a Rosales, siguiendo el camino que habían trazado años atrás su hermana Alicia Puyana Michelsen y su esposo, Jaime Torres Arroyo.

[1]Herbert Braun, Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia (Bogotá: Punto de Lectura, 2008), 329.

Mariano Ospina Pérez el día del matrimonio de una de las hijas Puyana Michelsen, con el anfitrión y su hermano (1952). Cortesía familia Puyana Michelsen.

Tras la muerte de don Ernesto, en 1970, y de doña Alicia Michelsen Mantilla, cinco años después, la casa fue vendida a los herederos de Fernando Mazuera, exalcalde de Bogotá. En 1983 la casa se negoció con el Citibank, banco que buscaba una sede para sus operaciones en Colombia. Sin embargo, debido a las leyes de nacionalización bancaria, el banco vendió la casa a la Caja Nacional de Previsión, que la dedicó a dictar cursos para la tercera edad hasta su liquidación. Para 2012, el CESA adquiere la residencia Puyana y la somete a un proceso de restauración que recupera su distribución y su lujo original.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.





Detalles de la escalera principal y los faroles exteriores de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Salón comedor después de la remodelación (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin autorización.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

35-72

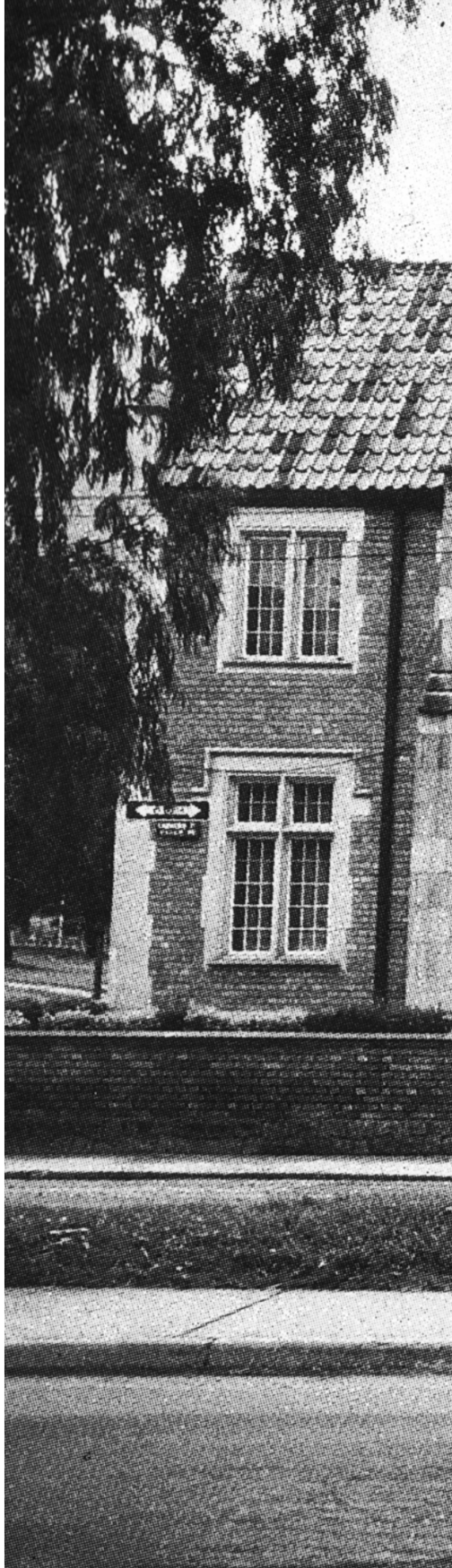


Primer propietario: Benjamín Moreno Ramírez

Nomenclatura oficial: Carrera Séptima # 35-72

Año de construcción: 1937

Uso actual: Institucional



Frente, sobre la Carrera Séptima con Calle 36, de la casa de la familia Moreno (s.f.).
Cortesía Familia Moreno Mejía.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Silueta de Benjamín Moreno, realizada por un dibujante anónimo en el Parque Nacional (s.f.). Cortesía Familia Moreno Mejía

Cuando en 1919 Benjamín Moreno Ramírez fue enviado a Bogotá por la Compañía Colombiana de Tabaco, empresa de la cual había sido fundador, para gerenciar la empresa en la capital, se mudó con su esposa, María Mejía Uribe y su entonces único hijo, Julián Moreno Mejía, al barrio Las Nieves.

En 1937, tras conocer el interés de la Compañía de Jesús en vender los predios de La Merced para construir la nueva sede del Colegio San Bartolomé, Moreno, junto a José María Piedrahíta y Luis Soto del Corral, fue uno de los primeros en querer trasladarse con su familia al nuevo barrio que pormetía todos los adelantos y la higiene de la vida moderna.

Don Benjamín encargó los planos de su casa a Inglaterra, como era la usanza en la época. Sin embargo, los planos que pidió Moreno fueron enviados por equivocación a Estanislao Olarte Sañudo (quien años después se establecería con su esposa, Emma Puyana Reyes, en La Merced, en la 6-13 de la Calle 35), quien construía por la misma época una casa en el barrio El Poblado de Medellín.

Mientras tanto, los planos que Olarte había encargado a Europa llegaron a la casa de Moreno. Inés Moreno Mejía, hija de don Benjamín, cuenta la historia en su libro *Inés Moreno Mejía cuenta una vida*:



Detalle en el que se evidencian características del estilo túdor: tejados de pendientes pronunciadas y cañones de chimeneas muy elaborados, terminados en flautas (s.f.). Cortesía Familia Moreno Mejía

«Un día, en uno de los viajes de mi papá a Medellín, le preguntó este señor Olarte a mi papá, "Bueno, Benjamín, ¿ya recibiste los planos de la casa?" y él dijo, "sí, pero pasó la cosa más increíble, yo pedí los planos de una casa grande, más o menos 1500 metros de construcción, y me llegó una casa lindísima pero chiquitica". Entonces don Estanislao le dijo, "no, don Benjamín, lo que pasó es que nos confundieron los planos, yo tengo los suyos y usted tiene los míos [1].»

Los planos enviados de Londres fueron llevados a la realidad por los arquitectos chilenos Julio Casanovas y Raúl Mannheim, y la casa que construyeron dio la pauta para la construcción de las casas que se harían mas tarde en La Merced. No sólo por su arquitectura, sino por el diseño y origen de sus acabados, traídos también de Londres.

[1] Inés Moreno Mejía, "Inés Moreno Mejía cuenta una vida" (Bogotá: Unavida, 2009), 28.



Vestíbulo de entrada de la casa cuando aún era residencia familiar; se aprecia el trabajo en madera de la escalera (s.f.). Cortesía Familia Moreno Mejía

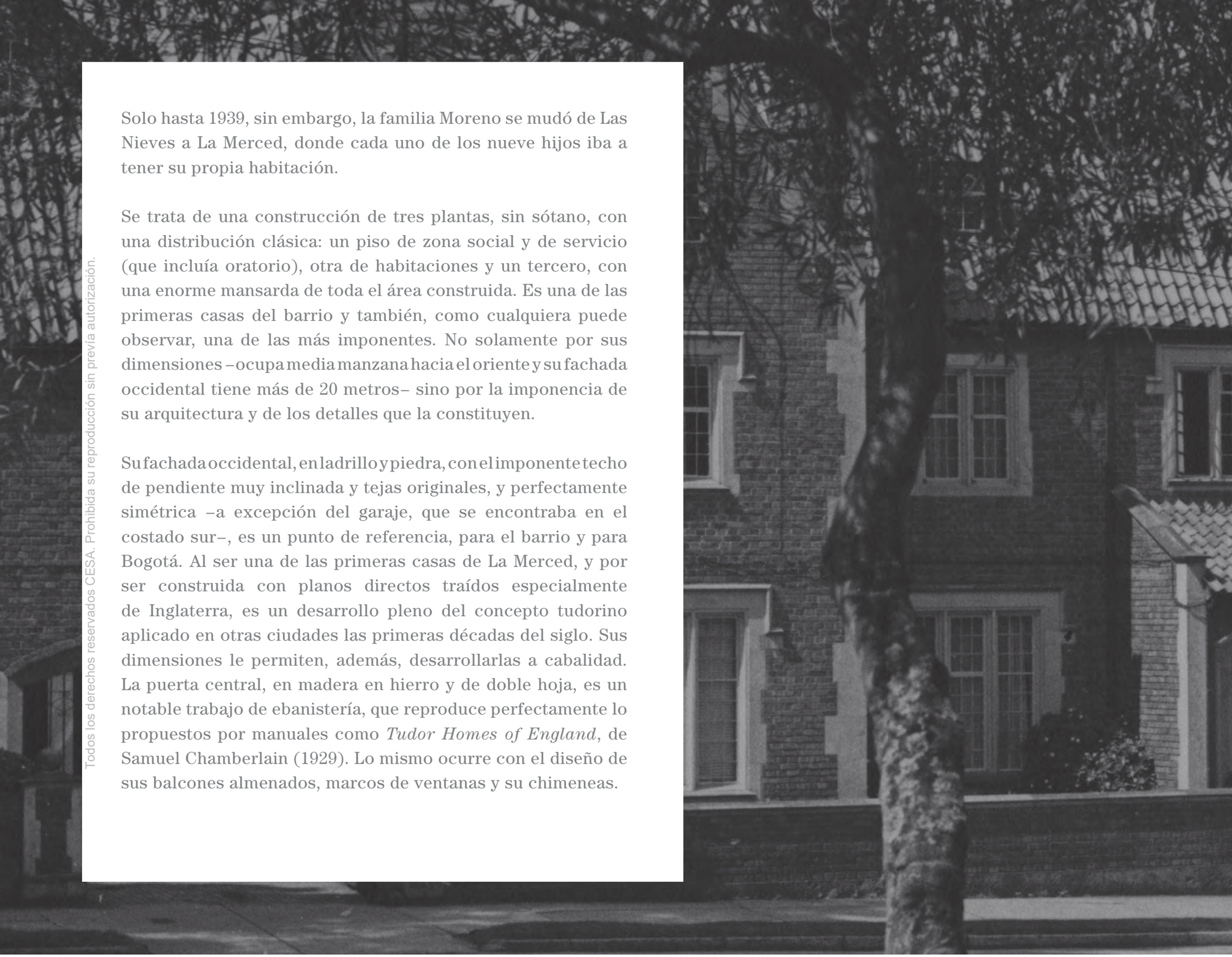


Fachada norte de la casa, desde la esquina de la Calle 36 (hacia 1970). Cortesía Familia Moreno Mejía



Vista esquinera de la casa en la que resultan evidentes las características arquitectónicas del barrio (seguramente durante la década de 1970). Cortesía Familia Moreno Mejía

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Solo hasta 1939, sin embargo, la familia Moreno se mudó de Las Nieves a La Merced, donde cada uno de los nueve hijos iba a tener su propia habitación.

Se trata de una construcción de tres plantas, sin sótano, con una distribución clásica: un piso de zona social y de servicio (que incluía oratorio), otra de habitaciones y un tercero, con una enorme mansarda de toda el área construida. Es una de las primeras casas del barrio y también, como cualquiera puede observar, una de las más imponentes. No solamente por sus dimensiones –ocupa media manzana hacia el oriente y su fachada occidental tiene más de 20 metros– sino por la imponencia de su arquitectura y de los detalles que la constituyen.

Su fachada occidental, en ladrillo y piedra, con el imponente techo de pendiente muy inclinada y tejas originales, y perfectamente simétrica –a excepción del garaje, que se encontraba en el costado sur–, es un punto de referencia, para el barrio y para Bogotá. Al ser una de las primeras casas de La Merced, y por ser construida con planos directos traídos especialmente de Inglaterra, es un desarrollo pleno del concepto tudorino aplicado en otras ciudades las primeras décadas del siglo. Sus dimensiones le permiten, además, desarrollarlas a cabalidad. La puerta central, en madera en hierro y de doble hoja, es un notable trabajo de ebanistería, que reproduce perfectamente lo propuestos por manuales como *Tudor Homes of England*, de Samuel Chamberlain (1929). Lo mismo ocurre con el diseño de sus balcones almenados, marcos de ventanas y su chimeneas.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

La puerta está coronada, como se acostumbraba, con el escudo familiar, que corresponde precisamente a la heráldica de la familia Moreno.

Una de las características principales de la casa era su capacidad de contener todas las necesidades de la familia. Así, en el oratorio se oficiaban misas por parte de sacerdotes jesuitas que bajaban del Colegio San Bartolomé todos los domingos y en la mansarda se presentaban películas como *La muerte de Sigfrido* de Fritz Lang y las películas de Walt Disney, como *Pinocho* y *Fantasía*, ambas estrenadas en 1940.

La muerte de don Benjamín, ocurrida en 1946, pocos días antes del matrimonio de su hija Inés con Ernesto McAllister Pradilla, no impidió que su esposa viviera en la casa incluso cuando todos sus hijos habían formado sus familias, hasta su fallecimiento. Dice Inés Moreno sobre la vida de doña María en La Merced:

> *Le decíamos "Mami, por qué no te pasas para un apartamentico chiquito que sea más calientito" y ella decía, "no, esta casa me la hizo su papá para mí y aquí me voy a morir, además, jaula nueva, pájaro muerto"*[2].

Tras la muerte de doña María, sus hijos vendieron el patio trasero, donde se construyó un edificio sobre la Carrera Séptima que ha albergado, entre otras entidades, Pronta y Fogafin. La casa fue arrendada a una institución educativa, que años más tarde tomó propiedad de la misma.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Vista de la casa desde el nororiente (s.f.). Cortesía Familia Moreno Mejía.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

5-50



Primer propietario: Federico Ángel González

Nomenclatura oficial: Calle 34 # 5-50

Año de construcción: 1957

Uso actual: Institucional- Casa del Valle del Cauca



Detalle de los amplios ventanales que caracterizan la fachada sur de la casa (1987). Cortesía Lucía Ángel de Gaviria.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



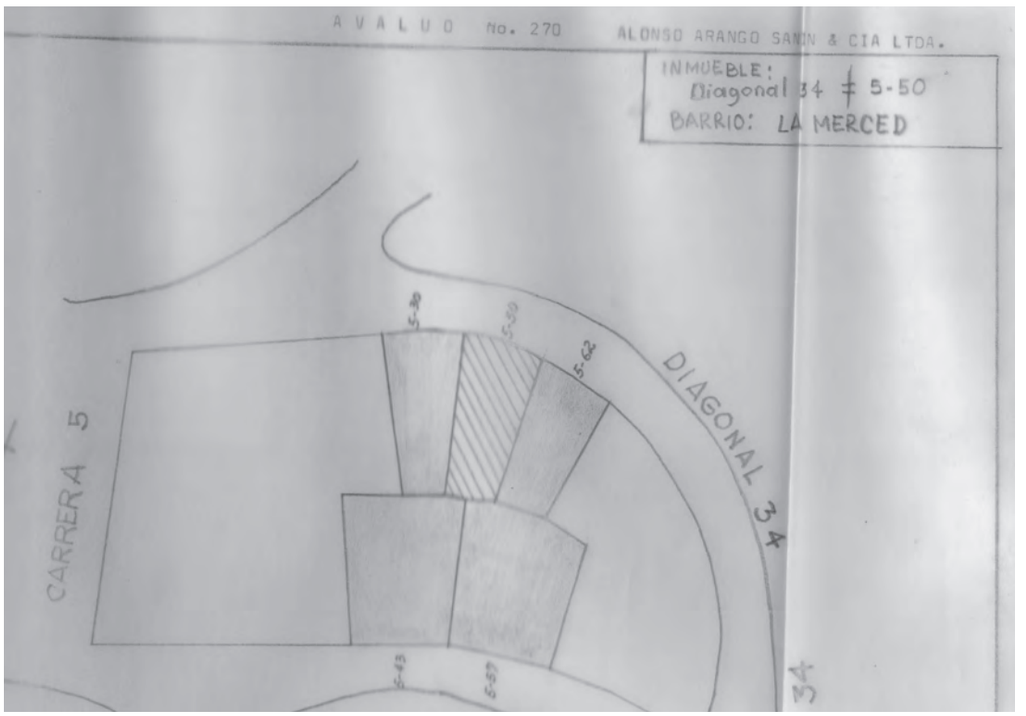
Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Detalle de la cocina, con un amplio ventanal que mira al norte(1987). Cortesía Lucía Ángel de Gaviria.

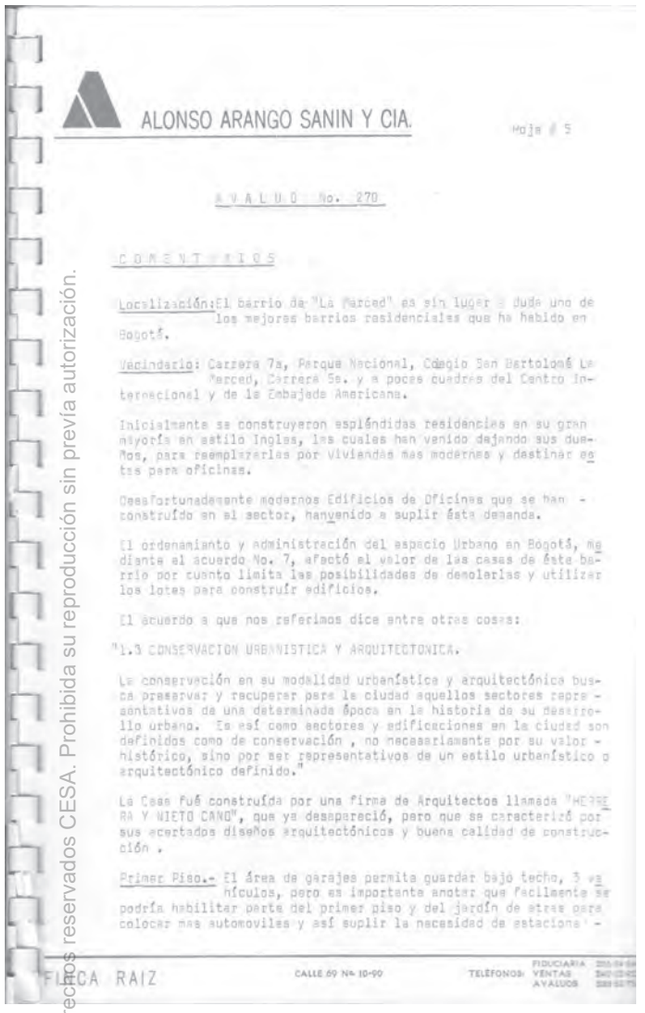
El dueño de la Papelería Ibérica, Federico Ángel González, construyó esta casa siguiendo los lineamientos de su hija Lucía Ángel Puerta, quien quería, ante todo, una casa con iluminación natural y con ventanales amplios.

El lote, que pertenecía a Gustavo Gaviria González (esposo de Lucía) hasta 1952, era uno de los pocos en La Merced que no había sido construido para mitad de siglo.

La firma Herrera y Nieto Cano, fundada en 1946 tras la llegada de sus socios –Alberto Herrera y Jaime Nieto Cano– de los Estados Unidos, donde habían estudiado arquitectura en la Catholic University de Washington y en Yale, fue la elegida para construir la casa. Los arquitectos, en sus obras previas, habían privilegiado la luz como parte fundamental de la composición arquitectónica, tal y como se vio en obras como la casa de Nieto Cano en Bogotá (1950) y las casas Gómez Arrubla en Manizales (1950).



Mapa, elaborado -a mano- para un avalúo, en el que se muestra la ubicación de la casa (1987). Cortesía Lucía Ángel de Gaviria.



ALONSO ARANGO SANIN Y CIA.

Hoja # 5

AVALUO No. 270

COMENTARIOS

Localización: El barrio de "La Merced" es sin lugar a dudo uno de los mejores barrios residenciales que ha habido en Bogotá.

Vecindario: Carrera 7a, Parque Nacional, Colegio San Bartolomé La Merced, Carrera 5a. y a pocas cuadras del Centro Internacional y de la Embajada Americana.

Inicialmente se construyeron espléndidas residencias en su gran mayoría en estilo Inglés, las cuales han venido dejando sus dueños, para reemplazarlas por viviendas mas modernas y destinar estas para oficinas.

Desafortunadamente modernos Edificios de Oficinas que se han construído en el sector, han venido a suplir ésta demanda.

El ordenamiento y administración del espacio Urbano en Bogotá, mediante el acuerdo No. 7, afectó el valor de las casas de éste barrio por cuanto limita las posibilidades de demolerlas y utilizar los lotes para construir edificios.

El acuerdo a que nos referimos dice entre otras cosas:

"1.3 CONSERVACION URBANISTICA Y ARQUITECTONICA.

La conservación en su modalidad urbanística y arquitectónica busca preservar y recuperar para la ciudad aquellos sectores representativos de una determinada época en la historia de su desarrollo urbano. Es así como sectores y edificaciones en la ciudad son definidos como de conservación, no necesariamente por su valor histórico, sino por ser representativos de un estilo urbanístico o arquitectónico definido."

La Casa fué construída por una firma de Arquitectos llamada "HERRERA Y NIETO CANO", que ya desapareció, pero que se caracterizó por sus acertados diseños arquitectónicos y buena calidad de construcción.

Primer Piso.- El área de garajes permite guardar bajo techo, 3 vehículos, pero es importante anotar que facilmente se podría habilitar parte del primer piso y del jardín de atras para colocar mas automoviles y así suplir la necesidad de estaciona-

FINCA RAIZ CALLE 69 Nº 10-90 TELEFONOS: FIDUCIARIA VENTAS AVALUOS

Descripción de la ubicación de la misma en el mismo avalúo (1987). Cortesía Lucía Ángel de Gaviria.



Vista de la casa desde el occidente. Llaman la atención la pared en piedra y los techos planos, diferentes a las de la mayoría de casas de La Merced (1987). Cortesía Lucía Ángel de Gaviria.

Como resulta evidente para los paseantes, la casa rompe radicalmente con el estilo inglés que predominaba en el barrio, tal como en su momento lo hicieron Ospinas, con la residencia "art deco" de la familia Núñez en el 5ª-90 de la Diagonal 34ª (1940), o Enrique Triana, con el edificio construido ese mismo año en el 5-43 de la Calle 35 (1958).

En esta casa, el rompimiento con la arquitectura tradicional del estilo inglés es con una tendencia arquitectónica más cercana al diseño moderno, tipo Le Corbusier, que estuvo de moda a mediados de siglo en todo el continente, y se evidencia en el uso protagónico del cemento y la luz, fundamentalmente a través de amplísimos ventanales y puertas.



Detalle de entrada a los parqueaderos, bajo la pérgola de la fachada occidental (1987). Cortesía Lucía Ángel de Gaviria.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Estudio de la casa cuando aún era una residencia familiar (1987). Cortesía Lucía Ángel de Gaviria.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Detalle de la escalera, flotante, en mampostería y con barandas metálicas (1987). Cortesía Lucía Ángel de Gaviria.

También, del predominio del color blanco, apenas apoyado por piedra y ladrillo en la parte inferior de la casa. La sensación que brinda esta casa es de levedad, amplitud y exposición, al contrario de las inglesas, que parecen siempre frías, resguardadas y gobernadas por una atmósfera grave.

La casa, construída en un terreno inclinado, está estructurada en niveles. El acceso se realiza, pues, por una escalera de cemento y granito que, bordeada por un pequeño antejardín elevado se integra con la acera; esta volumen continúa para dar paso a los garajes, a forma de sótano.

La escalera está cubierta por un techo liviano que se extiende hasta convertirse en marco para la puerta principal, que, entre el vidrio y los espacios abiertos, parece flotar. El primer piso está dominado por la luz, pues tanto la pared sur como la norte son en realidad vidrios, lo que le da al amplio salón una perspectiva particular hacia la Calle 34 y hacia el jardín interior. Se accede al piso superior y al inferior por escaleras abiertas de mampostería, de barandas metálicas que se reproducen en los balcones interiores del segundo piso.

Gustavo Gaviria González fue, en su vida pública, uno de los líderes empresariales más importantes del país: además de ser un prestigioso productor y exportador de café, fue consejero de influyentes personajes de la vida nacional como Carlos Lleras Restrepo, Luis Carlos Galán y César Gaviria. Debido a su importancia en la vida política y económica del país, y a la ubicación estratégica de la casa entre el norte y el centro de Bogotá, no era extraño ver en residencia a presidentes como Lleras, Guillermo León Valencia y Alfonso López Michelsen.

La familia Gaviria Ángel vivió en La Merced hasta 1987, cuando se mudaron al lado del Parque del Virrey, a una casa que también fue diseñada a partir de los lineamientos de Lucía. La casa de La Merced fue vendida por sus primeros porpietarios a la Gobernación del Valle del Cauca, que estableció su Casa allí, la cual permanece como una especie de embajada del departamento, y en la que se reciben constantemente a visitantes en todo tipo de encuentros y celebraciones, lo que la hace un punto de referencia para el barrio y, concretamente para la Calle 34, que desde el occidente lleva hasta el Colegio San Bartolomé.



sin previa autorización.

5A-57/69



Nombre constructor: Manuel Casabianca

Nomenclatura oficial: Diagonal 34A No. 5A-57/69

Año de construcción: 1940

Uso actual: Institucional- Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA.

Bien de interés cultural y de conservación.

Casa Marco Fidel Rocha-CESA

Tras haber fundado la Universidad Surcolombiana, en Neiva, Marco Fidel Rocha Rodríguez fue rector del CESA entre 1975 y 2007.

Fue uno de los mayores abanderados de la conservación de las casas del barrio, actividad de la que hizo partícipes a directivos, empleados y estudiantes. Bajo su dirección se adquirieron siete de las trece casas de La Merced que hoy componen la institución.

Fachada occidental de la casa. Se aprecia el trabajo en piedra de la escalera y los marcos de las puertas y ventanas (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

La firma de arquitectos Pérez, Buitrago y Williamson, que ya había construido varias de las casas de La Merced –y que tenía entre sus socios a Samuel Williamson, residente del barrio–, fue la encargada de construir la residencia del abogado, conjuez de la Corte Suprema de Justicia y representante a la Cámara por el Estado Soberano del Tolima, Manuel Casabianca Castro; de su esposa Cecilia Arboleda Sanz de Santamaría y de sus hijas, Cecilia y Lucía. Los planos, traídos de Europa, respetaban el estilo inglés que ya se alzaba en otras casas que se construían en el barrio. No sólo los planos habían cruzado el mar: la madera con la que se construyeron los pisos había llegado desde Bélgica.

La dirección original del hogar de los Casabianca Arboleda era Diagonal 35 # 5-57. Se trata de una casa de 960,4 m2 de área construida, sobre un terreno de 840,2. Cuenta con tres accesos, dos de servicio y uno principal, al que se llega por una escalera en piedra. Consta de cuatro plantas: un sótano y tres pisos superiores.

Inicialmente, en el sótano estaban ubicados garajes para dos automóviles y una habitación para el chofer. En el primer piso se encontraba la zona social, con un amplio hall de entrada, salón, comedor y estudios. Al fondo contra el jardín, estaban la cocina, la alacena y los cuartos de servicio.



Fachada de la casa hacia la década de 1940. Cortesía de Lucía y Cecilia Casabianca Arboleda.



Lucía y Cecilia Casabianca Arboleda a finales de la década del 40. Cortesía de Lucía y Cecilia Casabianca Arboleda.

Todos los derechos reservados DESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

En el segundo piso había cuatro habitaciones, dos baños y un oratorio, que miraba al oriente. La última planta –una mansarda que se extiende sobre toda el área de la casa– fue construida con fines sociales y de recreación.

La casa mantiene dos escaleras: una social, en madera, y que hace una amplia curva del primer al segundo piso; y otra de servicio, también de madera pero más sencilla y de ángulos rectos, que entones comunicaba la zona de cocina y alacena con la segunda planta. Otra escalera similar a ésta, y que la continúa, va del segundo al tercer piso. Cuenta con un jardín, habilitado actualmente como cafetería, y un antejardín, que cumple funciones de parqueadero.

La casa, con un muy sólido diseño estructural exigido por su propietario a los arquitectos, albergó desde sus primeros días una gran cantidad de invitados. Según Cecilia Casabianca, hija de Manuel, el arquitecto Santiago Trujillo, uno de los más asiduos visitantes, no dejaba de sorprenderse con la solidez de la casa, ante lo cual su padre abría, orgulloso, una puerta desde la cual se veían algunas de las vigas estructurales que sostenían la mansarda. En esta misma mansarda la familia era anfitriona de recepciones para amigos y familiares.



Familia Casabianca Arboleda en la escalera de la casa (1948). Cortesía de Lucía y Cecilia Casabianca Arboleda.



Lucía y Cecilia Casabianca Arboleda sobre la Diagonal 35ª, después de una fuerte granizada que dejó el barrio y el Parque Nacional cubiertos de hielo (s.f.). Cortesía de Lucía y Cecilia Casabianca Arboleda.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

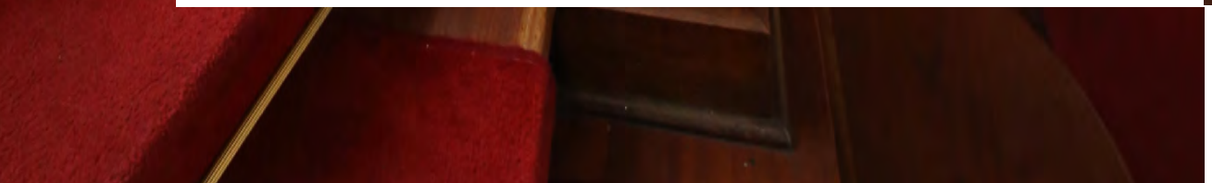


Una de las exigencias de Cecilia Arboleda para la construcción de la casa fue que esta tuviera una escalera como la de Manderley, la estancia del sur de Inglaterra que describió Daphne du Maurier en su novela *Rebecca* (1938), y que, años más tarde, aparecería en la adaptación fílmica que de la misma hizo Alfred Hitchcock. Se aprecia efectivamente que la escalera es una reproducción de la descrita en la novela, y si bien es diferente a la de la película, hay un elemento común entre la de la cinta y la de la casa: los cuatro vitrales que se encargan de dar luz a la escalera y al hall de entrada.

Cuando murieron Manuel Casabianca y su esposa Cecilia Arboleda, a finales de la década de 1950, las familias de Cecilia y Lucía permanecieron en la casa y criaron allí a sus hijos. Se dividieron el segundo piso en dos mitades, una para cada familia. Sin embargo, con el paso del tiempo las familias siguieron el camino de muchas otras y se trasladaron de La Merced al norte de la ciudad.

La familia conservó la propiedad durante cuarenta años y, si bien no volvieron a residir allí después de haberla dejado, la dieron en arriendo a distintas instituciones.





Todos los derechos reservados. Queda su uso prohibido sin mi autorización.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización

Detalle de la escalera principal de la casa, elaborada según la descripción de una célebre obra literaria (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

La primera fue Uniandinos, seguida por la embajada de Japón. Más adelante, la arrendó el entonces senador Fernando Botero Zea, hijo de Gloria Zea y nieto de Germán Zea Hernández (estos últimos residentes del barrio desde 1945 hasta el día de hoy).

Cuando Botero Zea entregó la casa, esta pasó de albergar oficinas a cumplir propósitos educativos. Primero con la llegada al barrio de la Academia Charlot, con lo que fue sede de sus programas de actuación. Más adelante, la Fundación Paulina y Ernesto de Valenzuela, dedicada al cuidado de las niñas desamparadas, tuvo en arriendo la casa como internado, para lo cual hizo una serie de modificaciones al diseño original. En el 2007, las hermanas Casabianca Arboleda vendieron la casa de su infancia al Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA, que le da el nombre de Casa Rocha en honor a su rector por casi treinta años, Marco Fidel Rocha Rodríguez.

La relación de la familia con la casa, sin embargo, no ha terminado. En las aulas de Casa Rocha han estudiado los nietos de Lucía y Cecilia. Actualmente, uno de los principales atractivos es el patio, en el que funciona una pequeña cafetería para la comunidad del CESA.


Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Allí, un naranjo preside, discretamente, el espacio. Se trata de un árbol traído de la finca en Fusagasugá de Fernando Mazuera Villegas, alcalde de Bogotá entre 1949 y 1958, y qué este regaló a la familia.

El árbol, sembrado por la señora de la casa, fue testigo del matrimonio de sus hijas; de Lucía, con el hacendado Ignacio de Narváez Vargas, el 24 de septiembre de 1955; y de Cecilia, con el abogado Rafael Gamboa Álvarez, el 2 de diciembre de 1956. Sesenta años después, continúa dando frutos.

Naranjo sembrado por Cecilia Arboleda a mediados de siglo XX en el jardín de la casa (2014).
Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

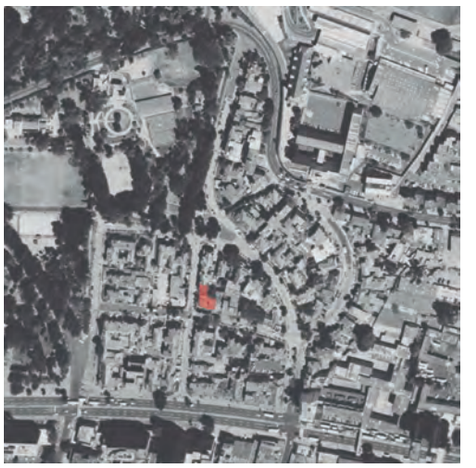
Todos los derechos reservados ©DESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.





Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

5-43



Primer propietario: Enrique Fernández Cabrera y Ulpiano Tascón Quintero.

Nomenclatura oficial: Calle 35 # 5-43

Año de construcción: 1958

Uso actual: Residencial

Propiedad de la familia Fernández. En primer plano, la casa; al fondo, el edificio diseñado por Enrique Triana (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Entrada del edificio, con los garajes a ambos lados (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Detalle de la pared que flanquea la entrada (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Una de las primeras obras del arquitecto bogotano Enrique Triana Uribe (quien se casaría con Isabel Soto Sinisterra, hija de Luis Soto del Corral, habitante de La Merced) es el edificio de apartamentos que construye, entre 1957 y 1958, en el patio de la casa perteneciente a Enrique Fernández Cabrera.

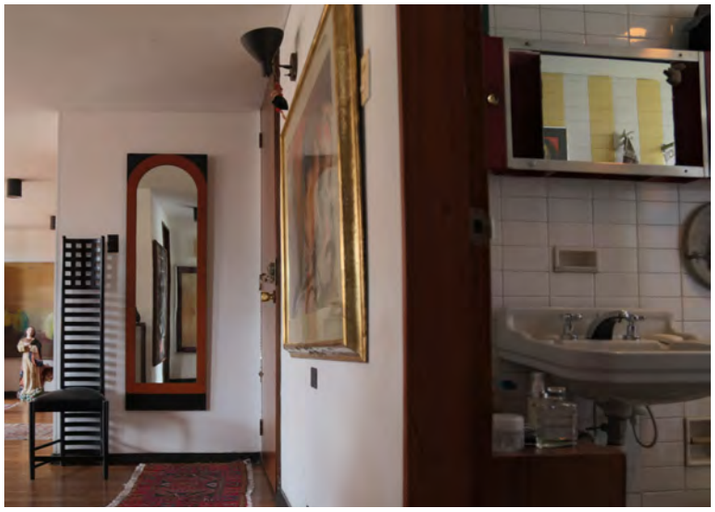
Fernández Cabrera se la había comprado a Ulpiano Tascón Quintero; este, a su vez, la había comprado a Rafael Aguilera Izquierdo, quien encargó su construcción a finales de los años 30. Tascón y Fernández, en el momento de decidir aprovechar el amplio espacio del jardín de la vivienda, confiaron a la firma Vargas y Triana la construcción de un edificio de apartamentos, que la firma desarrollaría entre 1957 y 1958. La obra continuó el concepto de la casa sobre cuyo patio se construyó: un dibujo novedoso y funcionalista, distinto de las formas tradicionales y evocadoras del pasado europeo que regían la mayoría de las construcciones de La Merced.

El edificio de cuatro pisos es aún notable por su fachada, compuesta exclusivamente por cubos de granito y vidrio, algo absolutamente novedoso para la época. La construcción es, de hecho, un enorme cubo dividido en cuatro pisos: uno para la puerta de acceso central y dos parqueaderos, ubicados a cada lado; y tres pisos, destinados a sendos apartamentos.

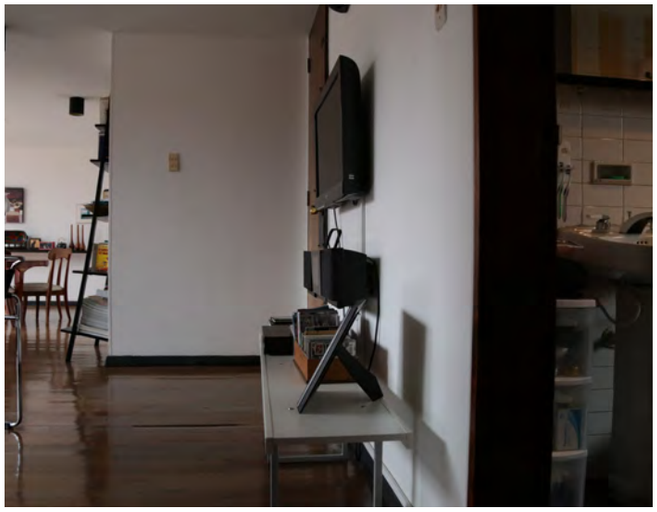
La escalera central, invisible desde el frente, mira a un pequeño jardín trasero y conduce a cada uno de ellos y lleva a puertas ubicadas sobre el mismo eje de la principal. Quien recorre la Calle 35, sobre la que está ubicado, no observa, pues, ladrillos, ni siquiera paredes: solamente 18 ventanas por piso, lo que aún hoy sigue llamando la atención. Además, asimétricamente repartidas sobre la fachada, siete materas planas sobresalen de los tres pisos y alivianan la estructura.



Interior del apartamento que ocupa el tercer piso (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Interior del apartamento que ocupa el segundo piso (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Interior del apartamento que ocupa el primer piso (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

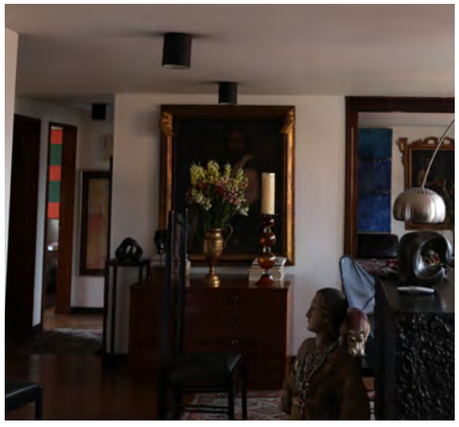
Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Panorámica del barrio, hacia el norte, desde el edificio (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Detalle de la ventana que Ulpiano Fernández instaló en la puerta que divide el comedor de la cocina en su apartamento (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Interior del apartamento de Ulpiano Fernández, del segundo piso (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Al entrar a cada uno de los tres apartamentos, de nuevo los espacios cúbicos se reproducen. Un pasillo lleva al salón comedor, dividido por una chimenea central, protagonista por su volumen. A la izquierda, se avanza hacia el área privada, compuesta por dos habitaciones y un baño. Una puerta lleva a la cocina, y de ahí al área de lavandería y al cuarto y baño de servicio.

La iluminación de la casa proviene de los amplios ventanales frontales, que miran al norte de la ciudad.

De algunos de estos cuadrados salen pequeños volados de concreto que albergan jardines cuidados por los inquilinos del edificio.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Jardinera flotante a la altura del techo del edificio (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Aun cuando la obra se vio en su momento como una intromisión en la propuesta estética de La Merced, barrio dominado por la homogeneidad del estilo inglés, las impresiones de diferentes comentaristas al respecto parecen establecer que no hay una disonancia entre los volúmenes de las casas de La Merced y el edificio construido por Triana.

Dice Jorge A. Mejía en su libro *Enrique Triana: Obras y proyectos (2006)*, "la obra, a pesar de alejarse dramáticamente del estilo que prevalece en el entorno inmediato, dialoga en cuanto a la escala, el ritmo y la proporción con las casas existentes"[1]. Por su parte, el *dossier* de la obra de Triana plantea que no hay una disonancia entre el estilo inglés y el estilo moderno en el edificio de La Merced[2], influido por la obra de Mies van der Rohe, como era común en las primeras construcciones de Triana.

De cualquier manera, al ser un edificio que marca diferencia, ha generado opiniones encontradas entre los residentes del barrio. Mientras algunos –los más tradicionales– sienten que el edificio distorsiona la belleza del estilo inglés, otros aplauden precisamente que la geometría del edificio reproduce la de las ventanas cuadras caracteríasticas neotudor de La Merced.

Precisamente esa combinación fue la que destacó Eduardo Arias en su columna sobre el edificio, publicada por Publímetro en 2012, que más adelante menciona las hipótesis que tenía Arias, cuando caminaba por La Merced, sobre los posibles residentes detrás de los cuadrados de granito:

> *Pero este edificio sencillo, con amplias ventanas, algunas de ellas con materas a manera de voladizo, invitaba a seguir, a conocer algún apartamento. Es de esos edificios donde uno, atado a los lugares comunes más aberrantes, presume que vive un arquitecto, una diseñadora textil, algún pintor, una profesora de piano o de clarinete*[3].

[1] Jorge A. Mejía, Enrique Triana: Obras y proyectos (Bogotá: Corporación La Candelaria/Planeta, 2006), en Eduardo Arias, "Era de seis pisos" (Publímetro, 6 de febrero de 2012).
[2] VV.AA., Enrique Triana Uribe, arquitecto moderno (Bogotá: PROA, 2006), 98.
[3] Arias, "Era de seis pisos".



Detalle de la fachada del edificio, con una de las jardineras flotantes (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Así mismo, Arias recordaba que, a mediados de la década de 1980, cuando trabajaba en el Inderena (localizado en la casa de Francisco Núñez, en la Diagonal 34ª # 5ª-90), almorzaba en el restaurante Pimiento, que creó en 1985 el artista Ulpiano Fernández –hijo de Elba Marina Mendoza Vda. de Fernández, dueña actual del edificio–, pensando en los empleados de las oficinas que por esa época ya se establecían en La Merced.

La familia Fernández ha logrado que, a través de los años, esa intuición de Eduardo Arias se haga realidad: el edificio ha sido hogar de artistas, actores y productores de cine y televisión, comenzando por el mismo Ulpiano, que en la primera planta del edificio adecuó el espacio para trabajar en sus proyectos escultóricos.



a autorización.

5ª-23 / 34-26



Primer propietario: Samuel Williamson Pombo

Nomenclatura oficial: Diagonal 34ª # 5ª-23
Carrera Quinta # 34-26

Año de construcción: 1937

Uso actual: Institucional: Colegio de
Estudios Superiores de Administración-CESA

Bien de interés cultural y de conservación.

Casa Incolda – CESA

Incolda se encargó de actividades de formación ejecutiva, educación continuada y la relación del CESA con la comunidad empresarial, así como de ejercer de think tank *para el empresariado colombiano. Con la fundación de la Unidad de Gestión Empresarial por parte del CESA, las funciones de Incolda son absorbidas por esta, pero el nombre de la casa continúa en honor a una de las entidades fundamentales en la creación de la institución.*

Casa Hernán Echavarría Olózaga – CESA

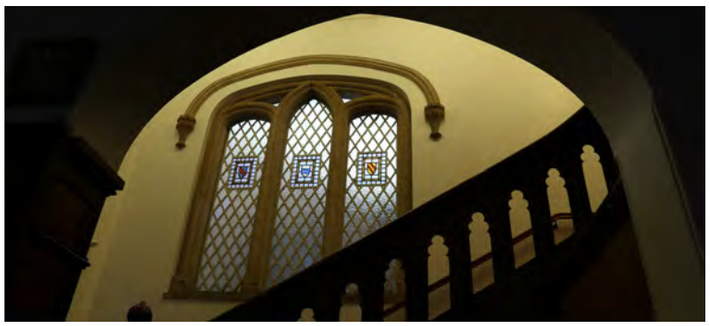
Don Hernán Echavarría Olózaga (1911-2006) tuvo un papel predominante en la historia contemporánea de Colombia, más allá de su labor como empresario con su empresa familiar, Corona. Alumno de John Maynard Keynes, contribuyó a la fundación de, entre otras instituciones educativas, la Universidad de los Andes, el CESA, EAFIT y la Universidad del Norte; así como de la revista Semana, Incolda, la Fundación Corona y el Instituto de Ciencia Política. Fue ministro de Obras Públicas y Comunicaciones, embajador en Washington y frecuente columnista de los principales periódicos del país.

Fachada de la casa desde el occidente (2014).Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

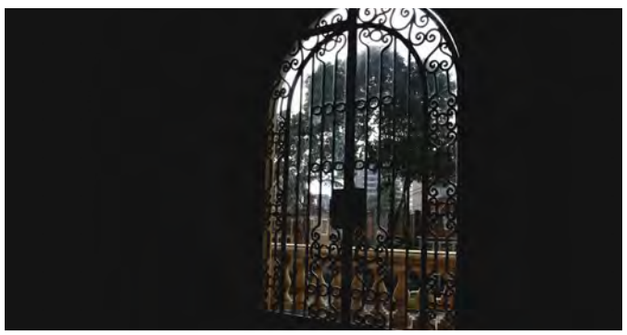
servados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

La casa que había construido don Benjamín Moreno había llamado la atención de los futuros vecinos de la urbanización La Merced. El arquitecto Carlos Pérez Calvo había llegado de Bélgica y se había asociado con el ingeniero Luis Buitrago Roa y el empresario Luis J. Williamson Pérez, su primo, para crear la firma Pérez, Buitrago y Williamson. Tomaron la influencia de Casanovas y Mannheim y la plasmaron en la casa de Samuel Williamson Pombo (primo de uno de los socios), quien habitó la casa principal hasta su muerte en 1959.

Las dos casas construidas por Williamson tienen un área total de 2060 m2, distribuidos en tres pisos y un sótano, donde estaban la habitación del chofer y los dos parqueaderos. En el primer piso, el vestíbulo de entrada conectaba la sala principal, el estudio, el comedor y el área de servicio, donde una pequeña escalera subía al segundo piso y a la mansarda. Otra escalera, más grande y decorada con vitrales enmarcados en piedra muñeca, lleva del hall al segundo piso.



Escalera de la casa, iluminada por un amplio ventanal adornado con vitrales de motivos medievales y piedra muñeca (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Vista interior de la puerta principal de la casa, de hierro y vidrio (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Detalle de la heráldica en piedra que adorrna la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

En el segundo piso se encontraba, como era común en las casas del barrio, el área privada dividida en cinco habitaciones: las de Samuel, su esposa y sus tres hijos, para quienes había dos baños disponibles para cada género, división que continúa hasta hoy. La escalera de servicio lleva a la mansarda, actualmente dividida en dos salones y una oficina.

Tras la muerte de Samuel Williamson, sus herederos venden la casa al médico Miguel Antonio Rueda Galvis, exministro de Higiene, antiguo embajador en Bélgica y uno de los primeros urólogos de Colombia, y a su esposa Amalia Zea, hermana del exalcalde de Bogotá y también residente del barrio, Germán Zea Hernández.

En 1978 el Instituto Colombiano de Administración (Incolda) instaló su centro de desarrollo para Bogotá en la casa, que terminó de ser adquirida por doña Amalia en 1983. Durante 30 años, se intercalaron las actividades de formación ejecutiva de Incolda junto a las académicas del CESA, hasta que el CESA adquirió Incolda –y casa– a finales de la década pasada.

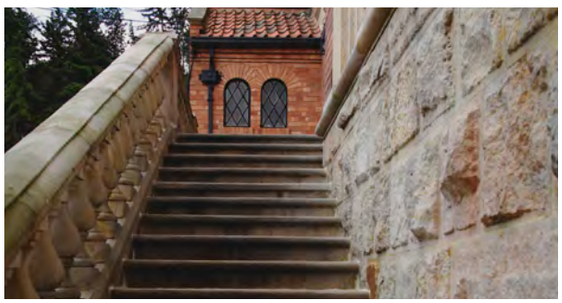
Hoy en día presta sus espacios oficinas y salones de clase de la Institución.



Detalle de la fachada en la que se hacen evidentes el hierro de la puerta y los faroles, junto con la piedra, que da forma a los arcos y a la balaustrada de la escalera (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Detalle del trabajo en madera de la escalera (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Escalera de piedra que lleva desde la zona de parqueadero a la primera planta. Se observa, al fondo, el juego de canales característico de las casas de La Merced (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Además de la casa principal, había dos casas en el lote trasero de la casa de Williamson, hoy en día numeradas con el 5-26 de la Diagonal 34. La que colindaba con el patio trasero de Samuel Williamson era la de su hermano, Alberto. A diferencia de la casa de Samuel, esta no fue construida por Pérez Buitrago y Williamson, sino por Child Luzardo Dávila. Esta última firma de arquitectos también estaba vinculada a la familia Williamson por uno de sus socios, Harry Child Dávila, esposo de Emma Williamson Pérez, hermana de Luis J. y prima de los hermanos Williamson Pombo.

La configuración de la casa resultaba inusual para el estilo predominante en La Merced. Primero, el garaje quedaba en la parte trasera de la vivienda y se entraba a él por la actual Carrera Quinta, al lado de su casa hermana. Debido a que la casa está localizada en la falda de la montaña, el primer piso era utilizado como sótano y se entraba por la actual Diagonal 35, una escalera de ladrillo que aún lleva de la Carrera Quinta a la Diagonal 35ª; sobre esta escalera estaba ubicada la puerta principal de la vivienda. Un pequeño vestíbulo llevaba a un salón y a un comedor, junto al que quedaba el garaje y los baños de visitantes.



En piedra, la placa en la que se puede leer la dirección de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Escalera que permite actualmente el acceso de una casa a la otra, bordeada por cipreses podados para constituir una barrera (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Antigua puerta principal de la casa, sobre la escalera que desciende desde la Carrera Quinta (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Al lado del garaje, una escalera pequeña llevaba al primer piso, donde estaban las habitaciones de servicio y la cocina. En el segundo piso quedaban las habitaciones de la familia Williamson Puyana, así como los baños familiares.

Una peculiaridad de la casa fue su construcción, en tanto que –así como las de Isaac Behar–, siendo casas separadas, tuvieron en principio el mismo diseño y proceso, además de una serie de características que las unen, como un patio interno común, las rejas de las ventanas y dos balcones que hacen un guiño al estilo inglés, con paredes blancas enmarcadas en madera. Sin embargo, las características del terreno hacen que las dos casas tengan diferencias notorias en sus planos.

Cuando los Williamson Puyana se mudan al norte, venden la propiedad, que fue embargada, en 1896, a la familia que la había comprado. Diez años después, esta es rematada y el CESA, que ya tenía la casa de Samuel Williamson, la compra y la nombra en honor a uno de sus fundadores –y fundador de Incolda–, Hernán Echavarría Olózaga. 70 años después, las casas de los hermanos Williamson Pombo volvían a estar unidas.

Reservados todos los derechos. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Placa en piedra que conmemora, en la fachada occidental de la casa, a uno de los fundadores del CESA (2014) Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Fachada occidental de la casa, con la puerta que actualmente permite el acceso (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Todos los derechos reservados ©2024. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

5ª-90



Primer propietario: Francisco Núñez Rebolledo

Nomenclatura oficial: Diagonal 34ª # 5ª-90

Año de construcción: 1940

Uso actual: Institucional- Agencia Nacional de Licencias Ambientales (ANLA).

Fachada sur de la casa, actualmente ocupada por la Autoridad Nacional de Licencias Ambientales. Se hace evidente la inclinación del terreno en el que se construyó (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización



Pocas casas de La Merced se apartan de lo tudorino en su diseño. La casa de Jorge Mejía Salazar (en la 34-44 de la Carrera Sexta), por ejemplo, es más cercana al estilo francés predominante en las universidades californianas, como Berkeley –donde Mejía Salazar estudió ingeniería de petróleos–, mientras que la casa de Federico Ángel (en la 5-50 de la Calle 34), recuerda a Le Corbusier por su manejo del cemento y de la luz. Sin embargo, mientras la casa Mejía armoniza con mayor facilidad con las túdorinas dado su manejo tradicional de una arquitectura originalmente rural o palaciega, la casa Ángel se puede comparar con mayor facilidad, dadas las características modernas de su diseño, con la de Francisco Núñez Delgado, ubicada en el cruce de la Calle 34ª con las Carreras 5ª y Sexta.

Detalle ornamental de la reja que divide el jardín exterior de la calle (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización



Parte baja de uno de los balcones del segundo piso. En esta imagen, como en las otras de esta casa, se evidencia el juego geométrico en los detalles (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Rejas de las ventanas, sobre la fachada suroriental. Es notable el cambio de ángulos en una sola unidad (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Esta casa resulta determinante porque, a pesar de ser una de las primeras construidas, no se acoge a la propuesta inicial de los constructores, y lo hace casi 20 años antes que Federico Ángel y los arquitectos Herrera y Nieto Cano. Su estilo podría describirse como art deco, lo cual se puede ver tanto en su fachada con ángulos pronunciados así como líneas curvas en paredes y balcones, lo que contrasta evidentemente con el manejo de las fachadas planas y rectas y de ladrillo a la vista con piedra muñeca que predominan a pocos metros de su puerta, hacia cualquiera de los cuatro puntos cardinales.

El lote fue adquirido en 1936 y Francisco Núñez, oriundo de Barichara, Santander, residente en el Municipio de Pacho Cundinamarca para esa época, encomendó a Tulio Ospina Pérez (hermano del futuro presidente, Mariano Ospina Pérez, y uno de los fundadores de Ospinas y Cía)



Detalle del baño. Se observa la cerámica original de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

que adaptara el art deco a las singularidades topográficas del naciente barrio; valga anotar que la ubicación de la casa en una extraña curva que constituye una esquina de tres calles, la hace, desde el principio, peculiar.

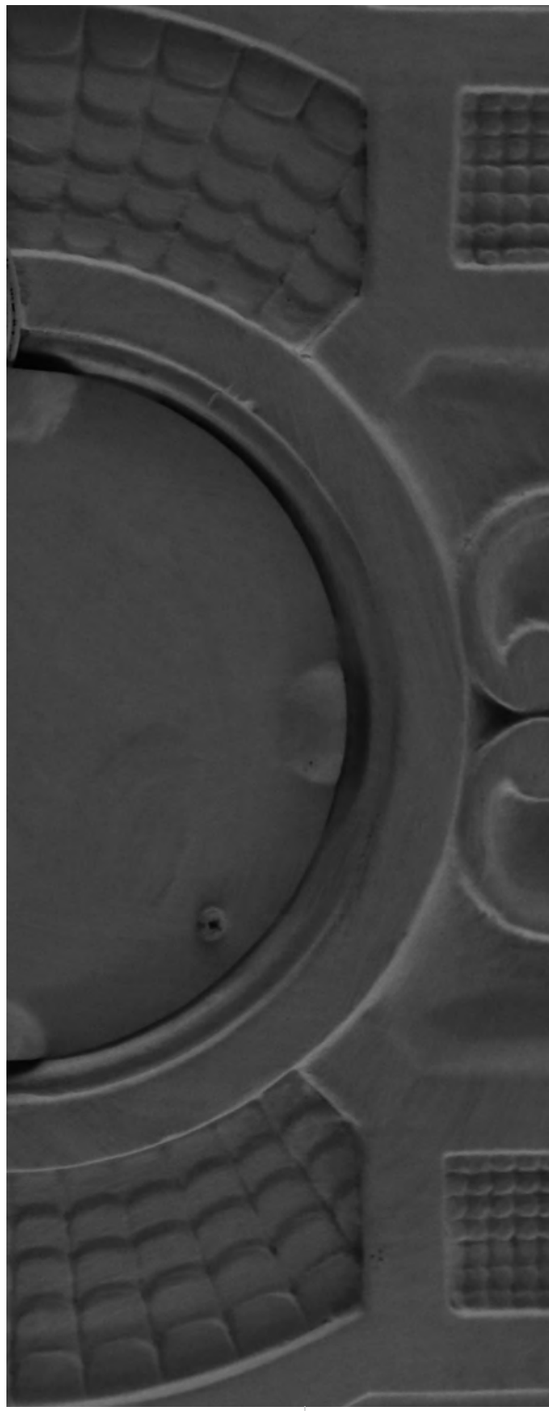
Su diseño es también característico; la estructura de habitaciones, de zonas públicas y de servicio de la casa rodea un patio interior, que daba luz al interior de la construcción. La casa tiene tres accesos; dos el cruce de la Diagonal 34ª con la Carrera 5ª: la puerta principal, al final de las escaleras que llevan desde la calle, y la de servicio, un par de metros más al norte. La otra, para un automóvil, está ubicado sobre la Carrera Sexta, que constituye un nivel más bajo dada la inclinación natural del terreno.

La puerta principal llevaba originalmente, a través de un pasillo, a una sala recibidora, a una sala más pequeña y a un comedor enchapado en madera importada de Europa. Contigua al comedor estaba ubicada una alacena, construida cinco o seis años después donde Crisanta y Dolores Núñez Delgado –hermanas y herederas de Francisco, junto con su sobrina Elvira Rincón Núñez– preparaban galletas y ponqués, como recuerda Juan Manuel Núñez Núñez, su sobrino nieto. Por otro costado el comedor daba ingreso a una cocina que llevaba a la cocina principal. Esta llevaba, por un pasillo, al patio, a la alacena del mercado y al área de servicio, a la que se accedía por el patio y en un nivel más abajo en el sótano se hallaba el garaje.

En el amplio pasillo al que desembocaba la escalera que llevaba del primer al segundo piso –donde estaban las habitaciones de la familia–, había un reloj alemán de péndulo. Era costumbre de la familia que, cuando el reloj daba las 7:00 am, las 12:00 m y las 7:00 pm, toda la familia y los invitados bajaban al comedor, donde el desayuno, el almuerzo y la cena ya esperaban a los comensales.

A sus 19 años, Juan Manuel Núñez Núñez, nieto de Emilio Núñez Delgado (hermano de Francisco), fue recibido en la casa cuando llegó a la ciudad a adelantar estudios de medicina. Allí pasaría gran parte de su juventud. Él acompañó a Crisanta hasta la muerte de la mujer, acaecida a sus 97 años, y fue nombrado albacea de la casa, donde vivió hasta 1984, cuando arrendó la propiedad al Inderena.

En 1992, Tevecine arrendó la casa para la producción de una telenovela *Los motivos de Lola*, dirigida por Jorge Alí Triana. Tras el final de la producción, se arrendó la propiedad al Banco Mundial que, debido a las necesidades de oficinas y las condiciones de seguridad propias de la entidad, hizo –con autorización de la familia Núñez– una serie de modificaciones a la distribución de sus espacios, aunque ninguno a la estructura; entre ellos se



Adorno, en mampostería del techo. De nuevo, el juego de figuras geométricas es protagonista (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

destacó una puerta de vidrio blindado, en el vestíbulo principal, frente a la puerta, y un jardín en el patio interior, con un corredor cubierto en su perímetro. Sin embargo, los arquitectos e ingenieros contratados por el Banco no construyeron desagües para el jardín en el patio interno, lo que derivó en constantes humedades en la base de los muros de la casa, cuya reparación requirió de mucho esfuerzo y volver a la reconstrucción del patio a lo que era originalmente.

Al frente de la casa, en el 5-98 de la Calle 34, funcionó la sede de las oficinas de atención a la población desplazada, y un grupo de esta población –en busca de obtener beneficios por parte del Gobierno– protagonizó la toma del edificio de la Cruz Roja en la Carrera 14 con Calle 82. Al ver el riesgo que conllevaba la toma para su seguridad, el Banco decidió salir de La Merced.

Después del Banco Mundial, el Ministerio del Interior dispuso allí la sede de su agencia para la reinserción. Más adelante, Oxfam, que luego se establecería en la residencia de Fernando Troconis (en la 5ª-40 de la Diagonal 34ª), tuvo su sede en la Casa Núñez. Tras una serie de impases e inconvenientes con un arrendatario, que redundaron en restauración y reformas, la casa fue arrendada a la Agencia Nacional de Licencias Ambientales (ANLA), que actualmente hace uso de la propiedad.

Justo en la esquina del jardín exterior que rodea la parte sur de la casa, es notable una gruesa palmera, parecida a las que pueden verse por la Calle 57, al occidente, desde la Avenida Caracas. Se trata de una palma fénix, o palma de canarias, que fue justamente sembrada por Crisanta Núñez Delgado, quien tuvo sobre sus hombros durante muchos años el funcionamiento de la casa.



Ventana redonda en la puerta principal de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Palma que adorna el jardín exterior de la casa, en la esquina sur (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



ción sin previa autorización.

6-25 / 35-57 / 35-37



Primer propietario: Familia Pombo Vargas

Nomenclatura oficial: Calle 36 # 6-25
Carrera Sexta # 35-57
Carrera Sexta # 35-37

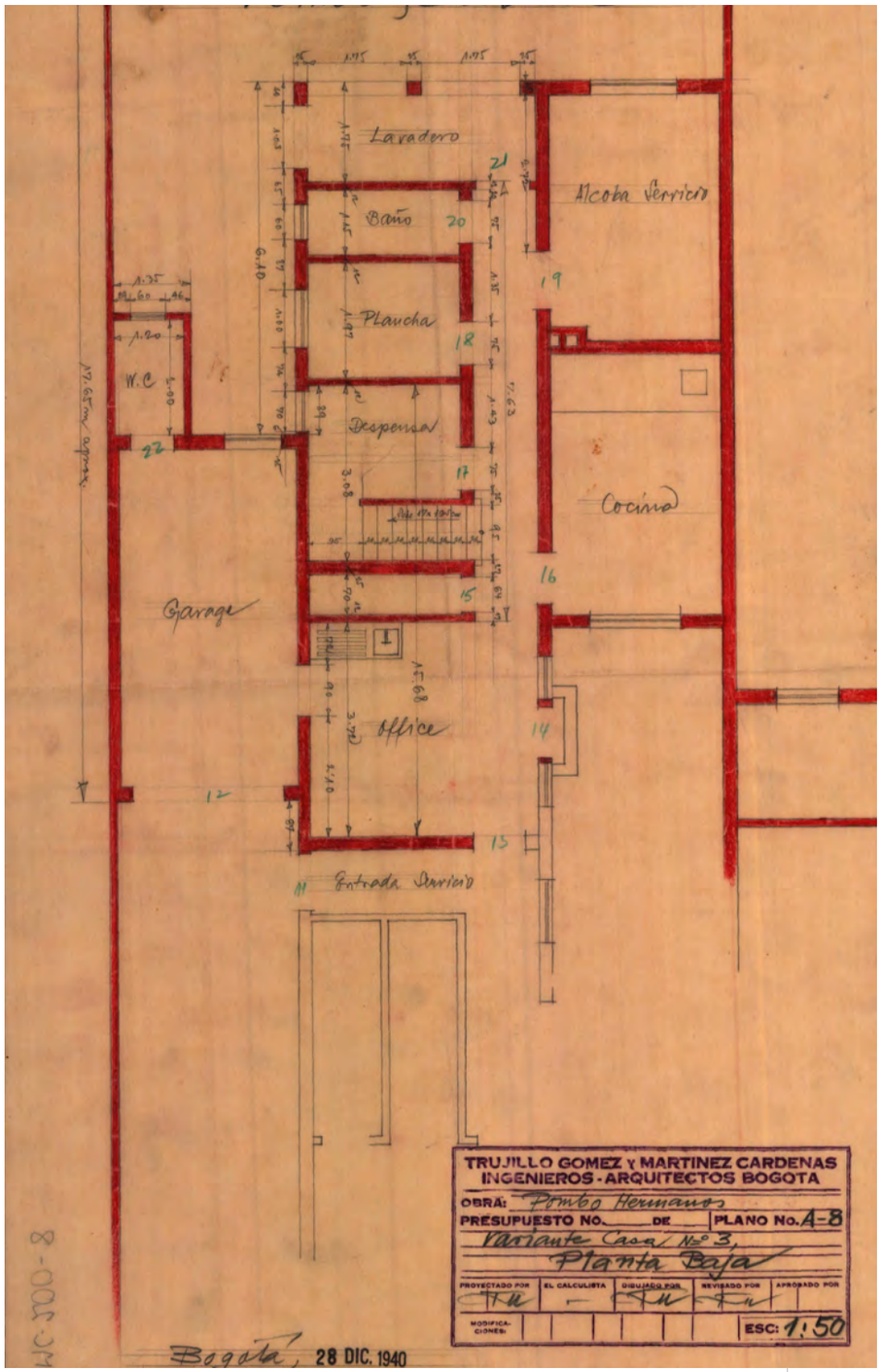
Año de construcción: 1940

Uso actual: Institucional – Fundación Fe
Cine Tonalá

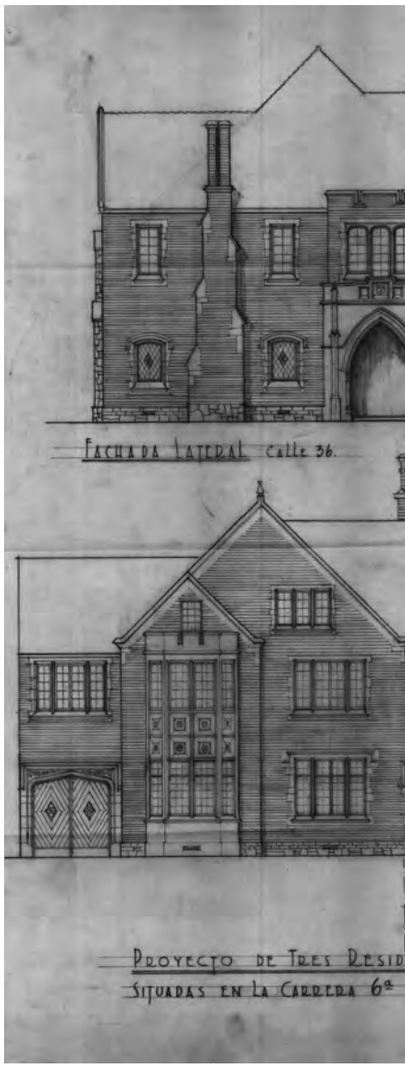
Fachada oriental de las casas hermanas, desde la Calle 36 (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Andrés, Gabriel y Luis Enrique Pombo Vargas, los tres hijos de María Mercedes Vargas Martínez y Fidel Pombo Rebolledo (hermano este del poeta Rafael Pombo; ingeniero y director del Museo Nacional entre 1884 y 1901), encargaron en 1939 el desarrollo de una obra que ocuparía el lote que tenían en La Merced a la firma de arquitectos Trujillo Gómez y Martínez Cárdenas. Esta firma ya estaba vinculada al barrio por los trabajos que desarrollaban para las casas de Ernesto Puyana Uscátegui y Luis Lara Borrero, y realizaron para los tres hermanos un proyecto único.

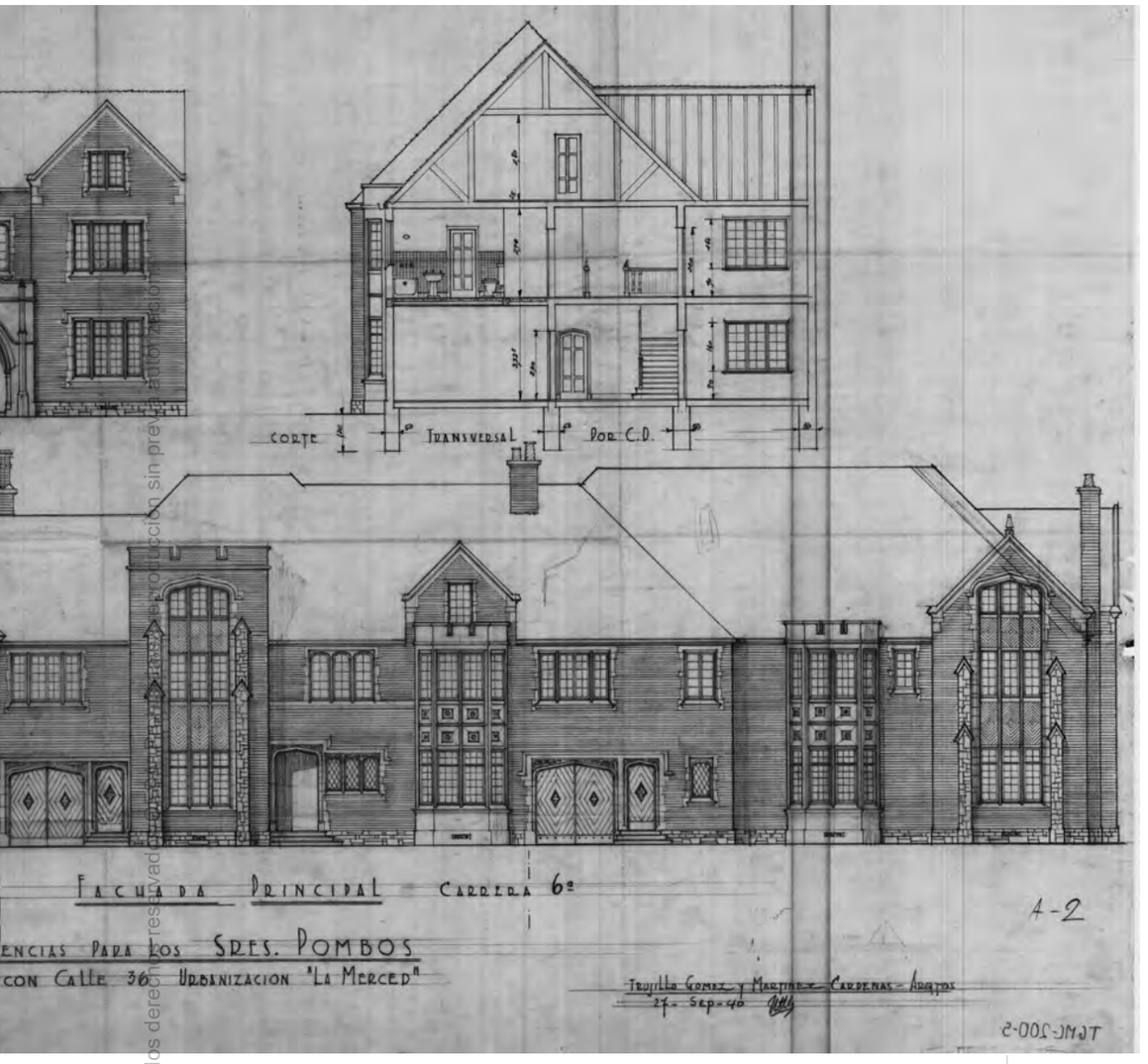
Una mirada a las tres casas Pombo –que dominan, junto con la propiedad de Luis Soto del Corral, la Carrera Sexta entre calles 35 y 36– deja ver una estructura común en las tres casas, perfectamente unificadas entre otros detalles por el techo, que comparten. Todas ellas contaban, en el primer piso, con áreas sociales (sala, escritorio y comedor) y áreas de servicio (despensa, cuarto de plancha, cocina, office y alcobas de servicio), y las casas de Andrés y Luis Enrique tenían, adicionalmente, una sala de música. En el segundo piso, las tres tenían seis habitaciones y dos baños, unidas con el primer piso por dos escaleras de madera, una social y otra de servicio, que llevan a las respectivas mansardas.



Plano original de la primera planta de las casas (1940). Archivo de Bogotá.

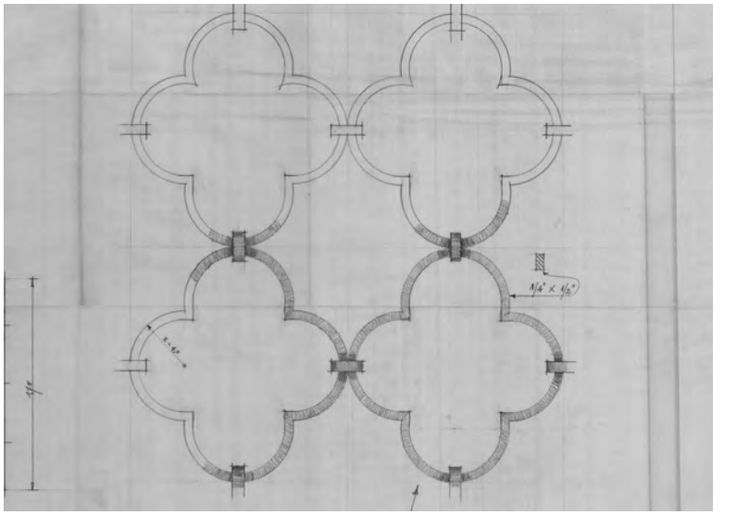


Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Plano original de las casas de la familia Pombo (1940). Archivo de Bogotá.

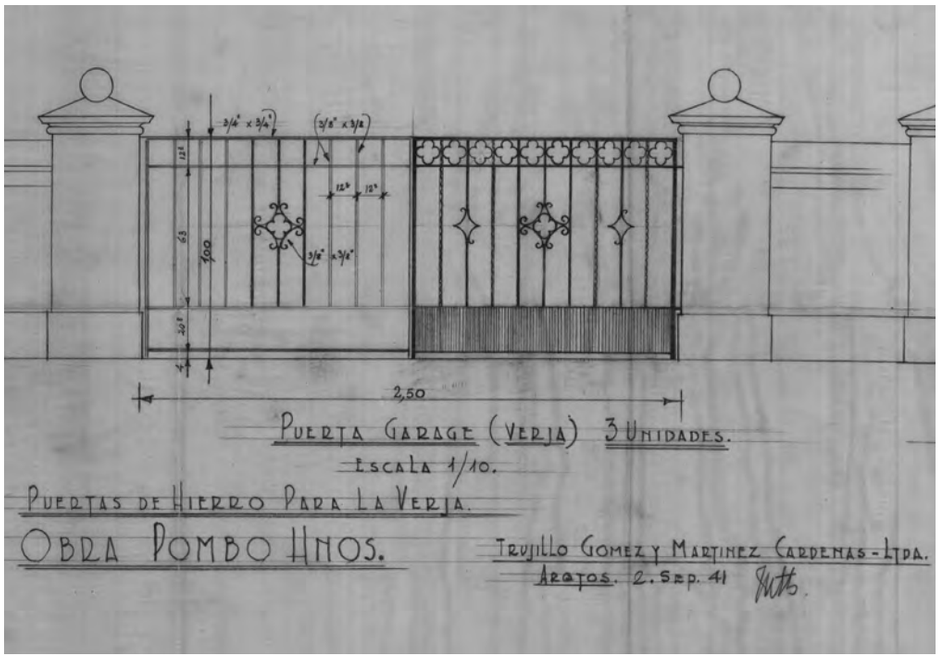




Detalle de las rejas que protegen las ventanas (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano. Abajo, el dibujo original en el que se proponían (1940). Archivo de Bogotá.

En 1948, Andrés Pombo fue quien albergó a Laureano Gómez mientras ocurría el Bogotazo y el líder conservador era el objetivo principal de los rebeldes que, de hecho, anunciaban su muerte por la radio. Gómez fue llevado a esa casa por Gilberto Arango Londoño, un joven de Manizales que estudiaba economía y había recibido la llamada del ministro.

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción sin previa autorización



Dibujo original del proyecto del enrejado externo de las casas (1940). Archivo de Bogotá. Abajo, foto que ilustra el detalle de las rejas (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

En su columna de 2006, dedicada a la memoria de Arango Londoño, el periodista Daniel Coronell recuerda la historia:

Tenía 22 años cuando la historia tocó a su puerta. O mejor dicho, a la puerta de su tío, en el barrio La Merced de Bogotá. Gilberto Arango Londoño había llegado de Manizales para estudiar derecho en la Universidad Nacional y no sabía que ese viernes caería sobre su espalda el peso de una misión suicida.

El hombre, que pedía refugio y un teléfono, era el ministro de Relaciones Exteriores Laureano Gómez. […]El presidente Ospina le ordenó a su canciller ir al Ministerio de Guerra y ponerse en contacto con la cúpula militar. Pero todos sabían que si Laureano Gómez pisaba la calle, no iba a llegar muy lejos. Fue entonces cuando ese jovencito probó su valor. Salió de la casa, caminó por la ciudad en llamas, esquivó disparos de francotiradores, saltó sobre moribundos y cadáveres, vio consumirse en cenizas los tranvías, presenció los saqueos y, finalmente, llegó a una guarnición militar.

Allí pidió, como quien pide un taxi, que le prestaran un tanque de guerra para ir por un alto funcionario. El sargento Serna, que manejaba el carro de combate, recordaría por años a sus dos pasajeros. Al valiente muchacho que lo guió de ida, y a Laureano Gómez, a quien transportó de vuelta y que le regaló su abrigo, no tanto como recompensa sino porque no cabía por la escotilla con el sobretodo puesto[1].

[1]Daniel Coronell, "El jovencito que hizo historia". Semana (17 de junio de 2006), http://www.semana.com/opinion/articulo/el-jovencito-hizo-historia/79448-3.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Ventana, enmarcada en piedra, de la esquina de la Calle 36 con Carrera Sexta (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Dentro del sobretodo, Laureano Gómez llevaba un libro que dejó, junto al abrigo, en manos de Gilberto Arango Londoño, el cual conservan hasta hoy sus descendientes.

Actualmente, las tres casas cumplen propósitos distintos. Mientras que la antigua casa de los Pombo Argáez se convirtió, primero, en la Casa Buenavista, un bar dedicado a la salsa, los boleros y los sonidos cubanos, y más adelante en el Cine Tonalá; la de Andrés Pombo alberga actualmente la Fundación Fe, dedicada al apoyo de niños con discapacidades cognitivas.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

5ª-43



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Primer propietario: Olga Gómez de Prieto

Nomenclatura oficial: Diagonal 34ª # 5ª-43

Año de construcción: 1937

Uso actual: Institucional – Grupo Enmente
Residencial – Gilda Mora

Fachada de la casa en la que se puede observar la magnitud de la construcción (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



El ganadero José Prieto Hurtado y su esposa, Olga Gómez de Prieto, construyeron esta casa en 1937 con diseño de los hermanos Guillermo y Alberto Herrera Carrizosa[1]. Más adelante, fue vendida al ganadero y empresario Martín Vargas Cualla, conocido en los círculos sociales de Bogotá como el "Gallino" Vargas. Este residió allí hasta 1975, cuando, enfermo, viajó a Houston, donde moriría el 27 de julio.

Al llegar a entrada principal, a la que se accede por una gran escalera de piedra, se encuentra el visitante con tres puertas de hierro forjado y vidrio. Ya adentro, se pasa a un vestíbulo que conecta la sala principal, el bar y un comedor, que lleva a las antiguas áreas de servicio, hoy acondicionadas como oficinas o taller artistico. Al lado de la escalera –de madera tallada, ubicada frente a la puerta–, un pasillo contiguo a las áreas de servicio lleva a estas y al patio. La escalera, a su vez, conduce a las áreas privadas del segundo piso, en las que las habitaciones conservan las separaciones originales. Por último está el sótano, que tiene una entrada separada bajo la escalera de entrada a la casa; de allí se pasa a los cuartos de servicio y a los parqueaderos, convertidos actualmente en las oficinas de una de las dos empresas que allí operan.

[1]Germán Téllez, "La arquitectura y el urbanismo en la época actual, 1935 a 1979". Manual de Historia de Colombia (tomo III), Bogotá: Ministerio de Cultura, 1999, p. 384.

Detalle de la escalera en el que resulta protagonista el amplio ventanal con vitral que la ilumina (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Tras la muerte y varios años pleitos de sucesión entre los herederos de Vargas, la casa fue embargada y adquirida, en la década de 1990, por la Procuraduría General de la Nación, que llevó a la Policía Anti-narcóticos al barrio y atrajo, más adelante, a la recién creada Fiscalía General de la Nación. Años después, la Procuraduría vendió la casa a alguien interesado en construir una universidad en el barrio. Para ello, convirtió el patio de la casa en un anfiteatro y el espacio para lo que sería una cafetería, los que se mantienen actualmente.



Detalle del techo y la lámpara -elaborada por la propietaria de la casa- que ilumina un salón auxiliar (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Detalle de la fachada oriental en el que se muestra la escultura de uno de los hijos de la artista Gilda Mora, que resullta característica a los habitantes del barrio (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

En 1996, la artista plástica Gilda Mora, que vivía desde 1976 en La Merced (en una de las casas del doctor José Vicente Huertas, Calle 35 # 6-41), adquiere la propiedad dado que el área de la casa le permitía, a ella y a toda su familia, vivir y trabajar con comodidad.

Esta casa resulta única dentro del barrio en tanto que vincula la función residencial para la que fue construida originalmente con el uso institucional que se le ha dado hoy en día a casi todas las casas de La Merced. Dos empresas dedicadas a la comunicación estratégica, y propiedad de los hijos de la artista, tienen su sede en el piso bajo de la casa.

En esta misma planta, hacia el patio trasero, Mora habilitó un estudio para el desarrollo de su obra pictórica y escultórica. Se mantuvo, como se mencionó arriba, la división entre áreas sociales y áreas privadas, ya que el segundo piso de la casa se ha destinado a la vivienda de Mora, tres de sus hijos y sus respectivas familias. Esa división también ha permitido que la vida diaria de la familia no se vea interrumpida por la dinámica de las oficinas, y viceversa.

La casa es notable, además de por la imponencia de su fachada, por la escultura de una mujer desnuda que pende de la fachada, elaborada por uno de los hijos de Gilda Mora. Los asiduos del barrio se refieren a ella como “la sirena”.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados OEA

5ª-19



Primer propietario: José María Piedrahíta

Nomenclatura oficial: Calle 36 # 5ª-19

Año de construcción: 1937

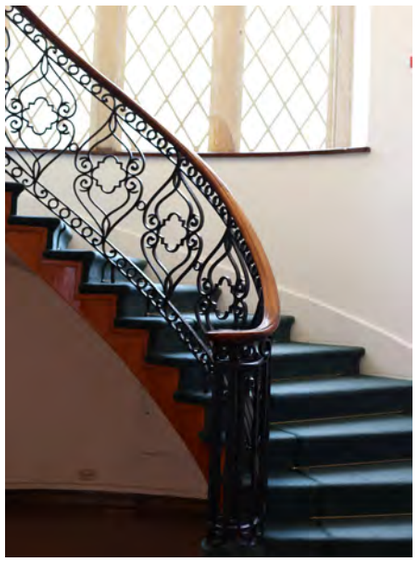
Uso actual: Institucional- Colsubsidio

Fachada norte de la casa, desde el Parque Nacional (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

José María Piedrahíta, quien fuera alcalde de Bogotá entre 1925 y 1927, fue uno de los primeros en descubrir el potencial de La Merced como barrio. Se convirtió, pues, en el urbanizador principal del sector, y en uno de los industriales que atrajo a las familias más prestantes de la ciudad al naciente barrio inglés de Bogotá. Su casa se construyó en 1937, a partir de planos traídos de Europa, y encargados para su ejecución a la firma Pérez, Buitrago y Williamson.

El exterior, uno de los más imponentes del barrio, muestra una gran fachada en piedra y ladrillo a la vista, como es usual en este estilo, en la que se evidencian sus tres pisos de amplias habitaciones. A la puerta principal se llega a través de una escalera, de piedra también, y que a pesar de no tener las dimensiones de otras, la enmarca y le da prestigio. Esta puerta, hecha de madera tallada y hierro, a la altura del visor, pasa a un gran vestíbulo de casi 42 m2 que conecta la casa con toda la primera planta, que en esta equivale a una gran zona social.



Escalera de la casa, en la que es notable el trabajo del hierro y la madera (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su rep

La zona social está compuesta por un salón, un recibidor que lo une al estudio, conectado con un bar; también, con el oratorio donde la familia escuchaba la misa y que tenía una sacristía adosada; con un jardín de 985 m2, con un pasillo que llevaba a las áreas de servicio y al garaje y, al fondo, con un comedor que, como era costumbre en el estilo inglés, tenía paneles de madera en todas sus paredes. Así mismo, lleva una escalera que, a diferencia de las diseñadas en otras casas del barrio, formaba un semicírculo ascendente hacia las habitaciones de la familia y del personal de servicio.

En el segundo piso, la escalera llevaba a las áreas privadas de la casa, compuestas por seis habitaciones para la familia y una alcoba de servicio, esta última unida a la cocina, la despensa, el garaje y las áreas de lavandería por una escalera interna. Pueden verse aún tres baños para la familia, tres tocadores y una ropería. Una de las alcobas, ocupada por una de las hermanas, tenía, en adición a un baño y un tocador propios, una puerta de madera que daba al oratorio, ubicado en el primer piso y con doble altura, hasta la habitación; esto debido a que sufría de una penosa enfermedad, no podía moverse de su recámara.

[1] P. Carlos Retana, correspondencia personal con Andrés Sánchez



Puerta ojival, en madera y ornamentos en hierro, que da acceso al antiguo oratorio de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

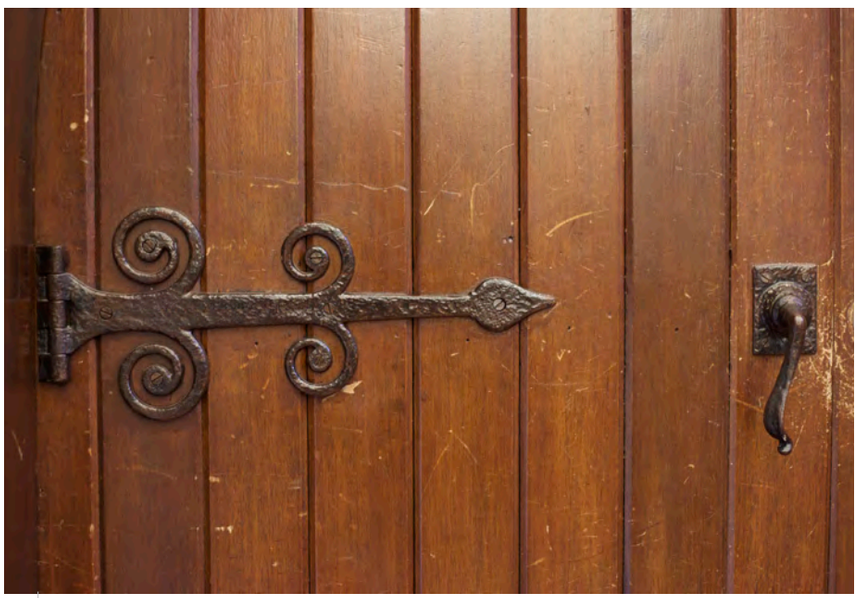


Derechos reservados CESA. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

El 9 de abril de 1948, la familia Piedrahíta recibió en su casa al padre Eliseo Díaz, sacerdote escolapio enviado desde el Socorro (Santander) a fundar el Colegio Calasanz de Bogotá . El P. Díaz, que se hospedaba en el Colegio San Bartolomé, tuvo que escapar de allí debido a la toma que habían realizado los manifestantes apoyados por la policía. Ante la situación, corrió por la Diagonal 35 hasta la casa de Piedrahíta, donde fue acogido por la familia durante varios días.

La casa, si bien ha continuado bajo la propiedad de la familia Piedrahíta, ha sido utilizada como sede por diferentes instituciones. Indupalma fue una de las primeras empresas en arrendar la antigua casa de Piedrahíta y, en 1977, su gerente, Hugo Ferreira Neira, fue secuestrado allí mismo por una célula del M-19 para apoyar la negociación de mejoras salariales por parte del sindicato. Más adelante, la Caja Colombiana de Subsidio Familiar, Colsubsidio, arrendó la casa a los herederos de José María Piedrahíta como parte de sus programas educativos y culturales.

Hoy en día, la casa alberga programas de educación y recreación para los distintos clientes de la caja de compensación, como el Museo de Arte y Cultura, que aprovecha los amplios y cómodos espacios de la casa familiar.





Detalles de la puerta principal (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Balcón de la escalera, desde el segundo piso (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Derechos Reservados. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

34-90



Primer propietario: José Vicente Huertas

Nomenclatura oficial: Carrera Séptima # 34-90

Año de construcción: N/A

Uso actual: Institucional- Opus Dei
Centro Nacional de Memoria Histórica

Fachada, sobre la Carrera Séptima, desde el occidente, de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA Prohibida su reproducción sin previa autorización

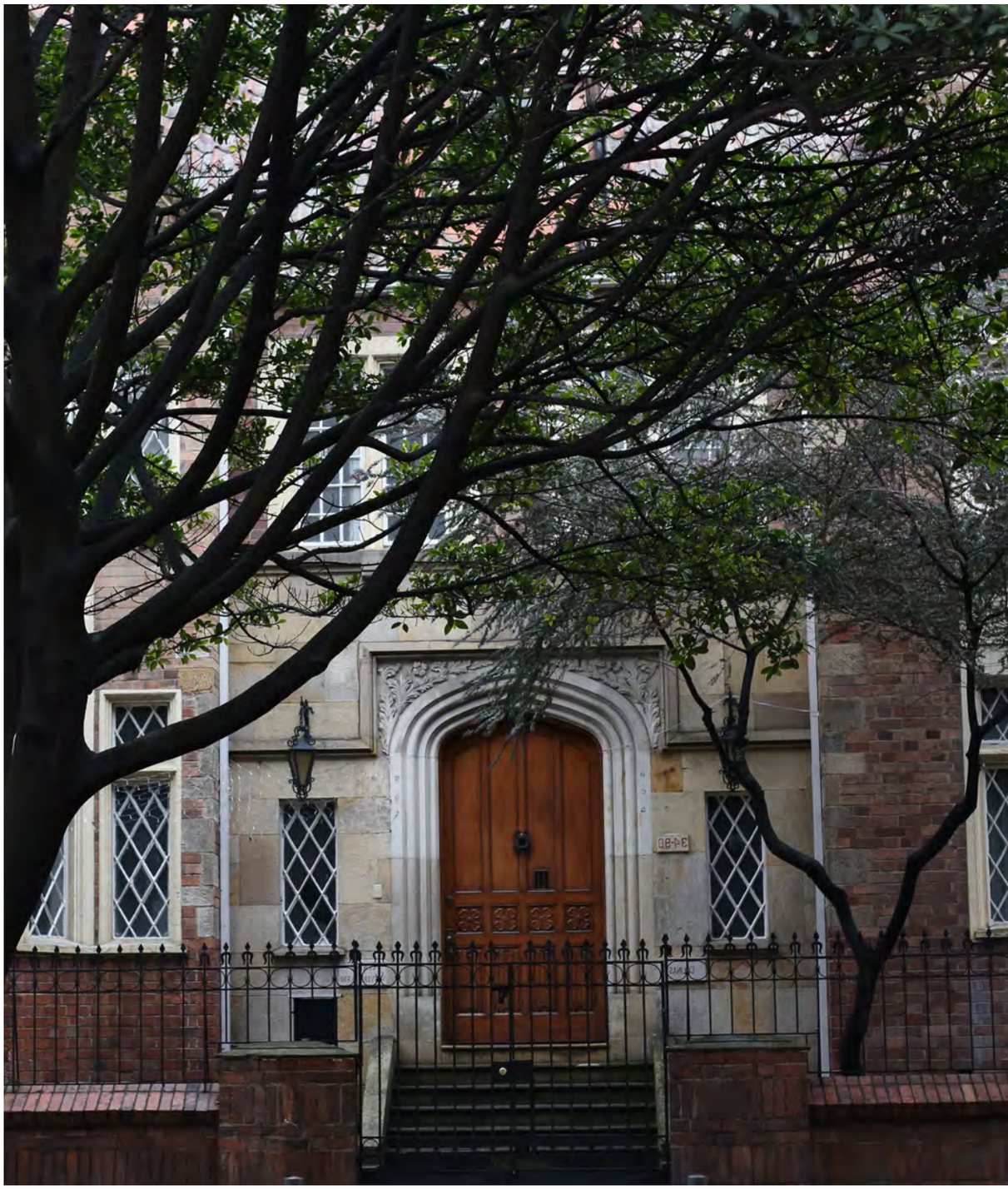
José Vicente Huertas, médico, exministro de Salud, fundador del Instituto Nacional de Cancerología y la Clínica Palermo, y miembro de la junta directiva del Banco de Bogotá, construyó esta casa que mira a la Carrera Séptima a principios de la década de 1940.

Como era costumbre en algunos de los propietarios del barrio, Huertas construyó dos casas además de la suya: una, también sobre la Carrera Séptima, que destinó a sus hijos (primero para el mayor, José Miguel Huertas de Francisco, y más adelante para Carlos Huertas de Francisco), y otra sobre la Calle 35, detrás del patio de su casa, la cual sería donada más tarde a una orden religiosa.

De esta manera, la familia Huertas fue determinante para definir el perfil de una de las aceras más características de la ciudad: la que va desde la Calle 34 a la 35, sobre la Carrera Séptima. Esta recuerda a los bogotanos el esplendor de los años 40 en la ciudad, en forma de ladrillo y metal profusamente trabajados. Actualmente frondosos cauchos sabaneros la enmarcan, como si la protegieran de las contingencias del tiempo.

Estas casas de La Merced, lo mismo que otras mencionadas en este volumen, fueron determinantes en el devenir político nacional. En la construida por Huertas para él y su familia, se reunieron los banqueros más relevantes del momento para discutir acerca de las huelgas que buscaban el derrocamiento del régimen de Rojas Pinilla en 1957.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

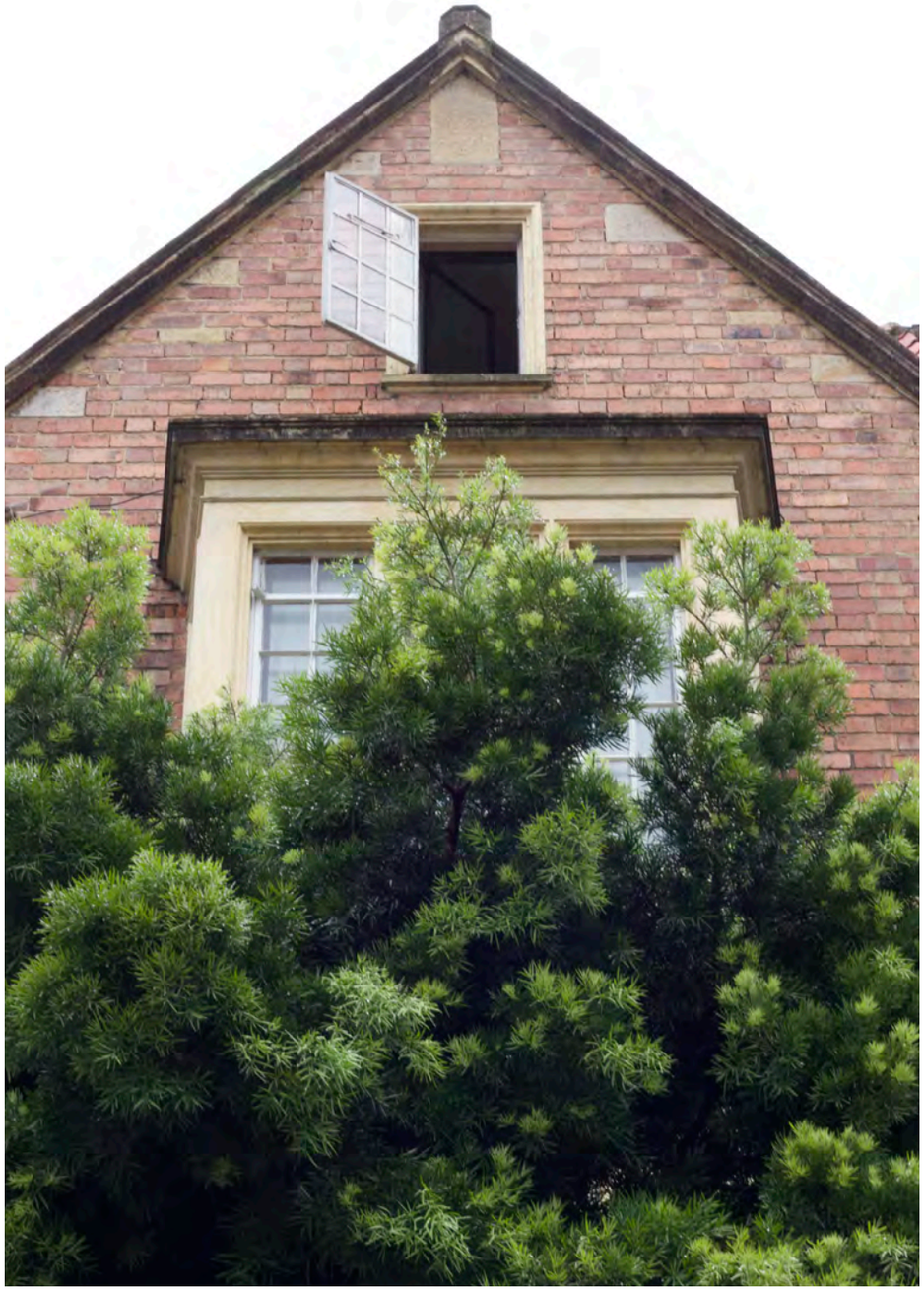


Fachada de la casa y su puerta principal, enmarcada por uno de los cauchos dan sombra a la acera oriental de la Séptima (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Lía Ceballos Vélez, nuera del doctor Huertas por su matrimonio con Carlos Huertas de Francisco, recuerda que los banqueros de la ciudad se reunían de forma clandestina en la casa del doctor debido a su injerencia en el Banco de Bogotá y, por tanto, en el sector bancario colombiano. Estas reuniones, junto a otras que ocurrieron en Cali, contribuyeron a la caída de Rojas Pinilla y el establecimiento de una junta militar que allanó el camino hacia el Frente Nacional.

Cuando la casa se hizo demasiado grande para sus necesidades familiares, el doctor Huertas la vendió al Opus Dei, que estableció allí el Centro Cultural Universitario Colinas, donde se realizan actividades culturales y religiosas, así como se da residencia a algunos de sus miembros. El doctor Huertas, para seguir viviendo en el sector, compró la misma casa que había antes donado a la comunidad religiosa y vivió allí hasta su muerte.

En 1976, esta casa es vendida por los herederos de Huertas a la artista plástica Gilda Mora, quien vive allí hasta 1996, cuando se traslada a otra del mismo barrio: la marcada con el número 5ª-57 de la Diagonal 35ª. Desde entonces, la familia Mora, la ha cedido a diferentes arrendatarios, el último de ellos el Centro Nacional de Memoria Histórica.



Ventana de la mansarda de la casa, con un chaquiro, uno de los únicos pinos oriundos de Colombia (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Detalle de la fachada en la que se evidencian los adornos en piedra del techo (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Riproduzione vietata senza autorizzazione



5-89



Primer propietario: Gustavo Vejarano Segura

Nomenclatura oficial: Calle 35 # 5-89

Año de construcción: 1940

Uso actual: Institucional- Proimágenes

Fachada occidental de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Don Gustavo Vejarano Segura y su esposa, doña Hersilia Laverde Guzmán, construyeron la casa en 1940. Los planos fueron diseñados por los arquitectos Trujillo Gómez y Martínez Cárdenas, quienes reflejan en su propuesta una clara influencia moderna en el diseño, como Karl Rich y, sobre todo, de Frank Lloyd Wright. Las características del terreno, una pendiente que baja del Colegio San Bartolomé, colaboraron para que el diseño de la casa tuviera un carácter particular.

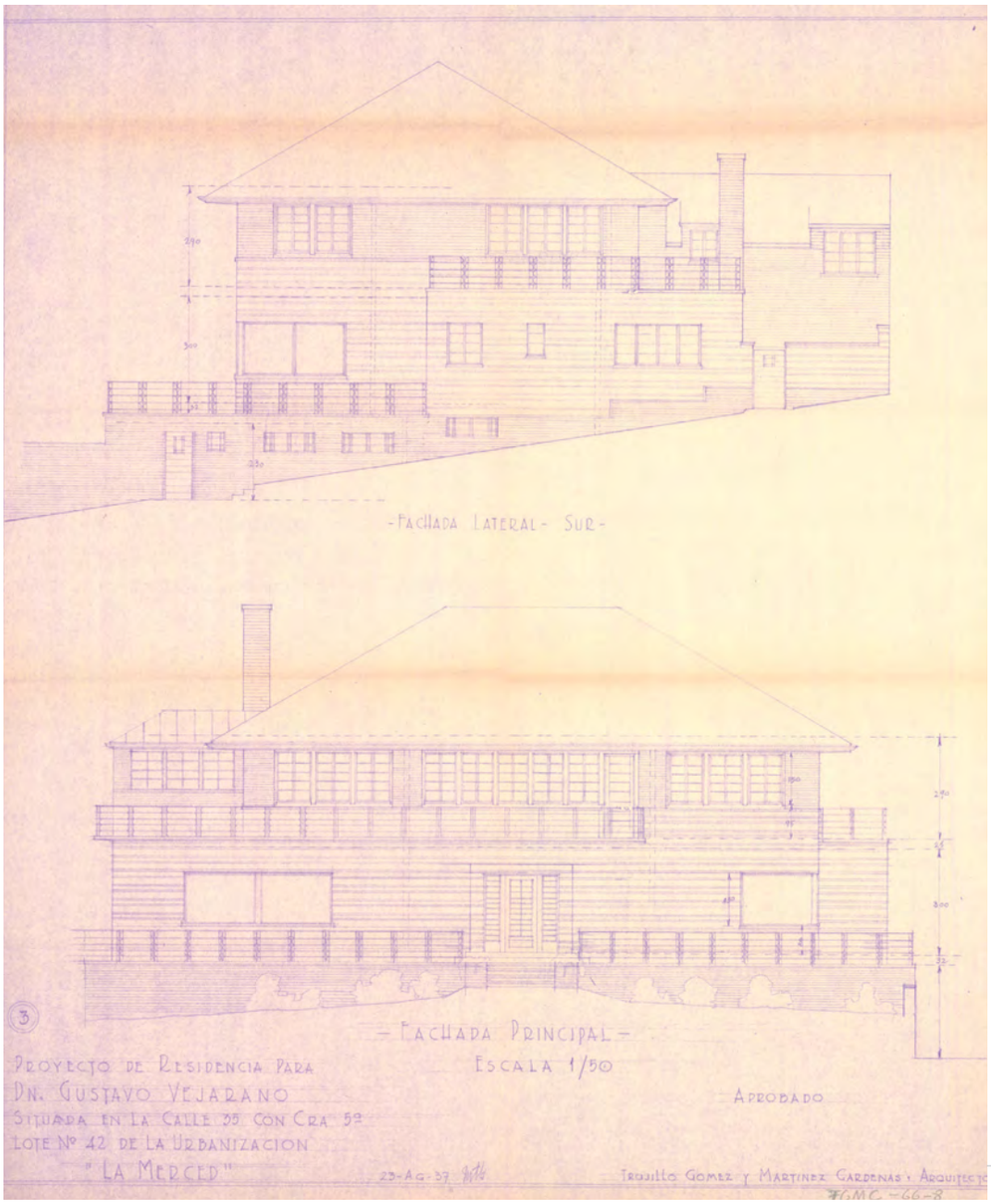
La primera impresión de la casa ya marca diferencia con las propuestas al oriente, al occidente y al sur de esta. En ella se usa también ladrillo a la vista, pero un ladrillo alargado y delgado, diferente del usado en las casas de ascendencia inglesa. Sus líneas también son diferentes; en vez de los grandes volúmenes terminados en formas agudas, y coronados por techos muy inclinados, esta prefiere las líneas rectas y las formas rectangulares, sobre todo en las ventanas. Y si bien en esta también se usa el techo a cuatro aguas con teja de barro, este es menos protagónico que su fachada, razón por la cual esta casa no tiene mansarda.



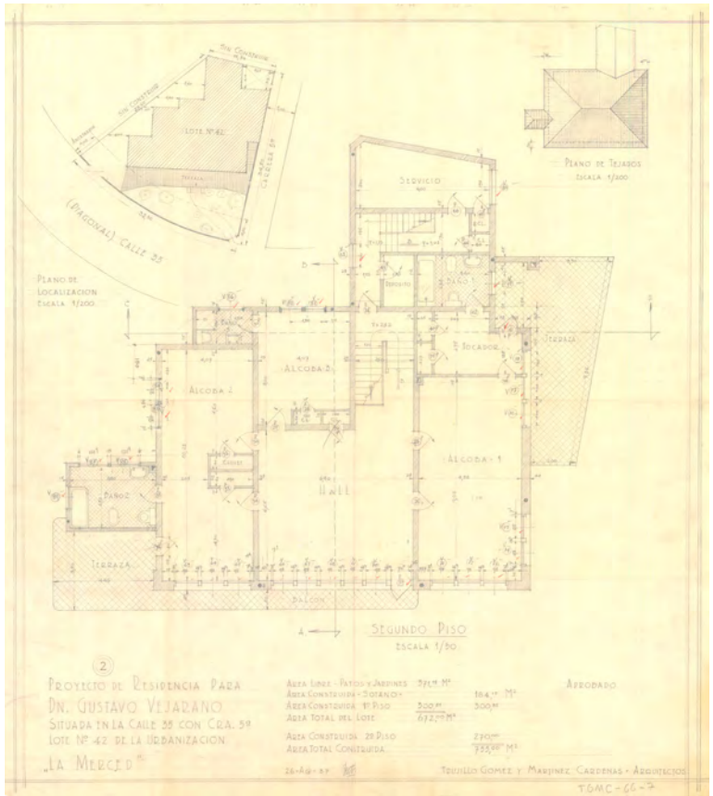
Vista del jardín elevado sobre la Calle 35 (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados ©CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Plano original de las fachadas principal y lateral sur (1939). Cortesía arquitecta Silvia Arango.



Plano de la segunda planta de la casa (1939). Cortesía arquitecta Silvia Arango.

Son de notar en ella dos peculiaridades principales: el gran muro que flanquea el jardín elevado –puede llegar en su parte más alta casi los tres metros– y sus balcones frontales, muy livianos, a diferencia de los tudorinos, y con barandas metálicas que determinan la silueta de toda la casa, desde el muro y los balcones.

La entrada de la casa se hace por la Calle 35, que baja a buscar la Carrera Quinta. Una escalera contigua al parqueadero que lleva a un jardín elevado, que se alza sobre el sótano, donde están ubicadas las áreas de servicio, a las cuales se accedía anteriormente por la escalera que conecta al Colegio San Bartolomé con la Diagonal 34ª. Así, para entrar a la casa, el visitante debe subir por unas estilizadas escaleras de ladrillo que, atravesando el jardín, llevan hasta la puerta principal.

Al entrar a la casa, un hall conecta las áreas sociales –dos salas, un comedor y un estudio– con otras habitaciones interiores –también de servicio– que conectaban al segundo piso con una pequeña escalera, que llevaba a los distintos empleados a las habitaciones familiares. El primer y el segundo piso estaban unidos por una muy vistosa escalera curva, que unía el vestíbulo con el salón que daba la entrada a las diferentes habitaciones, una para la pareja y dos para los hijos: una para Alberto y otra para las dos mujeres, Ana y Hersilia Vejarano Laverde. Tanto la habitación de la pareja como la de las niñas gozaban de amplias terrazas, una hacia la Calle 35 y la otra hacia la entonces Transversal Quinta. A diferencia de las demás casas, esta no posee una mansarda. La carencia de este espacio, sin embargo, es compensada por un muy cómodo sótano.

Allí se estableció, en la década de 1980, la Compañía de Fomento Cinematográfico (Focine), que fue, a finales de la década, dirigida por Maruja Pachón de Villamizar. Fue precisamente frente a la casa donde comenzó la persecución a Pachón por parte de sicarios contratados por Pablo Escobar, que terminó con el secuestro de la mujer. Tras la liquidación de Focine, el espacio fue ocupado por el Fondo Mixto de Promoción Cinematográfica (Proimágenes), que heredó las funciones de fomento al cine colombiano que manejaba Focine y que hoy continúa en el barrio.

La única modificación que hizo Proimágenes a la casa original fue la conversión de parte de las áreas de servicio del sótano en una pequeña sala de cine, donde se observan los proyectos financiados por este fondo.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.





Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



5ª-40



Primer propietario: Luis Bermúdez Ortega

Nomenclatura oficial: Diagonal 34ª # 5ª-40

Año de construcción: 1937

Uso actual: Institucional- Random House Penguin

Fachada oriental de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

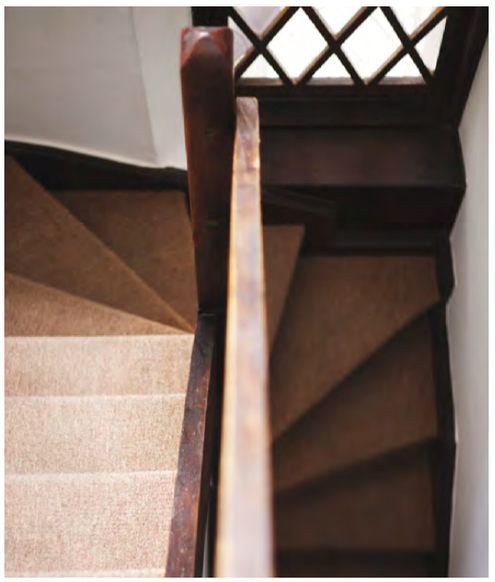
El abogado Luis Bermúdez Ortega construyó esa casa en 1937 para su esposa, Lucía Valenzuela Sanz de Santamaría, y sus seis hijos en edad escolar. Para hacerlo, encargó a la firma Cuéllar Serrano Gómez, que ya había construido la casa de don Benjamín Moreno. Si bien esta casa no posee las dimensiones de las más grandes del sector, su fachada con un muy llamativo trabajo en mampostería, lo mismo que su jardín, le dan un carácter particular a la construcción.

A diferencia de la mayoría de casas del barrio, esta casa posee entrada lateral y franqueada por columnas, a la que se llega a través del garaje, que es descubierto. A la entrada de la casa, según refiere Leonor Bermúdez Valenzuela, hija de Luis y Lucía, árboles de diferentes especies (urapanes y sauces, ente otros) bordeaban la entrada formando un pequeño callejón hasta llegar a la puerta principal, que en esta casa es lateral.

Actualmente el acceso se hace a través del garaje, adoquinado, que lleva hacia el fondo de la propiedad. La puerta principal lleva al visitante al vestíbulo, desde donde se pasa a dos grandes salones, con ventanas al oriente, uno de ellos con chimenea, y uno más, al costado sur de la casa, donde funcionaba originalmente el comedor.



Detalle de la baranda de la escalera principal (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Escalera de servicio, actualmente (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Puerta metálica que, originalmente, conectaba el jardín exterior con el interior (2014).
Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Fuente de piedra en el jardín interior (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Familia Bermúdez Valenzuela en el jardín de su casa (s.f.). Cortesía Laura Bermudez.

El segundo piso estaba dedicado enteramente a áreas familiares –cinco habitaciones unidas por un hall–; y el tercero, la mansarda, que estaba dividida entre áreas de estudio y de esparcimiento para los hijos del propietario.

La casa conserva características comunes con las de sus vecinas, como las dos escalera: una para la familia, que va desde el vestíbulo de entrada hacia la segunda planta; y otra, más sencilla, desde las zonas de servicio al corredor de habitaciones del segundo piso; también, el esmerado trabajo en la madera que compone la escalera familiar y los péneles que cubren –aún hoy– las paredes de los salones principales. A diferencia de otras del barrio, sin embargo, no incluye, en el mismo volumen, las habitaciones de servicio, que estaban ubicadas originalmente en una construcción complementaria, y en el mismo estilo, al final del garaje, en el jardín interior, y que se conectaba con el resto de la casa a través de la cocina.

Una de las principales características de la casa estaba en su patio. Lucía construyó, en la pared sur de la casa, un pequeño jardín de orquídeas con un invernadero en vidrio –modelado en aquellos que había visto en ciudades como París– al que accedía por una puerta metálica desde el antejardín.

Solía iluminarse en las noches, sobre todo si había una celebración en la casa; no era extraño ver en esta residencia algunas de las familias más prestantes de Bogotá colaborando en el funcionamiento de la Gota de Leche, institución fundada por su padre, el doctor Andrés Bermúdez Vargas, padre de Luis Bermúdez. Del mismo modo, y como era costumbre, las hijas contrajeron matrimonio allí, en la casa paterna.



Foto, el día de su matrimonio, de una de las hijas Bermúdez Valenzuela (s.f.). Cortesía Laura Bermudez.



Lavamanos original de la casa, en el baño auxiliar (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

A diferencia de otros habitantes de La Merced, Luis Bermúdez y su esposa acostumbraban llevar a sus nietos al Parque Nacional, donde disfrutaban de las atracciones de la ciudad de hierro, de los títeres que presentaban en el Teatro El Parque y observaban las pocas vacas que todavía quedaban, rezago de la vieja lechería que durante décadas funcionó en la vera del Río San Francisco. Así mismo, como el hijo de Luis y Lucía –el pediatra Alfonso Bermúdez Valenzuela– era el médico de los hijos de Jaime Michelsen Uribe, quien vivía en la casa ubicada justo al frente (en el 5ª-27 de la Diagonal 34ª), los nietos de la familia Bermúdez Valenzuela, como Laura Bermúdez Salgar, acostumbraban jugar en la casa Michelsen cuando visitaban a sus abuelos.

En la década de 1970, la pareja Bermúdez Valenzuela se trasladó al norte de la ciudad y vendió la casa a la firma de abogados Esguerra, Gamba, Barrera, Arriaga & Asociados. Actualmente es la sede administrativa de la editorial Random House Penguin que, si bien ha adaptado algunos de los espacios para los requerimientos de sus oficinas, ha conservado la estructura de la casa y algunos elementos de carpintería, así como el imponente urapán que, sembrado cuando se terminaba de construir la casa, se alza y da sombra a una parte de la Diagonal 34ª desde hace más de sesenta años.


Toda reproducción sin previa autorización

6-29



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización



Primer propietario: Isabel Puyana Reyes

Nomenclatura oficial: Calle 35 # 6-29

Año de construcción: 1937

Uso actual: Institucional- Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA.

Casa Gilberto Arango Londoño – CESA

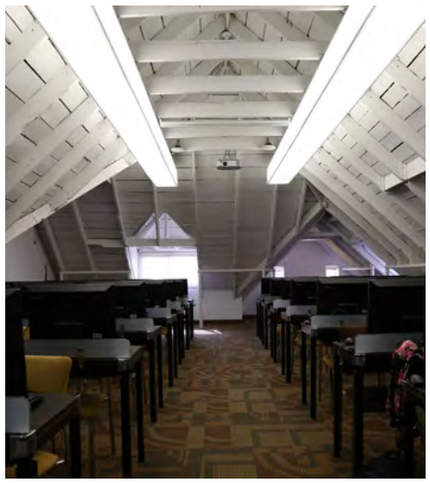
Tras haberse educado en los Estados Unidos, el abogado y economista Gilberto Arango Londoño (1925-2006) se dedicó al sector público –en el que fue Ministro de Agricultura, abogado de la Presidencia, gobernador de Caldas, senador y director de Planeación Nacional– y a la academia, donde dictó clases de economía en universidades como Los Andes, la Nacional, la Javeriana, la Sergio Arboleda y el CESA. En esta última, de la que fue uno de sus fundadores, presidió su Consejo Directivo hasta 2006, cuando falleció.

Fachada norte de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

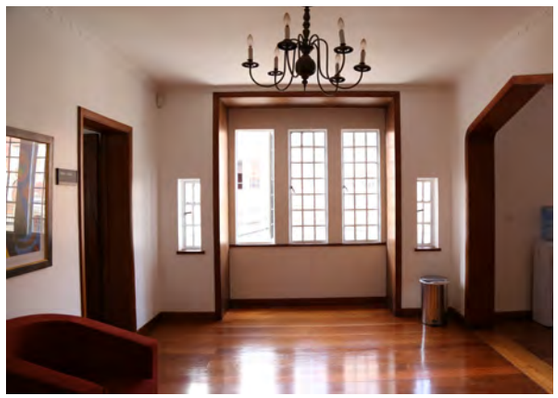
Contiguo al lote de Ernesto Puyana Uscátegui, hacia la Calle 35, sus primas, Emma e Isabel Puyana Reyes, construyeron, en el mismo lote, dos casas de idéntico diseño y disposición arquitectónica. La única diferencia está en su entrada de servicio y su parqueadero: mientras la casa que habitaron Emma Puyana y su esposo, Estanislao Olarte Sañudo, tiene su parqueadero sobre la Carrera Sexta, la de Isabel Puyana mantiene todos los accesos sobre la Calle 35, frente a la casa de Luis Lara Borrero. La primera de ellas es actualmente la Casa del Huila; y la segunda, la Casa Gilberto Arango, propiedad del CESA.

La Casa Arango está construida sobre un lote de 422 m2, y tiene un área de 921 m2, divididos en un sótano, dos pisos y una mansarda. En el primer piso, un recibidor lleva a un área social de 63 m2, una pequeña cocina, un comedor y un acceso a las áreas de servicio, al igual que a un patio de 57 m2 que compartía un muro con la casa de Ernesto Puyana; este patio está actualmente cubierto por un techo traslúcido que permite un agradable espacio, ahora interior y conectado –a través de una cafetería– tanto a la casa a la que pertenecía originalmente como a la casa vecina, con la que conforma una unidad.

Si bien la escalera principal, que lleva al segundo piso, no es tan ornada como las de otras casas del barrio, también es notorio su trabajo en madera, tanto en los escalones como en la baranda. Esta lleva a un vestíbulo generosamente iluminado por un ventanal que mira al norte, y desde el cual se pasa a las dos habitaciones principales, con sus respectivos baños. Por el oriente, una escalera también en madera lleva a la mansarda, casi de la totalidad del área de la casa, sin ningún tipo de división en su propuesta original, en la que aún se mantiene –como en casi todas las casas del este tipo– la estructura en madera del techo, a la vista.



Mansarda de la casa, adaptada en la actualidad para fines educativos. La renovación tuvo en cuenta mantener la estructura del techo a la vista (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Vestíblo de habitaciones, con una de las ventanas que mira al norte de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Segundo piso de la casa, en la actualidad. Como cuando su uso era residencial, la madera de los marcos de las puertas y de las escaleras es protagonista hoy (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Doña Isabel Puyana vendió la casa en 1956, diez años después de los cuales cambió el uso de la misma, cuando fue ocupada por los Hermanos Maristas. En 1977, estos salieron de La Merced y dos años después la Fundación para el Progreso de Antioquia (Proantioquia) compró la casa para establecerse allí.

La llegada de Proantioquia, junto al establecimiento de la Casa de Antioquia en la antigua casa de Luis Soto del Corral (Carrera Sexta # 35-76) y de las oficinas del periódico El Colombiano, sobre la Diagonal 35 (actual sede de la Fiscalía General), dio a La Merced un carácter de "colonia antioqueña", según recuerda Stella Torres, quien trabajó durante casi cuarenta años en la Casa de Antioquia.

En 2005, Proantioquia ofreció la casa al Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA, que la adquirió no sin efectuar una serie de reparaciones locativas destinadas a adaptar los espacios para el uso educativo que se le daría. Tras la muerte de uno de sus fundadores y Presidente del Consejo Directivo, Gilberto Arango Londoño, se decidió nombrar esta casa en su honor.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Placa en piedra que conmemora a uno de los fundadores del CESA (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Balcón en piedra, típico de las casas que replican el estilo túdor en Bogotá. La piedra se prolonga desde el marco de la puerta (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados. OESA Arquitectura. Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización

5-11



Primer propietario: Germán Zea Hernández

Nomenclatura oficial: Calle 35 # 5-11

Año de construcción: 1945

Uso actual: Residencial - Gloria Zea

Fachada norte de la casa, desde el Parque Nacional (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Detalle de un portarretrato en el estudio de Germán Zea Hernández (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

En 1945, Germán Zea Hernández, alcalde Bogotá entre 1938 y 1941, y uno de los principales impulsores del Parque Nacional, compró la casa esquinera de la Calle 35 con Carrera Quinta a Rosalba de Cuadros, quien, a pesar de haberla construido, nunca habitó en ella.

Zea, senador, exministro de Justicia y de Relaciones Exteriores, Contralor General de la República y gobernador de Cundinamarca, entre otros cargos, ocupó esta casa de 800 metros junto con Beatriz Gutiérrez, su esposa, y con sus hijos Luis Germán, Juan Manuel y Gloria, hasta el día de su muerte.

La vivienda, ubicada justo en frente del Colegio San Bartolomé, es la primera del barrio para quien viene desde el norte, y hoy en día luce flanqueada de verde. El pequeño antejardín que la circunda está separado de la casa por un muro bajo y por una reja, ambos cubiertos de enredaderas; además, frondosos árboles distraen la mirada del paseante de sus paredes y sus ventanas. El primero de ellos, un fuerte magnolio sembrado por Beatriz en el año 1965, cuando regresara, con su marido, de Nueva York, donde Zea representaba al país en la Organización de Naciones Unidas.

La casa, que conserva las características principales del estilo túdor de La Merced –fachadas en ladrillo, techos de ángulos agudos y ventanas cuadradas enmarcadas en piedra–, cuenta con cuatro plantas, dos chimeneas y vista sobre tres puntos cardinales.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Actual puerta principal de la casa (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Estudio de Germán Zea Hernández (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Se trata de una de las pocas casas ocupadas actualmente por familias en La Merced, y tiene la particularidad, además, de ser la única referenciada en la que habita la misma familia desde su construcción, razón por la cual ha sufrido muy pocas modificaciones desde que fue construida.

La más importante de ellas fue la alteración de la fachada norte. Inicialmente, el acceso principal a la casa era una discreta puerta de madera ubicada sobre la Carrera Quinta, al oriente de la construcción. Este acceso, que aún permanece, dirigía al visitante al interior por la planta baja, y fue sustituido por otro, por el norte, justo frente a uno de los linderos del Parque Nacional. Dada la inclinación del terreno, la nueva puerta rectangular hecha en hierro y vidrio, mucho más cómoda y representativa de las dimensiones de la vivienda, fue complementada por una escalera y por un balcón con balaustrada, todo en piedra, que conecta la Calle 35 y el garaje directamente con la zona social de la segunda planta. Desde entonces, en la planta baja –con acceso desde la antigua puerta– se adaptó un apartamento que solía ofrecerse en arriendo. Hoy en día el lugar está habilitado como bodega.

Al entrar a la casa, el visitante accede a un iluminado pórtico que lleva al vestíbulo, desde donde se abren, de izquierda a derecha, el salón principal, el comedor, las zonas de servicio, la escalera y un amplio estudio, cómodamente amueblado y enmarcado por una biblioteca de madera hasta media pared, y por una chimenea. El piso del vestíbulo es de madera, en parqué de dos colores, tal como ocurre en la mayoría de viviendas de La Merced.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización.

El salón principal, con ventanas al oriente, abre a una nueva biblioteca, al norte, que lo complementa y enriquece el espacio. Originalmente, del salón podía pasarse directamente al comedor de la casa, pero Gloria Zea, propietaria de la vivienda desde 1989, cambió la puerta por una pared para conseguir el efecto de decoración que buscaba. Con ello, el salón, que anteriormente miraba al sur, ahora lo hace a las ventanas del norte, que desde esta otra biblioteca miran al Parque.

Al comedor, de las mismas dimensiones del gran salón, se accede, pues, desde el vestíbulo, y de allí se establece contacto directo con las zonas de servicio, amplias y divididas en dos ambientes para dar mayor comodidad a los habitantes de la casa. A continuación se encuentra la escalera, que, a diferencia de otras casas semejantes, complementa la madera con un trabajo en forja, y está abierta a un patio central, al que mira a través de un ventanal también de múltiples ventanas rectangulares.

Una de las características particulares de la casa está en la ubicación de las habitaciones de servicio. A diferencia de la gran mayoría de las casas de La Merced, que las mantiene en el sótano o en espacios adyacentes al primer piso, los cuartos de servicio de la casa de los Zea están distribuidos en pisos intermedios a los que se accede por puertas ubicadas en las escaleras; en la de servicio que lleva al segundo piso, y en la que de este va a la mansarda.



Salón principal de la casa (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Salón comedor (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin autorización.



En primer plano, un retrato de Gloria Zea elaborado por Fernando Botero, al fondo, la escalera principal de la casa (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Corredor de habitaciones de la segunda planta (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

En la segunda planta están ubicadas las habitaciones familiares, amplias y de techos muy altos: la matrimonial y una para cada uno de los tres hijos Zea Gutiérrez –que aún hoy se mantienen, con algunos de los muebles originales–, complementados por tres baños; dos sobre el corredor que conecta el pasillo central con la escalera que va hacia la tercera planta, y uno en la habitación principal. Esta tiene salida a una terraza cerrada por una balaustrada en piedra, como la de la escalera exterior, que mira al oriente, separada de la alcoba por una puerta en vidrio y hierro; el piso luce adornado por baldosas blancas con vivos azules y amarillos, traídas especialmente de Italia para la casa.



Gloria Zea en la habitación que ocupó de niña (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

La mansarda resulta un lugar de particular interés en la vivienda, no solamente porque allí se establecieron Gloria Zea y el pintor antioqueño Fernando Botero durante sus primeros años de matrimonio, sino porque resulta uno de los lugares más acogedores de la construcción. Muy amplia, iluminada y de techos bajos e inclinados –como suelen ser las mansardas de las casas de La Merced–, este espacio alberga una cómoda habitación, un baño y una sala central que se complementa con otras, pequeñas y bañadas por la luz oblicua que penetra por las ventanas que cierran los ángulos del techo. Este espacio constituyó el hogar de la pareja Botero Zea partir de 1957, a donde llegaron con su recién nacido hijo Fernando; la mansarda fue, precisamente, el lugar de trabajo y descanso de la familia, y allí se realizó parte del trabajo del célebre pintor durante los años siguientes.

Panorámica de la mansarda de la casa (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

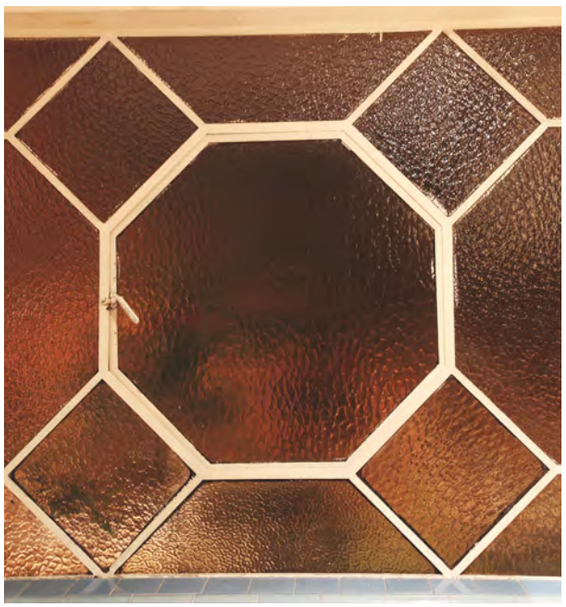
En 1959, Amalia Zea, hermana de Germán y casada con el médico Miguel Rueda Galvis, se estableció en la casa de Samuel Williamson (en el 5a-23 de la Diagonal 34a). Los hijos de Germán Zea, lo mismo que sus pequeños nietos, acostumbraban pasar su tiempo en la casa de la familia Rueda Zea, ya que Miguel y Amalia no tuvieron hijos.

Como ya se dijo, con la muerte de Germán Zea, en 1989, su hija Gloria decidió conservar la casa. No es gratuito que el exalcalde de Bogotá hubiera decidido constituir su vida familiar en este rincón de la ciudad. Darle un gran pulmón al oriente bogotano había sido una de sus obsesiones, y la ubicación privilegiada de la casa le permitía una mirada plena sobre el Parque. Así, conservar la vivienda fue para Gloria y para su hijo Fernando Botero Zea (quien más adelante establecería su sede política muy cerca, en la casa de la familia Casabianca Arboleda, en el 5a-57 de la Diagonal 34a) mucho más que una simple transacción inmobiliaria. Se trataba de mantener la memoria de su padre, y evitar que el que fuera centro familiar se convirtiera, como otras casas del barrio, en un impersonal y mudo espacio de oficinas. “Esta casa no la podemos dejar acabar”, recuerda Gloria Zea que le dijo su hijo, y a partir de su conversación decidió continuar la obra de su padre, y poner de manifiesto su interés por Bogotá: “convertir en una obra lo que ha sido la filosofía de mi vida; una ciudad sin memoria no es una ciudad”.

Para conseguirlo, Gloria Zea compró a sus hermanos la parte de la casa que les pertenecía, e invirtió en el proyecto de restaurar la casa, para mantener su originalidad como si el tiempo no pasara. La estructura y los espacios siguen iguales. Las maderas, la piedra, el yeso están perfectamente restaurados y mantenidos; los muebles, las bibliotecas y las innumerables obras de arte que la pueblan, conservados como si fueran eternos… Es “Greta Garbo con cirugía plástica”, se refiere Zea con cariño respecto su casa. Más que remodelarla, lo que ha conseguido es conservar el esplendor que esta –y el barrio, con contribuciones como la suya– ha tenido siempre.



Detalle de una de las puertas de la primera planta (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Ventana de uno de los baños (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización de CESA.

5ª-38



Primer propietario: Adriano Torres Echeverría

Nomenclatura oficial: Calle 35 No. 5ª-38

Año de construcción: 1940

Uso actual: Institucional- Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA.

Casa Lleras - CESA

Carlos Lleras Restrepo (1908-1994) fue uno de los primeros nombres que apoyó, con su firma, la fundación del CESA en 1975. Fue presidente de Colombia entre 1970 y1974, fundador de la Facultad de Economía de la Universidad de los Andes y director de medios de comunicación como la revista Nueva Frontera. Tras su muerte, el CESA bautizó la casa comprada en 1996 en honor a su rol en el desarrollo de la Institución.

Fachada sur de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Adriano Torres Echeverría, quien había sido cónsul de Colombia en Birmingham (Reino Unido) a finales de la década de 1920, adquirió este terreno en el año de 1937. Sin embargo, solo a finales de la década de 1940 empezó la construcción de una casa en los 678 m2 del terreno. Con dos pisos y un sótano, la casa es una de las primeras en romper con la uniformidad del barrio gracias a su construcción, más cercana a un estilo funcionalista, que se evidencia en su estructura rectangular de amplias ventanas y techos rectos, y por su fachada, compuesta por vidrio, mampostería, madera y piedra, con techos de tejas españolas y ventanas rectangulares flotantes, cercanas a los planteamientos de la Bauhaus en Alemania.

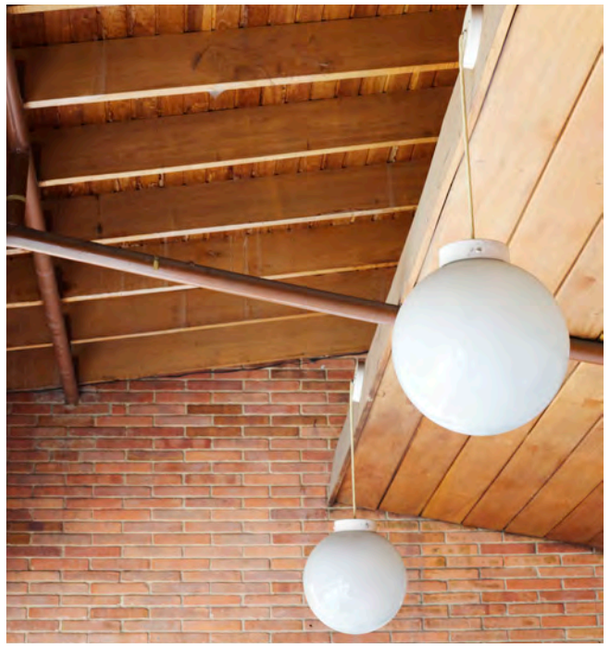
Al entrar por la Calle 35, un vestíbulo alargado lleva a las áreas de servicio, ubicadas en la parte occidental de la casa, y a la sala y el comedor, en la parte norte. Una sencilla escalera de madera, compuesta en ángulos rectos, lleva al segundo piso, donde un pasillo conecta las dos habitaciones principales, cada una con su respectivo tocador y baño, y –actualmente– un salón de casi 100 m2, construido a partir de tres habitaciones que allí se encontraban originalmente.

En 1994, Mercedes Calvo de Torres, esposa del primer dueño y heredera del predio desde 1966, vendió la casa a Incolda, institución que dos años más tarde negoció su propiedad

[1]Si bien el certificado de tradición y propiedad de la residencia muestra que Mercedes Calvo de Torres hace una declaración de inicio de construcción en 1950, una foto aérea de ese año muestra que la casa, para ese año, ya estaba construida.



Techo de la casa. Al fondo, aquellos de mayor pendiente característicos de las casas que siguen el estilo inglés (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

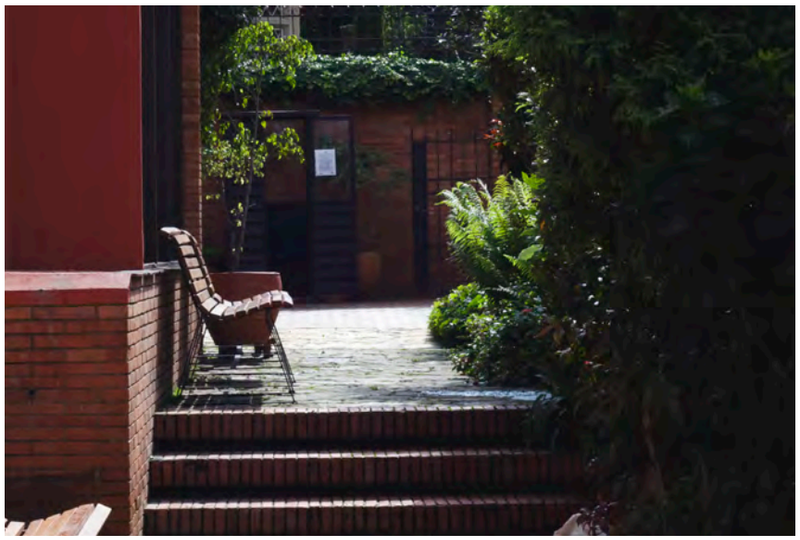


Detalle de la estructura actual del techo, en madera (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción sin previa autorización

con el Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Desde entonces, esta casa ha sido una de las más importantes en la vida diaria del CESA gracias a su patio abierto, uno de los pocos que se conserva de esta manera, en la esquina de la Carrera Sexta con Calle 35, en los que se han ubicado desde canchas deportivas hasta, últimamente, cafeterías para el servicio de estudiantes y docentes.

Desde la pared norte del patio se abrió acceso al lote vecino, que ha servido durante muchos años como parqueadero del CESA. Esta es una de las dos únicas propiedades que permanecen sin construir en el barrio.



Entrada al patio, actualmente (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Fachada sur de la casa actualmente, en la que resaltan las ventanas rectangulares y el trabajo en madera, poco común en estas construcciones (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Placa original con la dirección de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.


5431

5ª-31



Primer propietario: Luis Fernando Reyes Llaña

Nomenclatura oficial: Calle 35 # 5ª-31

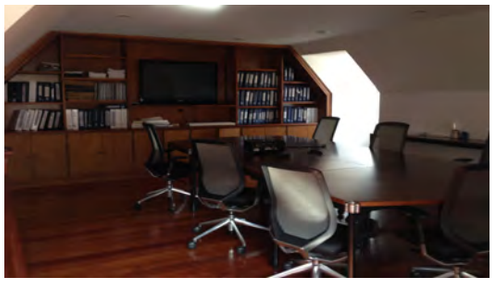
Año de construcción: N/A

Uso actual: Institucional- Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA.

Casa Francisco Mejía Vélez – CESA

Durante más de treinta años, el doctor Mejía dirigió la Organización Corona. Como uno de los asesores de confianza de don Hernán Echavarría Olózaga, apoyó iniciativas encabezadas por él y por la Organización, como la misma Fundación Corona, el Instituto de Ciencia Política y el CESA, institución de la que fue uno de sus fundadores.

Fachada de la casa, sobre la acera sur de la Calle 35 (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Mansarda de la casa, actualmente habilitada como sala de reuniones (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Detalle, después de la restauración, de la entrada de servicio (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Esta casa, construida por el doctor Luis Fernando Reyes Llaña, abogado y Procurador General de la Nación entre 1953 y 1954, ocupa un terreno relativamente pequeño en comparación a las demás casas del barrio (207 m2, con un área construida de 468 m2), y conserva las características del estilo inglés predominante en La Merced.

Sobre la entrada de servicio, localizada bajo la escalera que lleva a la puerta principal, una rosa túdor, a modo de escudo, adorna la piedra que da forma al marco. Existe, además, simetría entre el diseño del primer y del segundo piso, ambos compuestos por una ventana ojival, una ventana en arco de cuatro puntos que armoniza con la puerta principal, y una pared de ladrillo a la vista que resalta sobre el plano de la casa y que termina en un pequeño balcón almenado.

El interior de la casa está compuesto por dos pisos, una mansarda y un sótano, donde se ubicaban las áreas de servicio. Al entrar a la casa, un vestíbulo de entrada conecta la sala, el comedor y el área de servicios, compuesta por un *office*, una despensa y una cocina, conectadas con el sótano por una pequeña escalera de servicio, al igual que un pequeño patio. En el segundo piso, al que se accede por una escalera ricamente trabajada en madera, se encuentran cuatro habitaciones, unidas por un pasillo y servidas por dos baños.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



En 1976, las herederas de Reyes Llaña vendieron la casa al industrial Jorge Ernesto Ospina Mesa, quien la vendería, en 1996, a la aseguradora española Mapfre. Esta empresa, que recién se había establecido en Colombia un año antes, tuvo en la casa su sede hasta 2008, cuando fue adquirida por el Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA.

A diferencia de otras casas, y debido a su tamaño, el CESA no destinó la casa para usos académicos como salones de clase, sino para albergar oficinas administrativas y de profesores. En la mansarda actualmente existe una sala de reuniones, perfectamente habilitada para diferentes usos, académicos e institucionales.



Detalle de la fachada que muestra dos tipos diferentes de ventanas: ojivales y de arco de cuatro puntos (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Ventana de arco ojival, enmarcada en piedra (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.


CASA DE ANTIOQUIA
KR 6
CALLE 36
CARRERA 6ª
35-76

sin previa autorización.



35-76



Primer propietario: Luis Soto del Corral

Nomenclatura oficial: Carrera Sexta # 35-76

Año de construcción: 1940

Uso actual: Institucional- Casa de Antioquia

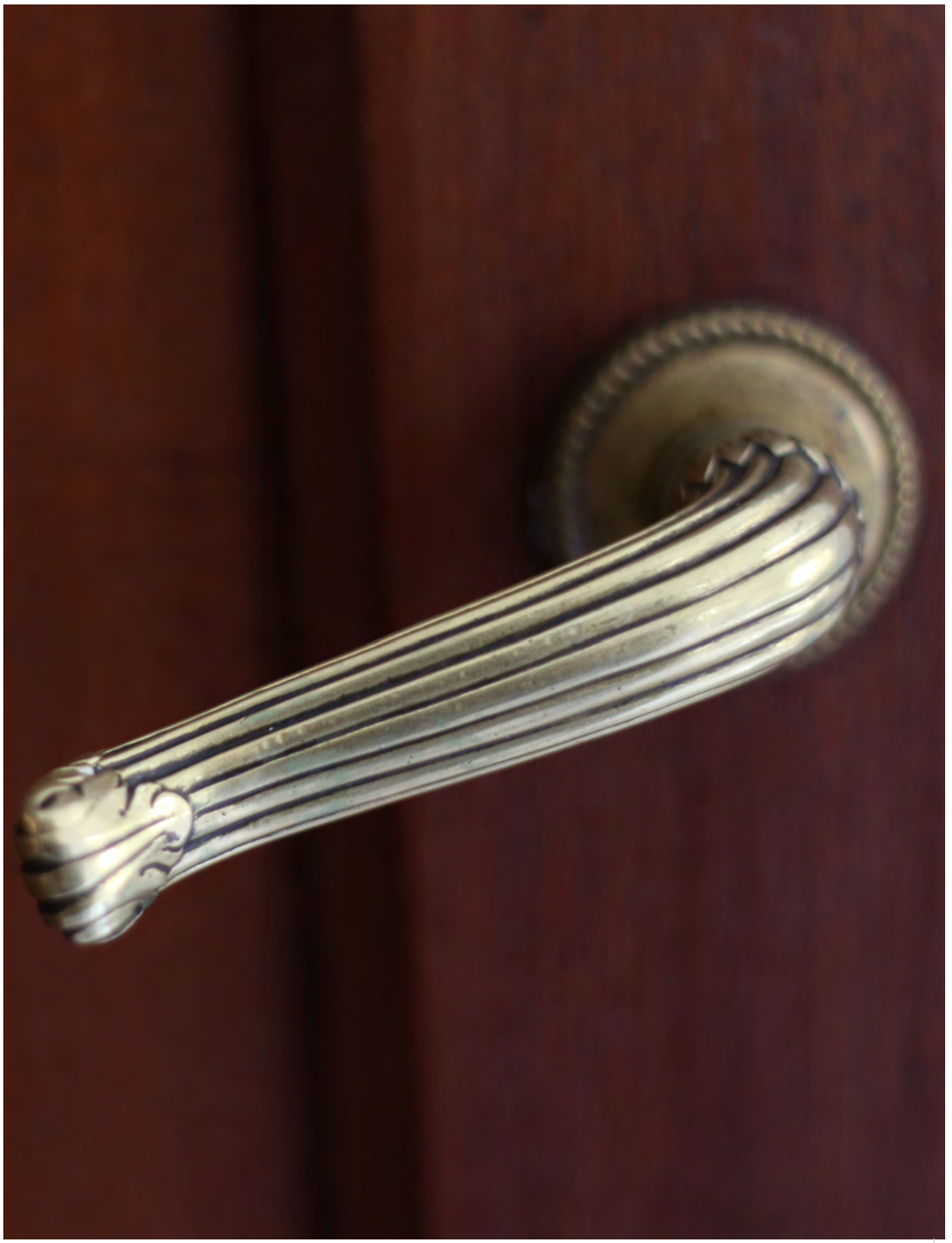
Vista de la esquina de la Calle 36 con Carrera Sexta, costado suroriental (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

El banquero e industrial Luis Soto del Corral construyó esta casa a principios de la década de 1940, y la habitó con la familia que construyó con María Luisa Sinisterra. Tras la muerte de doña María Luisa, Soto contrajo matrimonio, en 1954, con Juanita Argáez Castello, a su vez residente del barrio (en la 5ª-73 de la Diagonal 34ª), quien había enviudado de Eduardo Carvajal Arboleda en 1950, y se trasladó a la casa de su nuevo esposo.

La casa, ubicada en la esquina de la Carrera Sexta con Calle 36, es otra de las tres canónicas del barrio, junto con las de las familias Piedrahíta y Moreno. Y como estas, está ubicada justo frente al Parque Nacional, lo que les da un carácter particular, tanto en el momento de la construcción como ahora, cuando constituyen puntos de referencia en el sector. Tiene, además, un patio exterior, cerrado y enmarcado por una reja ornamentada que lo separa del andén.

En la casa resultan predominantes el ladrillo a la vista y los marcos de piedra en ventanas y puertas. Al ingresar, se encuentra el salón principal y el comedor, a la derecha, adornado con paneles de madera ricamente trabajados. Lo mismo ocurre con la escalera, que se encuentra frente a la puerta y lleva a la segunda planta, donde cuatro habitaciones reciben iluminación del norte y del occidente, principalmente. En el tercer piso, la mansarda, con la misma área de las dos plantas inferiores, ofrece un amplio salón a sus ocupantes.

Al igual que otros dueños de las casas de La Merced, Luis Soto importó la madera, la grifería y la cerrajería de Europa y los Estados Unidos. Además, construyó en la mansarda una cava donde guardaba los vinos que, más adelante, serían consumidos por sus invitados en las reuniones que organizaba.



Manija original de una puerta interior (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

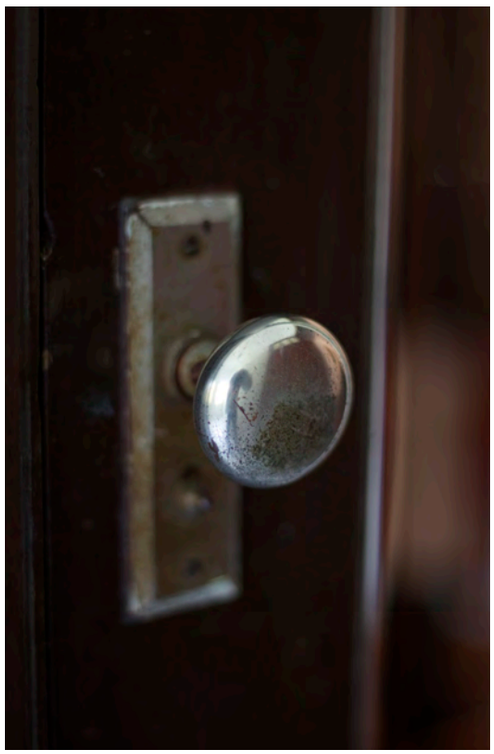


Grifería original de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Vitral que da luz al salón desde el patio interior (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Perilla original de la casa, ya desgastada por el uso (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Contigua a la casa, construyó también una casa para su hija mayor, María Luisa Soto Sinisterra, como regalo por su matrimonio con Ricardo Triana Uribe. Así mismo, construye, al lado del comedor, un apartamento contiguo a la sala de la casa para su hijo, Luis Soto Sinisterra.

Este apartamento, si bien estaba conectado a la casa principal, tenía una puerta independiente. En 1977, Soto vende la propiedad a la Gobernación de Antioquia a un módico precio gracias a las gestiones de los doctores Mario Múnera Cano (agente fiscal del departamento) y Jorge Osorio Gil (agente fiscal del municipio de Medellín). Una de las razones para que el doctor Osorio Gil impulsara la compra de la casa de Soto era, además del espacio pequeño que ocupaba la Casa de Antioquia en el Edificio Colseguros (actual Contraloría General de la Nación), que varias entidades relacionadas con el departamento se encontraban en el barrio, como Proantioquia (en el 6-29 de la Calle 35) y El Colombiano (en el 5-35 de la Diagonal 35), lo que hacía más fácil manejar, desde allí, los distintos eventos vinculados al departamento.

La Gobernación hizo de la residencia Soto la Casa de Antioquia, donde desde entonces organiza eventos públicos y privados relacionados con el gobierno de ese departamento, así como habilitó un espacio de descanso para dirigentes antioqueños, que utilizan las habitaciones y estudios originales de la casa para hospedarse cuando vienen a Bogotá; una especie de embajada antioqueña enla capital.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Una de las características más importantes de la casa hoy en día es la preocupación de la Gobernación de Antioquia por mantener los espacios originales de la mejor forma posible: salvo los sanitarios y la tubería (que fueron cambiados en 2002) y los vitrales, modificados en 2005 para instalar vitrales nuevos que resaltaran las distintas características del departamento, no han hecho mayores modificaciones a la planta física de la casa.

Esto hizo que, en los recorridos de turistas extranjeros por La Merced, la Casa de Antioquia fuera uno de los destinos preferidos, y que durante muchos años estos turistas fueran recibidos por guías especializados que recorrían cada uno de los espacios de la casa. Sin embargo, las visitas a la casa fueron restringidas por razones de seguridad hace algunos años.

Por su parte, la casa de la familia de Ricardo Triana y María Luisa Soto se convirtió, primero, en la sede de Prego Televisión y, desde la década de 1990, en el restaurante de carnes Carbón de Palo.



Office de la casa, donde se mantienen algunos de los muebles de la familia Soto (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Timbre interior, original de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



derechos reservados. Prohibida la reproducción sin previa autorización.

6-16



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin autorización.



Primer propietario: Luis Lara Borrero

Nomenclatura oficial: Calle 35 No. 6-16

Año de construcción: 1940

Uso actual: Institucional- Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA.

Casa Fundadores - CESA

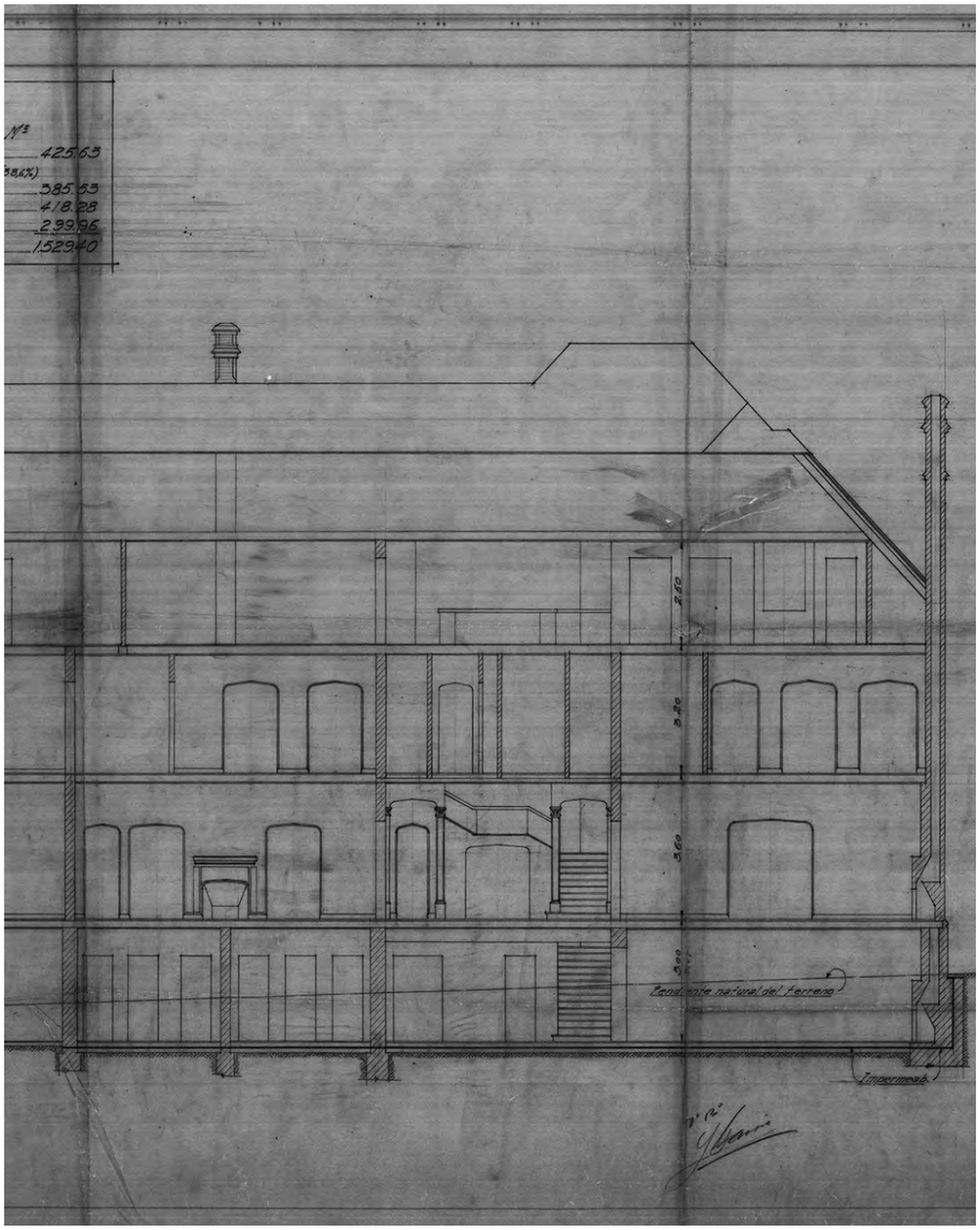
Adquirida en 2001, esta casa fue hasta el 2013 la más importante del CESA, pues allí se ubicaron todos los estamentos directivos. Al ser la casa donde se albergaba el alto gobierno de la Institución, su nombre honró a los distintos empresarios y políticos que, en 1975, fundaron el CESA.

Fachada de la casa, sobre la acera surde la Calle 35 (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

El empresario huilense Luis Lara Borrero comenzó la construcción de la casa que albergaría a su familia en 1940, con planos diseñados por la firma Trujillo Gómez y Martínez Cárdenas. Sin embargo, el estallido de la Segunda Guerra Mundial retrasó la construcción, debido a que los materiales –muchos de ellos importados desde Europa– eran escasos y la llegada de estos al país era, cuando menos, difícil. Solo hasta finales de la década la familia consiguió mudarse a esta.

Uno de los aspectos más llamativos de esta casa es su amplísima fachada oriental, en ladrillo y piedra, sobre la Calle 35. Allí se encuentran la entrada para los dos garajes, los amplios ventanales del salón y del comedor y la puerta principal, a la que se accede por unas escaleras curvas, adornadas con una balaustrada, también de piedra. Otro es el rico trabajo en madera, tanto en la escalera como en sus puertas.

En un lote de 695 m2, la casa tiene 1529 de construcción, divididos en un sótano, dos pisos y una mansarda. En el sótano estaban ubicados el bar –donde Luis Lara tenía su colección de pequeñas botellas de licor–, un cuarto para el billar, una sala de bridge para Mary Rueda de Lara (su esposa); también, las áreas y los cuartos de servicio, donde vivían las cinco empleadas de planta, dirigidas por un ama de llaves. Una escalera de servicio llevaba al primer piso, donde la cocina, dos despensas, el office y dos comedores (uno para el uso diario y otro para ocasiones especiales) se conectaban con el vestíbulo central, iluminado con una lámpara de cristal, que llevaba al salón y a la biblioteca.



Detalle de plano original de un corte de la casa, en el que se aprecia la dimensión de sus volúmenes (1939). Archivo de Bogotá.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Escalera central de la casa, que mantiene la imponencia de su carácter. Al fondo, abajo, el corredor que lleva al sótano (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.





Detalles de puerta y tablero de botones del ascensor de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

La escalera principal, protagonista de la casa pues ocupa un gran espacio abierto en toda la altura de la esta, sube adosada a la pared, en forma circular e iluminada por un conjunto de ventanas que le aumentan imponencia a la estructura. Conecta con la segunda y tercera planta, dedicadas a las habitaciones privadas y a las zonas de juego y diversión de los hijos. Las escaleras de la casa son complementadas por un ascensor, que va desde el sótano, junto a la zona de servicio y los garajes, hasta la mansarda. Se trata de un pequeño ascensor Otis, con puerta de fuelle y tablero de comandos en bronce.

Originalmente la casa contaba con tres cuartos para los seis hijos, divididos en tres parejas: las dos hijas mayores, los dos hijos hombres y las dos hijas menores, cada habitación con un baño privado. Así mismo, cada padre tenía su cuarto, lo que permitía independencia a sus habitantes, como era costumbre en este tipo de construcciones. Por último, estaba el cuarto que se usaba para guardar maletas y baúles, y otro más pequeño, ubicado en uno de los descansos de la escalera de servicio, entre el primer y el segundo piso, que era llamado por la familia “el cuarto chino” debido a que estaba decorado con objetos que Luis había traído de un viaje a este país. Una de las características principales de la casa era la posibilidad que tenían los padres de conectarse con sus hijos a través de pasillos y puertas internas, entre las habitaciones, lo que permitía a la familia cerrar el área privada durante fiestas y eventos, y evitaba que el descanso de los niños se viera interrumpido por las reuniones sociales.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización



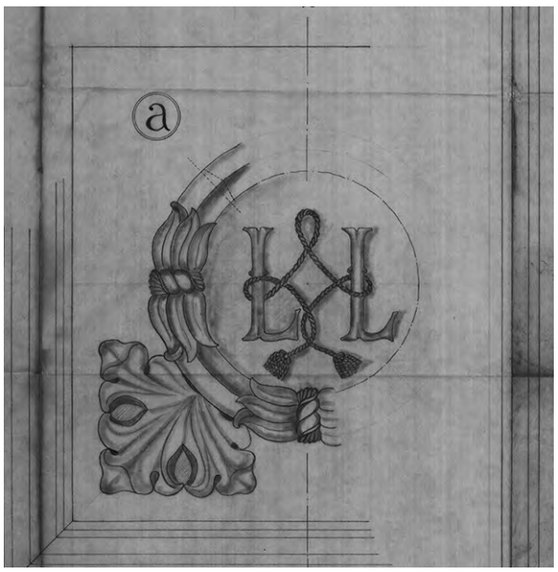
En la mansarda estaban la enfermería, construida para evitar que todos los niños fueran contagiados por cualquier enfermedad que llegase a tener alguno de ellos; la habitación de los hijos hombres, un gran salón y el llamado “muñequero”, donde cada hijo tenía un armario especial para guardar sus juguetes. En el sótano y en el salón de la mansarda se organizaban las fiestas, lo que permitía dos ambientes distintos, uno para adultos y otro para jóvenes. Estas fiestas tenían una gran relevancia social en la sociedad bogotana.

En 1962, dos días antes de su posesión como presidente de Colombia, Guillermo León Valencia fue honrado con una recepción en la casa Lara, al igual que el industrial norteamericano David Rockefeller, quien había venido a Colombia por asuntos comerciales.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



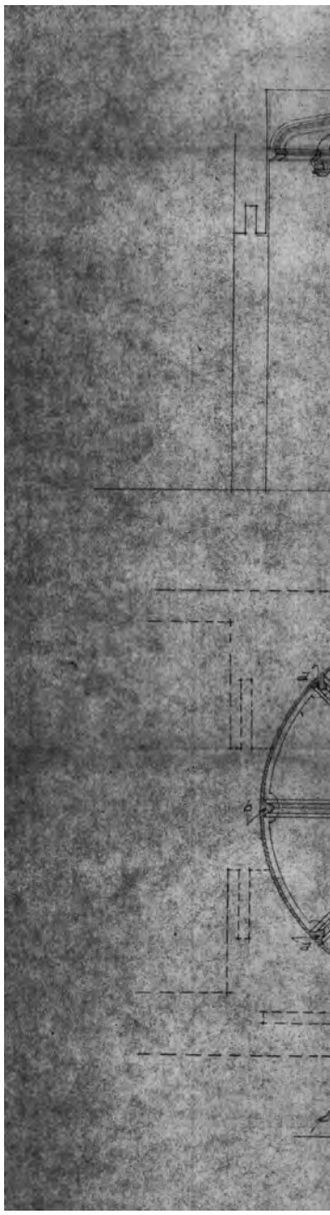
Detalle del trabajo en madera de la puerta (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano. Abajo, el diseño con dos letras "L" que identificaban a Luis Lara, propietario de la casa (1939).



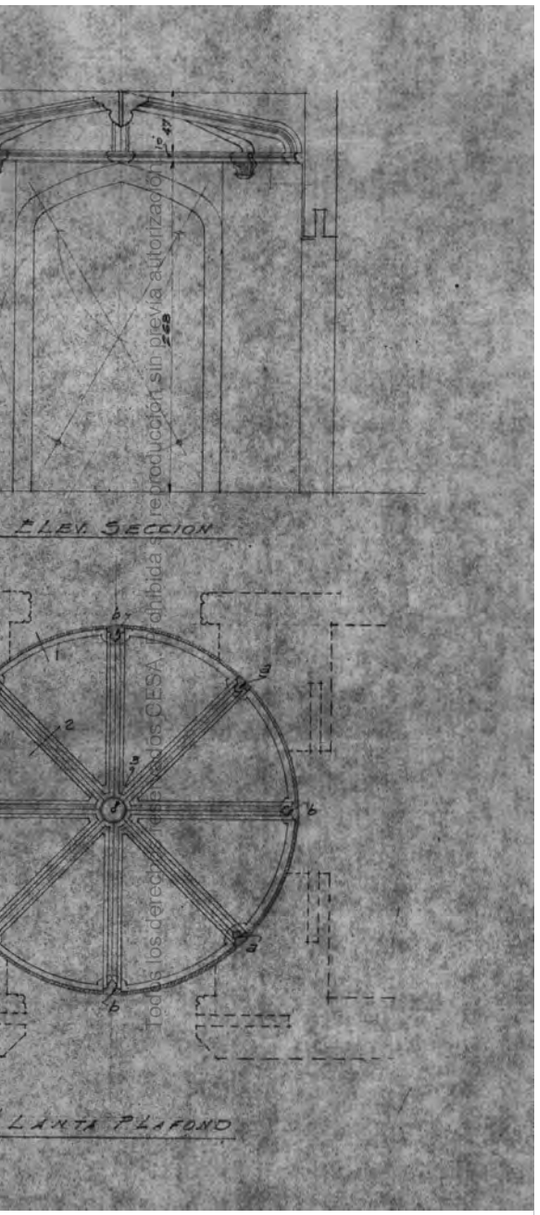
Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.





Detalle del techo del pórtico (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida reproducción sin previa autorización

Plano que ilustra el pórtico de la casa (1939). Archivo de Bogotá.

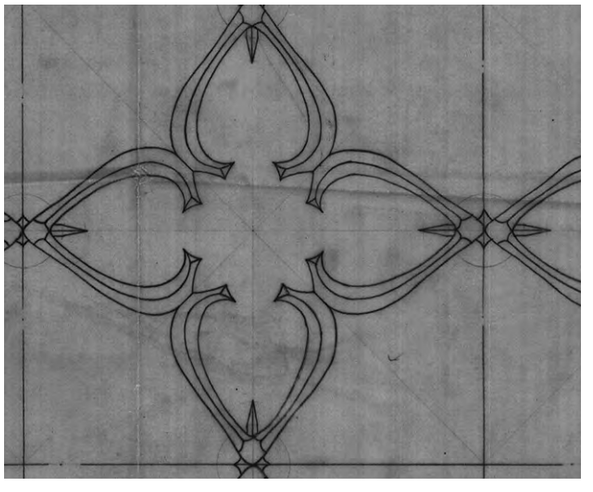
Tras la muerte de Luis Lara en 1982, Inés Moreno Mejía, agente inmobiliaria y antigua residente del barrio, gestionó la venta de la casa a la Cámara de Comercio Colombo-Americana. Tras una bomba que fue desactivada en las proximidades de la casa, la Cámara de Comercio decidió salir del barrio y vendió la casa al Banco del Estado.

En 2001, y tras la quiebra del Banco, el Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA adquirió la propiedad, y procedió a adecuar las antiguas oficinas para convertirlas en salones de clase y oficinas –dentro de las que destacaban la Rectoría, ubicada en la antigua sala de la casa, y la Vicerrectoría en uno de los cuartos del segundo piso –según la distribución original que le habían dados sus constructores. El antiguo comedor se convirtió en el salón principal del CESA, donde se realizaban las reuniones más importantes de estudiantes y profesores.

Con la adquisición de la casa que construyera Ernesto Puyana Uscátegui por parte del CESA, sobre la Carrera Sexta, a unos metros de distancia, las oficinas de Rectoría y Vicerrectoría se trasladaron de allí, lo que permitió la redistribución de estos espacios, algunos de ellos usados ahora como aulas de clase y salones de estudio.



Detalle de la reja de la casa (2014), junto con el diseño original (1939). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano. Abajo, plano original mostrando con detalle la ornamentacion de la reja (1939). Archivo de Bogotá.





35-11



Primer propietario: Ricardo Hinestrosa Daza

Nomenclatura oficial: Carrera 5ª # 35-11

Año de construcción: 1937

Uso actual: Residencial - Alfred Wild

Fachada oriental de la casa, sobre el Parque Nacional (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Balcón de la mansarda que mira al oriente, sobre el Parque Nacional (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

En 1937, el rector de la Universidad Externado de Colombia, el doctor Ricardo Hinestrosa Daza, construyó en la esquina de la Calle 35 con la Carrera 5ª su casa, que se destacaba, sobre todo, por la biblioteca y la colección de libros que albergaba. Su limpia fachada cubierta de hiedra, coronada con una palma de yuca y dos eucaliptos que proveen de sombra a quien camina por la Carrera 5ª, todavía la hace tener una posición predominante dentro del barrio.

El visitante accede a la casa por una puerta metálica que lo lleva por un camino de piedra a través de un jardín. La puerta, en madera y hierro, coronada actualmente por el escudo de armas de la familia Wild, está hoy perfectamente restaurada, lo mismo que el resto de la vivienda. Se ingresa al primer piso por un vestíbulo que lleva a la escalera, por la derecha, y a las zonas sociales –la sala principal y un office–, hacia la izquierda; estas ocupan la zona más oriental de la casa, y tienen pisos de madera y ventanas enmarcadas en piedra que miran hacia el jardín exterior.

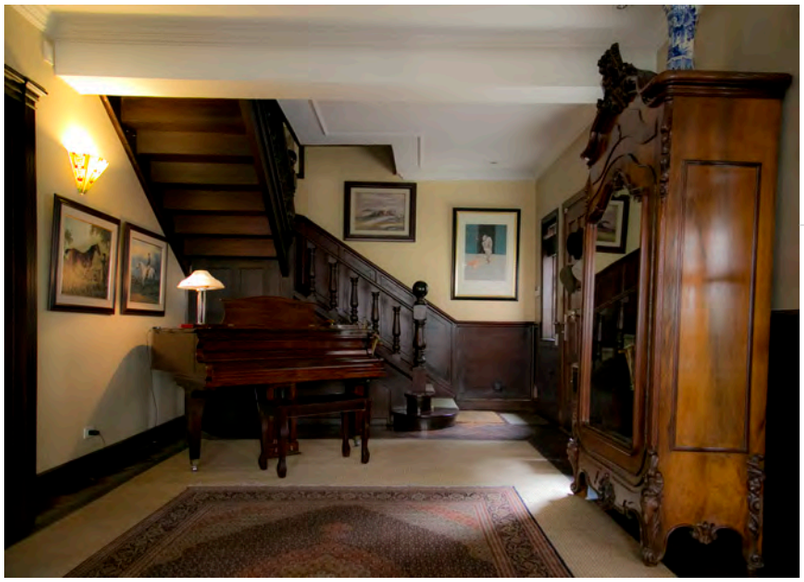
Al avanzar hacia el occidente, se pasa al comedor y a las zonas de servicio, las cuales tienen acceso también, lo mismo que el garaje, desde la Calle 35. La escalera principal lleva al segundo piso, donde un largo pasillo conecta las distintas habitaciones con una antesala, y a la mansarda, del área total de la construcción, un amplio espacio que ha sido adaptado por sus dueños actuales con una habitación, un estudio y una cómoda sala de lectura y juegos.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin autorización



Interior del salón principal, hacia la sala. La selección de los muebles enlucen la remodelación de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Esta publicación cuenta con el apoyo de Cesa. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Vestíbulo de entrada. La escalera, tallada en madera, se ve complementada por piezas mobiliarias de colección y por un piano (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Antiguo patio interior, convertido en un salón iluminado por luz natural (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

En el año 1973, los herederos de Hinestrosa –quien había muerto diez años antes– vendieron la casa a la firma de abogados De Greiff, Bazzani, Villamizar y Yáñez. La visión de sus socios, cuenta Ernesto Villamizar, uno de ellos, era tener una gran firma de abogados, por lo cual compraron dos casas adyacentes junto a la de Hinestrosa. Para 2004, el doctor Villamizar, quien continuó con su firma en La Merced, vendió esa casa al coleccionista de arte Alfred Wild quien, junto a su esposa Amanda y el arquitecto Carlos Isaza, remodeló la casa para que –en un camino inverso al que han vivido gran parte de las casas de La Merced– esta pasara de ser un espacio destinado a uso institucional a tener uno familiar otra vez.

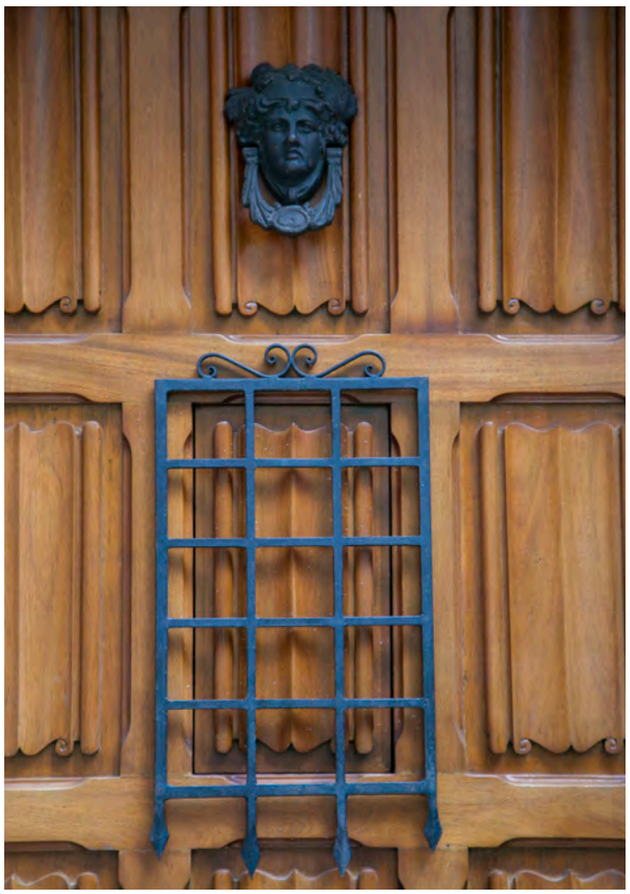


Escudo de armas de la familia, tallado en piedra especialmente para el propietario de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



El propietario de la casa, Alfred Wild, en la alcoba principal, que mira al Parque Nacional (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.





Detalle de la puerta: madera y hierro finamente trabajados (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



La piña, símbolo de hospitalidad, se reproduce en piedra para enmarcar las puertas de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Entre otras modificaciones, se destaca la marquesina que protege el patio interno de las inclemencias del tiempo y amplía el espacio de la cocina. Para Wild, instalarse en La Merced fue una decisión que obedeció a la tranquilidad del barrio para su familia, a la cercanía del Parque Nacional, a la seguridad que ofrecían las entidades establecidas en el barrio y a la facilidad que ofrece este para desplazarse por la zona central de Bogotá

Comedor principal de la casa. Otro complementa la cocina en el salón del patio interior (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.


5 A 62
G S
PELIGRO

5ª-62



Primer propietario: Elvira Restrepo del Corral

Nomenclatura oficial: Diagonal 34ª # 5ª-62

Año de construcción: 1937

Uso actual: Institucional- Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA.

Casa Bienestar – CESA

La adquisición y adecuación de esta casa por parte del CESA permitió a la Institución centralizar en sus instalaciones la solución a las necesidades de alimentación y entretenimiento de sus empleados y estudiantes. Es así como la Casa Bienestar, como se le conoce, se ha convertido en uno de los espacios preferidos de los estudiantes, quienes aprovechan sus espacios para descansar entre sus clases. Del mismo modo, la cafetería que funciona en la primera planta es un punto de encuentro para toda la comunidad del CESA.

Fachada oriental de la casa, sobre la Diagonal 34ª (2015).
Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción sin autorización.



Marco en madera de la fachada principal (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Detalle de carpintería de escalera (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

En 1937, Elvira Restrepo del Corral y su esposo, Melitón Escobar Larrazábal, ingeniero que acompañó a José Eustasio Rivera en la comisión que definiría los límites de Colombia y Venezuela por la Orinoquia y la Amazonía colombianas –viaje que inspiró la novela *La vorágine*–, construyeron esta casa. Además de la familia Escobar Restrepo, allí vivió la educadora Ana Restrepo del Corral, hermana de Elvira.

La casa tuvo tres etapas claramente definidas; la primera, entre su construcción y 1955, cuando fue vendida por la familia Escobar Restrepo. La segunda, entre este año y 1997, cuando fue vendida al CESA; la tercera, cuando comenzó a formar parte de esta institución educativa. Durante la segunda sufrió transformaciones de fondo, estructurales y estéticas; sus diferentes dueños, que le impusieron usos diferentes al residencial, demolieron parte sustancial de la casa, con lo que, a excepción de la fachada oriental, la casa ya no tiene sus características originales.

La parte más afectada fue la occidental, pues desde la escalera, que el visitante encuentra frente a la puerta, se realizaron cambios estructurales para construir entrepisos y optimizar el uso de los espacios. Se redefinieron las habitaciones originales y se transformó la mansarda original para convertirla en un gran espacio abierto, cubierto en gran parte por un techo plástico. Sin embargo, y como se mencionó

Todos los derechos reservados CESA | Prohibida su reproducción total o parcial



arriba, la cara oriental de la casa, que mira a la Diagonal 34ª, mantiene las características originales, y evidencia que, a pesar de que la fachada en ladrillo y el techo de tejas de barro la hacen ver similar a las demás, en realidad es diferente a otras casas de La Merced. Su dibujo, a diferencia del de sus vecinas, es más rectangular que triangular u ojival, lo mismo que sus balcones, puertas y ventanas, cuyos marcos son elaborados en madera, no en metal. Carece de chimenea y el piso del segundo piso –que se mantiene en un fragmento– no es de parqué, como en la mayoría de las casas más representativas del sector, sino de listones alargados.

El Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA adquirió la casa en 1997 y la destinó desde el principio para el departamento de Bienestar Universitario. En 2001 fue declarada, a pesar de los cambios arriba mencionados, bien de conservación tipológica, lo que la protege en delante de modificaciones arbitrarias como las que se hicieron en el pasado.

Aldaba original de la casa (2015). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

5ª-70



Primer propietario: Arturo Tapias Pilonieta

Nomenclatura oficial: Diagonal 34ª # 5ª-70

Año de construcción: N/A

Uso actual: Institucional- Compañía de Jesús



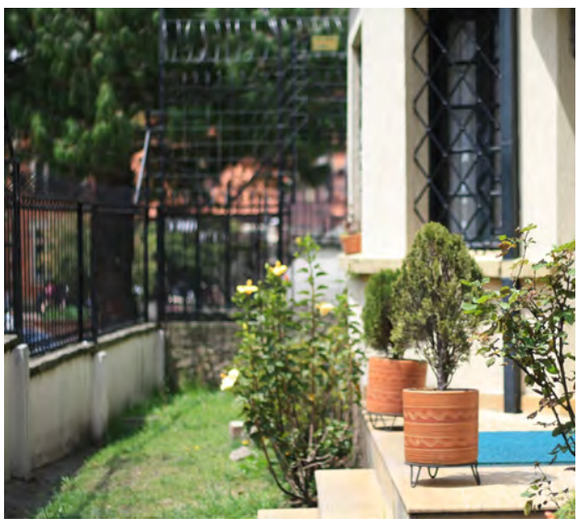
Fachada de la casa Manresa, sobre la acera occidental de la Diagonal 34ª (2014).
Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Este material es propiedad de Editorial Gustavo Gili, S.A. Prohibida su reproducción sin autorización. Todos los derechos reservados.



Detalle de la puerta, con la aldaba original (2013). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Jardín exterior de la casa (2013). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

El primer Ministro de Justicia que tuvo Colombia, don Arturo Tapias Pilonieta, construyó su casa a finales de los años 40. Una de las características de su casa en la actualidad es que resulta notoriamente distinta de las de las casas circundantes, debido a la destrucción que sufrió durante el Bogotazo.

Doña Cecilia Casabianca, que vivía en la casa del frente, recuerda que la casa de don Arturo fue una de las pocas destruidas el 9 de abril de 1948.

Si bien el barrio estaba fuertemente custodiado debido, a que en la casa de Ernesto Puyana se hospedó el general Marshall, la Quinta División de la Policía, que se había levantado con los liberales, había ubicado francotiradores y disparaba desde el Colegio San Bartolomé hacia la ciudad. Al ser esta una de las pocas casas que se interponía en el camino entre la casa Puyana y el Colegio, las balas caían en su fachada.

Ante la destrucción, fue necesario que los propietarios remodelaran la fachada de la casa, lo que dio a esta una identidad peculiar, alejada del estilo inglés, así su geometría lo recuerde, y se acerque más desde entonces al estilo español en lo que a su fachada se refiere.

Esa diferencia se evidencia, por ejemplo, en sus tejas españolas, que forman canales uniformes en semicírculos cóncavos, o en su fachada, con paredes de mampostería pintada, que resalta frente a los ladrillos a la vista de las casas circundantes.

La casa fue vendida en 1993 por la señora Elda Romero a la Compañía de Jesús, representada por el padre Aurelio Castañeda S.J. Castañeda encomendó al ingeniero Álvaro Córdoba Villota (hermano del padre Juan Vicente Córdoba, S.J., actual arzobispo de Fontibón), quien ya había trabajado en la construcción de varios espacios eclesiásticos en Bogotá, la remodelación estructural de la casa.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Una de las coloridas ventanas de la fachada oriental de la casa (2013). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Ventana del baño auxiliar, con una forma poco común en las casas de ascendencia túdor (2013). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Detalle de elementos de la capilla adaptada en el primer piso de la casa Manresa (2013). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Dada su ubicación estratégica, cercana a las dos principales instituciones educativas jesuitas (la Universidad Javeriana y el Colegio San Bartolomé La Merced), y a las obras sociales en La Perseverancia, resultaba ideal para que la Compañía instalara allí Manresa, un espacio donde los aspirantes a entrar a la Compañía de Jesús conviven, toman conciencia sobre su vocación sacerdotal y empiezan su formación académica y pastoral como sacerdotes o hermanos.

La casa lleva este nombre pues, según la tradición católica, en una cueva cercana al pueblo de este nombre, en Cataluña, San Ignacio de Loyola solía refugiarse a orar y a reflexionar.

Con la compra por parte de los jesuitas, el comedor de la casa se convirtió en una capilla que, cada Miércoles de Ceniza, recibe a los vecinos del barrio y a la comunidad CESA para celebrar la imposición de la ceniza. La sala de la casa ha mantenido su disposición original, mientras que el patio y la cocina se han convertido en una sola área común, donde los jóvenes residentes comen, descansan y tienen ratos de esparcimiento. En el segundo piso, las habitaciones continúan siendo utilizadas como dormitorios, pero estos son compartidos por los distintos seminaristas. La habitación principal, que se distingue de las demás por su balcón y su baño propio, es usada por el director de Manresa, actualmente el padre Virgilio Arias, S.J. Así mismo, la mansarda continúa con la función que tuvieron en el barrio cuando era residencial: un área de reuniones y esparcimiento, donde se destacan los balcones que ofrecen una vista del barrio, sobre todo de la casa de Jorge Mejía Salazar (en el 34-44 de la Carrera Sexta) y de Francisco Núñez Rebolledo (en el 5ª-90 de la Diagonal 34ª).

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

35-15 / 35-27



Primer propietario: José Gabriel y Luis Miguel Calderón Contreras

Nomenclatura oficial: Carrera 5ª # 35-15 / 27

Año de construcción: N/A

Uso actual: Institucional- Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA.



Fachada oriental de la casa, sobre el Parque Nacional (2014).
Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Todos los derechos reservados © SPA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

La familia Calderón Contreras, compuesta por los hermanos Luis Miguel, José Gabriel y María Stella, construyó estas dos casas tras la muerte de sus padres, lo que obligó a Luis Miguel Calderón a ser albacea del patrimonio familiar. Sin embargo, ellos no residieron en las casas mucho tiempo, ya que las propiedades fueron vendidas en 1945 y 1948.

Las dos viviendas fueron construidas con propuestas arquitectónicas equivalentes: en el primer piso, una sala principal, un comedor y un área de cocina, unidas por un largo pasillo que llevaba a un pequeño patio. En el segundo piso, tres habitaciones y un área de baños, que se unían a la mansarda a través de la escalera principal.

La casa 35-27 fue vendida a Rafael Antonio Calderón en 1945, quien la vendió en 1978 a la empresa norteamericana de seguridad Wackenhut (hoy G4S). Esta empresa tuvo su sede allí hasta 1996, cuando fue vendida a otra compañía de seguridad, Segura S.A. Para 2011, la casa es comprada por el Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA, que realizó en ella un proceso de recuperación estructural y de modificación de espacios para que se adaptara a las necesidades académicas de la Institución.

La casa 35-15, por su parte, fue vendida en 1948 a don Humberto Pérez Restrepo, abogado, y a su esposa Blanca Gaviria, filántropa, quienes residieron allí hasta 1962, cuando la compró el ganadero Jesús Posada para su esposa, Esther Wolff de Posada. En 1973, la firma De Greiff, Bazzani, Villamizar y Yáñez compró la casa junto a la de Ricardo Hinestrosa (en el 34-90 de la Carrera 5ª), para establecer la firma.



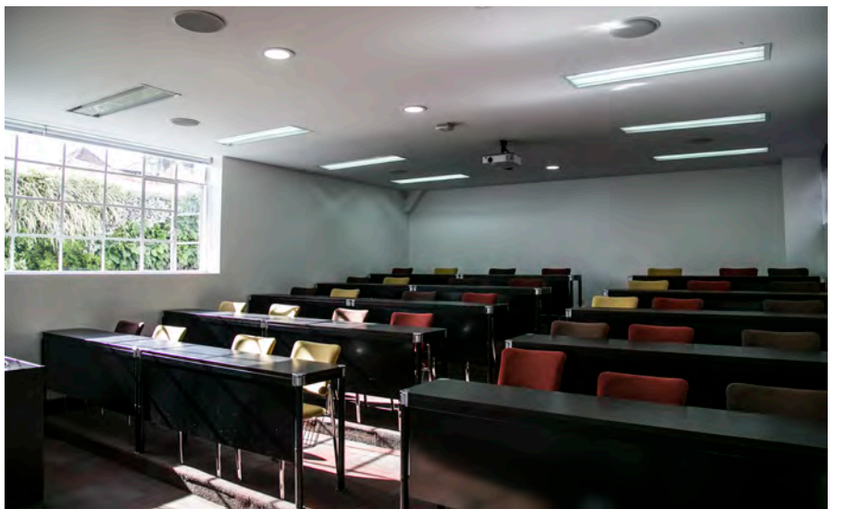
Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



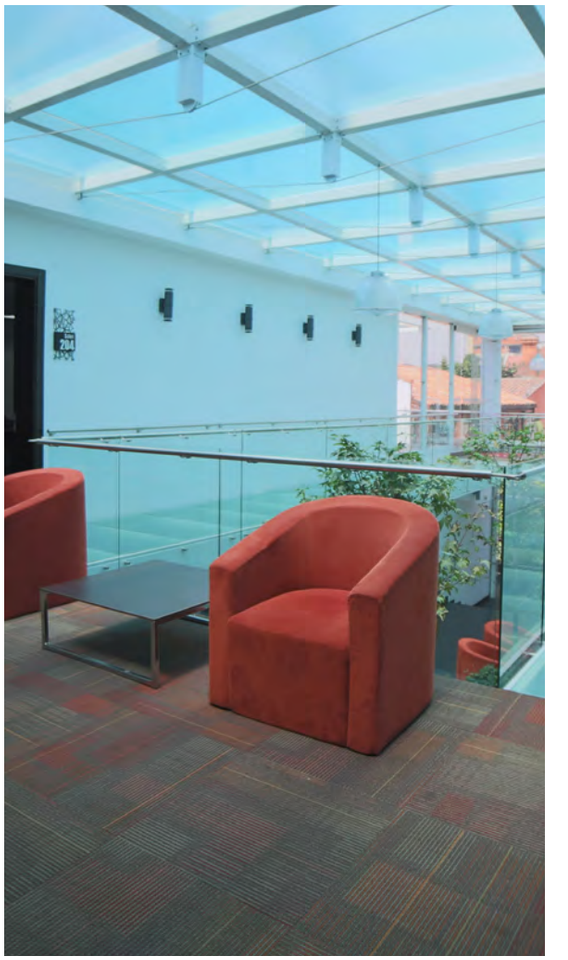
Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Terraza creada con la remodelación en el segundo piso del ala occidental de una de las casas (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Uno de los salones de clase en el primer piso de la casa ubicada más al norte (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Perspectiva de la segunda planta de las casas fusionadas (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Cuando la sociedad se disolvió, el abogado Ernesto Villamizar mantuvo la propiedad de la casa y estableció allí su firma, Villamizar Abogados Asociados, hasta 2012, cuando la vendió al CESA, institución de la cual Villamizar ha sido docente durante varios años.

Cuando las dos fueron compradas por el CESA, inició un proceso de restauración para convertir las casas de la familia Calderón Contreras en una sola, simétrica, con un eje central en la pared que las dividía, y las distintas áreas de las casas en salones de clase. Esto implicó la demolición de las paredes que dividían para convertir los dos pasillos en un solo espacio que congrega a los estudiantes mientras esperan sus clases. También se abrió una terraza en uno de los cuartos de la casa 35-15, y la mansarda fue adecuada para oficinas.

Sin embargo, el esmerado trabajo en madera que lucía la casa 35-15 no salió de La Merced. Ernesto Villamizar, después de vender la casa al CESA, no solamente decidió permanecer en el barrio sino darle una nueva opción al trabajo de Azumendi, un ebanista vasco al que había encargado su oficina, y que había trabajado ya en otras casas del sector.

Para ello, compró la casa donde vivía en la década de 1940 la familia Arbeláez, en el 5-98 de la Calle 34. En esta, que domina el vértice entre la Diagonal 34ª, la Calle 34 y la Carrera Sexta, un vestíbulo lleva al patio, decorado con un jardín vertical, a las áreas sociales (convertidas en salas de juntas) y a la escalera, que lleva a las oficinas de los abogados de la firma. En el segundo piso de la casa, pues, se reconstruyó la oficina con todo el trabajo en madera, que aún permanece.

Del mismo modo, se estableció en el antiguo sótano un restaurante, café y papelería que ha servido para que los estudiantes de las instituciones universitarias cercanas tengan un espacio de reunión y esparcimiento.





Detalle de la oficina de Villamizar. Al fondo, trabajo en madera de la biblioteca. En primer plano, una campana de la estación de ferrocarril, una de las pasiones del abogado (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Trabajo en madera de la biblioteca en la oficina (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Trabajo en madera que fue adaptado al nuevo despacho del abogado Ernesto Villamizar (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Detalle de ornamentos en madera en el patio interior de la nueva sede de la oficina de Villamizar (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Sala de juntas en la primera planta (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida su reproducción sin previa autorización.

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



5ª-27 / 5ª-31



Primer propietario: Isaac Behar

Nomenclatura oficial: Diagonal 34ª # 5ª-27/31

Año de construcción: 1948

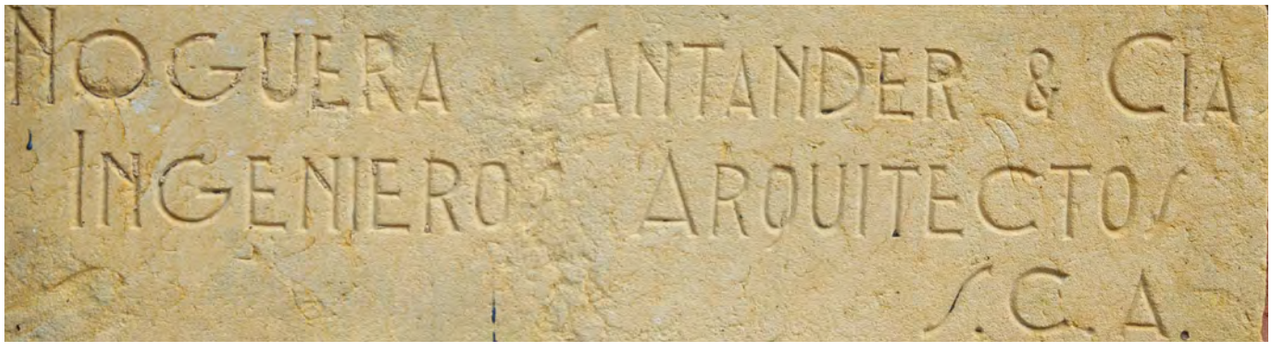
Uso actual: institucional- Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA

Casa Biblioteca – CESA

En 2001, cuando se compra la casa de Luis Lara y la alta dirección del CESA se muda allí, la Biblioteca, que durante 40 años había ocupado algunas habitaciones en la casa, pudo expandirse para albergar la creciente colección de materiales y recursos que recibía. Para 2010, cuando se une con la casa vecina por el norte, ambas se convierten en un solo espacio, que actualmente es conocido en el CESA como Casa Biblioteca.

Fachada occidental de las dos casas hermanas (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Placa, en piedra, de firma de arquitectos sobre una de las fachadas de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Flauta de la chimenea (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

En uno de los últimos lotes disponibles sobre la Diagonal 34ª, la firma de arquitectos Noguera Santander construyó dos casas hermanas para Isaac Behar en 1948. Estas casas se caracterizan por sus puertas ojivales, de influencia mora, y por sus tejas españolas, diferentes de las que se usaron en las primeras casas del barrio. En el interior de las casas se mantienen los detalles que caracterizan el estilo inglés: un esmerado trabajo en madera, tanto en las escaleras como en las puertas y en los arcos (de cuatro puntos), así como los paneles de madera que cubren la parte baja de los salones principales. También, altas chimeneas enmarcadas en piedra y ventanas con marcos metálicos, vitrales y divisiones que conforman un entramado de vidrios, particularmente en los pisos superiores.

Al entrar a cada una de las casas, a través de puertas metálicas con marcos en piedra muñeca, se pasa a un recibidor que conecta con el comedor, con el salón principal, la biblioteca y la escalera.



Antiguo timbre de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

El comedor se une al office, desde el que se entra a las áreas de servicio (cocina, despensa, cuarto de plancha, habitación y baño de servicio), al que también se tenía acceso por puertas de hierro secundarias que daban a la parte trasera de la casa.

Las escaleras llevaban a las áreas privadas de las casas, donde había cinco habitaciones y dos baños para la familia. Uno de los baños, el más grande, estaba destinado a las dos habitaciones principales, con ventanas a la Diagonal 34ª, y unidos a una de las alcobas por un tocador.

Las otras tres habitaciones compartían un baño auxiliar y tenían ventanas a las casas contiguas (la de Samuel Williamson y la de Olga Gómez de Prieto, por el norte y por el sur respectivamente) y a los jardines internos. Estas últimas habitaciones se unían al área de servicio por la escalera interna, que como en las demás llevaba a la cocina y al office de la casa directamente.

En 1962, las dos casas fueron vendidas por la familia Behar al empresario Juvenal Villa Correa y su esposa, Magdalena Posse de Villa, quienes permanecieron en el barrio dos años, tras los cuales vendieron las dos casas; desde entonces, y durante casi cinco décadas, pertenecen a propietarios diferentes.



Detalle de la puerta (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Ornamento del cielo raso, recuperado con la remodelación (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

La casa numerada con la placa 5ª-31 es vendida al empresario Jaime Michelsen Uribe, quien reside allí hasta 1978, cuando la vende al CESA, institución de la que había sido fundador. Esa venta marca el principio de la historia del Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA en La Merced: hasta ese año, la institución había funcionado en las Residencias Tequendama.

Con la llegada a La Merced, donde ya funcionaba el Instituto Colombiano de Administración (INCOLDA), el CESA comienza el largo proyecto de consolidación de su campus en el barrio, que se extiende hoy en día por trece casas. Durante mucho tiempo, el salón principal de la casa fue la oficina de la Rectoría, y gran parte de los espacios administrativos de la institución estaban allí, al igual que algunos salones, mientras que otros eran compartidos por Incolda, institución fundadora del CESA.

La casa vecina, numerada con la placa 5ª-27, es vendida en 1964 al empresario, periodista y diplomático Enrique Caballero Escobar, quien la mantiene hasta 1987, cuando es vendida a una empresa ganadera. Esta arrienda la casa al CESA que, sin hacer modificaciones a la construcción, utiliza el espacio para expandir sus aulas. En 2004, cuando la casa es vendida al CESA, empieza el proceso de unificación de las casas para convertirse en una sola. Ya se había establecido allí la biblioteca, que desde la fundación de la Institución se consideraba "el corazón de la academia" y uno de los lugares más frecuentados por la comunidad.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Ventana ojival vista desde el interior de la casa (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

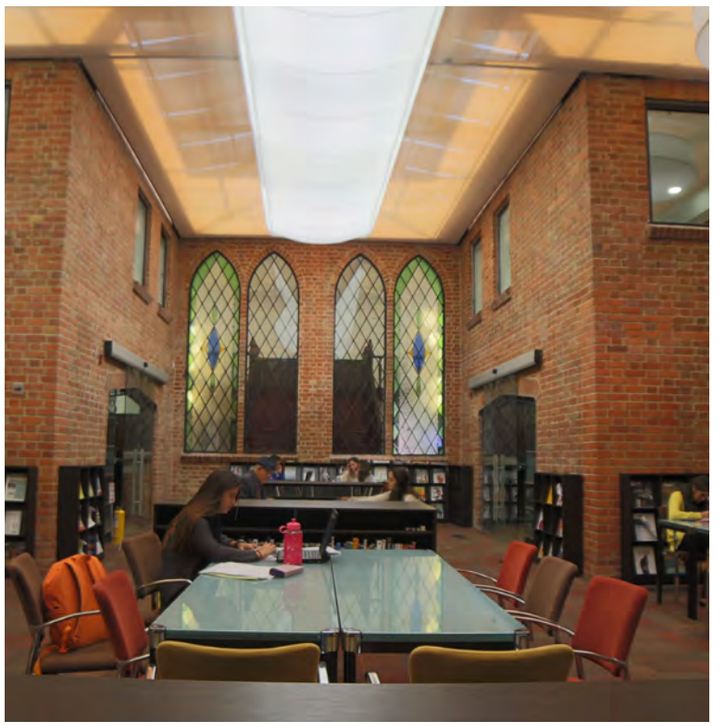
Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Poco a poco, con la compra de otras casas en el barrio (como las de Luis Lara, Samuel Williamson, Luis Fernando Reyes Llaña y Adriano Torres Echeverría), la Biblioteca tuvo más habitaciones para albergar la creciente colección de materiales y recursos, hasta convertir las dos casas en una sola.

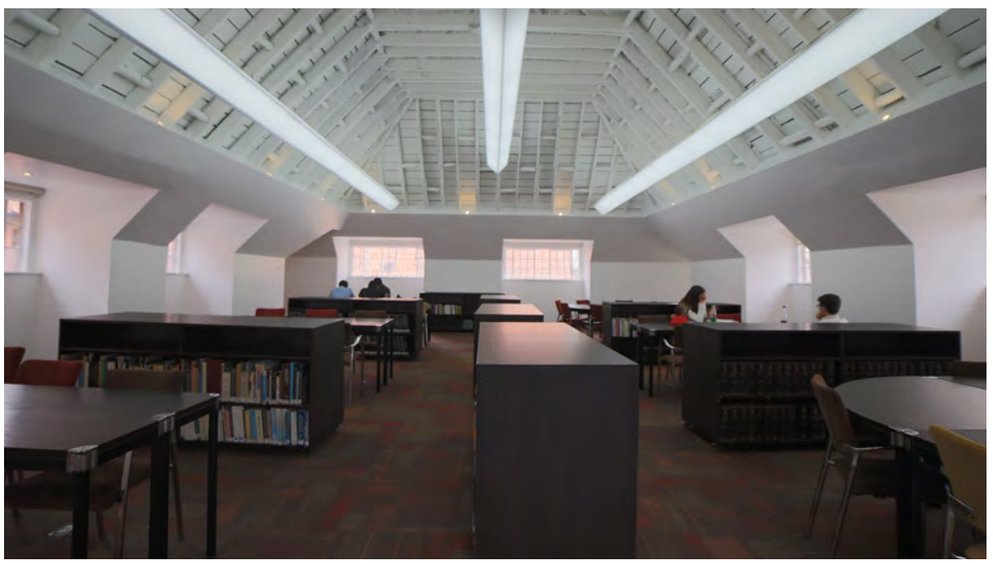
Para 2010, los vestíbulos de las casas se unen, y dos años después las áreas de servicio y las construcciones que los antiguos dueños habían hecho en los patios son demolidas, como parte de un proceso de remodelación que terminó en 2013. La remodelación principal que se hizo fue la conversión de los dos patios en una gran sala de estudio y eventos que, enmarcada por un jardín vertical y una caída de agua, y con la luz natural que recibe de una cubierta traslúcida, da una nueva dimensión a las casas hermanas de los Behar.



Nueva vista de los patios internos de las casas, unidos con la remodelación. Estos constituyeron el espacio propicio para la sala de estudio principal de la biblioteca del CESA, en la que la mezcla de luz natural y artificial crean un agradable ambiente (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Sala de estudio principal de la biblioteca del CESA, hacia el occidente (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.



Mansardas de las casas, unidas para crear una sala de estudio (2014). Archivo Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. Fotógrafo Sebastián Zambrano.

Prohibida su reproducción sin autorización.



Arbolario



A comienzos del siglo XX, las ideas del inglés Ebenezer Howard tuvieron mucha influencia en el urbanismo americano. Su concepto de un entorno citadino ideal en el que se viviera lo mejor del campo y lo mejor de la ciudad –consecuencia directa de la creciente actividad industrial en los centros urbanos– tuvo consecuencias directas en la forma en la que se planeaban las ciudades; Bogotá no fue la excepción.

La Perseverancia, barrio obrero de la cervecería Bavaria, fue el primer ejemplo de la planeación de zonas residenciales –barrios– con límites específicos y que obedecieran a ciertos lineamientos mínimos de diseño y desarrollo civil y sanitario. A medida que la ciudad se desarrollaba hacia el norte, estos principios urbanísticos evolucionaron también. La idea de construir espacios que no solamente desarrollaran ciertos principios higiénicos y de circulación básicos ya no fue suficiente.

La idea de habitar una casa en la ciudad que recordara la vida rural fue característica de los suburbios bogotanos de las primeras décadas del siglo XX. Las calles y los andenes amplios, por los que era fácil circular, se complementaron con el concepto de la inclusión de zonas verdes. La cercanía del Parque Nacional al barrio La Merced dio un singular empuje a este concepto.

Las casas ya no solamente eran independientes entre sí al estar rodeadas de antejardines, sino que estos espacios debían ser verdes y estar adornados por árboles y diversas plantas que recordaran la plácida vida rural.

Con el paso de los años, y a pesar de que La Merced varió sustancialmente durante estos 70 años de historia, este carácter se mantuvo. Aún hoy resulta notable la arborización de la zona, desde el Parque hacia el sur y hacia el occidente. Especies nativas y otras que se importaron desde el siglo XIX con tanto éxito que son consideradas como propias por la mayoría de bogotanos siguen determinando la imagen y el espíritu del barrio. Magnolios, eucaliptos, jazmines, urapanes y cauchos son protagonistas para quienes caminan a diario por sus calles y jardines, y le dan a este rincón de Bogotá un carácter y una manera de ser.

Escogimos aquí un grupo de ellos que por una u otra razón resultan notables; algunos de ellos por antiguos; otros, por imponentes y porque evidencian la historia de la casa en la que están ubicados. También aquellos que resultan representativos por ser una presencia constante en el sector, o porque, por el contrario, resultan de alguna manera excepcionales. Son, para nosotros, doce los principales , y con este texto deberían ser fácilmente reconocibles para quienes caminen por el barrio.



caucho



ficus



naranjo



urapán



cerezo



ciprés



magnolio

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

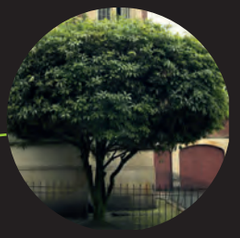




sietecueros



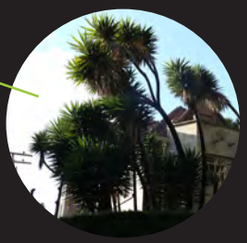
palma fénix



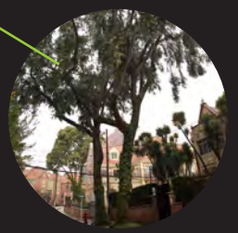
jazmín



hiedra



palma de yuca



eucalipto



sauco



Hiedra

Nombre común: *Hiedra, hedera*
Nombre científico: *Hedera helix*
Familia: *Araliacea*

La hiedra parece ser originaria del archipiélago de las Macaronesia, al norte de África, por lo que se distribuyó rápidamente por el sur de Europa y por todo el Mediterráneo. Eso explica su presencia en las representaciones de la mitología y de la vida cotidiana de Grecia y Roma.

Sus hojas, de color verde oscuro cuando son adultas, son perennes, por lo que es muy apreciada para la decoración de paredes exteriores o de viejos troncos de árboles. Al tratarse de una trepadora, cuenta con raíces aéreas que se agarran con fuerza a cualquier tipo de superficie: piedras, muros, árboles... Puede, en estas circunstancias, alcanzar más de 30 m de altura. Si, por el contrario, se mantiene rastrera, no pasa de los 25 cm; es usada, de esta manera, para cubrir zonas de jardines o andenes en vez de grama, dada su resistencia y su rápida expansión.

Suele decirse que su rápido desarrollo y fácil adaptabilidad casi a cualquier clima la hacen una especie invasiva y agresiva con su entorno, incluso cuando se trata de uno construido por el hombre. Pueden agrietar muros en mal estado, dado que sus raíces penetran los intersticios de las piedras, abriéndolas, y su peso puede llegar a derribar troncos u otras estructuras frágiles; sin embargo, no hay evidencia de que alteren árboles sanos –más allá de competir con ellos por luz o agua– o paredes en buen estado.

A pesar de que no se trata de un árbol, la hiedra es una planta protagonista de parques y jardines, razón por la cual en Bogotá resulta característica de barrios tradicionales en los que los jardines rodean las casas y hay amplios espacios para las zonas verdes.





Urapán

Nombre común: *Urapán o fresno*
Nombre científico: *Fraxinus Chinesisn*
Familia: *Oleaceae*

Todos los derechos reservados ©2015 Prohibida



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Durante muchos años de finales del siglo XX, el urapán fue el árbol emblemático de Bogotá. Se introdujeron en la ciudad a finales de la década del 30, provenientes de Japón y de China y con ellos se buscaba, al ser grandes árboles y de rápido crecimiento, dar el toque verde de las grandes avenidas arborizadas que se habían imaginado para la ciudad en el plano del Bogotá Futuro, en 1923.

Es así como podían verse en las amplias calles con andenes y separadores arborizados que atravesaban la ciudad, como la Avenida Caracas y la Calle 19, o en otras que aún se mantienen, como el llamado Park Way de la carrera 24.
Son árboles de tronco largo, y liso en la juventud, y rugoso en la madurez, que termina en ramas que forman copos de hojas de un verde intenso de hasta 10 cm. Se reproducen con facilidad, y pueden llegar a tener una altura de hasta 25 m, con un tronco de 1 m de diámetro. Sus flores –femeninas–, después de ser polinizadas, caen a la tierra reproduciendo el movimiento circular debido a su forma alargada con un extremo plano, por lo que recuerda el giro de una hélice. Tienen la peculiaridad de que, al ser originalmente árboles de estación, tienden a perder su follaje hacia los meses de noviembre, diciembre y enero, para recuperarlo a lo largo de los meses siguientes.

Esta especie proliferó en calles y parques de la ciudad hasta finales del siglo XX, cuando los árboles comenzaron a enfermarse y a ser reemplazados por otras variedades, esta vez nativas. Dado su tamaño y la fuerza de sus raíces, calles, andenes y muros se vieron seriamente afectados por la facilidad con la que el urapán crecía y se reproducía en la ciudad, comparado con árboles como los cauchos, jazmines u otros árboles nativos. Sin embargo, aún se yerguen enormes ejemplares que, a pesar de no ser nativos de la Sabana, identifican los parques públicos y las calles de una época específica de la ciudad.



Magnolio

Nombre común: *Magnolio*
Nombre científico: *Magnolia grandiflora L.*
Familia: *Magnoliaceae*



El magnolio es probablemente uno de los árboles más vistosos y más atractivos de la Sabana de Bogotá. Sin embargo, no es un árbol nativo. Es oriundo del sureste de los Estados Unidos, y resulta característico por su denso follaje verde oscuro brillante y, sobre todo, por sus enormes flores blancas, que pueden llegar a medir 20 cm de diámetro. Su nombre se debe al botánico francés Pierre Magnol (1638-1715), cuyo apellido es un toponímico común del sur de Francia.

En Colombia, está ubicado principalmente en las cordilleras oriental y occidental. Habita zonas montañosas ubicadas entre los 1600 y los 2900 msnm. Alcanza los 20 m de altura y su tronco –recto y de corteza lisa–, hasta 80 cm de diámetro. Sus hojas son grandes, lisas, simples y alternas, y están dispuestas en forma de hélices. Su nerviación es marcada y su envés es ferrúgino, esto es, de un color similar al óxido de hierro; sus estípulas poseen forma de caperuza y son alargadas y velludas, y de color café rojizo, lo que le da una apariencia particular.

Sus flores, tan llamativas como escasas, pueden verse solamente en los meses de marzo y octubre, poseen un suave aroma cítrico que atrae tanto insectos y pájaros como a novias que los pretenden para su bouquet.

A mediados de siglo pasado el magnolio se hizo muy popular para decorar jardines y antejardines de las grandes casas familiares de la época. Aun hoy, el magnolio tiene una connotación personal, íntima. Es un árbol que identifica, que aglutina, que simboliza un grupo, una familia o un afecto.

Aun hoy pueden verse, si no conservando su carácter protagónico a un lado de la puerta principal de las que sobreviven, en los antejardines de nuevos edificios o incluso en parqueaderos de tránsito en el proceso de especulación inmobiliaria, como testigos de la Bogotá que ya no es.



Todos los derechos reservados ©

Jazmín

Nombre común: *Jazmín (jazmín del Cabo)*
Nombre científico: *Pittosporum udulatum Ventenant*
Familia: *Pittosporaceae*



Originario de Australia, el jazmín se ha adaptado con tanta facilidad a los bosques húmedos de Centro y Sudamérica que actualmente en estas tierras se considera un árbol nativo. Habita con facilidad entre los 1700 y los 2800 msnm, particularmente en bosques húmedos, por lo que se adaptó muy bien en la Sabana de Bogotá y sus alrededores.

El jazmín es un árbol de crecimiento rápido y está adornado por ramilletes de flores blancas muy vistosas, y por frutos anaranjados, por lo que es muy apreciado en la ciudad como árbol ornamental. Su tronco es de corteza granulosa, y sus ramas, delgadas, forman una copa piramidal y densa, de hojas verde oscuro de borde ondulado.

Se puede ver adulto y plenamente desarrollado en calles, avenidas y parques, con alturas que superan los diez metros, o podados con diferentes formas y envergadura en jardines y antejardines de la ciudad. Es un perfecto refugio, dada las características de su espeso y perenne follaje, para las aves bogotanas, que encuentran –como los insectos– alimento en sus flores y frutos

Suele confundirse, erróneamente, con otro árbol que en la ciudad lleva el mismo nombre, aunque es más pequeño y de una familia diferente: se trata del jazmín sándalo o caballero de la noche; este posee una flor verdosa y también en ramillete, que desprende un fuerte aroma parecido al del azahar. A pesar de que las flores del jazmín del cabo no tienen la intensidad de las del sándalo, su suave aroma ya identifica, probablemente sin que los bogotanos nos demos cuenta, las caminatas por la ciudad.



Ficus

Nombre común: : *Caucho benjamín*
Nombre científico: : *Ficus benjamina*
Familia: : *Moraceae*



© CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Una de las plantas ornamentales más comunes en Bogotá, incluso bajo techo, es el caucho benjamín, ficus o ficus de hoja pequeña, para el conocimiento popular.
Original de la India, Java y Bali, su tronco es tortuoso y muy ramificado. Crece con facilidad en tierras bajas tanto como en altas. Sus hojas, de un verde brillante que en algunas especies es oscuro manchado de blanco, y de forma ovalada y con ondulaciones características, son mucho más pequeñas que la de los otros cauchos; de ahí su nombre, que hace pensar en el hermano menor de una gran familia.

Sus ramas son delgadas y entrelazadas, lo que produce un follaje muy tupido y favorable refugio para las aves.

Sus raíces, superficiales, favorecen el uso, no solamente en los andenes de la ciudad y no interfieren con andenes o muros construidos a su alrededor, sino en los jardines, terrazas e –incluso– en las habitaciones de muchas casas y apartamentos de Bogotá.

En general, se mantiene como arbusto y acepta con facilidad constantes podas y traslados. Sin embargo, si permanece en un solo lugar y se deja llegar a la adultez, es un árbol que puede llegar a los 7 m de altura y tener una frondosa copa, con forma de globo, que da sombra a los andenes bogotanos.



Eucalipto

Nombre común: *Eucalipto*
Nombre científico: *Eucalyptus globullus*
Familia: *Myrtaceae*

El eucalipto se enseñorea de la sSabana de Bogotá desde mediados del siglo XIX. Con sus hasta 90 m de alto, este árbol australiano es protagonista en potreros sabaneros y en los jardines, parques y calles bogotanas. Cuenta, por ello, con tantos amigos como enemigos.

Se trata de un árbol de rápido crecimiento, que en pocos años supera la altura de los árboles nativos, y que supera por mucho el ancho de los que con él compiten por agua y luz solar. Adicionalmente, sus hojas, sus flores y su corteza, que se desprende durante toda su vida adulta, liberan un aceite –el eucaliptol– que es fuertemente aromático y antiséptico, por lo que mata toda la microflora que hay a su alrededor; de hecho, ni siquiera sus propias hojas se pudren en el suelo. Así, el eucalipto absorbe mucha de la humedad que hay a su alrededor e inhibe el crecimiento de otras plantas, por lo que se considera una especie agresiva y hostil con las que la rodean.

Sin embargo, estas mismas características lo hacen muy apetecido. Su rápido crecimiento hace que su madera sea aprovechable en el corto plazo, con lo que, en opinión de expertos, al sembrar eucaliptos se estarían también protegiendo las especies nativas: la producción de madera de eucalipto. También, sus aceites son útiles en la industria farmacéutica, y son usados por la tradición popular bogotana para tratar afecciones respiratorias.

Mucho se ha dicho de los eucaliptos en la Sabana de Bogotá: que desplazaron especies nativas fundamentales para el ecosistema; que, de hecho, se usaron intencionalmente, durante el siglo XIX, para desecar terrenos pantanosos que eran objeto de conflictos sociales… De cualquier modo, su particular olor recuerda juegos infantiles, remedios de abuela y chimeneas vespertinas, y su silueta imponente caracteriza los potreros sabaneros y le da carácter a los atardeceres de la ciudad.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.





Caucho

Nombre común: *: Caucho sabanero*
Nombre científico: *: Ficus andicola Standl*
Familia: *: Moraceae*

A partir de las últimas décadas del siglo XX se comenzaron a sustituir los tradicionales urapanes y eucaliptos de diversas avenidas bogotanas con especies nativas que fueran más resistentes a las enfermedades y cuyas raíces fueran menos agresivas con el asfalto y el concreto bogotano. Fue así como se adoptó en muchas de ellas –como la Calle 100 o la Carrera Séptima– al caucho sabanero.

El árbol crece naturalmente en la cordillera oriental, en alturas que oscilan entre los 1800 y los 2800 msnm, concretamente en los departamentos de Santander, Boyacá y Cundinamarca. Es típico de la Sabana de Bogotá y sus alrededores, en zonas de bosque húmedo (bosque muy húmedo montano bajo). Alcanza los 20 m de altura y su tronco, irregular, puede llegar a tener hasta 1 m de diámetro. Su tronco es irregular y al corte –tal como los auténticos cauchos de explotación– deja salir un látex blanco.

Sus hojas son muy peculiares dada su forma elíptica de un verde muy oscuro y brillante, con nervadura clara. Se trata de hojas duras, de textura parecida a la del cuero. Sus flores y frutos son pequeños, de color verde y rojo, y en ellos buscan alimento pájaros e insectos.

El caucho es especialmente codiciado para la preservación de cuencas hidrográficas y por la extraordinaria sombra que provee su copa de ramas de brazos largos y follaje muy tupido. Actualmente se pueden ver árboles adultos y plenamente desarrollados a lo largo de los andenes que rodean el Parque Nacional, concretamente entre las calles 26 y 45 de la Carrera Séptima.

En 1989, por el Decreto 0263 de 1989, se estableció este como el Árbol Insignia del Distrito Especial. Sin embargo, quienes vivimos en la ciudad creemos en la planeación distrital y confiamos en que el poderoso sistema de raíces de estos árboles, que se expande ampliamente, no interfiera el sistema de tuberías, ni se ensañe, como las de otros, con la estructura vial de Bogotá.

Todos los derechos reservados



Palma de yuca

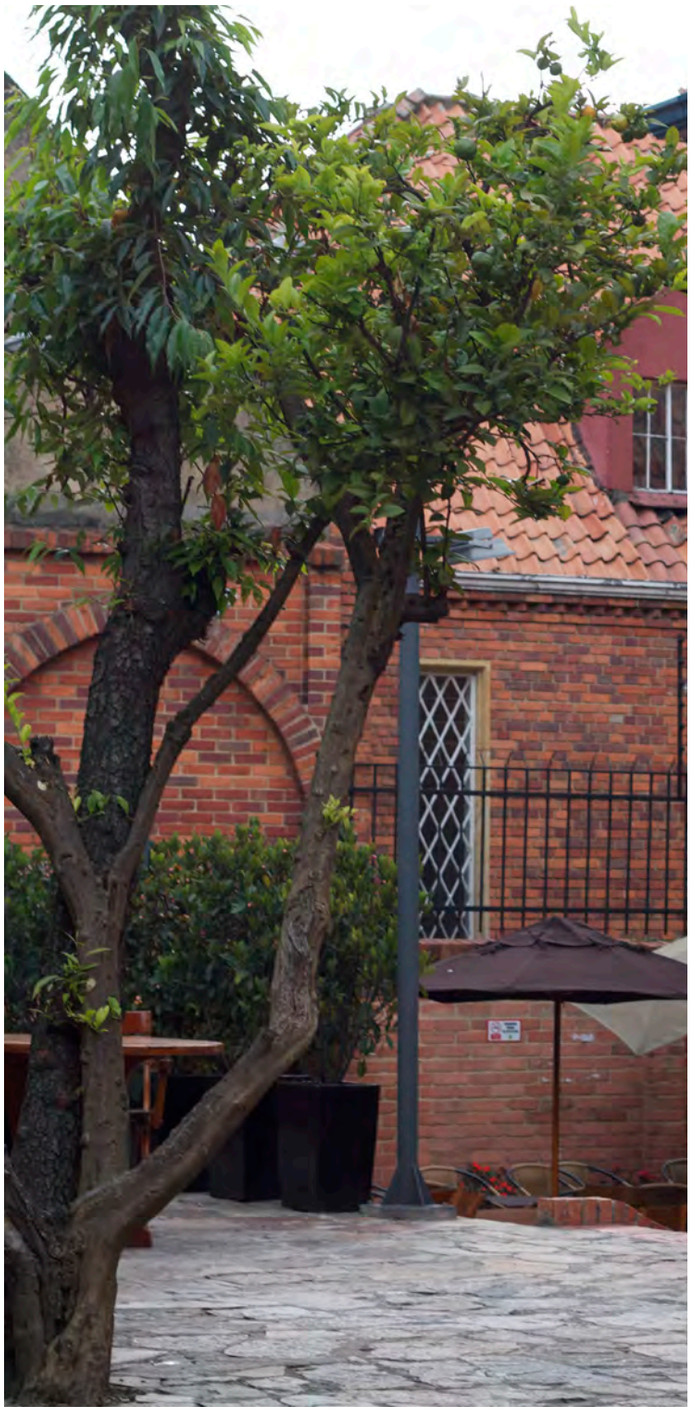
Nombre común: *Palma de yuca, palmiche*
Nombre científico: *Yucca elephantipes Regel*
Familia: *Agavaceae*

Esta palma, que crece con facilidad en zonas altas de Centroamérica y Sudamérica entre los 1800 y los 2900 msnm, es oriunda del suroeste de los Estados Unidos. Es muy común verla en zonas cercanas a Fusagasugá, San Antonio del Tequendama y La Mesa, en la cordillera oriental colombiana, y, por supuesto, en Bogotá y la Sabana que la rodea.

Dada la facilidad con la que se reproduce por mano humana –a través de la siembra de estacas de entre 10 y 60 cm de largo– es fácil verla en las viviendas bogotanas. Bien sea en macetas, o adornando jardines o parques, las agudas terminaciones de sus hojas resultan familiares a los residentes y visitantes de la ciudad. Su tronco es rugoso, y se agrupa en la base a partir de uno común, para dividirse a medida que se alargan. Cada una de estas divisiones puede llegar a los 20 cm en su parte media y sostienen los manojos de follaje de hojas rígidas y acintadas de color verde oscuro.

Resultan más comunes las palmas de yuca de mediana altura, pero esta palma alcanza los 15 m de altura; son particularmente atractivas sus flores, agrupadas en ramilletes, de color blanco o crema, muy fragrantes, que surgen en la parte más alta de los manojos. En general, la floración se da entre junio y agosto. Por el tiempo y el espacio que requiere una palma de yuca para ser adulta –y para mostrar sus flores– es más fácil verlas en las viejas casas bogotanas que conservan amplios espacios en el antejardín o en el jardín interior. Son resistentes a los cambios radicales de temperatura y humedad.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Naranjo

Nombre común: *Naranjo común o naranja*
Nombre científico: *Citrus sinesis*
Familia: *Rutaceae*

Capítulo aparte merece el naranjo. Si bien no se trata de un árbol nativo de las tierras altas, y que no prospera, por sus características, en la Sabana de Bogotá, algunos árboles aislados crecen en jardines gracias al cuidado de propietarios.

El naranjo es un árbol originario del sudeste de Asia, ampliamente extendido como decorativo y frutal en las costas mediterráneas. Llega, en la adultez, hasta los 10 m de altura y posee copa redondeada, algunas veces cónica. Sus flores son blancas y muy perfumadas: tradicionalmente el aroma del azahar se relaciona con el de la flor del naranjo a pesar de que hace referencia, en rigor, al de todas las flores blancas. Sus tallos son espinosos y sus frutos, como se sabe, tal vez unos de los más apreciados en toda la historia de la humanidad. Es ampliamente usado en la industria alimenticia, en la cosmética y en la farmacéutica. La infusión de sus flores y sus frutos tiene efectos sedantes.

Se siembra, a través de una semilla, en semillero, extremando su cuidado, para después ser trasladado a su lugar definitivo. Prospera en alturas que oscilan entre el nivel del mar y los 400 msnm, en climas secos y suelos bien drenados, de preferencia arcillosos. Son particularmente sensibles ante las heladas.

Es extraño, pues, que crezca y florezca e incluso produzca frutos –casi siempre enjutos y muy ácidos– a más de 2500 sobre el nivel del mar. Por esta razón, aquellos que se pueden encontrar, de manera muy aislada en algunos jardines bogotanos, son joyas que sus dueños se empeñan en conservar.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Pino ciprés

Nombre común: *Ciprés, ciprés mediterráneo*
Nombre científico: *Cupressus sempervirens*
Familia: *Cupressaceae*



El ciprés, considerado en Colombia un pino, es un árbol con una tradicional presencia en Bogotá. Tal como el eucalipto, se utilizó para la arborización de la ciudad y de sus alrededores desde el siglo XIX, y su presencia urbana se fortaleció desde las primeras décadas del XX, sobre todo a partir de la culminación del Parque Nacional en donde es una de las principales especies. En el país se cultiva entre los 1000 y los 3000 msnm, aunque durante los últimos años su siembra se ha restringido dado que se considera que sus extensas y poderosas raíces, lo mismo que sus hojas secas, al caer, desecan los suelos.

Originario del este del Mediterráneo, rápidamente se extendió por todas sus costas y por el territorio americano. Ha sido cultivado como árbol ornamental por toda Europa, y en América particularmente en el sur de los Estados Unidos, en México y Centroamérica. Es característico por su espeso follaje –compuesto por pequeñas hojas alargadas y escamosas de solo algunos milímetros–, que aísla muy bien la temperatura y genera una sombra amplia y fresca. Su madera es muy apreciada por su calidad y su resistencia al agua, y es célebre en antiguos relatos mediterráneos como elemento fundamental en la construcción de barcos y puertas que han resistido cientos de años.

Podado, el ciprés se usa en forma de setos para crear barreras naturales en los antejardines de las casas, pero si se deja crecer libremente puede sobrepasar los 40 m de altura, y su tronco, más grueso en la parte inferior 2 m lo que le da un carácter imponente. El ciprés ha estado relacionado con simbologías funerarias –es común verlos adornando cementerios–, pero la tradición considera también que, puestos en parejas cerca de una puerta, representan hospitalidad.



Cerezo

Nombre común: : *Cerezo sabanero, cerezo criollo*
Nombre científico: *Prunus serotina*
Familia: *Rosaceae*

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

En las zonas altas y frías de la cordillera Central y Oriental de Colombia, entre los 2000 y los 3000 msnm crece este tipo de cerezo originario de México y Centroamérica.

Se trata de un árbol que alcanza los 20 m de altura y los 70 cm de grupo en su tronco, que posee una corteza grisosa y áspera, con estrías a lo largo. Su follaje, más o menos denso, según la época del año o el tipo de suelo en el que se desarrolle, está compuesto por hojas de 15 cm de largo por 3 de ancho, color verde oscuro brillante. Sus raíces, si bien poco profundas, son fuertes y expansivas, por lo que pueden generar problemas a los muros que se levanten cerca de ellas.

Sus flores son blancas y fragrantes, pero su principal atractivo, sin duda, son sus frutos: carnosos y de hasta 1,5 cm de diámetro, dulces y sabrosos. Son de color verde cuando están en estado juvenil y rojo y negro cuando llegan a la madurez (entre octubre y noviembre).
Las antiguas haciendas bogotanas, donde proliferaba este árbol, solían aglutinar a decenas de niños que buscaban las cerezas maduras alrededor del tronco y en sus ramas más bajas. Aún hoy es frecuente ver por las calles de la ciudad a los transeúntes tratando de alcanzar con un palo algunos de los frutos del árbol de algún jardín.





Sauco

Nombre común: *Sauco, Saúco, tilo, sambuco*
Nombre científico: *Sambucus peruviana*
Familia: *Caprifoliaceae*

Este árbol, que puede reconocerse fácilmente por su presencia permanente en antejardines y andenes de Bogotá, es muy apreciado por sus flores; con ellas se prepara una infusión muy útil para curar afecciones respiratorias.

Es originario de las zonas templadas de los hemisferios norte y sur, y en Colombia se localiza fundamentalmente en las cordilleras Central y Oriental, entre los 1800 y los 3000 msnm. Es un arbusto que en la adultez, sin embargo, puede alcanzar los 6 m de altura, y su tronco llegar casi el metro de diámetro en su parte más baja. Su corteza, color crema, es escamosa y rugosa. Su copa, densa y redonda como un globo, y compuesta por hojas serradas de entre 5 y 20 cm de largas, es de color verde amarillento, coronado por ramilletes de pequeñas flores blancas. Sus raíces son poco profundas, por lo que suele emplearse como planta ornamental urbana, cerca de muros y columnas, sin que el suelo presente ningún inconveniente.

Al sauco, plantado en la antigüedad por sus propiedades medicinales, se le atribuyeron propiedades incluso mágicas. Contiene aceites, tatinos, azúcar y vitamina C, que lo hacen objeto de búsqueda por los herbolarios aficionados. No es extraño escuchar, por lo tanto, en las casas y edificios bogotanos actuales, que se acerque uno de ellos al timbre o a una ventana a solicitar el permiso para cortar y llevar con él una de sus florecidas ramas.

Todos los derechos reservados ©ESA. Prohibida su reproducción sin autorización.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Es fácil reconocer un árbol con un tronco escamado de tonos rojizos y flores violeta. El sietecueros ha sido protagonista en los antejardines bogotanos desde mediados del siglo XX.

Es, como se anota arriba, un árbol nativo, por lo que se adapta fácilmente a casi cualquier tipo de terreno de la ciudad o de la Sabana, y atrae una gran variedad de fauna, entre aves e insectos.

Es característico de los bosques húmedos de la cordillera oriental. Su tronco, retorcido, puede alcanzar con facilidad los 12 o los 15 m de altura, y en su base, los 80 cm de diámetro.

Su copa, en forma de globo, está compuesta por ramas tortuosas también, y escamadas como el tronco, que terminan en hojas muy características: son alargadas, terminadas en punta, de color verde oscuro intenso por un lado y ásperas, más claras y con apariencia de cuero crudo por el otro. Al madurar, las hojas van adquiriendo un tono pardusco que le da aún mayor variedad cromática al conjunto.

Sin embargo, su principal atractivo son sus flores. En un fondo verde oscuro y diferentes tonos de café, que van desde ocre hasta el rojo, sobresalen, con colores que van del magenta al azul añil, según su frescura. Estas flores, de 5 cm de diámetro, tienen cinco pétalos y estambres amarillos.

Resulta común ver árboles completamente cubiertos de flores, que caen pronto de las ramas y conforman, junto con las hojas secas, una colorida alfombra a los pies del tronco.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización

Palma fénix

Nombre común: *Palma fénix, palma de Canaria*
Nombre científico: *Phoeniz canariensis*
Familia: *Arecaceae*



Traídas originalmente de las Islas Canarias, se hicieron célebres para los bogotanos en la Calle 57, desde la Avenida Caracas hacia el occidente.

La palma fénix no es de las más altas de su clase; apenas llegan a medir 10 o 15 m de alto, aunque su tronco puede llegar, en la adultez, a contar con hasta 80 cm de diámetro. Su penacho, muy denso, puede llegar a tener hasta 200 hojas palmeadas y espinosas, y más de 5 m de ancho. Tradicionalmente se le cortan las hojas secas, lo que deja unas marcas particulares en su tronco (estípite) que las hace características.

Esta es una de las pocas especies de palma que se ha adaptado a las tierras altas de los Andes, pues originariamente viven en el nivel del mar, donde aprovechan las bolsas de agua subterráneas. Siendo de origen español, se adaptaron con algún éxito en Chile, Argentina y Perú, donde se utilizaron como plantas ornamentales.

En Bogotá se utilizaron para arborizar ciertas calles, lo que las hizo apreciadas para adornar, también, antejardines de casas señoriales, que con el paso del tiempo vieron robustecer su vetusto tronco.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Anecdotário

La gotera

Cecilia y Lucia Casabianca Arboleda recuerdan que el día 9 de abril de 1948, día del asesinato del caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán, su familia estaba escondida en la mansarda mientras las balas provenientes de los techos del San Bartolomé, disparadas por los revoltosos que se habían tomado el colegio, llovían sobre La Merced. Mientras que la familia llamaba al Ejército –que estaba apostado en el barrio para proteger al general Marshall y al secretario Harriman– para avisar sobre esta difícil situación y la toma del colegio, cuyos estudiantes ya habían sido evacuados, una de las balas dio sobre la casa, y creó una gotera en el techo de la escalera, al lado de la lámpara que iluminaba la escalera. Esa bala ha sido esquiva a las distintas remodelaciones de la casa, e incluso al día de hoy, la gotera persiste y es testigo de lo ocurrido esa fecha.

Rockefeller en Bogotá

A principios de la década de 1960, David Rockefeller, banquero norteamericano y presidente del Chase Manhattan Bank, visitó Bogotá. Como parte de la agenda social que acompañó al magnate, Luis Lara Borrero ofreció en su casa una recepción en honor a Rockefeller, a la que fueron invitados destacados miembros de la política, economía, cultura y sociedad bogotana.

Uno de los invitados más importantes era el expresidente Mariano Ospina Pérez. Inés, Elisa y Sylvia Lara, hijas de Luis, recuerdan que Ospina quería hablar con Rockefeller, y estuvo buena parte del tiempo de la fiesta pidiéndole a Lara que lo presentara con el magnate. Sin embargo, hubo una oportunidad cuando Ospina, quien era fumador, vio que Rockefeller prendía un cigarrillo. En ese momento Ospina se acercó y le preguntó: “Disculpe, ¿podría regalarme un L&M?”.

El secuestro de Maruja Pachón

El miércoles 7 de noviembre de 1990, alrededor de las 5:30 de la tarde, la entonces directora de Focine, Maruja Pachón de Villamizar y su cuñada y asistente, Beatriz Villamizar de Guerrero, salían de la sede de Focine, ubicada en La Merced (en la casa donde actualmente funciona Proimágenes, Calle 35 # 5-89), en su Renault 21 gris. Tras hacer unas diligencias en el centro, tomaron la Avenida Circunvalar hacia su residencia, en el barrio Rosales. Sin embargo, no se dieron cuenta de que, desde su salida del barrio, un taxi y un Mercedes Benz azul las seguían. Cuando llegaron a la intersección de la Circunvalar y la Calle 85, el taxi y el Mercedes bloquearon al Renault. De estos descendieron cinco hombres armados con pistolas y ametralladoras, quienes asesinaron al conductor de Maruja Pachón, Ángel María Roa, y llevaron en el taxi a Pachón y Villamizar. Días más tarde, el Cartel de Medellín asumió la responsabilidad del hecho y lo atribuyeron a la guerra contra el narcotráfico.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización.

Germán Zea y el Parque Nacional

Uno de los mayores defensores y abanderados del Parque Nacional fue Germán Zea Hernández, quien fue el fundador de la Asociación de Amigos del Parque Nacional, organización que propugnó por la defensa del Parque ante los continuos intereses de políticos y constructores de tomar espacio para distintas obras. Cuando Gloria, su hija, como directora de Colcultura buscaba un lugar para construir la sede de aquella entidad, pensó en un lugar del Parque, contiguo a la Avenida Circunvalar (donde actualmente queda el Batallón de Carabineros de la Policía Nacional), y le consultó a su padre. La respuesta de Germán Zea fue contundente: dejó de hablarle durante casi una semana, hasta que Gloria se arrepintió de su idea.

Hoy en día, Gloria Zea recuerda con cariño esa historia, como muestra del amor que tuvo su padre por el Parque y por La Merced, barrio el donde vivió desde 1945 hasta su muerte.

El oso Jalisco

La amplitud del patio de la casa de Benjamín Moreno (donde hoy se ubica la sede de Fogafin), de 5000 varas, era el espacio ideal para que crecieran allí, además de la familia, un cucharo y un jazmín sabanero, que servía de refugio para distintos animales. Inés Moreno, hija de Benjamín, recuerda que una vez bajó de los páramos un oso de anteojos, que rápidamente se convirtió en una de las mascotas de la familia. Lo bautizaron “Jalisco” y, durante un tiempo, acompañó los juegos de la creciente familia Moreno Mejía. Sin embargo, se fue un día, tan repentinamente como llegó al patio de los Moreno.

¿Fantasmas?

Uno de los rumores más comunes del CESA ha sido la presencia de fantasmas en sus casas. Tanto estudiantes como profesores cuentan que, en algunas casas, han escuchado ruidos de pisadas en las escaleras de madera y han visto cómo, incluso cuando las casas ya están cerradas en la noche, algunas luces se prenden y apagan sin ninguna persona adentro. Otras personas vinculadas a la Institución han negado que existan fantasmas, pero el rumor sigue allí. Gustavo Gómez, quien ha sido vigilante del CESA durante 18 años, recuerda que algunas secretarias y profesores, que se quedaban hasta tarde en la Casa Fundadores, han sentido esas presencias y le han pedido a él que investigue si alguna persona se quedó adentro. Normalmente, los ruidos de las escaleras se deben a la compresión de la madera a bajas temperaturas (como las que se viven en La Merced a altas horas de la noche), pero las luces que se prenden o algunas presencias, como la de un niño pequeño que algunos han visto en los pasillos de la casa, siguen envueltas en el misterio. Esto llevó incluso, recuerda Tulia Agudelo, quien lleva 30 años en el CESA, a que un equipo de televisión filmase, a finales de la década de 1990 (cuando la casa era propiedad del Banco del Estado), un programa dedicado a los misterios que encierra la Casa Fundadores.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Un carpintero vasco

Cuenta Ernesto Villamizar que en 1974, cuando adquirió las casa de la Carrera 5ª, contrató los servicios de un carpintero vasco, de apellido Azumendi, que se había encargado de los trabajos en madera de algunas casas del barrio. Este había llegado a Colombia exiliado tras la Guerra Civil Española (1936-1939) con una pistola casera, la cual había traído desde el otro lado del Atlántico para asesinar a Franco. Esa pistola, más adelante, le fue regalada a Villamizar, quien la tuvo durante 20 años. A principios de la década de 1990, el entonces presidente César Gaviria llamó a Villamizar para pedirle asesoría acerca de un arma que pudiera regalarle al rey Juan Carlos I, reconocido aficionado a la caza, en una visita oficial. Villamizar le entregó la pistola de Azumendi, acompañada de una misiva que refería cómo, en el restablecimiento de la democracia, el vasco se había arrepentido de sus intenciones homicidas. Gracias al papel de Juan Carlos I en el regreso de la democracia a España, él le entregaba su pistola como símbolo de reconciliación.

Firulais

Otro de los personajes asociados al edificio 5-43 es el perro de Ulpiano Fernández, Firulais, quien se pasea a sus anchas por La Merced al cuidado de los residentes, vigilantes, oficinistas, profesores y estudiantes que transitan por el barrio. No es extraño ver a Firulais sentado, al frente de la reja del edificio de su dueño, observando a los transeúntes que pasan, durante el día, de la Carrera Quinta a la Séptima, o al frente del Centro Comercial San Martín; siempre a la espera de su dueño o recorriendo las calles del barrio. La presencia constante de Firulais ha dado pie para una leyenda urbana que tienen los estudiantes del CESA, que caminan por la Calle 35 entre las casas. Dicen los estudiantes que si el perro, normalmente callado y huraño, le ladra a un estudiante, este tendrá malos resultados en el semestre.

Una bomba en La Merced

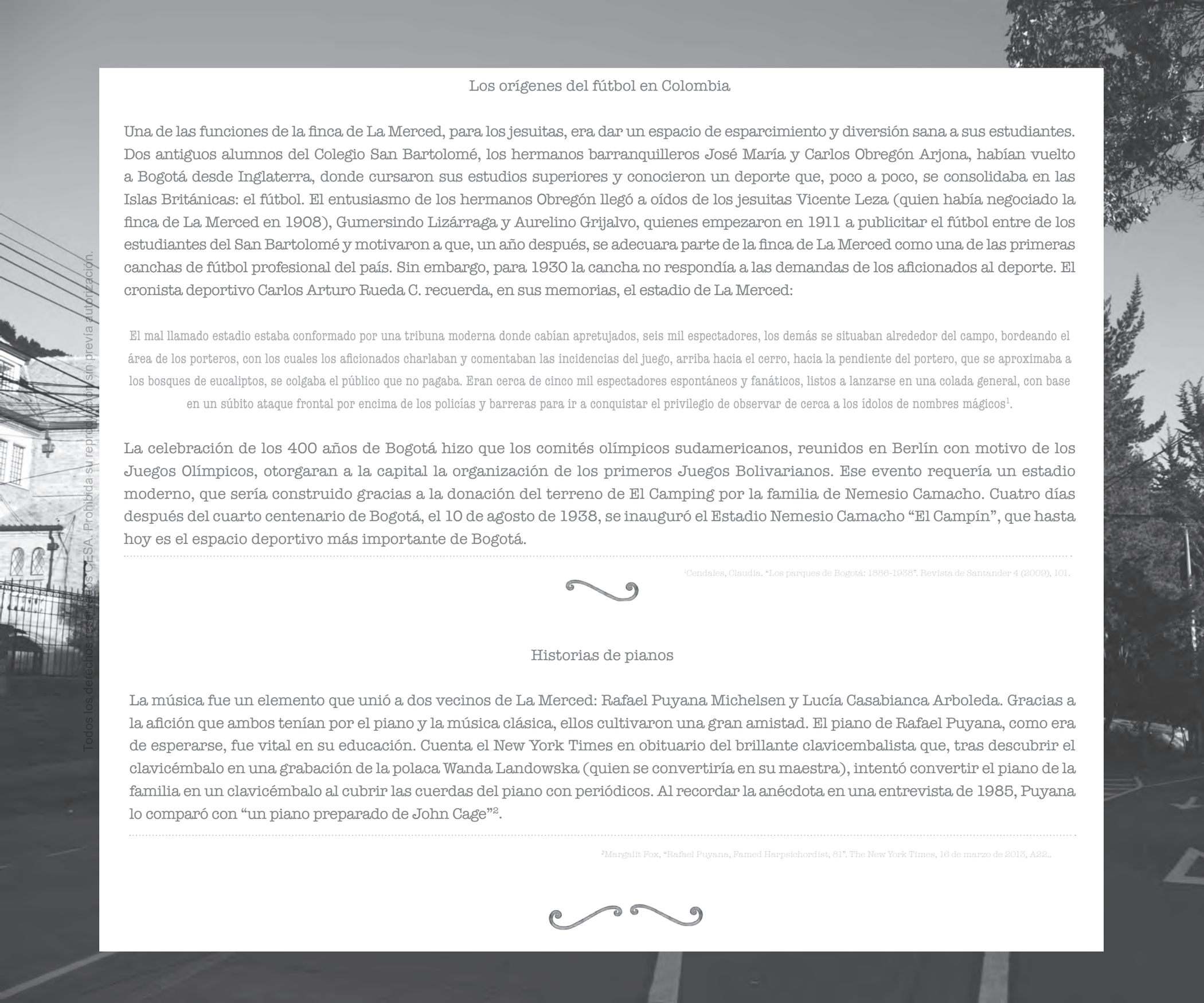
En la década de 1990, La Merced vivió, como todo el país, bajo la amenaza del terrorismo. La presencia de entidades como la Fiscalía General de la Nación, la Procuraduría General de la Nación y la Defensoría del Pueblo, en el cenit de la guerra contra los carteles del narcotráfico, hizo que el barrio viviera militarizado y que algunas calles, como la Diagonal 34ª, requirieran un salvoconducto para todos los que pasaban por allí. Además, el hecho de que estuviese ubicada allí la Cámara de Comercio Colombo Americana (establecida en la casa que fue de Luis Lara Borrero desde 1982) era otro factor de riesgo.

Precisamente, en la esquina de la Carrera Sexta con Calle 35, se desactivó una bomba que iba dirigida a esta organización, encargada de incentivar los intercambios comerciales entre Colombia y los Estados Unidos. Ernesto Villamizar, quien ha tenido durante 40 años su firma de abogados en La Merced, recuerda que la bomba fue descubierta por un vigilante que hacía su ronda por el barrio, quien llamó a los organismos de seguridad para desactivar los explosivos. Sin embargo, la Cámara de Comercio Colombo Americana sintió el temor de seguir en La Merced, y vendió la casa al Banco del Estado, que estableció allí su alta dirección.

El secuestro de Indupalma

En 1977, las negociaciones entre Indupalma, reconocida empresa dedicada al cultivo de palma africana, y su sindicato, llegaron a un punto muerto. Para apoyar las demandas del sindicato y la firma de la convención colectiva propuesta por este, la guerrilla del M-19, que ya había realizado secuestros con motivos políticos y económicos, como el del gerente de Sears, Donald Cooper, y el líder sindical José Raquel Mercado, secuestró el 19 de agosto al gerente de Indupalma, Hugo Ferreira Neira, cuando salía de la sede de la empresa, localizada en la Calle 36 con Carrera 5ª, en la casa donde había vivido la familia de José María Piedrahíta.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.



Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Los orígenes del fútbol en Colombia

Una de las funciones de la finca de La Merced, para los jesuitas, era dar un espacio de esparcimiento y diversión sana a sus estudiantes. Dos antiguos alumnos del Colegio San Bartolomé, los hermanos barranquilleros José María y Carlos Obregón Arjona, habían vuelto a Bogotá desde Inglaterra, donde cursaron sus estudios superiores y conocieron un deporte que, poco a poco, se consolidaba en las Islas Británicas: el fútbol. El entusiasmo de los hermanos Obregón llegó a oídos de los jesuitas Vicente Leza (quien había negociado la finca de La Merced en 1908), Gumersindo Lizárraga y Aurelino Grijalvo, quienes empezaron en 1911 a publicitar el fútbol entre de los estudiantes del San Bartolomé y motivaron a que, un año después, se adecuara parte de la finca de La Merced como una de las primeras canchas de fútbol profesional del país. Sin embargo, para 1930 la cancha no respondía a las demandas de los aficionados al deporte. El cronista deportivo Carlos Arturo Rueda C. recuerda, en sus memorias, el estadio de La Merced:

> El mal llamado estadio estaba conformado por una tribuna moderna donde cabían apretujados, seis mil espectadores, los demás se situaban alrededor del campo, bordeando el área de los porteros, con los cuales los aficionados charlaban y comentaban las incidencias del juego, arriba hacia el cerro, hacia la pendiente del portero, que se aproximaba a los bosques de eucaliptos, se colgaba el público que no pagaba. Eran cerca de cinco mil espectadores espontáneos y fanáticos, listos a lanzarse en una colada general, con base en un súbito ataque frontal por encima de los policías y barreras para ir a conquistar el privilegio de observar de cerca a los ídolos de nombres mágicos[1].

La celebración de los 400 años de Bogotá hizo que los comités olímpicos sudamericanos, reunidos en Berlín con motivo de los Juegos Olímpicos, otorgaran a la capital la organización de los primeros Juegos Bolivarianos. Ese evento requería un estadio moderno, que sería construido gracias a la donación del terreno de El Camping por la familia de Nemesio Camacho. Cuatro días después del cuarto centenario de Bogotá, el 10 de agosto de 1938, se inauguró el Estadio Nemesio Camacho "El Campín", que hasta hoy es el espacio deportivo más importante de Bogotá.

[1]Cendales, Claudia. "Los parques de Bogotá: 1886-1938". Revista de Santander 4 (2009), 101.

Historias de pianos

La música fue un elemento que unió a dos vecinos de La Merced: Rafael Puyana Michelsen y Lucía Casabianca Arboleda. Gracias a la afición que ambos tenían por el piano y la música clásica, ellos cultivaron una gran amistad. El piano de Rafael Puyana, como era de esperarse, fue vital en su educación. Cuenta el New York Times en obituario del brillante clavicembalista que, tras descubrir el clavicémbalo en una grabación de la polaca Wanda Landowska (quien se convertiría en su maestra), intentó convertir el piano de la familia en un clavicémbalo al cubrir las cuerdas del piano con periódicos. Al recordar la anécdota en una entrevista de 1985, Puyana lo comparó con "un piano preparado de John Cage"[2].

[2]Margalit Fox, "Rafael Puyana, Famed Harpsichordist, 81". The New York Times, 16 de marzo de 2013, A22..

Bibliografía

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Entrevistas

Ángel de Gaviria, Lucía (antigua residente de La Merced). Entrevista a cargo de Andrés Sánchez. Grabación. Bogotá, abril de 2014.

Arango, Luis Alberto (presidente del Consejo Directivo del CESA). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo y Andrés Sánchez. Grabación. Bogotá, febrero de 2013.

Arango, Silvia (arquitecta). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo y Sebastián Zambrano. Grabación. Bogotá, septiembre de 2014.

Arias, Virgilio, S.J. (director de la Casa Manresa de la Compañía de Jesús). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo, Andrés Sánchez y Sebastián Zambrano. Grabación, junio de 2014.

Bermúdez, Leonor (antigua residente de La Merced). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo y Andrés Sánchez. Grabación. Bogotá, julio de 2013.

Casabianca, Cecilia (antigua residente de La Merced). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo, Andrés Sánchez y Santiago Gamboa. Grabación. Bogotá, diciembre de 2012.

Casabianca, Cecilia y Lucía Casabianca (antiguas residentes de La Merced). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo y Sebastián Zambrano. Grabación. Bogotá, diciembre de 2014.

Ceballos, Lía (antigua residente de La Merced). Entrevista a cargo de Andrés Sánchez. Grabación. Bogotá, noviembre de 2014.

Fernández, Ulpiano (residente de La Merced). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo, Andrés Sánchez y Sebastián Zambrano. Grabación. Bogotá, octubre de 2013.

Gómez, Gustavo (trabajador del CESA). Entrevista a cargo de Andrés Sánchez. Grabación. Bogotá, diciembre de 2014.

Huertas, Arturo (profesor del CESA). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo y Andrés Sánchez. Grabación. Bogotá, septiembre de 2014.

Lara, Elisa, Inés Lara y Sylvia Lara (antiguas residentes de La Merced). Entrevista a cargo de Andrés Sánchez. Grabación. Bogotá, diciembre de 2014.

Mora, Gilda (residente de La Merced). Entrevista a cargo de Andrés Sánchez y Laura Tatiana Ramírez. Grabación. Bogotá, junio de 2014.

Morales, Agustín (arquitecto). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo y Andrés Sánchez. Grabación. Bogotá, septiembre de 2013.

Moreno Mejía, Inés (antigua residente de La Merced). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo, Andrés Sánchez y Sebastián Zambrano. Grabación. Bogotá, junio de 2014.

Piedrahíta, José María (antiguo residente de La Merced). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo, Andrés Sánchez, Sebastián Zambrano y Agustín Morales. Grabación. Bogotá, agosto de 2014.

Plazas, Orlando (profesor del Colegio San Bartolomé La Merced). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo, Andrés Sánchez y Sebastián Zambrano. Grabación. Bogotá, octubre de 2013.

Ramírez, Fabio, S.J. (sacerdote jesuita). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo. Vía telefónica. Bogotá, noviembre de 2013.

Restrepo, José Manuel y Raimundo Rivas. Genealogías de Santafé de Bogotá (8 tomos).Bogotá: Editorial Presencia, 1991-2000.

Retana, Carlos, Sch.P (sacerdote escolapio). Entrevista a cargo de Andrés Sánchez. Correo electrónico. Bogotá, diciembre de 2014.

Rocha, Marco Fidel (exrector del CESA). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo. Grabación. Bogotá, mayo de 2013.

Tejada, Candela y Natalia Tejada (directivas de la Escuela de Diseño Arturo Tejada Cano). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo, Andrés Sánchez y Sebastián Zambrano. Grabación. Bogotá, mayo de 2014.

Torres, Stella (trabajadora de la Casa de Antioquia en Bogotá). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo, Andrés Sánchez y Sebastián Zambrano. Grabación. Bogotá, mayo de 2014.

Tovar, Jorge Enrique (antiguo residente de La Merced). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo y Andrés Sánchez. Grabación. Bogotá, agosto de 2013.

Triana, Claudia (directora de Proimágenes). Entrevista a cargo de Sebastián Zambrano, Camilo Lega y Julia Contreras. Grabación. Bogotá, noviembre de 2014.

Villamizar, Ernesto (gerente de Villamizar Abogados Asociados). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo y Andrés Sánchez. Grabación. Bogotá, junio de 2013.

Wild, Alfred (residente de La Merced). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo, Andrés Sánchez y Sebastián Zambrano. Grabación. Bogotá, mayo de 2014.

Zea, Gloria (residente de La Merced). Entrevista a cargo de Javier H. Murillo, Andrés Sánchez y Sebastián Zambrano. Grabación. Bogotá, septiembre de 2014.

Referencias bibliográficas

Alba Castro, José Miguel. “El plano Bogotá Futuro. Primer intento de modernización urbana”. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura 40, no. 2 (2013): 179-208.

Amato, Peter W. “Elitism and Settlement Patterns in the Latin American City”. Journal of the American Institute of Planners 36, no. 2 (1970): 96-105.

Arango, Silvia. Historia extensa de la arquitectura en Colombia [transcripción virtual]. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1989. Recuperado el 19 de abril de 2013. http://aplicaciones.virtual.unal.edu.co/blogs/hacolombia/.

Baquero, Juan Ignacio. “Tranvía Municipal de Bogotá. Desarrollo y transición al sistema de buses municipal. 1884-1951”. Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, 2009.

Blanco Suárez, Jorge Orlando y Giovanny Francesco Salcedo Cruz. “Entre lo tradicional y lo moderno. Bogotá a comienzos del siglo XX”. Investigación y Desarrollo 20, no. 1 (2012): 190-229.

Bolaños Palacios, Álvaro Javier. “Bogotá siglo XX, 1948-2000. Evolución de la forma urbana”. Studiositas 5, no. 2 (2010): 27-36.

Cabrera, Gabriel. “El milagro de La Merced”, El Tiempo, 23 de marzo de 1992. Recuperado el 19 de abril de 2013 de http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-73203.

Cané, Miguel. En viaje. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2005.

Cardeño Mejía, Freddy Arturo. Historia del desarrollo urbano del centro de Bogotá (Localidad de Los Mártires). Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte, 2007.

Carrasquilla Botero, Juan. Quintas y estancias de Santafé y Bogotá. Bogotá: Banco Popular, Fondo de Promoción de la Cultura, 1989.

Casas, Elvia Isabel, Doris García, Mayerly Rosa Villar, Álvaro Javier Bolaños y Dalila Molina. Ciudad, forma y ciudadano. Aspectos para la comprensión de la ciudad. Bogotá, Universidad Católica de Colombia, 2009.

Castro-Gómez, Santiago. Tejidos Oníricos: movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2009.

Cendales, Claudia. “Los parques de Bogotá: 1886-1938”. Revista de Santander 4 (2009): 92-105.

Colombia, Concejo de Bogotá. “Acuerdo 51 de 1917, Por el cual se adscribe a una Junta la administración de los parques, jardines y avenidas de la ciudad”. Bogotá: Régimen Legal de Bogotá D.C., 6 de diciembre de 1917.

Cornell, Daniel. “El jovencito que hizo historia”. Semana, 17 de junio de 1996. Recuperado el 24 de enero de 2014. http://www.semana.com/opinion/articulo/el-jovencito-hizo-historia/79448-3.

Cuéllar Sánchez, Marcela, ed. Miradas a Chapinero. Bogotá: Planeta, 2008

Daniila, Francisco. “Los chapines en España”. Boletín de la Real Academia de la Historia 12, no. 4 (1888): 330-344.

del Castillo Daza, Juan Carlos. Bogotá años 50: el inicio de la metrópoli. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, 2008.

“El gobierno nacional reclama el edificio de San Bartolomé”. El Tiempo, 28 de julio de 1937, p. 7.

González Escobar, Luis Fernando. “Del higienismo al taylorismo: de los modelos a la realidad urbanística de Medellín, Colombia 1870-1932”. Bitácora 11 (2007): 149-159.

Fox, Margalit. “Rafael Puyana, Famed Harpsichordist, 81”. The New York Times, 16 de marzo de 2013, A22.

Henderson, James D. Modernization in Colombia. The Laureano Gómez Years, 1889-1965. Gainesville, FL: University Press of Florida, 2001.

Historical Institute of the Mercedarian Order, The Order of Blessed Virgin Mary of Mercy (1218-1992), A Historical Synthesis. Roma: Historical Institute of the Mercedarian Order, 1997.

Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, “Historia de la Carrera Séptima”. Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 12 de marzo de 2012. http:// www.patrimoniocultural.gov.co/component/content/article/320.html.

Jaramillo, Samuel y Adriana Parias. “Vida, pasión y muerte del tranvía en Bogotá”. Documentos cede, Universidad de los Andes 1995.03 (jun. 1995): 4-10.

Jiménez Mantilla, Luis Carlos. “Espacialidad urbana de propietarios e inquilinos en sectores populares. El caso de Bogotá, 1938-2000”, en Procesos urbanos informales y territorio. Ensayos en torno a la construcción de sociedad, territorio y ciudad, ed. Mercedes Castillo de Herrera, 61-91. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 2009.

“Los jesuitas no creen que haya hostilidad del gobierno”. El Tiempo, 30 de julio de 1937.

Mejía Pavony, Germán. Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820-1910. Bogotá: CEJA, 2000.

Mendoza Laverde, Camilo. La pérdida de la tradición moderna en la arquitectura de Bogotá y sus alrededores. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2004.

Montezuma, Ricardo. La Ciudad del Tranvía. Bogotá: Universidad del Rosario, 2008.

Niño, Carlos. Arquitectura y estado. Bogotá: Universidad Nacional, 2003.

Ospina, Andrés. Bogotálogo. Usos, desusos y abusos del español hablado en Bogotá. Bogotá: Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 2011.

Ospina Mesa, César Andrés. Reseña de Tejidos oníricos: movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930) de Santiago Castro-Gómez. Tabula Rasa 12 (2010): 335-9.

Plazas, Orlando A. Crónica del Colegio: 70 años. Bogotá: Colegio San Bartolomé La Merced, 2011.

Rama, Ángel. La ciudad letrada. Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1984.

Rómulo Lara Borrero, una vida de película. Dirigido por Julio Luzardo. Bogotá: Autor, 2003. DVD.

Rueda C., Carlos Arturo. Y Carlos Arturo dice. Bogotá: Cuéllar Editores, 1992.

S.C. “Un bartolino reflexiona ante la catástrofe de abril”. Juventud Bartolina, junio de 1948.

Salazar Arenas, Oscar Iván. “Tiempo libre al aire libre. Prácticas sociales, espacio público y naturaleza en el Parque Nacional Enrique Olaya Herrera (1938-1948)”. Historia Crítica 33 (2007): 186-208.

Serna Dimas, Adrián y Diana Gómez Navas. Estado, mercado y construcción de ciudad. Una historia social de los conflictos vecinales en la cuenca del río del Arzobispo, Bogotá (1885-2000). Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas/Archivo de Bogotá, 2011.

Schlereth, Thomas J. “Burnham’s Plan and Moody’s Manual. City Planning as Progressive Reform.” Journal of the American Planning Association 47, no. 1 (1981): 70-82.

Steuer, Max. “Review article: A hundred years of town planning and the influence of Ebenezer Howard.” British Journal of Sociology 51, no. 2 (2000): 377-386.

“Un sitio en el corazón de los bogotanos”, El Tiempo, 4 de agosto de 1984, 8-B.

Vega, Rafael. El contenido expresivo en la obra de Enrique Triana. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007

Villar, Mayerly Rosa, Martha Isabel Triviño y Myriam Monroy. Transformaciones urbanas en Bogotá 1930-1948. Incidencia de la mentalidad colectiva. Bogotá: Universidad La Gran Colombia, 2009.

Todos los derechos reservados UESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Agradecimientos

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Este trabajo –el libro que el lector tiene en sus manos tanto como el proceso investigativo que le dio forma– no hubiera sido posible sin el apoyo incondicional de la dirección del Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA. José Manuel Retrepo el primero de ellos, rector de la institución cuando la idea de recoger las historias del barrio tomó cuerpo, justamente en una conversación con él durante el 2012. Luis Alberto Arango, presidente del Consejo Directivo, a quien le debemos las primeras narraciones que nos enamoraron del proyecto. Marco Fidel Rocha, rector del CESA durante más de 20 años, y cuya memoria privilegiada nos ayudó a que recuerdos sueltos tomaran forma y se convirtieran en historias. Juan Santiago Correa, director de investigación de la institución y permanente correlator del libro. También Henry Bradford –vicerrector administrativo mientras se desarrolló el proyecto–, quien no dudó en apoyar su realización, desde el primer día y hasta la última dificultad.

Institucionalmente, el más entusiasta cómplice de esta idea ha sido Agustín Morales, el arquitecto que, con su conocimiento, su sensibilidad y su celo profesional ha hecho posible la recuperación de las casas del CESA y, por lo tanto –no nos cabe duda– la transformación del barrio. Rocío Jiménez, responsable de la infraestructura del CESA, estuvo siempre atenta y dispuesta a facilitarnos toda la información disponible acerca de cada una de las casas y de los procesos que estas han sufrido. Álvaro Aldana y Catalina Martínez, arquitectos y permanentes amigos del proyecto. El trabajo de investigación no hubiera sido posible sin el apoyo de la Biblioteca del CESA y sin su director, Celiar Quiroga, quien nos ayudó a tener acceso a los documentos que resultaron imprescindibles para dar forma a cada uno de los textos. Tampoco sin la ayuda y la generosidad del Colegio San Bartolomé la Merced, de Caroline Lugo, de la Biblioteca y, en general, de la comunidad jesuita, siempre pródiga con la información; gracias a los R.P. Alfonso Castellanos, S.J, P. Carlos Correa, S.J., Carlos Retana, Sch.P y P. Fabio Ramírez, S.J. Del mismo modo, fue imprescindible el valioso acceso a los documentos del Instituto Geográfico Agustín Codazzi, del Archivo General de la Nación, del Archivo de Bogotá, del Museo de Bogotá (específicamente Juan Pablo Arango y María Alejandra Toro) y de la Sociedad de Mejoras y Ornato, cuyos asistentes facilitaron enormemente nuestro trabajo. También, el apoyo desinteresado de especialistas como Silvia Arango, que nos recibió en su casa, de Santiago

Castro-Gómez y, sobre todo, de Carlos Niño Murcia, quien fue generoso no solamente con su experiencia profesional, como arquitecto, y académica, como uno de los principales especialistas en historia arquitectónica de Bogotá, sino con la personal; algunas de las fotografías tomadas por él a lo largo de su estadía en Inglaterra ilustran este libro.

Como es natural, los habitantes del barrio durante sus casi 80 años de historia fueron la fuente más importante para construir la materia prima del libro.

Los primeros, los que llegaron cuando La Merced apenas se constituía, los que llegaron –a habitarlo como lugar de residencia o de trabajo– cuando el barrio residencial estaba en su plenitud y en su decaimiento, y los que arriban ahora, cuando se procuran nuevos aires, nuevas intenciones y posibilidades. Entre ellos están:

Alfred Wild. Alicia Yustes. Álvaro Gaviria. Álvaro Leyton. Arturo Huertas. Candela Tejada. Casa de Antioquia de Bogotá. Cecilia Casabianca. Claudia Triana. Cristina Uribe Parra. Daniel Saldarriaga. Felipe Alvarado. Elisa Lara. Ernesto Villamizar. Federico Gómez Lara. Gilda Mora. Gloria Zea. Gustavo Gómez. Inés Lara. Inés Moreno Mejía. Jorge Enrique Tovar. José Alejandro Prieto. José María Piedrahíta. Juan Manuel Núñez. Juan Pablo Echeverri. Juliana Ortiz. Laura Bermúdez Salgar. Leonor Bermúdez de Pradilla. Lía Ceballos. Lucía Ángel de Gaviria. Lucía Casabianca. María Victoria Puyana. Miguel Urrutia Mora. Natalia Tejada. P. Virgilio Arias, S.J. (casa Manresa). Proimágenes Colombia. Random House Penguin. Ricardo Williamson. Salomón Simhon. Santiago Gamboa Peralta. Saverio Gómez. Stella Torres. Sofía Reyes. Sylvia Lara. Tulia Agudelo. Ulpiano Fernández.

Nuestro reconocimiento a todos ellos.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

Todos los derechos reservados CESA. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

CESA - Colegio de Estudios Superiores de Administración.
Este libro se terminó de imprimir en XXXXXXXX de 2015 en Bogotá D.C.
Se compuso en caracteres ITC Century Std de 14 pts.
Y se imprimió sobre papel XXXXXXXXX de XXXX gr.